

Agustín Clemente Pliego
José Manuel Pedrosa

*Literatura de cordel y cultura popular:
alegorías de la miseria y de la risa
entre los siglos XIX y XX*



Boletín de Literatura Oral
Anejo n.º 1 (2017)

Agustín Clemente Pliego
José Manuel Pedrosa

*Literatura de cordel y cultura popular:
alegorías de la miseria y de la risa
entre los siglos XIX y XX*

Boletín de Literatura Oral
Anejo n.º 1 (2017)

Esta
publicación está
sujeta a una licencia *Creative
Commons Attribution 4.0 International license*.

Informamos de que está permitido copiar y redistribuir el material
en cualquier medio o formato, así como remezclar, transformar y crear a partir
del material con cualquier finalidad, incluso comercial.

En cualquiera de estos supuestos, debe
reconocer adecuadamente
la autoría.



Reconocimiento
CC BY 4.0

© 2017 de la edición:
Universidad de Jaén
Agustín CLEMENTE PLIEGO y José Manuel PEDROSA
Boletín de Literatura Oral, anejo, n.º 1.
I.S.S.N.: 2173-0695. DOI: 10.17561/blo.vanejoi1
D. L.: J-305-2017

El *Boletín de Literatura Oral* es una publicación periódica abierta a toda contribución científica relacionada con la literatura de tradición oral del ámbito hispánico, para lo que cuenta con un Consejo editor encargado de revisar las aportaciones recibidas y, en su caso, decidir su evaluación anónima por parte de dos revisores externos.

Los interesados en remitir sus propuestas de artículos u otro tipo de colaboraciones al *BLO* deben dirigirse a la siguiente dirección de correo electrónico:

dmanero@ujaen.es

Todas las solicitudes han de indicar como tema del correo la especificación «artículo para revisión».

La correspondencia que no pueda realizarse por vía electrónica puede dirigirse a:

David Mañero Lozano
Departamento de Filología Española
Facultad de Humanidades
Universidad de Jaén
Campus de las Lagunillas
23071-Jaén. España

En cuanto a los criterios de presentación de originales, se tendrán en cuenta las siguientes indicaciones:

1. Extensión. Las contribuciones, que deberán acompañarse de un resumen en español y en inglés, tendrán una extensión aproximada de 30 páginas (*ca.* 11.000 palabras) en el caso de los artículos; 15 páginas (*ca.* 7.000 palabras), las notas o documentos informativos; y 3 páginas (1300 palabras), las reseñas, que deberán tratar sobre publicaciones dedicadas a la literatura de tradición oral.

2. Citas textuales y ejemplos. Las citas textuales irán entrecorilladas cuando tengan una extensión de cinco líneas o menos, o bien en párrafo sangrado

cuando ocupen seis líneas en adelante o se trate de textos especiales, como los poéticos. A continuación de la cita textual se indicará entre paréntesis el apellido del autor, año de la publicación, dos puntos, número(s) de la(s) página(s). Ejemplo:

La propuesta de substitución de las llaves perdidas hecha por el marido se puede interpretar como una afirmación del poder de éste para subsanar una pérdida (González, 2001: 57).

Se hará uso del mismo recurso en las citas indirectas y remisiones. Ejemplo:

En los últimos años, han desaparecido muchos prejuicios contra los romances de ciego, de lo que son muestra las encuestas realizadas en la comarca de Martos (véase Checa, 2005: 139-202).

3. Uso de comillas. Se emplearán comillas dobles («») en todos los contextos, salvo cuando deban emplearse comillas dentro un texto ya entrecorillado, en cuyo caso de recurrirá a las comillas altas (“”). Como salvedad, se emplearán comillas simples para dar cuenta del significado o traducción de términos o sintagmas breves, como en el siguiente ejemplo: «arcaísmos como el neutro *al* ‘otra cosa’ o la conjunción adversativa *maguera*». Las comillas de citas y llamadas a pie de página deberán situarse antes de la puntuación, no después. Ejemplo: *...ecdótica*», o *...ecdótica*¹; pero no: *...ecdótica*;²

4. Referencias bibliográficas. Las referencias bibliográficas se colocarán al final del trabajo, dispuestas alfabéticamente por el apellido del autor o editor (en el caso de las fuentes primarias) y de acuerdo con el siguiente orden: apellidos (VERSAL y versalitas), nombre del autor o autores (redonda),

año de publicación (entre paréntesis y con la distinción a, b, c... cuando se fichen varias contribuciones de un mismo año), título del artículo (entre comillas) o del libro (en cursivas), título de la revista a la que pertenece el artículo (en cursivas), lugar de publicación y editorial (de los libros),

número (de las revistas) y, finalmente, páginas. Ejemplo:

Frenk, Margit (1982): «*Lectores y oidores*. La difusión oral de la literatura en el Siglo de Oro», en *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Roma, Bulzoni, pp. 101-123.

DIRECTOR / EDITOR

David Mañero Lozano (Universidad de Jaén)



SECRETARIA DE REDACCIÓN

Miriam Pimentel García (Universidad de Jaén)



COMITÉ EDITORIAL

Rafael Beltrán (Universidad de Valencia)

Pedro M. Cátedra (Universidad de Salamanca)

Cristina Castillo Martínez (Universidad de Jaén)

José Checa Beltrán (CSIC, Madrid)

Jesús Antonio Cid (Universidad Complutense de Madrid)

Paloma Díaz-Mas (CSIC, Madrid)

Inés Fernández-Ordóñez (Universidad Autónoma de Madrid)

José Manuel Pedrosa (Universidad de Alcalá)

Miguel Ángel Pérez Priego (Universidad Nacional de Educación a Distancia)

Pedro M. Piñero (Universidad de Sevilla)

Julia Sevilla Muñoz (Universidad Complutense de Madrid)



COMITÉ CIENTÍFICO INTERNACIONAL

†Samuel G. Armistead (University of California, Davis)

†Alan D. Deyermond (Queen Mary and Westfield College, Londres)

Giuseppe Di Stefano (Universidad de Pisa)

Margit Frenk (Universidad Nacional Autónoma de México)

Aurelio González (COLMEX, México)

Mariana Masera (Universidad Nacional Autónoma de México)

Suzanne H. Petersen (Universidad de Washington)

Augustin Redondo (Universidad Sorbonne Nouvelle)

Joseph T. Snow (Michigan State University)

Índice

UNA COLECCIÓN DE PLIEGOS DE CORDEL ATESORADA POR UNA FAMILIA DE CASTELLAR DE SANTIAGO (CIUDAD REAL), por Agustín Clemente Pliego.....	11
LAS COPLAS DE LOS CIEGOS, O LA DANZA GENERAL DE LA MISERIA, por José Manuel Pedrosa	47
BIBLIOGRAFÍA.....	93
LA COLECCIÓN DE LOS PLIEGOS DE CORDEL.....	97
<i>Históricos</i>	
1. Canción á la inmortal Dña. Mariana de Pineda.....	97
2. Guajiras patrióticas. 1. ^a parte.....	105
3. La guerra en Cuba. Noticias de Cuba.....	108
4. Bonita colección de tangos de la guerra europea. Segunda parte...	112
5. Asuntos de Marruecos. Primera parte. Viva España. Segunda parte.....	114
<i>Satíricos y burlescos</i>	
6. Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres.....	118
7. El diablo está en España y nos va a llevar a todos.....	120
8. Las persecuciones de las pulgas a las mujeres en graciosas boleras.....	122
9. El ojo abierto que se han de tener los hombres cuando traten con las mujeres. Sátira nueva.....	126
10. Relación chistosa titulada «Todas me gustan». Segunda de otra seria, cuyo título es «Desengaños de la mujeres».....	130
11. Francisquillo el sastre. Nueva relación de los desafíos, hazañas y valentías del más jaque de los hombres.....	134
12. Relación andaluza. El Tremendo.....	138
13. Nueva relación burlesca titulada «Los bómitos de Pilatos», compuesta por Manuel el de Santiago.....	142
14. Nueva relación del ganso de la botillería.....	146
15. Los calzones y las alforjas. Discreto, gracioso y divertido romance que sucedió á un carbonero, que le dieron un par de calzones, pensando darle sus propias alforjas, y como una vieja en sus industrias raras engañó de tal manera al carbonero, que aún le dió la mitad del dinero que sacó del carbón. Primera parte. [Los calzones y las alforjas]. Segunda parte. Donde se refieren los chistes que le sucedieron al referido carbonero.....	150

Amorosos

16. Don Claudio y Dona Margarita. Admirable y curiosa relación en la que se refiere un suceso acaecido á estos nobles señores. Primera y segunda parte..... 158
17. Lisardo el estudiante. Nueva relación en que se declara los lances de amor, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca. Primera parte. Segunda parte que se refiere cómo iba Lisardo á sacar del convento á doña Teodora, y viendo hacer sus propias exequias, se retiró a hacer penitencia..... 166
18. Doña Juana de Acebedo. Primera parte. Segunda parte en la que dan fin los lances de doña Juana de Acebedo..... 174
19. Rosaura la de Trujillo. Relación de un caso lastimoso que sucedió á una incauta doncella llamada Rosaura, natural de la ciudad de Trujillo..... 182

De sucesos horribles

20. Papel nuevo de lo que ha ocurrido en la provincia de Badajoz y pueblo de Almendralejo. Primera y segunda parte..... 186
21. Nuevo y lastimoso romance que da cuenta los horribles asesinatos y desgracias ocurridos en el pueblo de Viana, provincia de Santander, el día 6 de Febrero del corriente año de 1894, con todos los sangrientos detalles que verá el lector..... 188
22. Nuevo y curioso crimen ocurrido en La Roda, provincia de Albacete, el día 2.º de Abril del presente año, con el castigo que una joven dió a dos criminales. Primera y segunda parte..... 192
23. Horroroso crimen. La tragedia ocurrida por celos y malas lenguas en el Tomelloso, provincia de Ciudad Real, el día 3 del mes pasado, en la calle Socuéllamos, número 15..... 196
24. Nueva y lastimosa relación en la que se dá cuenta de los horrorosos asesinatos cometidos por Ramón Pérez, en las personas de su padre Lamberto Pérez y su hermana Blasa, dándoles muerte en una casa de campo llamada Juanlengua, en el término de Garaballa en el día 20 de Octubre de 1902. Primera y segunda parte..... 200
25. Hoja extraordinaria en que se da cuenta del horroroso crimen cometido por un joven de 19 años, en un cortijo de la provincia de Granada (Monte Fario) el día 1 de mayo de 1935. Primera y segunda parte..... 204
26. El crimen de un padre. Primera y segunda parte..... 208
27. Papel nuevo donde se manifiestan los horrorosos asesinatos y heregías que ha ejecutado un hijo desesperado con sus desgraciados padres y hermanos y el fin que ha tenido por querer manchar el honor de su hermana, el día 4 de Enero de este presente años de 1891. Primera y segunda parte..... 210
28. La niña perdida y la Virgen de la Esperanza. Nuevo y verdadero romance en el que se declara la pérdida de una niña de tres años de edad en la romería de la Virgen de la Esperanza, valle de la

Almena, provincia de Asturias, y habiendo transcurrido 17 años vino a encontrarla un hermano suyo en Ultramar, en las montañas, y la trajo en clase de novia, sin conocerse, llegando llegando a casa de sus padres el 15 de Abril de este presente año. Primera y segunda parte.....	214
---	-----

Religiosos

29. El descubrimiento de la villa de Mestanza de Aragón y el milagro que ha obrado Ntra. Señora del Pilar.....	218
30. Nuevo romance que da cuenta de los milagros que recientemente ha obrado nuestra Señora de los Dolores y su divino hijo.....	220
31. Promesas que ha hecho un caballero á la Sagrada Virgen del Carmen, llamado don José Gil, de repartir la mitad de su caudal en reliquias y en socorros para los pobres.....	223
32. Nuevo y curioso ejemplar en que se dá cuenta del milagro que ha hecho el Santísimo Cristo del Bosque, con lo demás que verá el curioso lector.....	225
33. Santa Genoveva. Primera parte en que se refiere la peregrina historia y trágica vida de la penitente anacoreta, la princesa de Bravante, Santa Genoveva. Segunda parte en que se da fin a la peregrina historia y trágica vida de Santa Genoveva.....	229
34. Alabanzas á los prodigios y milagros de San Antonio de Padua, abogado de sus devotos en las necesidades.....	237
35. Desposorios y celos de San José. Relación espiritual en que se declaran los sagrados desposorios de San José con María Santísima, el misterio de la Encarnación del Verbo Divino y los celos del glorioso Patriarca.....	241
36. Nuevo romance de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, explicada por las piezas del arado.....	245
37. Cantares místicos sobre los mandamientos de la ley de Dios. Y coplas para cantar los santos Sacramentos.....	247
38. El Padrenuestro y el Ave-María glosados.....	249
39. Oración a la Virgen del Pilar. Promesa de Martina Franco Tirado, de 39 años de edad, el pelo cortado, descalza con el hábito, seis años de promesas, empezando la promesa el año 1903, y concluyendo, por tanto, el año 1909. Voluntad, lo que quieran darle, son dos hermanas y un varón á repartirlo, y la madre murió de parto cuando dio á luz los tres mellizos en un zurrón, y yo soy la más chica de los tres. Copia de una carta escrita de mano de Nuestro Señor Jesucristo.....	257
40. La Santísima Cruz de Caravaca.....	261

Para cantar

41. Tangos de Cádiz dedicados a «Gallito Chico» y Belmonte.....	263
42. Bonitos tangos. 1.ª parte y 2.ª parte.....	265
43. Bonito y nuevo tango titulado Pobre España. 1.ª parte y 2.ª parte....	273
44. Bonita y nueva colección de tangos dedicados a los obreros de España.....	279

45. Guajiras madrileñas cantadas por el niño Cabra en el café de la Marina. 1. ^a parte.....	281
46. Cantares por El Sevillano. Seguiriyas gitanas, malagueñas, fandangos, saetas, tango «Desengaño», «Serenata veneciana», pasodoble «Bajo mi cielo azul», pasodoble «Rubia», rumba «Un alhelí», «Qué bonito es el querer».....	283
47. Las labradoras. Bonita jota.....	287
<i>Teatrillos</i>	
48. La confesión de un gitano. Diálogo representable en verso. Manuel García, «el Minero».....	289
49. La flor malagueña. Pasillo andaluz ejecutado por Aurora, Manuel y D. Cosme.....	297
50. Matraca de un estudiante y una dama.....	301

Una colección de pliegos de cordel atesorada por una familia de Castellar de Santiago (Ciudad Real)

Agustín CLEMENTE PLIEGO

UN PUEBLO MANCHEGO Y UNA TRADICIÓN POPULAR

Castellar de Santiago es una pequeña villa manchega de 2.107 habitantes. Pertenece a la Comarca del Campo de Montiel, solar de nacimiento y de algunas de las correrías, si hacemos caso de Cervantes, del inmortal don Quijote de la Mancha. Por ello, el pueblo es hito hoy dentro de la llamada Ruta del Quijote.



Mapa de la provincia de Ciudad Real.
Sombreada, Castellar de Santiago

Castellar se halla situada al sureste de la provincia de Ciudad Real, concretamente en la ladera norte de Sierra Morena Oriental. Limita con la provincia de Jaén, y puede jactarse de tener un paisaje serrano de insólita belleza. Es un pueblo de marcado perfil agrario, cuyos moradores se han dedicado y se dedican, desde tiempo inmemorial, al cultivo del olivar, la vid y el cereal. El cultivo del olivo ha tenido un desarrollo especialmente intenso desde que España ingresó en la Unión Europea.

La gran distancia geográfica que separa a Castellar de los grandes centros urbanos (e incluso de otros enclaves rurales, pues los términos municipales del Campo de Montiel son muy extensos), su dedicación esencial a las labores del campo, su situación de bisagra entre Castilla y Andalucía, y el peculiar carácter de los castellareños, dados a los cantos y a los cuentos, explican lo copioso y diverso de su cultura popular y de su literatura oral, que han quedado reflejadas en el *Estudio de la literatura folklórica de Castellar de Santiago (C. Real)*, tesis doctoral escrita por un natural del pueblo, Agustín Clemente, y dirigida por José Manuel Pedrosa (2011), que son los dos autores de este libro.

Esa tesis doctoral daba cuenta de una parte del enorme caudal literario oral que han atesorado y transmitido los nativos de Castellar hasta los albores del siglo XXI. Pero no pudo, por razones de espacio, hacer justicia a uno de los repertorios más nutridos e interesantes de los que pudieron ser rescatados: concretamente, al de los pliegos de cordel cuyos poseedores actuales heredaron de sus antepasados. Ese es el repertorio que, en esta ocasión, nos proponemos empezar a exhumar y reivindicar.

Por literatura de cordel se conoce el repertorio de papeles y folletos impresos que una pléyade de juglares y de vendedores ambulantes (y prácticamente mendicantes), muchos de ellos ciegos, anduvieron voceando y cantando por calles, plazas, ferias y pueblos, y desplegando y vendiendo, desde el mismo siglo XV que vio la aparición de la imprenta hasta (en España) la mitad del siglo XX.

El ciego cantor y vendedor callejero de pliegos de cordel ha sido una figura notable, verdaderamente muy popular, en el paisaje social y cultural de la España y la Europa de los últimos siglos. No voy yo a insistir aquí en su caracterización como transmisor de literatura popular y como centro de una sociología muy singular, que José Manuel Pedrosa desentrañará en otro capítulo de este libro. Y que cuenta, en nuestra lengua y nuestro país, con referentes bibliográficos precursores pero formidables, empezando por los ya clásicos de Caro Baroja (1969 y 1980), García de Enterría (1973) o Marco (1977), que abrieron caminos que después ha transitado un elenco muy nutrido de estudiosos.

Sí haré hincapié en que, en Castellar de Santiago, los ciegos y sus pliegos fueron recibidos, durante siglos, con alborozo y curiosidad, igual que sucedería en el resto de los pueblos de España. La voz del ciego que se arrancaba a cantar en la plaza, y que allí mismo ponía a la venta sus *coplas*, para que su poesía siguiese de algún modo viva en la memoria después de que él hubiera abandonado el lugar, suponía un descanso en las duras faenas de la cotidianidad y una excusa para, según fuera el tema de la *copla*, su auditorio y sus lectores sintiesen alegría, éxtasis, asombro u horror. Para los castellareños de varios siglos, el ciego, su literatura y su música fueron parte del campo visual, sonoro, cultural más entrañables. Y en la memoria de los nativos más mayores, de los que nacieron y se criaron en la primera mitad del siglo XX, los ecos de su voz y los contornos de su figura siguen ahí, medio desdibujados pero todavía presentes.

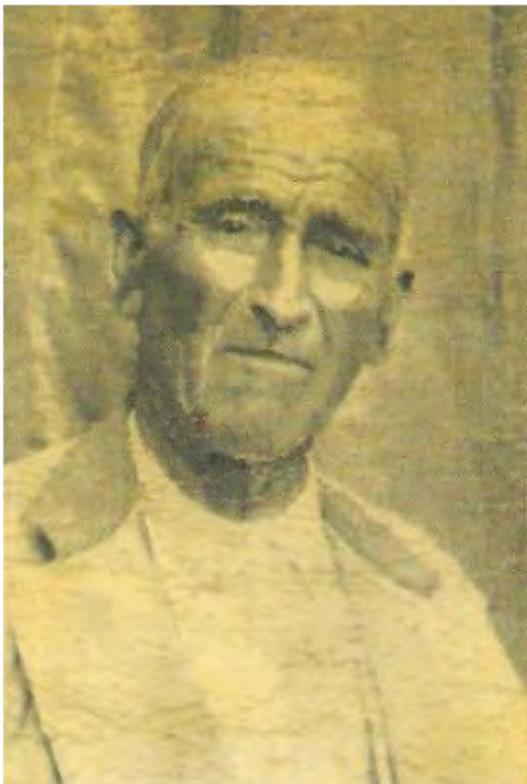
Y no solo la voz y el recuerdo. Durante la elaboración de mi tesis doctoral tuve la sorpresa y la fortuna de descubrir que las propias *coplas* impresas que, a cambio de cantidades ínfimas de dinero, vendían aquellos artistas desdichados, habían sido también coleccionadas por varias familias del pueblo. Localicé, en concreto, dos colecciones de pliegos que suman un total de un centenar y medio de piezas. Sus fechas de impresión pueden ser situadas, más o menos, entre las décadas de 1880 y 1960, aunque alguna es reimpresión de pliegos anteriores. Sus depositarias, hasta hoy, han sido Nicéfora Trujillo Nieto (dueña de 112 pliegos) y Luisa Chaparro Velázquez (dueña de 39 pliegos). Al amor de estas dos mujeres por la herencia de sus mayores y por las tradiciones de su pueblo debemos la conservación, en esta última etapa de su transmisión, de este patrimonio, que cobra, a medida que pasa el tiempo, mayor interés y relevancia para quienes nos interesamos por la cultura tradicional y popular, y por la historia social de nuestro país.

Tengo noticia de más familias castellareñas que guardaron otras gavillas de pliegos. Por desgracia, no las han podido localizar, o, a estas alturas, solo he podido obtener informes acerca de su desaparición o destrucción. No ha sido nada raro, en Castellar y en tantos otros lugares de España, que, cuando alguien moría y sus herederos

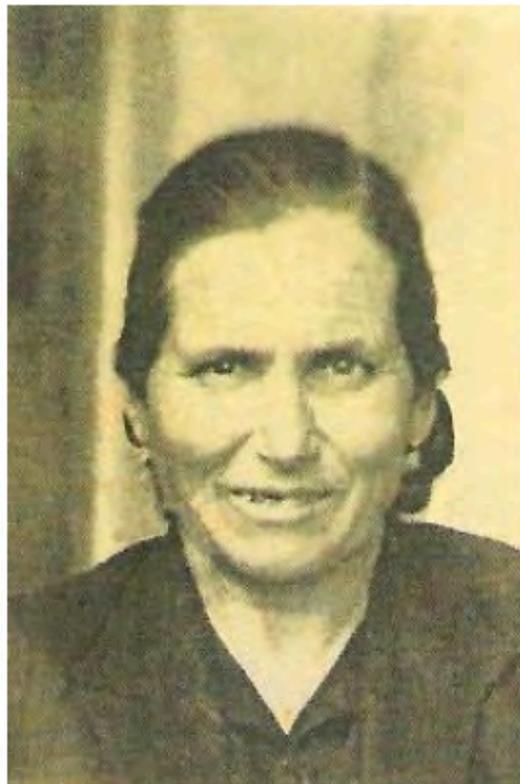
tomaban posesión de la casa, los pliegos de cordel, los cajones de papeles, de cartas, de fotografías, las arcas que contenían todo tipo de objetos que algún día habían sido importantes, y que después quedaban degradados a la categoría de antiguallas o de cachivaches, fuesen condenados a las llamas, o a la basura, o, en el mejor de los casos, a las sacas de buhoneros y anticuarios.

Será muchísimo más lo que se haya perdido que lo que se haya conservado, sin duda. Pero en este libro vamos a procurar dar el tratamiento más digno posible a una parte de lo que sí ha podido ser rescatado.

LA COLECCIÓN DE JOSÉ MARÍA LÓPEZ



José María López Ciórraga.



Su esposa Rodriga.

Ciento doce pliegos forman parte de la colección más antigua de las que hemos podido recuperar en Castellar de Santiago, la preservada, hoy, por Nicéfora Trujillo Nieto. Los pliegos fueron coleccionados, mayormente, por su bisabuelo José María López Ciórraga, aunque creemos que después su abuela Adriana sumó unos cuantos más a la colección. Contiene impresos que fueron producidos y que circularon en las últimas décadas del siglo XIX y en las cuatro primeras del XX.



José María López con su esposa Rodrigo y sus hijos.
Adriana, su hija mayor, posa la primera a la izquierda.

Por lo que hemos podido averiguar, gracias a su bisnieta Nicéfora Trujillo Nieto, quien no llegó a conocerle, aunque oyó hablar mucho de él, José María había nacido en Castellar en 1865 y era carpintero. Hombre dotado de gran ingenio natural y curiosidad intelectual, una de sus mayores aficiones fue la de leer y coleccionar los pliegos de cordel que en Castellar solían recibir el nombre genérico de *romances*. Al parecer, no pasaba ciego itinerante por el pueblo sin que el carpintero no le comprase alguno de los *romances* de los que iría bien surtido, y sin que después lo leyera con verdadero entusiasmo. Tal era su pasión por el género, que si no conseguía, por cualquier circunstancia, hacerse con un pliego determinado, lo pedía prestado a algún conocido o amigo y lo copiaba, según se puede comprobar a la luz del manuscrito autógrafa que realizó, en dos planas de papel hoy amarillento, del pliego de la *Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*.

91	que precio Morir	Ma que en casa de Pilatos
90	terro y yo mi Sangre	Uego nuestro Redentor
89	para el vobros Redimir	al punto fue despidado
88	que si yo quisiera puer	baque Supremo Señor
87	el poder tengo bastante	y en un marmol fue amarrado
86	en traron por la Ciudad	Luego aquella gente Unhamen
85	con Jenu preso y Alado	que mano a un Columna
84	con alta Pungarida	ligaron con tal Coraje
83	el Pueblo Escandalizado	que por entre carne y uñas
82	segua su Majesta	le hirieron brotar la Sangre
81	Atirar su ermoso Garganta	deis verdugo lo Apotaban
80	Cual la Ueba el Cu' adit	con el Rigor una biolento
79	una Joga que hamecanta	y por que no se Conspanen
78	Atada con tal Rigor	para Colpa nuevo aliento
77	que asta las Piedra crebasta	de ora en ora se mudaban
76	con hira y pnal Quel	con unos Garfios de Uorro
75	que tanto Cuerpo le prian	realieron of por erallones
74	que aban y escupian	gratar todo su Cuerpo
73	laquel inocente Abel	pueron tales sus dolores
72	que ermosa Sangre Vertia	que se queda Casi muerta
71	Uego entre la turba amada	su ofangre en Abandala Juntado
70	ala presençia de una	de tal suerte Gorrano
69	o Majesta Unserpada	que del gran dolor que siente
68	preid por el pulbre y ar	por tres veces el Sepor
67	entre la gente Hallada	le vio Cercane ala Muerte
66		dió te salbe Rex decia
65	fu lo dice Respondia	el pueblo que te prendia
64	y alranda la Mano arada	y decia por que beia
63	en el rostro le estampo	que los Golpes le dolian
62	una Quel bofetada	de bina quien te dia
61	que el juro Maues le dio	
60	Jesu Amante y Duprido	Oir y escuchar Apotales
59	dijo con una Paciencia	los Golpes que al Señor dieron
58	de Verdugo Descrezdo	los mas duro pedernales
57	si yo jamaste Yes Ofenan	del dolor se estremecieron
56	dime por que me as herido	al oir Rigorres tales

darnos Señor a sentir
 tus barotes en Memoria
 Contemplandolos así
 podran las Almas subir
 y gozar la eterna gloria amen
 José Maria Lopez

Señor y Amante de Nuestro
 Señor Jueves en esta
 José Maria Lopez Comaga
 estando el Rey celestial
 en el Puerto en Oración
 entro Judas Iscariot
 con un Crucido escudaron
 siendo el día ma a osadal
 Entraron con gran Alboroto
 en el Puerto Capitanes
 Cristo les salio al encuentro
 ha quien baxo y junto a él
 y a todos Respondieron
 Juramos al Pararrayo
 y al decir Cristo yo
 al punto todos caieron
 los Caballeros y escuderos
 como Muertos en el suelo
 Luego volvió al instante
 dió licencia al escudero
 para que se leban por un
 y con grande Indignacion
 se albirieron como alaridos
 Carraban en Corbelocidas
 se daban fuertes puñetas
 dan dentro que agusto bido
 saca su arrogante espada
 y con animo atrevido
 da un callon corto una boja
 dice el Señor tanto de vtro
 que si despena qui nora
 miles tengo en el cetro
 que a defendernos binivan

De la afición a la lectura, en particular a la poesía, de José María López, da fe el que, de entre los pocos objetos del bisabuelo conservados por Nicéfora, estén algunas hojas de un cuadernillo en que fueron copiados fragmentos de dos poemas de Gabriel y Galán: *Del viejo, el consejo* y *Mi vaquerillo*.

Del Viejo El Conejo
 Oja la charla consuelo
 que una mora casadera
 no debe de estar en la era
 sino está el Sol en el cielo
 *

En hogar tendras apagado
 y el mozo que habla contigo
 está davantiendo el trigo
 la junta que ha hab abandonado
 *

Mira que está obscurciendo
 que en las riberas lijanas
 ya están cantando las ranas
 ya están las aves durmiendo
 *

Que tocan a la ración
 y hay jentes murmurando

cuyos ojos a estas horas
 criados de aumento son
 *

Es que los obscurecidos
 son lunas toras menguadas
 a muchas pobres mujeres
 que han hecho ya desgraciadas
 *

Mira muchacha que ha sido
 la tarde muy bochornosa
 y va a por fresca y hermosa
 la noche que ha producido
 *

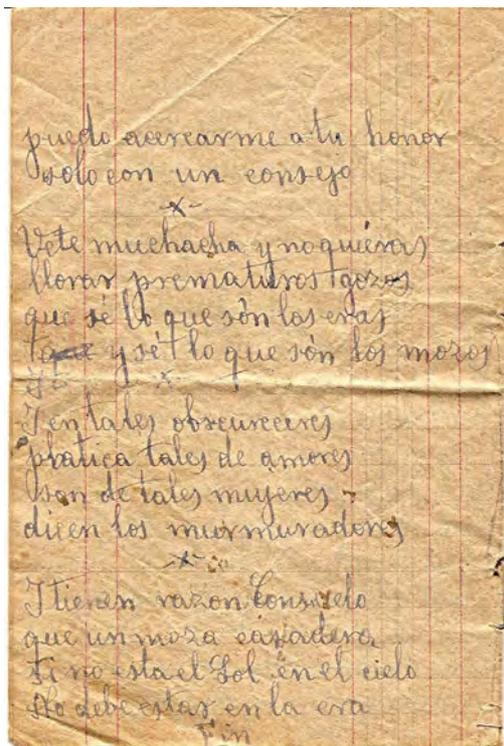
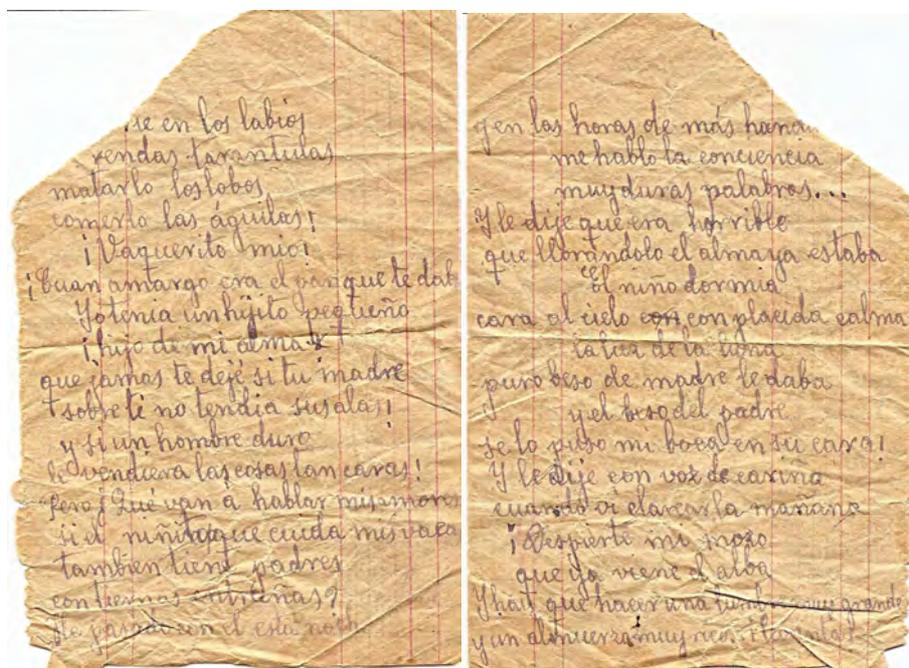
Mira que son muy contadas
 las fuerzas de la memoria
 las mieses amontonadas
 mira que fueren a gloria

Está tu galán delante
 y está tu hermanillo ausente
 y está el amor en creciente
 y está la Luna menguante
 *

Ta la tar tan debil yo creo
 que sola a salir no atina
 donde metida te ves
 del laberinto de hacinas
 *

Galán si el mozo me ogera
 pensaba que esto es perfidia
 que tengo que dijera
 creyera que tengo murdia
 *

Pues con la verida de amor
 no veera que soy un vago

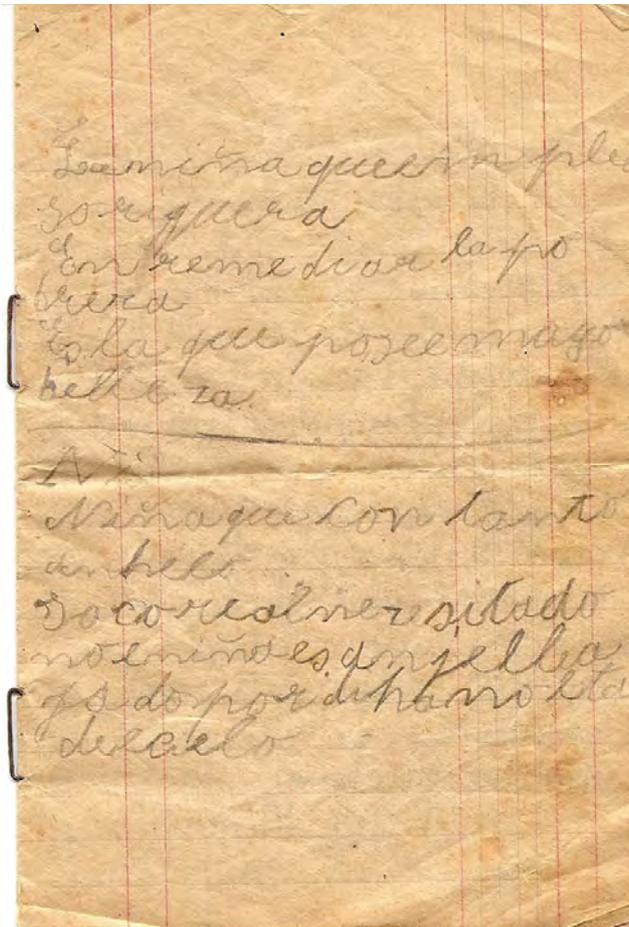
Hojas con la poesía *Del viejo, el consejo*Hojas con la poesía *Mi vaquerillo*

En el mismo cuadernillo se recoge un texto manuscrito que lleva el título de *Sufragio universal* y dos cartas redactadas, pero nunca enviadas, por José María. Están fechadas el 17 y el 18 de abril de 1936. La primera está dirigida a su primo José Rubio y la segunda a su amigo José Descalzo.

Sufragio Universal.
 Es el medio de un pueblo que pueda
 hacer uso de su soberanía
 Es el derecho tanto el hombre como la
 mujer. No pueden votar hasta que
 tengan 21 años como no sea que
 hayan cometido algún delito.
 Todo ciudadano que venda el voto
 no es mirado por nadie y es un mal
 ciudadano. Cada uno debe votar a sus
 ideas y no puede alzar la frente de-
 lante del sus semejantes borrados.
 Todos los ciudadanos tienen el derecho
 de votar a el que crea que puede de-
 fender bien su cargo; y si este no
 se porta bien a las elecciones siguientes
 votará a otro.

<p>Castellar de Santiago 17-4-1936 Sr. Sr. José Rubio Querido primo. No alegres que cuando sea esta en tu poder te encuentres bien que por aquí est- mos muy buenos te trañite a hora y te vas a recuperas. Compin tengo que te vengas para San Ma- eos el 24 te esperamos que vamos a comprar un choflet y vamos a ir en automobit con unos cuantos compañeros más a la casita nueva. Te despide tu primo que los es José María Lopez</p>	<p>Castellar de Santiago 18-4-1936 Sr. Sr. José Descalzo Querido amigo. No alegres que sea esta en tu poder te encuentres en compañía de tus padres compañeros y familia que por aquí estamos los muy buenos y José te digo que me manes lo que te dije una abecario el técnico superior y me manes también unos documentos por los. Te despide tu amigo que te da recuerdos para toda la familia que los es José María Lopez</p>
--	--

Otra hoja contiene unas cuantas paremias, pero no escritas por él, sino por alguno de sus nietos pequeños:



Pero, además de copiar poemas y textos ajenos, José María fue también lo que hoy llamaríamos un auténtico poeta o vate popular, aficionado a *sacar* versos al calor de cualquier acontecimiento que se saliese un poco de la cotidianidad, a escribirlos trabajosamente en cuadernillos modestos, y a recitarlos después, en las reuniones y fiestas familiares. De su musa suelta e irónica nos ha llegado una composición tosca y a veces irregular en su métrica (que tiende a la cuarteta octosílaba, aunque a veces no la resuelve bien), pero de poética y sociología muy interesantes. La excusa que inspiró el poema fue la *hijuela*, o carta de dote que su suegro entregó a la esposa de José María. Es composición burlesca, escrita en la tradición de ajuares, testamentos y dotes disparatados que tenemos atestiguados desde hace muchos siglos en nuestra literatura (Pedrosa, 2015).

Ofrezco aquí una transcripción normalizada conforme a las normas académicas:

Hijuela que da mi suegro a su hija Rodriga al casarse, que le dicen ahora las hijas [de] Constantina, y las otras a su padre que les ha gastado el capital mal gastado después de darles más que tenía su padre.

Cuando este se casó,
llevó la mujer de hijuela
unas fanegas de tierra,
tierra que no era muy buena.

Una fanega en el Barranco,
que se llama Gualinfierno,
otra en la Cañá los Sapos,
para que prospere el yerno.

También en el Cerro Largo,
también allí me entregó
un hatajo de peñones
que hincados estaban *tos*.

También entregó mil vides
en el Camino la Aldea,
que todas estaban secas
y resultaban muy feas.

Una fanega me dio
allí en la Huelga de Tortas;
del candeal que cogía
no pude hacer nunca tortas.

También me dio 19 olivas,
eso me las dio después;
una manda que tenía
de su abuelo la mujer.

Toda la tierra que dio
la viña, olivas también,
de ocho años para atrás,
todo lo tenía embargado.

A la Hacienda lo tenía
todo, todo adjudicado,
y por eso, señores,
a mí no me ha dado *na*.

Que todo lo que me dio
yo lo tuve que *comprá*
pero ahora mis hijas
me lo dicen que me dio;
si José Maria tenía algo,
fue porque él lo compró.

Y si mis hijas ahora
eso lo dicen de fiesta,
que me ha dado capital
a mí me dio una puñeta.

Si todo esto que he dicho
a mis hijas *entonce* sí me los dio,
en ver de hacer beneficio
pues fue y me perjudicó.

Pero el suegro de estos bienes
fue mal *alministrador*,
pues como no eran suyos,
de *embargalos* fue y mandó.

Siempre miraba *pa lante*
y no miraba *pa tras*,
pero al que se los entregó
trató de perjudicar.

Porque *to* lo que le dio
ajudicado lo tenía;
para hacer una limpieza
lo compró José María.

Y la hija [de] Constantina dice
que todo lo malgasté;
si lo malgasté era mío,
que al gobierno lo compré.

Y volviendo para atrás
en la fanega *El Ejío*,
cuando solía llover
parecía aquello un río.

Y también *sos* digo a todos
que cuando iba a escardar
de trampas y de herencia
no se podía vadear.

En ese haza que he dicho
cuando llovía muy bien,
se veían subir *tos* los charcos
y la Cimbarra también.

Yo todo lo que tenía
a mis hijos se lo he dado,
pero que digan si quieren
las trampas que les he dejado.

ayuela que da mi suegro con
ayja Roriga el Casarse que le dicen
ahora las Yjas Constantina y las otras
ha su Padre que les ha gastado
el Capital mal gastado despues
de darles mas que tenia su Padre
Cuando este se caso
llebo la mujer de ayuela
unas franegas de tierra
tierra que no era muy buena
una franega en el Varranco
que se llama Gualinferno
otra en la Caña los rapos
para que prospere el llerno
tambien en el Cerro Largo
tambien Alli me entrego
un Atajo de peñones
que incardos estaban los
Tambien entrego mil bides
en el Camino de aldeas
que todas estaban secas
y Remultaban muy feas

una Fanega me dió
Allí en la Guega de tortas
del Candeal que cojía
no pude ser nunca tortas
tambien medi 19 Olivas
yo me casé despues
una man la que tenía
de su Abuelo la mujer
toda la tierra que dió
la viña Olivas tambien
de ocho años para atrás
toda la tenía embargado
ella hacienda lo tenía
toda todo judicado.

y por eso señores
A mí no me ha dado na
que todo lo que me dió
ello lo tube que compra
pero ahora mis Yá
me lo dicen que me dió
y José María tenía algo
fue porque el lo compro

Mi mis Ojas Jora
eso lo dicen de Fietta
que me ha dado capital
ami me dio una puñeta
si todo esto que e dicho
amis Ojas entoce si melordio
enber de acer beneficio
pues fue me perjudico
pero el Juego de estos bienes
fue mal Administrado
pues como no eran sullos
de Embargalos fue 7 mando
Siempre miraba pa lante
y no miraba atras
pero Alque se lo entrego
trato de perjudicar
porque to loque le di
Judicado lo tenia
para hacer una linpiera
lo Compró José Maria

Ma Oja Constantina dice
 que todo lo Malgatte
 y lo malgatte Era mio
 que al Gobierno lo compré
 y cobriendo para otras
 en la Franega el lejio
 cuando solia llover
 parecia aquello un Rio
 y tambien los digo a todos
 que cuando fba a escandar
 de troncos y de Evencia
 no se podia badear
 se se hara que el dicho
 cuando llobia muy bien
 se beian ~~los~~ ^{tubian} los los charcos
 y la Zimbarra tambien
 lo todo lo que tenia
 conis yo se lo he dado
 pero que digan si quideren
 las tronpas que les E. dejado

26,5
 26,5
 53,0
 26,5
 79,5
 26,5
 106,0
 26,5
 132,5
 26,5
 159,0

Por aquellos mismos años publicaría José María, en un periódico de Ciudad Real del que desconocemos el nombre (porque solo quedó un recorte parcial, con el poema), una irónica crónica en verso, de gran valor etnográfico, de la fiesta en honor de San Antón que se celebró en Castellar el 17 de enero de 1935. Se conserva gracias a que un vecino del pueblo guardó aquel recorte de periódico, y publicó la transcripción, muchos años después, en la revista parroquial *La Espadaña*, que se edita trimestralmente en Castellar. He respetado la ortografía del documento, y regularizado según la norma académica los signos de puntuación.

*La fiesta de San Antón en Castellar de Santiago, el año 1935.
Y lo brillante que resultó*

En el Castellar, señores,
la fiesta de San Antón
ha dado por resultado
una Grandiosa Función.

Francisco es el Presidente
y Constancio el Secretario,
y los que van alrededor
son fieles del Santuario.

Toda la Junta del Santo
tienen el auto en la puerta,
esperando salga el Santo
para salir a dar vueltas.

El auto dentro del templo
entre todos lo adornaron:
Antón López, Alfonsillo
y también Hiluminado.

Antón le cuelga la Rosca
en el brazo a San Antón,
para subastarla luego
al concluir la función.

Pues al salir de la Iglesia
la música le tocaban,
que resultó tan bonita
que a todo el pueblo alegraba.

Ya comienza la función
y lo sacan a la plaza,
sale por la calle el Sol,
por la de la Ermita bajan.

Delante va San Antón,
todas las yuntas tras él,
los fieles, de cuando en cuando,
se paraban a beber.

A lo primero decían:
—¡ Viva San Antón bendito!
Y luego decían después:
—¡Viva Sanrrantón berdito!

Ya llegan a la Glorieta,
alrededor de la Iglesia,
y reparten la cebada
a todo el que lleva bestias.

En la puerta de la Iglesia
el Sacerdote se pone,
el Sacristán, dos monagos,
con el plato y dos hachones.

A todos los fieles dicen:
—Hay que echar algunos cuartos
para vestir a San Antón
y ponerle unos zapatos.

Al volver la comitiva
el párroco dio una voz;
todos al punto contestan:
—¡Viva, viva, San Antón!

Ya lo metieron al Santo
y les dice a sus vasallos:
—Quedaros todos con Dios,
salud y suerte hasta otro año.

La Junta de San Antón
acordaron que sin talla,
darle un gallito de premio
a la bestia que mejor vaya.

Francisco Sánchez, que es
de esta Junta el Presidente,
a presentado una Mula
vestida hasta por la frente.

Entonces toda la Junta
al Francisco el Presidente,
acuerdan que se lo den
para afilarse los dientes.

Y también Adrián Tendero
la procesión presidió,
que es el Síndico del pueblo,
aunque también Labrador.

La subasta de la Rosca
y la del Gallo también,

la hicieron al concluir
y a resultado muy bien.

Dice Antón López: —Yo doy
por ese Gallo y la Rosca
once pesetas *na* más.
La Junta no se lo acepta.

Al punto dice Tomillo:
—Yo solo doy 16.
Y acuerda la Junta entonces
el dársela, que es de ley.

Y esto que yo os digo
es muy cierto y verdadero,
el que ha escrito esta coplilla
es un pobre Carpintero.

La colección de pliegos de cordel que atesoró José María López, el carpintero de Castellar devoto de la poesía, debió de ser más nutrida y contener más *romances* de los que han llegado hasta nosotros. Hay noticia de que de José María pasó a su hija Adriana, quien fue también aficionada a los versos. Es posible que los impresos más tardíos del conjunto fueran comprados y añadidos a la colección por ella.



Adriana López con su marido Jesús (fotografía anterior a la Guerra civil)

Adriana murió a la edad de cincuenta y siete años, y su hija Isabel Nieto López reunió entonces todos los pliegos impresos heredados, que andaban dispersos por varios cajones, en dos librillos que cosió con hilo para que no se extraviase ninguno.

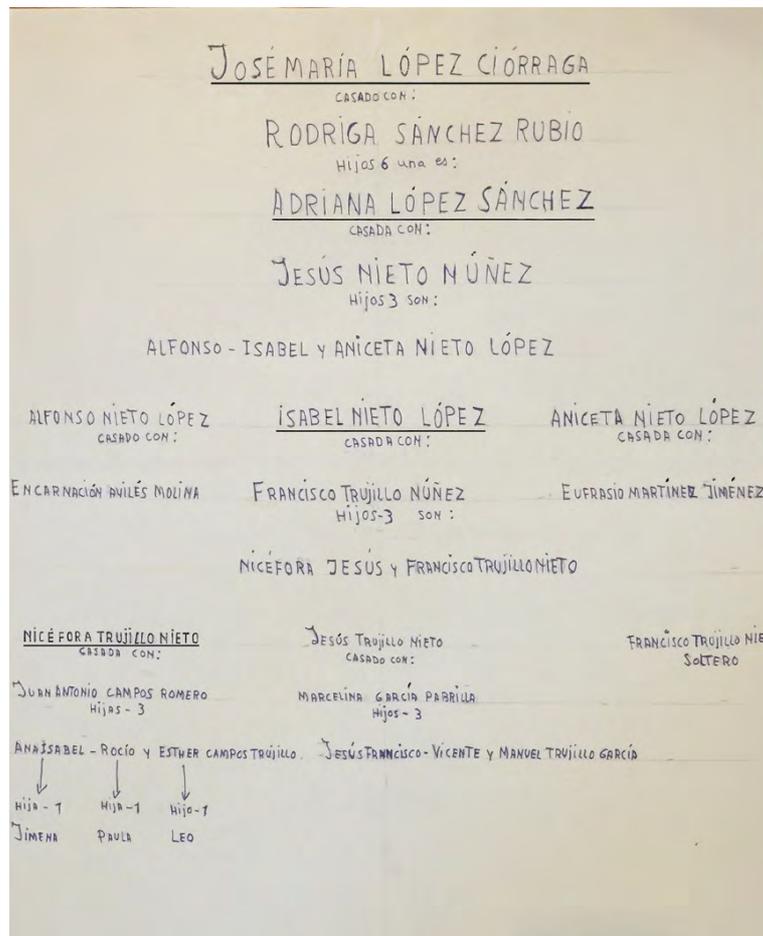


Isabel Nieto con su hija Nici,
el día del Santísimo Cristo, Patrón de Castellar

De ese modo llegaron los dos cuadernillos de pliegos de cordel a su hija Nicéfora (biznieta de José María y nieta de Adriana), quien me los cedió generosamente en el año 2009 con el fin de que yo pudiera escanearlos. Para ello los descosí, introduje cada uno en fundas de plástico y los guardé en un archivador que devolví a la donante.



Nicéfora Trujillo Nieto (Nici) muestra la colección de pliegos
de su bisabuelo José María y su abuela Adriana, en 2014



Árbol genealógico de la familia,
elaborado por Jesús Trujillo Nieto, hermano de Nicéfora

Las imágenes escaneadas de la colección de pliegos que comenzó a reunir José María, y que posiblemente acrecentó su hija Adriana, quedaron integradas en el cuerpo de mi tesis doctoral. Pero no pude, en aquella ocasión, entrar en demasiados detalles ni dedicarles mayor atención.

Es el momento, ahora, de hacerlo. Por desgracia, no contamos con espacio suficiente, en este libro, para editar los ciento doce pliegos, que llenarían, desde luego, varios volúmenes, y no pequeños precisamente. Esa es la razón de que presentemos ahora una antología de cincuenta pliegos, en cuya selección he atendido a tres criterios:

- que entrasen en ella los que se hallasen en mejor estado de conservación
- los de mayor calidad literaria;
- y que hubiese representada una variedad significativa de temas, asuntos, tonos y estilos.

La antología que he hecho está integrada, pues, por materiales fechados entre 1891 (fecha más antigua de todas las que aparecen, aunque es más que posible que algún pliego sin fechar fuese anterior) y 1936. Cada pliego impreso tenía un número variable de cuartillas. Como muchos de los impresos originales presentaban manchas y

decoloraciones causadas por el paso del tiempo, por la suciedad, dobleces, deposiciones de moscas, mordeduras de ratones, letras borrosas o ausentes, desgarraduras, etc., he sometido todo el corpus a una trabajosa tarea de limpieza y reconstrucción mediante programas de tratamiento de texto e imagen, con el fin de mejorar su apariencia y de facilitar su lectura.

Todos los pliegos han sido clasificados y agrupados atendiendo a una suma, siempre tentativa, de criterios: temáticos, musicales y literarios.

Los primeros (grupo A) son, esencialmente, noticias de asunto histórico. El grupo B recoge textos satíricos y burlescos. El grupo C, amorosos. El D, noticias de sucesos tremendistas. El grupo E, textos religiosos. El F es un surtido de canciones como tangos, guajiras, seguiriyas, malagueñas, fandangos, saetas, pasodobles, rumbas, jotas... El G agrupa piezas representables o *pasos*, aptos para ser subidos a los escenarios o para ser leídos en público, de manera dramatizada.

Aunque mi selección no deja de ser personal y subjetiva, de ella se puede deducir que los temas favoritos de los poetas, impresores, transmisores y público del género de los pliegos de cordel eran de lo más ecléctico. En sus gustos cabían los relatos de tema religioso, sobre todo los que tenían ingredientes prodigiosos y sobrenaturales: vidas de santos, milagros de la Virgen y de algunos santos taumaturgos, oraciones y canciones en alabanza de Jesucristo, la Virgen y otros sujetos sagrados. A su lado, las narraciones relativas a sucesos supuestamente verídicos y de carácter truculento: crímenes, robos, violaciones, raptos, desapariciones, catástrofes del tipo de incendios o tormentas... Todo ello mezclado con composiciones burlescas y satíricas, dirigidas muchas de ellas contra las mujeres. Y con poemas de carácter histórico (el ajusticiamiento de Mariana Pineda, la Guerra de Cuba, la Guerra de África). Sin que faltasen, desde luego, las relaciones de asunto amoroso.

La gran mayoría de estos *romances* o *coplas* son anónimos, y muy pocos dan cuenta de los nombres de sus presuntos autores: Pedro Arias, Joaquín Martínez de Senes, Manuel el de Santiago o Manuel García «el Minero». ¿Quién se acuerda, hoy, de ellos?

Bastantes llevan pie de imprenta. Los establecimientos más citados son de Madrid. Por ejemplo, la imprenta «Universal», que tuvo varias ubicaciones (calle de Cabestreros, 5; travesía de San Marcos, 1; y Calle del Oso, 21, principal). Le sigue el «Despacho Hernando», calle Arenal, 11. De la provincia de Ciudad Real aparecen mencionadas la «Imprenta José Cros» (Almagro); la «Imprenta Sáez», calle Dr. Lizcano, 24 (Alcázar de San Juan); la «Imprenta de Eulogio Gallego», calle Constitución, 6 (Almadén), y la «Imprenta del Diario» de Ciudad Real capital. De la provincia de Albacete destacan la «Imprenta de Montesinos Hermanos», calle de San Agustín, 13; y la «Imprenta Regina e Hijo» de Baza. De Murcia, «La Muleña» de Mula. Otras imprentas son andaluzas: «La Puritana» de Andújar, o «Cruz» de Jaén. Además, está representada la «Tipografía Ramírez» de Toledo y la de «Francisco Monroy y Atienza» de Llerena (Badajoz). Tan variado surtido de imprentas matrices demuestra que los pliegos de cordel irradian de manera intensa y cruzada en aquellas décadas.

Los pliegos que he seleccionado están todos en verso (no hay ninguno en prosa), y en metros variados. Entre ellos están representados el romance octosílabo, la cuarteta, la copla hexasílabo y la decasílabo, la sextilla, la quintilla, la redondilla y la tercerilla.

Los pliegos suelen estar precedidos por un dibujo grabado, y por un título a menudo largo y aparatoso, que en ocasiones llegaba casi a resumir el argumento del

poema. Algunas composiciones, sobre todo las más extensas, estaban divididas en dos partes, lo que creaba cierto efecto de suspense en el auditorio o entre los lectores.

Tomando como indicios las referencias locales de estos y de otros pliegos no seleccionados en esta antología, y también los pies de imprenta, y hasta los registros dialectales que se aprecian, podemos colegir que la producción, la circulación y el mundo social y cultural más íntimamente ligados a estas composiciones deben ser situadas en la mitad meridional de España, de Madrid para abajo. Ya lo advertía don Julio Caro Baroja: «los géneros que han cultivado o difundido [los ciegos] han influido de modo considerable en la vida de los pueblos del sur de España: desde Madrid hasta Cádiz» (1980: 7). Tenemos constancia, en cualquier caso, de que los pliegos de cordel llegaron, en mayor o en menor medida, a todos los rincones de la geografía (también del norte) de nuestro país.

El público de estos *romances* y de estas *coplas* era, esencialmente, el pueblo más llano, escasamente letrado o absolutamente iletrado. Los que, bien que mal, sabían leer, solían aprenderse de memoria los pliegos, y recitarlos en voz alta ante los demás, imitando a veces la tonada con que los cantarían el ciego. Y muchos que no sabían leer eran capaces de aprenderlos de memoria a fuerza de escuchárselos a los ciegos o a otras personas. La iglesia desconfiaba de esta literatura (aunque se aprovechaba, para fomentar la devoción, de las composiciones de tema religioso o hagiográfico), y las élites cultivadas renegaban abiertamente de ellos. Pero la gente común de Castellar y de toda España consumió golosamente durante siglos estos productos culturales, que muchos han calificado de subliteratura ínfima y marginal, pero que contribuyó como ningún otro repertorio a la conformación del imaginario común y del gusto popular. De hecho, no pocos agricultores, pastores o artesanos modestísimos se convirtieron también, ocasionalmente, en vates de pueblo (como le sucedió a nuestro carpintero de Castellar, José María López) bajo la influencia o la inspiración de esta literatura, de sus temas, tonos y metros. Y también de sus músicas: las pegadizas tonadas de los ciegos se adherían tanto a la memoria común que de ellas era común que manasen *contrafacta* ideadas por humildes versificadores sobre las hechuras musicales que todos canturreaban. En ocasiones, las composiciones que difundían los ciegos calaron tanto en el repertorio popular que llegaban casi a *tradicionalizarse*, y a mimetizarse con el repertorio lírico más patrimonial.

Estas composiciones sirvieron también a la gente del pueblo para ejercitar la memoria, para entretener ocios y esperas, para acompañar las tareas del campo. El 29 de abril de 1982 tuve el privilegio de grabar de la viva voz del señor Adrián Abarca Ballesteros, quien tenía 82 años por entonces, hasta tres poemas que él sabía recitar con gracia y desparpajo desde que, en su juventud, los había memorizado a partir de pliegos de cordel. Según él mismo me contó, era muy aficionado a escuchar a los ciegos y a comprarles sus *romances*, y le gustaba recitarlos o cantarlos mientras araba en el campo o estaba de juerga con sus amigos.

Los *romances* que él se sabía eran los del *Casamiento y divorcio en Valdepeñas de Jaén por una niña de Huelva, llamada Frasquita, con Blas «el Habicholón», el Diálogo entre Francia y España, y El barbero y el labriego*.

Sigue una transcripción literal de los tres *romances*, a partir de las cintas en que los grabé:

Casamiento y divorcio en Valdepeñas de Jaén por una niña de Huelva, llamada Frasquita, con Blas «el Habicholón»

«En el mundo hay bueno y malo y en el mundo hay de todo.
 No se acaba de aprender», dice el sabio Salomón.
 Un matrimonio de Huelva que trabajaba el carbón,
 iba rodando pelota y en el Parrizoso entró,
 término de Valdepeñas, para entenderlo mejor.
 Allí encontraron trabajo y arreglaron un chuzón,
 y quemaban un boliche¹ y vendían el carbón,
 y tenían una mozuela como los rayos de sol,
 y se puso en relaciones con Blas «el Habicholón».
 A la niña la pidieron y su padre le otorgó
 por que librara a un hermano que era de mucha razón.
 La niña compró la cama, buen dinero le costó,
 también compró los colchones, el (¿rapiés?²) y el almohadón,
 las sábanas de la cama, la colcha y el cobertor³.
 Puso la cama la novia que parecía el altar mayor.
 Pues celebraron la boda. Todo el mundo se divirtió
 y a las doce de la noche la función se terminó,
 y se fueron los dos novios dentro de su habitación.
 La novia soltó la ropa y corriendo se acostó,
 y él se sentó en una silla, ni el sombrero se quitó.
 Viendo ya que se tardaba la muchacha se escamó
 y le dice: —¿No te acuestas y apagas el velón?
 Entonces dice Blasito: —No puedo acostarme yo,
 pues tengo una *enfermedá* que no te la he dicho yo,
 porque le faltan los muelles al tuno del soplador.
 Al oír estas palabras la niña le contestó:
 —Eres un pícaro vil. Me has jugado una traición,
 ¿por qué no me lo dijistes antes de casarme yo,
 que tú no podías tener el fruto de bendición,
 y me has pillado a la (¿trinca?) por taparte tu exención⁴?
 —Mi hermano tuvo la culpa, tuve que librarle yo,
 y por eso me casé faltando a mi obligación.
 —Vete a vivir a un convento, profesas la religión,
 que yo no quiero pagar trampas que no debo yo.
 El novio quedó dormido y nada le contestó,
 y ella se quedó diciendo dentro de la habitación:
 —Con mi padre yo me voy, esto ha sido una traición,
 ¿voy a estar toda mi vida sin probar la gracia e Dios?
 Amaneció el día siguiente, cuando la hora llegó
 llevaron el chocolate, pero nada se gastó,
 por estar la novia mala de la noche que pasó.
 Y el novio tenía vergüenza del valor que le arrimó,
 y la suegra lo sabía, y todo se lo calló.

¹ *boliche*: «horno pequeño para hacer carbón de leña» (DRAE).

² *rapiés*: debe tratarse de un andalucismo, palabra sinónima de almohada o algo relacionado con los elementos de la cama. No en DRAE.

³ *cobertor*: «manta de cama» (DRAE).

⁴ *exención*: «franqueza y libertad que alguien goza para eximirse de algún cargo u obligación» (DRAE). En este caso, fue el hermano el que fue al servicio militar y así eximió a Blasito.

A una vecina secreta la novia se lo contó.
 Le escribieron a su padre el caso que le pasó.
 Las dos anotaron la carta para que se enteren mejor.

(Carta que la hija escribe al padre)

«Padre mío de mi alma, le mando mi corazón
 porque siempre ha sido el dueño desde el día en que me engendró.
 Le pido que me defienda; si no, pierdo la razón.
 En la carta va el misterio que tiene la Encarnación.
 Se encuentra sin herramienta para romper el machón,
 el arado no *tie* reja, ni astil *tie* el azadón,
 la escopeta no *tie* muelles, tampoco sirve el cañón,
 y *pa* remate de cuenta, para que se entere *usté* mejor,
 el yerno que a *usté* le dieron, que conmigo se casó,
 pensamos que estaba entero y me lo han dado capón,
 y cuando se acerca a mí sufro buena irritación.
 Digo que venga por mí, mientras más pronto mejor,
 y recoja *usté* a su hija como el día en que nació,
 que lleva el vestido limpio por providencia de Dios.
 Y si pone *usté* el puchero y quiere que coma yo,
 cuando compre la legumbre no compre ni un habicholón⁵.
 Su hija, que con ansia lo espera, Frasquita».

El padre estaba cenando cuando el cartero llegó
 con la carta de la hija, y la cuchara soltó.
 La letra estaba muy clara y al momento la leyó.
 Sin terminar de cenar a casa un vecino llegó,
 que le alquilase una bestia por lo que fuera razón.
 Dice el vecino: —¿Qué ocurre, que te dejas el carbón?
 —Tengo carta de mi hija y me voy sin detención,
 luego después tronará el panadero⁶ o el tambor.
 A las doce de la noche la bestia fue y aparejó,
 una *faca*⁷ y un revólver en el bolsillo se echó,
 y antes que rompiera el alba a Valdepeñas llegó.
 Entonces dice la suegra: —¡Qué atrevida, qué valor,
 se ha marchado con su padre dejando su obligación,
 sin permiso de su marido y sin decirle con Dios!
 Entonces dice Blasito: —Tan tranquilo quedo yo,
 me la tiene que traer aquel que se la llevó.
 Y si no viene dentro de ocho días le juro de corazón
 que me planto en el juzgado y viene hasta el rancho del carbón.
 Viendo ya que se tardaba el muchacho se enfadó,
 y sin esperar razones en el juzgado se metió:
 —Buenas noches, señor juez, a *usté* quiero hablarle yo.
 El juez estaba escribiendo y hasta la pluma soltó:
 —Diga pronto lo que quiera para que le conteste yo.
 —Que la mujer se me ha ido sin permiso y sin con Dios,

⁵ *habicholón*: en Andalucía y sur de La Mancha se llama así a las habichuelas grandes (judías). En el registro coloquial también se usa como insulto (tonto, simplón). No en *DRAE*.

⁶ Debe referirse al 'pandero'.

⁷ *faca*: «cuchillo corvo» (*DRAE*).

y yo vengo a reclamarla, a ver si llevo razón.
 El juez se quedó parado y pronto le preguntó:
 —¿Has tenido alguna riña o has tenido desazón?
 ¿O le has pegado en la cama algún golpe o estrujón?
 —Nada he tenido con ella, mi madre sí lo notó.
 Siempre la he encontrado seria dentro de la habitación.
 Y una mañana temprano al golpe de la oración
 se salió como una bala, con su padre se marchó,
 y aquí estoy esperando por la de *usté*, que estoy pelón.
 —Pues márchese *usté* a su casa, que encargado quedo yo,
 y en cuanto hablemos con ella veré quién lleva razón.
 Un recado particular el juez de paz le mandó
 por que no tuviera gastos de pagar la citación.
 El padre estaba obediente y al punto se presentó,
 y también llevó a la niña que diera declaración.
 La niña estaba llorando con mucha sofocación,
 por si le hacían a la fuerza tragar a «el Habicholón».
 Se juntaron los testigos y vinieron los fiscales,
 y también los hombres buenos, con más los municipales.
 Tocaron la campanilla, todo el mundo se calló,
 y a tomar declaraciones el juez de paz principió,
 y principió con la niña, que era el interés mayor.
 —¿Qué motivos tiene *usté*, qué derecho, qué razón
 para dejar su marido y dejar la obligación?
 La niña dijo temblando: —Yo daré mi explicación.
 Lo primero es que me pega, mire si llevo razón.
 Lo segundo, me da celos, que arrancan el corazón.
 Que no puede ser casado nunca lo dijera yo,
 si no me hubiera pegado y destrozara mi honor.
 Seis meses llevo con él y no conozco el varón.
 Él decía: —¡Eso es mentira! —Pero nada le sirvió,
 que toda la junta dijo: —Se registrarán los dos.
 Llamaron a don Fernando y don Antonio que entró,
 registraron al muchacho, y por inútil quedó,
 que para jugar al tute faltaba el triunfo mayor.
 Entonces dice la niña: —Del juzgado me voy yo,
 a la casa de cañada que tengo mi habitación,
 y pasaré la vergüenza por culpa de «el Habicholón».
 Marchó la niña corriendo, casa el cañada llegó,
 y don Fernando detrás corriendo la registró,
 y dijo que estaba pura como el día en que nació,
 que si hermosa era por fuera por dentro estaba mejor.
 Su marido perdió el juicio y la niña lo ganó,
 puede casarse otra vez si le sale otro gachó⁸.
 Alerta, alerta, muchachos, ya tenéis una lección.
 Cuando salgáis a la calle *guardar* bien el pantalón,
 y encargarle a vuestra madre que no le falte un botón;
 pues ya veis que las niñas lo interesadas que son
 (Clemente Pliego, 2012: n.º 1671).

⁸ *gachó*: «del caló, vulg., hombre, en especial el amante de una mujer» (DRAE).

Diálogo entre Francia y España

—España, ¿de qué te vale
tener fama de riqueza,
si a miseria y a pobreza
no hay nación que se te iguale?
—Si unos entran y otros salen,
y es a robarme todos
y devorar mis tesoros
aumentando los destinos,
abandonan los caminos
y hacen más plazas de toros.

—No parece conveniente
que de esta manera llores:
tienes buenos oradores
y un ejército valiente.
—Sí, pero hay otro inconveniente.
Quien manda brinda alegría,
vende minas, puertos, vías,
canales y carreteras,
y creo que, si les valiera,
venderían la luz del día.

—¡Ay, España, tu arrogancia
no la vuelvas a tener,
si no quieres comprender
la causa de tu desgracia!
—Causa esto mi desgracia
el egoísmo y temor,
nadie cumple como debe;
la vagancia come, bebe,
y muere de hambre el labrador.

—Jamás se ha conocido
lo que me dices ahora:
o se ha acabado tu honra
o ya no tienes partido.
—Solo se ve en la nación
contribuciones *doblás*,
los labradores están
siempre de tormentos llenos
y abandonan los terrenos
porque no pueden pagar...
(Clemente Pliego, 2012: n.º 1751).

El barbero y el labriego

Estando un día un barbero sentado en su barbería
con otros dos amiguitos que en su compañía tenía,
cuando por la calle vieron que bajaba
un hombre del campo y con él llevaba
un fuerte borrico de leña cargado,

y encima de la carga un robusto pavo.
 Dice entonces el barbero rebotando de placer:
 —Voy a ver cómo aquel pavo yo me lo puedo comer.
 Quiero que me cueste pero muy barato,
 estar bien alerta y escuchar el trato.
 Llama el barbero al del campo, el cual se acerca al momento.
 y dice: —¿Me quieres vender la carga que trae el jumento?
 Y él responde que sí, sin detenerse un momento.
 Hicieron el trato y regateando,
 y por tres pesetas hicieron el trato.
 Al quitar el pavo le dice el barbero:
 —Escucha, amiguito, estese *usté* quieto,
 que ese animalito yo se lo he comprado,
 que ha entrado en la carga que yo le he comprado.
 Tuvieron gran debate y en nada se convinieron.
 Fueron casa del alcalde y el caso le refirieron.
 Llaman a los testigos, los cuales dijeron
 sin mentir en nada lo mismo que oyeron.
 Dice el alcalde al del campo: —Yo aquí nada puedo hacer,
usté es un poco *inorante* y así debe de aprender.
 De aquí en adelante viva más despierto
 porque en las ciudades pasa mucho de esto.
 Se fue el pobre campesino echándole diez mil ruegos,
 y el barbero con su pavo quedose muy placentero.
 Muchos se reían, los que le escuchaban,
 mientras que el del campo su pavo lloraba.
 Pasados ya cuatro meses se levantó una mañana
 y se puso la mejor ropa y para su establo marcha.
 Un grande novillo manso que tenía
 atado a una losa y con bizzaría,
 mas vino pensando entonces cómo urdírselas podía.
 Llega el del campo a la tienda: —Si *usté* nos puede afeitar,
 por mí y mi compañero, ¿cuánto nos puede llevar?
 Responde el barbero: —No hay que preguntar,
 a real cada barba me tienes que dar.
 Si bien sois de cutis algo delicados,
 no habéis de ser por otro mejor afeitado.
 —Sí, somos delicadillos —el del campo respondió—,
 le daré a *usté* sus dos reales. Y en el sillón se sentó.
 Fue bien afeitado, recortado el pelo,
 mucha mantequilla y aceite muy bueno,
 dejando al del campo como un caballero:
 —¿Dónde tienes el compañero? —el maestro preguntó—.
 Voy a que pase adelante. Y a la calle se salió.
 Entra su novillo dentro de la tienda
 y le dice al maestro: —Escuche y atienda,
 que mi compañero es muy delicado,
 quiero que lo afeite con mucho cuidado.
 —¿Quién demonios ha traído hoy a mi casa a afeitar?
 ¡Llévese pronto ese toro y no me dé qué pensar!
 —Maestro, cuidado,
 que mi compañero hoy será afeitado.
 Yo soy el del pavo que *usté* se comió,

que entraba en la carga que *usté* me pagó.
 Tuvieron gran debate y en nada se convinieron,
 fueron a ver al alcalde y el caso le refirieron.
 Lllaman a los testigos los cuales dijeron
 sin mentir en nada lo mismo que oyeron.
 Dice el alcalde al barbero
 que afeite al novillo sin gastar más tiempo.
 Si el toro miraba o se removía
 blincando o temblando, todo se atendía.
 Principió a darle jabón y ya dos libras gastaba,
 y la barba del novillo no estaba bien remojada.
 Echa mano a las navajas y lo principia a afeitar.
 Aquí hay mucho que reír, en lo que resta contar.
 Cuarenta navajas que en la tienda había
 perdidas quedaron, ninguna servía.
 Y cada navaja que en la barba echaba
 a los cuatro tajos pérdida quedaba.
 (Clemente Pliego, 2012: n.º 1752).

Otro transmisor devoto y memorioso de *romances* de ciego fue el pastor Martín Chaparro Patón, quien me comunicó, cuando tenía 96 años, el 12 de noviembre de 1981, la versión que se sabía de la canción narrativa de *El novio enrejado*. El abuelo Martín me aseguró que el pliego que contenía este *romance* le fue vendido por unos cantores itinerantes que venían de Burgos, pero que el suceso que describía había ocurrido exactamente en La Solana (Ciudad Real):

El novio enrejado

A las ocho de la noche estaba el novio en la esquina,
 y se estosió por dos veces y salió su golondrina.
 Y le dijo: —No te acuestes, que a las doce vuelvo yo.
 Dando las doce en la villa el novio se presentó;
 su serrana está *dispierta* y al momento lo sintió.
 Corriendo abrió la ventana y con ansia lo abrazó:
 Le dice el novio a la novia: —Déjame un rato, por Dios,
 que tape yo la ventana y gozaremos los dos.
 Ya sacó el novio los *cravos* que en el bolsillo llevó,
 cogió un canto como un puño y en la *paré* los *cravó*.
 y colgó el hombre su manta y debajo se metió.
 Y su serrana le dice: —¡Ya estamos solos los dos!
 Y su serrana le dice: —¡Ungüento de mi dolor,
 si no fuera por las rejas cazaba tu salchichón!
 Tan borruco y tan buen mozo
 con las *quericias* aquellas el novio ya se encontraba
 que la cabeza y el cuerpo quiso entrar por la ventana.
 Cuatro u seis trabajadores que bajaban por la cuesta
 al suelo *cayeón* de risa al ver pájaro en ballesta.
 Y la novia les decía: —¡Socorrer a un desgraciado,
 que por coger un conejo aquí lo tengo enlazado!
 le dicen los jornaleros:
 —Gorrina, llama a tus padres *pa* ir *an ca* el herrero
 y que traiga las palancas para *dalear* los yerros.

Y la suegra desde fuera le tiraba de las botas,
 y el yerno le decía: —¡No tire *usté* de las botas,
 que lo que siento es mi cabeza que se ha quedado por costas!
 Es un animal del campo que a tu hija va a comer
 y ha metido la cabeza contra el yerro y la *paré*.
 (Clemente Pliego, 2012: n.º 1754).

Otra versión de este mismo *romance* me fue cantada, el 15 de noviembre de 1981, por Emiliana Campos Nieto, quien tenía entonces 53 años. Ella me confió que lo había aprendido a fuerza de escuchárselo cantar a una prima suya. Añadió que se trataba de una historia verídica, y que en Castellar había pasado más de una vez que algunos novios ansiosos introdujeron la cabeza entre los barrotes de la ventana para besar a la novia, y se quedaron aprisionados, por lo que se necesitó llamar a toda prisa al herrero, con el fin de que cortase los barrotes. La información que me transmitió Emiliana resulta muy interesante, porque prueba que algunos pliegos de cordel fueron memorizados no solo a partir de su letra escrita, sino de las versiones orales subsidiarias que fueron engendradas a partir de ella.

El novio enrejado

A las ocho de la noche llegó el pájaro a la esquina
 y se estosió por dos veces y salió su golondrina.
 Estando un rato en la puerta, a la que se retiró,
 va y le dice: —No te acuestes, que a las doce vengo yo.
 Dando las once en la villa a la ventana llegó;
 su morena está *dispierta* y enseguida lo sintió.
 Corriendo abrió la ventana y con ansia lo abrazó:
 —Taparé yo la ventana y gozaremos los dos.
 Con dos clavos que llevaba, del bolsillo los sacó,
 coge un canto como un puño y en la *paré* los clavó.
 Coloca su manta bien y debajo se metió,
 y le dice a su morena: —¡Solos estamos los dos!
 Y se serrana le dice: —¡Ungüento de mi dolor,
 si no fuera por las rejas cazaba tu salchichón!
 Le dice el novio a la novia: —Que te cojo, que te pillo,
 si no fuera por las rejas me acostaría contigo.
 Por coger un conejillo el novio ya se encontró
 que la cabeza y el cuerpo por la ventana metió.
 Probó a sacar la cabeza, y viendo que no podía,
 y la novia desde dentro empujones le metía:
 —Joaquina, llama a tu madre, que vaya en casa el herrero
 y que traiga un cortafríos para que corte los yerros.
 Sale la vieja corriendo y le estiró de las botas:
 —¡Lo que siento es mi cabeza que se queda por las costas!
 Cuatro u seis trabajadores que bajaban por la cuesta
 al suelo *cayéon* de risa al ver pájaro en ballesta.
 No penséis que era temprano cuando esto sucedía,
 que eran ya las cuatro y media, cuando despuntaba el día.
 (Clemente Pliego, 2012: n.º 1753).

Pese a su poética, por lo general facilona o rudimentaria, no puedo estar más de acuerdo con Antonio Lorenzo Vélez cuando defiende que «el estudio sistemático de esta literatura permite valorarla, contra lo sostenido por un amplio sector de la crítica, como piezas literarias de un alto valor informativo no solo para el literato, sino también para el historiador y el sociólogo que se interesen por determinados aspectos de la psicología colectiva, difícilmente hallable en textos oficiales» (1982).

LA MEMORIA DE LOS CIEGOS Y SUS *ROMANCES*, EN EL RECUERDO DE LOS CASTELLAREÑOS

Algunos nativos de Castellar han recordado hasta casi hoy cómo eran y qué impresión recibieron de aquellos ciegos que antaño fatigaban los caminos y pasaban de vez en cuando por el pueblo, dejando en él un reguero de *romances* impresos y de cantilenas pegadizas.

En el año 2010, la señora Luisa Chaparro Velázquez, nacida en Castellar de Santiago en el año 1942, me contó de qué manera, cuando ella tenía unos ocho años, empezó a comprar los pliegos de cordel que los ciegos y ciertos lisiados vendían en alguna esquina:

Nací en el 42 y cuando tenía unos ocho años empecé a *coleccionalos*. También cogía las comparsas de carnaval, que me gustaban mucho, pero eso fue más tarde. Pero los pliegos esos de colores los compré mucho antes, en los años cincuenta. A mí me daban mis padres los domingos una peseta para mis gastos, y, como me gustaban, pues con la paga me los compraba, que a lo mejor costaban cinco céntimos, una perrilla.

Venía vendiéndolos un hombre, que venía haciendo el ciego, pero que no estaba ciego, y los recitaba o los cantaba con la música que les daban ellos, un sonecillo. No venían todas las semanas sino cada dos o tres meses. Tenían un cartel con cuatro o cinco figuras y iba con una vara señalando lo que pasaba. ¡Ya ves tú, que era ciego y sabía el tío señalar dónde estaba la...!

Los llamábamos los *titiriseros*, que decían:

—Oye, que está en la esquina un *titirisero*, que está leyendo un *romance*— porque a *tos* esos papeles los llamábamos *romances*.

A mí me vino la afición de siempre, con cinco o seis años ya me gustaba a mí *oïlos*. Porque a mí me gusta todo: las manualidades, las poesías, los cuentos, los cantes, que a mi padre le gustaba mucho. Siempre estaba de chascarrillos, pero no, no coleccionaba *romances*. Mi madre creo que sí, por eso los más antiguos los tenía ella.

Yo me creía *to* lo que contaban los *titiriseros*, porque entonces éramos más ignorantes que... Que nos creíamos *to* lo que nos decían. Y yo creo que muchas cosas eran verdad, porque ahora esas cosas también pasan y las cuenta la televisión.

Los *titiriseros* dejaron de venir cuando vino la televisión, en 1965 o 1966, que yo me acuerdo que decían los viejos en la plaza:

—Oye, sabes *qui* que va a venir una *arradio* que se ven los hombres y *to*...

Otro nativo de Castellar que tenía recuerdos muy sugestivos de los ciegos y de sus *romances* de antaño fue Wenceslao Fuentes Sánchez, quien tenía setenta y un años en julio de 2014, cuando me transmitió, en conversación telefónica (porque él vivía en Granada), los informes que voy a transcribir. Por desgracia, Wenceslao, una persona de gran cultura, enamorado de las tradiciones de su pueblo, a las que dedicó algunos libros, fallecería muy poco después, en el mes de octubre de aquel año. Su evocación es muy extensa y compleja, y tiene la frescura y ductilidad de lo oral:

[El *tío de los romances* en la posguerra de Castellar]

Aquel fenómeno literario popular de los pliegos de cordel en Castellar de Santiago y en los Campos de Montiel y de Calatrava no era conocido con ese nombre, no. En los ambientes populares se decía *el tío de los romances*. «Ya está aquí el tío de los *romances*», decían, o también «que ha *veníó* el hermano de los *romances*». Me estoy refiriendo a los años de mi infancia, desde 1945 a 1952.

El *tío de los romances* solía visitar el pueblo sobre todo en invierno, posiblemente porque en verano —entonces no había veraneo—, la gente estaba ocupada. Ocupada en la tarea de la cosecha del cereal, del agosto...

El *tío de los romances* aparecía en solitario. Muchas veces era ciego y llevaba un perro como lazarillo, el cual en una bandejita de cobre, en la boca, ¿eh?, en la boca del perro, la gente depositaba la calderilla, las monedas de calderilla, que *ufanaba* el trovero o trovador. Lo importante era que iba solo, iba solo.

A veces lo acompañaba una chiquilla. Siempre una chiquilla mal vestida y peor peinada, cuya misión era ir señalando con una vara, palo o puntero las diversas escenas dibujadas en colorines en una vieja cartela. Sí, sí, se llamaba cartela, ¿eh? Iba señalando las diversas escenas sobre las que se desarrollaba la trama de *romance*.

¿Cómo se vestía? Bueno, eh, su traje ya era anacrónico a mediados del siglo XX, pues más parecía una figura sacada de las..., de los cuadros de Velázquez... Sí, sí, de *Los borrachos* de Velázquez, o de la fantasmagoría de las pinturas negras de Goya. Concretamente podían ir estos personajes reflejados en las pinturas de Gutiérrez Solana.

El *tío de los romances* llevaba un chambergo, el auténtico chambergo, y un jubón abrochado con una hebilla, y calzona, calzona recogida con polainas o calcetines bastos. Llevaba botas de invierno desechadas del ejército. A veces se tapaba con una capa poncho o anguarina. Es decir, parecía que *el hermano de los romances* iba disfrazado al estilo medieval.

Como impedimenta no llevaba bolsa ni zurrón. No, no; llevaba una especie de baulillo de madera con una correa, colgado de una correa sobre el hombro. En el baulillo llevaba los *romances*.

No usaba ningún tipo de música. En todo caso llevaba una campanilla para avisar de su presencia. También solía acompañarse de un instrumento, hoy desaparecido, de percusión, muy popular en Castellar durante los carnavales: el triangulillo. Tin, tin, tin, tin..., tin, tin, tin, tin...

La gente se congregaba con el toque del triángulo o de la campanilla, haciendo un círculo alrededor del juglar, el cual aprovechaba los espacios libres del pueblo: las esquinas de las calles, las plazoletas. Por ejemplo, las cuatro esquinas, la plazoleta del Calvario o la plazoleta de la calle del Oro donde yo primeramente me crié. Nunca se ponía en la plaza de la villa —entonces del Generalísimo—, porque rehuían de las proximidades de la iglesia parroquial o porque querían..., querían pasar desapercibidos, y no querían llamar la atención de la autoridad. Además su clientela, su clientela residía en los barrios, por su escasa formación cultural.

Entonces, aprovechaba, elegía el sitio. Como era invierno, cogía un sitio donde solazarse al sol, se calentaba al sol. Es curioso que estos hombres —todos de avanzada edad, más de sesenta años tenían entonces— no pedían limosna ni contemporizaban con la gente. Se consideraban unos artistas profesionales en la miseria. Era gente extraña en aquellos tiempos de la posguerra.

Eran atávicos y extraños hasta en la manera de entonar la melodía del *romance*. Tenía un son que no era ni jota, ni pasodoble, ni fandango, ni algo que tuviese actualidad. Aquello resultaba una especie de salmodia hebrea con temas

medievales, que más tiraba a la petenera. Hoy se conocen a estos hombres en las películas de época y en los mercadillos medievales que se hacen en algunas poblaciones. Ahora llevan zampona, en los mercadillos; pero antes no la llevaban, por lo menos cuando yo los vi. La salmodia empezaba así:

El romanceeee
del crimen cometidooooo
en la Sierra de Loja.

Su conocimientoooooo
le pondrááááá
los cabellos de punta.
Sirva como ejemploooooo
para niños y niñas,
mozos, jóvenes y viejos.

Sí, sí, así empezaba, como los pregones de los pregoneros de los pueblos. Luego empezaba las estrofas del *romance*:

En un pueblo de Jaén
vivía una señorita,
hija de padres muy malos,
se llamaba Agustinita...

Entonces la lazarilla o adjunta iba señalando con la vara en la cartela las distintas escenas de acuerdo con las estrofas del *romance*.

La temática era tremendista y trágica, con un final moralizante que captaba la atención y movía los mejores sentimientos del público. Muchos acababan atemorizados de lo que se decía allí. Los temas eran traídos del vivir antiguo de la gente. No se hablaba ni de aviones ni de camiones sino de caballeros antiguos, como el romance de *Gerineldo*, muy adulterado ya, muy adulterado; el romance de *El conde Arnaldos...*, para seguir con los de los bandidos generosos, sobre todo el de *Diego Corrientes*, un bandolero de Sevilla, del siglo XVIII:

Ya está aquí Diego Corrientes,
el ladrón de Andalucía,
el que a los ricos robaba
y a los pobres socorría...

Por cierto, que en una de aquellas reuniones, Gumersindo de las Eras, un carpintero de Castellar, conforme iba narrando el *romance* el ciego, él lo iba siguiendo. Lo iba diciendo, pues se lo sabía. Y al llegar a esa estrofa, Gumersindo la cambió y dijo:

Ya está aquí Diego Corrientes,
el ladrón de Andalucía,
el que a los pobres robaba
y a los ricos socorría...

Yo lo viví esto en la plazuela de la calle del Oro. Yo tenía unos ocho años. Entonces el público lo paró y dijeron: «Cállate, cállate». Y la Perfecta, la hija de Chiclana, salió con unas tijeras detrás de él para *cortale* la lengua, *cortale* la lengua a Gumersindo, ¡je, je, je, je!, con unas tijeras que cogió de mi casa. Eso fue así.

Otro tema eran los crímenes pasionales, incestuosos en muchos casos, del padre con la hija. Me acuerdo que, en alguna de las estrofas, cuando el padre acosaba a la hija una noche en un cortijo, ante la resistencia de la joven, el padre decía una frase que yo entonces no entendía: «Lo que quiero es gozar de tu honor».

Eran *romances* de amores y amoríos. Y otros temas eran de robos y asaltos en los cortijos por las noches. El pánico que les teníamos a los ladrones. Los veíamos como a lobos, una aparición, una estantigua, que son visiones las estantiguas. Estos crímenes y robos se situaban de noche, en invierno, en noche de lobos, de perros; no de luna llena. Y venían los ladrones de las montañas subbéticas, del norte de Andalucía: Alcalá la Real, Priego, Granada..., el sur de Sierra Morena.

Otra temática estaba relacionada con las guerras de África, no las civiles ni de los carlistas, sino las del moro:

En el barranco del Lobo
una morita decía:
—Me voy con Alfonso XIII,
reniego a la morería...

Un *romance* que se hizo muy popular, que yo llegué a tenerlo y lo tenía Juan Pedrillo, era el del general Prim y su asesinato el 29 de diciembre de 1870. Prim era un general muy popular entre las clases humildes, era el general del pueblo, como el general Espartero:

En la calle del Turco
le dijeron a Prim:
—Ande usted con cuidado
sí no quiere morir...

También se cantaba el *romance* de Requena, un guerrillero de la zona de Valdepeñas que murió en Castellar de Santiago, *matao* por detrás por uno de los suyos. Era un guerrillero de la época de la guerra de la Independencia:

Estando en el Castellar
dijo Requena al alcalde:
—Cenaremos esta noche,
que mañana Dios lo sabe...

Y más adelante dice:

Morenito era Requena
y tenía gran corazón,
y luego vino a morir
en las manos de un traidor...

Se me han *olvidao* los *romances* de toreros: la muerte del Espartero, de Joselito, de Gallito, y muchos más; la de Pepete, que lo mató un toro de Miura llamado Jocinero en la plaza de toros de Madrid en mil ochocientos sesenta y tantos. Pepete era el tío abuelo de Manolete:

¡Qué día tan desgraciado,
un día del mes de abril,
que mataron a Pepete
en la plaza de Madrid...

Cuando terminaba el recitado del *romance*, la gente no aplaudía, no, no: se quedaban *impresionaos* y no se hacían palmas, y se precipitaban a comprarlo: «A mí uno, a mí uno».

Vendía bastantes. Venían impresos en papel siempre de color rojo llamativo, o verde o amarillo; pero el rojo era el que predominaba. Se compraba muy barato: a 3 perrillas, que eran 15 céntimos. Los más caros eran a 25 céntimos —a un real— de los años cincuenta. Ten en cuenta que un periódico valía..., no llegaba a la peseta más o menos. Yo los compraba y me los aprendía, sí, sí, me los aprendía de memoria y los cantaba. Los cantaba con las mozas de mi casa. Eran preciosos. Me acuerdo de uno que decía:

En la estación de Alicante
a un tren subió un militar
en un coche de tercera
que para su casa va...

Eran muy exitosos, y mucha gente los coleccionaba. Eran muy estimados por las clases populares; las clases más o menos ilustradas no les daban importancia.

Insisto, [los ciegos] iban siempre solos y a pie, venían andando..., parecían peregrinos vestidos de estameña. Estos copleros empezaron a dejar de venir a Castellar hacia el año 1952. Además nunca vi sonreír a ninguno, era gente muy austera y con acento castellano. Era gente nómada, su acento no era andaluz. Su acento era como de León, de Galicia, o de la Sierra de Cuenca o de Albarracín. Iban solos y solo estaban en el pueblo una mañana, un día. Cuando acababan la función, se iban casi siempre hacia la Torre de Juan Abad.

Un día me preguntó uno de ellos:

—¿Qué distancia hay hacia la Torre de Juan Abad?

Era muy mayor, muy mayor, con un bigote negro y un bastón grande, no una garrota, un *cayao* para apoyarse en el camino. Y yo le dije:

—Veinte kilómetros.

Y el hombre —¡qué lástima!— me preguntó:

—¿Hay muchas cuestas?

Y yo, que nunca había *estao* en la Torre, le dije para que no sufriera que no había cuestas y tal. ¡Me daba una lástima...! Yo tenía entonces nueve años. Y esa misma noche empezó a llover mucho. Yo estaba *acostao* con mi abuela, es verdad. Me acuerdo que estaba con mi abuela, y estuve toda la noche *preocupao* si ese hombre se había *empapao* en el camino hacia la Torre.

Soy consciente de que en Castellar de Santiago quedarán todavía personas, ya ancianas, que habrán llegado a conocer y a escuchar, en sus años infantiles y mozos, a aquellos ciegos desdichados que durante siglos se dedicaron a llevar de un rincón a otro de España los pliegos y los sonos de una literatura que ocupó un lugar central en el imaginario popular (aunque no en el aprecio de las élites) de entonces. Sigo, de hecho, registrando cuando se me presenta la oportunidad algún recuerdo más. Sé, también, que los restos del naufragio de aquel repertorio que hoy pueden ser rescatados son cada vez más precarios, más desdibujados. Las últimas personas que los conocieron en acción van, también, despidiéndose de nosotros. Los ciegos *copleros* y *romanceros* que en las décadas finales del siglo XIX y en las primeras del XX lucharon denodadamente por resistir al avance de las nuevas tecnologías de la información y de la producción de cultura de masas fueron perdiendo, una tras otra, muchas batallas.

Pero no perdieron, inesperadamente, la última: hoy, décadas después de su extinción, los estudiosos de la literatura, de la cultura, de la historia de las ideas y de las mentalidades, miramos hacia ellos con enorme interés, con una mezcla de ternura y de curiosidad que ellos, por desgracia, no llegaron a recibir ni a percibir cuando fue el momento. Todo el desprecio que recibieron en vida se ha tornado en aprecio (un poco arqueológico, quizás) cuando ya están muertos.

Yo confío en haber podido retener, en estas páginas, una parte de su memoria, o de la memoria de su memoria. Nunca pude verlos ni escucharlos en vivo, pero las personas de la generación que me precedió a mí, sí. Para mí son, pues, memoria ya indirecta, entreverada de mito. Este libro quiere ser, en primer lugar, un homenaje a ellos, a aquellos ciegos transmisores de literatura, que pasaron algún día por Castellar. Pero también a los castellareños que guardaron, celosamente, los jirones de su memoria que aquí presento: a personas como el carpintero y poeta José María López, que coleccionó los pliegos; a su bisnieta Nici, que conservó amorosamente los dos cuadernillos que su madre Isabel había cosido con hilo, para que no se dispersaran; a Adrián Abarca, Martín Chaparro, Wenceslao Fuentes, Luisa Chaparro y tantos otros, a quienes el paso de muchas décadas no borró de la memoria (la que nos transmitieron generosamente a nosotros) aquellas palabras y músicas cada día más remotas.



Las coplas de los ciegos, o la danza general de la miseria¹

José Manuel PEDROSA
(Universidad de Alcalá, Madrid)

LA REVELACIÓN TARDÍA DE UN PLIEGO DE CORDEL DE *MARIANA PINEDA*

El lector que, al abrir este libro, decida esquivar los prólogos e ir directamente a la sección dedicada a los pliegos de cordel —o a las coplas de los ciegos, que es lo mismo—, lo primero que encontrará será una *Canción a la inmortal Dña. Mariana Pineda*, en ocho páginas, que indica como pie de imprenta «Madrid, Imprenta Universal, Cabestros 5», pero que silencia el nombre del poeta de los versos y la fecha de la impresión. Antepone, pues, los créditos de la producción editorial y comercial —para facilitar el encargo de los pedidos, evidentemente— al reconocimiento de la autoría poética y artística individual.

Si se trata de un lector no muy versado en los arcanos de la investigación filológica relativa a la obra de Federico García Lorca, se le pasará probablemente por alto lo que sí causará alborozo entre quienes conozcan mejor la obra del autor granadino: el pliego de cordel que abre esta serie es pieza clave, y que se daba hasta ahora por no localizada, o por perdida, de las fuentes del drama famosísimo —*Mariana Pineda*— que Lorca remató en 1925 y estrenó en 1927. Dicho de otro modo: el pliego de cordel que abre esta antología es la prueba hasta ahora postergada de que las melancólicas canciones infantiles de las que el genial dramaturgo extrajo, en primera instancia, la inspiración y la materia argumental y emocional de su tragedia, eran un destilado —conforme a lo que intuían algunos críticos— de algún pliego de cordel que debió de andar circulando por ahí, que estaba hasta ahora sin encontrar, y que hoy, al cabo de tanto tiempo en la sombra, nos es revelado de manera inapelable².

Sin el nombre del poeta autor y sin la fecha de edición o de reedición, porque todos aquellos —nombres, fechas— eran tiquismiquis que poco o nada interesaban a los consumidores, llanos y ajenos a filologías, de esta literatura, que lo que sobre todo pedían era *pathos* instantáneo y emociones que fueran directas al corazón. Lo de menos era que la trama fuera gruesa, el estilo poco sutil, y la melodía, que canturreaban por ahí ciegos mendicantes y, tras memorizarlos, paisanos comunes, no fuese ningún prodigio de refinamiento ni de originalidad. No vendrá mal dejar apuntado, aquí, que las melodías de estas composiciones eran, por lo general, sonsonetes tan rudimentarios y desgastados que cualquiera podía identificarlos, desde las notas de arranque, como manidas cantilenas de ciegos.

Personalmente, he tenido el privilegio de grabar, de la viva voz de muchas personas del pueblo, centenares de coplas aprendidas de oído a los ciegos, y aunque el análisis etnomusicológico —una de las muchas tareas que los estudiosos tenemos

¹ Agradezco su ayuda y orientación a David González Ramírez, David Mañero Lozano y José Luis Garrosa Gude.

² Sobre Mariana Pineda véase el libro trascendental de Hernández (2007).

pendientes con este género— quede fuera de mi competencia, puedo dar fe de lo rudimentario, lo reiterativo, lo encorsetado de sus calidades musicales.

Bajo su superficie ahora manchada y envejecida, las ocho planas en que fue vertida la *Canción a la inmortal Dña. Mariana Pineda* que abre esta antología son, pues, joyas de la literatura y de la cultura españolas. Lo son, a decir verdad, y pese a lo humilde y heteróclito de sus apariencias, los cincuenta pliegos de cordel o coplas de ciego que en conjunto editamos: no hay entre ellas ninguna composición menor ni ilegítima, porque todas son teselas significativas del gran mosaico del imaginario del pueblo llano español de finales del siglo XIX y de los inicios del XX.

Hasta el punto de que, si alguien pretende saber cómo pensaba, por qué vías esenciales se informaba, cuáles eran los gustos estéticos, las filias, fobias, complejos, conflictos y estereotipos a los que estaba apegada la gente común, uno de los primeros trabajos por los que debería de pasar es el de la lectura de pliegos de cordel: estos que aquí están, y otros que encontrará dispersos en otros libros, colecciones, archivos. La historia cultural, la historia de las mentalidades, la microhistoria, la sociología histórica, la etnosociología, la antropología del pasado, la biopolítica y tantas otras disciplinas, algunas viejas y otras emergentes, que asedian desde orillas diversas nuestras memorias y saberes, tienen todavía, en este material, un territorio muy ancho que explorar.

Y la filología también, por supuesto. La literatura de cordel es un repositorio ingente de versos —y en mucha menor medida de prosas— que no llegan casi nunca a ser excelentes en el plano técnico-estilístico, pero que sí son, en bastantes casos, de factura interesante, a veces incluso feliz. Y jamás dejan de tener interés: ni en los ejemplos más desmañados, que también abundan. Para los filólogos aficionados al desentrañamiento de fuentes e influencias —en pliegos de esta cuerda encontraron inspiración autores como Pío Baroja, Valle-Inclán, Camilo José Cela y tantos otros—, estas hojillas serán tierra de desafíos y de hallazgos. Para los que se inclinan por cuestiones de métrica, o de fórmulas, o de simbolismos y alegorías, o de léxicos, giros y fraseologías populares, las coplas de los ciegos serán una mina inagotable. Para los comparatistas que deseen hacer el cotejo con sus paralelos europeos, americanos, incluso africanos y asiáticos, un horizonte todavía incógnito e incitante. Para quienes se interesen, en fin, por las sociologías y las ideologías literarias, y por lo que es llamado, en el sentido más amplio, cultura popular, la literatura de cordel será una base de operaciones imprescindible, en tanto que corpus de textos que solo admite el parangón, en cuanto a riqueza y significado, de la prensa que dio noticias profusísimas —de gran sinceridad, crudeza y calidad etnográfica muchas veces— de la vida del pueblo de entonces.

Un guiño amargo, pero también irónico, a su humilde pasado y a su difusión centrífuga ha propiciado que esta fabulosa colección de pliegos sueltos que editamos haya estado durmiendo el sueño de los justos, hasta ahora, en un cajón de la casa de Nicéfora Trujillo Nieto, que está en el remoto —aunque no tan remoto como para que no pudiesen llegar hasta allí los ciegos y sus pliegos— pueblo de Castellar de Santiago, en el sur de la vasta provincia de Ciudad Real. En un confín en que La Mancha castellana se va tornando sierra andaluza. Nicéfora es la depositaria de la colección de ciento doce pliegos —en este libro nos hemos visto constreñidos a seleccionar solo cincuenta— que el carpintero, poeta aficionado y hombre de bien José María López (quien había nacido en 1865) empezó a reunir en los años finales del siglo XIX y en los primeros del XX. Haciendo suya, de ese modo, una costumbre que fue de muchos otros humildes coetáneos, quienes contrapesaron sus pocos años de escuela —si es que

alguna vez la pisaron— con su mucha devoción por las letras —por la prensa de la provincia y las coplas de ciego, básicamente— que se ponían a sus modestos alcances.

En el mismo pueblo de Castellar de Santiago, la señora Luisa Chaparro Velázquez conserva otros 39 hermosos pliegos, heredados de sus mayores, que esperamos poder editar y estudiar algún día. Y quién sabe cuántas colecciones más quedarán, olvidadas en cajones y baúles de más casas de ese pueblo y de otros diseminados por la geografía española. Restos ya fríos, pero fascinantes, de un naufragio que arrastró a todo aquel gremio desdichado de los ciegos itinerantes, y que está terminando, ahora, de llevarse a las últimas personas —los ciegos cantores anduvieron, mal que bien, por los caminos de España hasta la década de 1950, y rozaron incluso la siguiente— que alcanzaron a verlos, oírlos, memorizar y tararear sus coplas.

UNA BIBLIOGRAFÍA TENTATIVA

No es, este prólogo, el espacio más adecuado para trazar una caracterización global, ni para entregar una bibliografía exhaustiva del género de la literatura de cordel, en el que han indagado, desde hace décadas, especialistas más que reputados. Un libro muy reciente, que ha visto la luz en 2015 (Gomis Coloma, 2015), apura casi toda la ciencia y recoge casi toda la bibliografía, grande y pequeña, que han producido unas cuantas promociones de críticos, en especial la que atiende a los pliegos de los siglos XVIII y XIX, lo que me exime de repetir aquí su detalle. Otra monografía aún más reciente, de 2016 y de Vicenç Beltran, dice también todo lo que es posible decir acerca de los pliegos de romances del Renacimiento (Beltran, 2016).

Baste señalar que la colosal bibliografía del libro de Gomis, que es el de miras cronológicas más amplias, da señas —yo solo entremeto ahora unos pocos nombres más, para redondear— de estudios importantes de, entre otros, Ramón Menéndez Pidal, Joan Amades, Antonio Rodríguez-Moñino, Julio Caro Baroja, Jaime Moll, Joaquín Marco, Diego Catalán, Francisco Aguilar Piñal, Arthur L.-F. Askins, Giuseppina Ledda, François Lopez, María Cruz García de Enterría, Giuseppe Di Stefano, Blanca Perrián, Flor Salazar, Pedro M. Cátedra, Víctor Infantes, Henry Ettinghausen, Augustin Redondo, Jean François Botrel, Salvador García Castañeda, Lucienne Domergue, Guy Mercadier, Teófanos Egido, Joaquín Díaz, Luis Díaz Viana, Vicenç Beltran, Roger Chartier, Pierre Civil, Francisco Mendoza Díaz-Maroto, María José Rodríguez Sánchez de León, Joaquín Álvarez Barrientos, Fermín de los Reyes, Sagrario López Poza, Nieves Pena Sueiro, Paloma Díaz Mas, Antonio Castillo, Manuel Peña Díaz, María Ángeles García Collado, José Manuel Pedrosa, Eva Belén Carro Carbajal, Laura Puerto, María Sánchez Pérez, Santiago Cortés Hernández, Claudia Carranza Vera o Antonio Lorenzo Vélez.

A esa nómina tan extensa —que deja al margen a los especialistas en el repertorio, que tiene personalidad propia, de las relaciones de sucesos— podrían ser incorporados algún nombre y alguna referencia que merecen glosas algo más detalladas: José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco, proclives a nutrir sus enciclopédicas ediciones de cancioneros y romanceros poéticos de los siglos XVI y XVII con un sinfín de notas y concordancias que remiten a pliegos poéticos; o Pedro M. Piñero, que en un libro muy reciente, *De romances varios. Metáforas líricas, valores simbólicos y motivos narrativos*, de 2015, ha revelado conexiones muy sugerentes entre el romancero y la lírica tradicionales por un lado y los pliegos de cordel por el otro. No estará de más citar, además, proyectos en marcha, como la catalogación, difusión y estudio de la

inmensa colección de pliegos de cordel y de aleluyas que atesora la Fundación Joaquín Díaz de Urueña (Valladolid); o la recuperación de la gran colección de pliegos en euskera que reunió el etnógrafo Antonio Zavala y que fueron legados al Centro Mitxelena de San Sebastián; o el proyecto «Literatura de Cordel: Mapping Pliegos», coordinado por Juan Gomis, Alison Sinclair y Pura Fernández, que tiene como objetivo crear una base de datos y biblioteca digital de los pliegos de cordel que fueron publicados en España entre los años 1750 y 1950; o el de Jesús María Martínez González, que está haciendo trabajos muy importantes acerca de los impresos populares del siglo XIX; o el que está desarrollando Laura Puerto Moro en relación con pliegos poéticos peninsulares del siglo XVI; o el que atañe a las grabaciones de cantos derivados de pliegos de cordel que están siendo registrados e introducidos dentro del benemérito *Corpus de Literatura Oral* que David Mañero Lozano dirige en la Universidad de Jaén; o el que desarrollamos Agustín Clemente Pliego y yo para editar varias colecciones de pliegos localizadas en Castellar de Santiago —este libro es, de hecho, la primera entrega de ese proyecto—; o mi propio programa de edición y estudio de mis colecciones de pliegos españoles, cubanos, mexicanos y brasileños.

Ahí están, además, las labores de recuperación y estudio de repertorios americanos —no tengo espacio aquí para hablar de los portugueses y brasileños— que llevan a cabo Rodrigo Bazán Bonfil, Aurelio González o Mariana Maserá, entre otros (en lo que se refiere a los pliegos mexicanos), Gloria Chicote (a los pliegos argentinos) o Jaddiel Díaz Frene (a los pliegos cubanos). A los impresos populares judeoespañoles de Oriente dedicaron trabajos inolvidables Samuel G. Armistead, Joseph H. Silverman, Jacob M. Hassán y Elena Romero, entre otros.

Discúlpeme que no añada a cada uno de estos nombres la nota a pie de página que correspondería. Eso trastocaría los planes de hacer de esta introducción una reflexión muy general acerca de este repertorio, y la convertiría en una bibliografía detallada, que es algo que no le corresponde —ni tiene espacio para— ser.

UNA DANZA GENERAL DE LA MUERTE, REGIDA POR EL DIABLO DEL MILITARISMO, EN UNA ESPAÑA CONDENADA

Tampoco es este prólogo el espacio más adecuado para hacer un estudio analítico de cada uno de los cincuenta pliegos que han sido acogidos dentro del volumen. Esperamos que sea, precisamente, su publicación la que propicie la eclosión de estudios que en un futuro hagan mejor justicia a esta producción literaria y cultural.

Ahora es solo el momento de entresacar y de destacar algunas de sus composiciones y versos, para que podamos constatar una de las características que mejor definen el repertorio: su afán de integrar, en un discurso dominado por la ironía y por el afán de crítica de ideologías y de costumbres, todos los géneros, los estados, los oficios, las adscripciones, las formas de ser y de estar en el seno de la sociedad. Porque la literatura de cordel fue, siempre, un repertorio literario y cultural atravesado de ideología, politizado hasta donde le fue permitido llegar, y con ánimo de alcanzar una comprensión global —descriptiva y prescriptiva— de la sociedad.

Claro que su sesgo ideológico y político se vio obligado a dar unos cuantos bandazos a lo largo del tiempo, al socaire de cada circunstancia histórica. Desde que los pliegos de cordel empezaron a circular, muy a finales de la Edad Media, hasta la década de 1560 más o menos (la del remate del Concilio de Trento), las fábulas milesias (inverosímiles, de entretenimiento), de risa y galantes (a veces incluso picantes)

tuvieron, en ellos, una representación muy apreciable. En el tramo final del XVI y a lo largo de todo el XVII la censura fue más estricta, y los impresos de cordel estuvieron mucho más puestos al servicio de las adustas normas religiosas y políticas dominantes: la profusión de fábulas apólogas, milagros que movían a devoción, vidas de santos, pecados y pecadores castigados, exaltaciones monárquicas, batallas imperiales e invectivas contra el infiel restaron mucho espacio, aunque no todo, a los registros más profanos. En el XVIII, y más aún en el XIX y en el XX, a medida que la censura se iba relajando, la literatura de cordel española fue dejándose ganar por asuntos cada vez más extravagantes, o disparatados, o risibles, o exageradamente patéticos (aumentó, por ejemplo, la proporción de pliegos de crímenes horrendos), por galanterías que a veces subían (o bajaban) bastante el tono, y, también, por alegorías con ínfulas de grandes frescos sociológicos, en los que la crítica contra todo y contra todos pasaba con alguna facilidad de la sutileza a la furia. Nunca dejaron de ser cantados, impresos y vendidos, en cualquier caso, aunque en proporciones que fueron menguando, los asuntos religiosos y patrióticos. En nuestra colección, que es bastante tardía, hay, de hecho, una buena representación de ellos.

Detengámonos, para cerciorarnos de algo de lo que llevamos dicho, en la composición que lleva el título de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos*, que se corresponde con el pliego n.º 7 de esta colección. Una denuncia demoledora, que no deja títere con cabeza, entre —como mínimo— quevediana y valleinclanesca, de una España que es crudamente equiparada con un infierno que arde al son de los pronunciamientos a los que tan aficionado fue en el siglo XIX —y en el XX— el estamento militar. De una España condenada, cuyo gobierno había caído en manos de «demonios» —un modo nada sutil de señalar a la élite monárquica y aristocrático-política-militar— obsesionados por alimentar con carnaza joven, campesina y proletaria sus delirios imperialistas:

Señores, en los infiernos
ha habido pronunciamiento,
que los demonios pretenden
formar un gran regimiento.
Así, a todos advierto:
cada cual busque su maña,
y estén con el ojo abierto,
que el diablo anda por España.

«Estén con el ojo abierto, / que el diablo anda por España...». Surge la duda: ¿con el ojo de arriba o con el ojo de abajo? «Cada cual busque su maña», es la única pista o acicate que da el pliego para que cada receptor se lance a la interpretación del equívoco como mejor le parezca. Pero que no se le escape al lector, si se anima a poner en funcionamiento sus «mañas» hermenéuticas, el muy arraigado y castizo sentido figurado (de «incordiar», «fastidiar», «arruinar») que la expresión «dar por... el ojo» tiene en nuestra lengua. No será, además, este el único pliego de cordel en que detectemos esta clase de ojos ambiguos.

El caso es que ese gran y desdichado regimiento —integrado solo por los pobres, no por los ricos— que el diablo de la monarquía títere de los militares y de sus pronunciamientos quiere formar, para «dar por... ojo» al común de la gente, va cuajando en metáfora de la enorme sangría que fue impuesta, por unos poderes públicos corruptos, inmorales y destructivos, a las clases humildes y necesitadas —necesitadas, a

veces, hasta de defraudar o de robar a sus prójimos— dentro de una sociedad cuya sangre más fresca estaba siendo transfundida a los degolladeros de Cuba, Filipinas o Marruecos:

El diablo quiere llevar
a todos los zapateros,
que por suelas a las botas
echan cascos de sombreros.
A todos los taberneros
los llevará el diablo indino,
porque no usan estola
para bautizar el vino.
También a los albañiles
el diablo los va a llevar,
para enlucir el salón
que tienen para bailar.
El diablo va a llevar
a todos los carpinteros:
porque hacen «¡ris! ¡ras!»:
ganan muy bien el dinero.
También se llevará el demonio
a todos los tejedores:
siempre en el telar hilando,
y a la vejez mueren pobres.

«Siempre en el telar hilando, / y a la vejez mueren pobres...»: dos versos heridos y lapidarios, en los que se halla crudamente cifrada la denuncia de una injusticia social que había sido elevada al rango de destino insoslayable de los pobres.

La nómina de los oficios, estados, géneros, edades arrastrados por el diablo del militarismo al holocausto de unas guerras insensatas se hace larguísima, y continúa convocando a nuestro pliego a sastres, escribientes, latoneros, caldereros, alpargateros, afiladores, esquiladores, barberos, periodistas, impresores, moldeadores, ciegos, herreros, hombres, mujeres, jóvenes, viejas, sogueros, molineros. Moraleja: que no había pobre que pudiera escapar del diablo que había sentado sus reales en el gobierno. Ni siquiera las mujeres ni las viejas a las que se dejaba en la retaguardia, pero a las que la expropiación de hermanos, hijos o nietos convertía, también, en víctimas del cataclismo.

Especiales significado y agudeza, por autorreferenciales, tienen las estrofas que están dedicadas a impresores, moldeadores —oficiales que hacían y manejaban los moldes en que se fundían los tipos de imprenta— y ciegos: es decir, a los responsables de la fábrica de hacer y de cantar aquellos mismos versos.

Al impresor se le critica, con ironía y complicidad —y con justicia, porque los pliegos no solían ser dechados, precisamente, de pulcritud editorial—, que no siempre fuera capaz de componer de manera ajustada las letras, ni de distribuir bien los contenidos de sus páginas. Al moldeador se le compadece por lo singularmente injusto y absurdo de su condena: «me llevan al infierno / porque soy buen moldeador». Aquello sí que era prueba de un trágico callejón sin salida: ¡ir al infierno por ser bueno en lo suyo! El ciego se ríe de su propia discapacidad cuando recicla el chiste, tan socorrido, de «los ciegos embusteros / *que dicen lo que no ven*», y se concede a sí mismo (para animar al auditorio a que le invite, por supuesto) el acicate de «un buen vino de

Navarra, / y un salón para dar baile» en ese infierno de abajo que no tendría nada de extraño que fuera, para él, más amable que el infierno de acá arriba:

También a los impresores
 el diablo los llevará,
 porque unas veces ponen de menos
 y otra vez ponen de más.
 También a los moldeadores
 el diablo los llevará,
 porque tienen los modelos
 de la gente que hay allá.
 ¡Ay, qué dolor, ay, qué dolor,
 que me llevan al infierno
 porque soy buen moldeador!
 A los ciegos embusteros
 que dicen lo que no ven,
 para que den un concierto
 al infierno van también.
 El diablo a estos los prepara,
 que no han hecho daño a nadie,
 un buen vino de Navarra,
 y un salón para dar baile.
 ¡Qué diré yo, qué diré yo,
 que me llevan al infierno
 a cantar una canción!

El tenebroso pliego de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos* remata con una síncopa muy atrevida, que pone en dramática contigüidad a los más culpables y a los más inocentes. Los peores —puesto que a los reyes y políticos más valía no señalarlos con el dedo, aunque estarían en la mente de todos— eran los banqueros:

A todos los usureros
 quiere llevar por el alambre,
 que no les importa un pito
 ver morir al pobre de hambre.

Los mejores: los labradores, que, si se libraban (relativamente) de las levas infames y de las condenas indiscriminadas era porque alguien tenía que quedarse detrás, regando con su sudor el pan que comían todos:

Honremos los labradores:
 a estos no los va a llevar:
 a costa del labrador
 todos comemos el pan.
 ¡Ay, labrador! ¡Ay, labrador!,
 que hasta los pájaros comen
 a costa de tu sudor.

El colofón del pliego es una adivinanza que de jovial tiene solo la apariencia, porque tras ella no se vislumbra ni luz ni solución:

El autor de este papel
es un noble riojanito:
si queréis saber quién es,
le llaman el Templadito.

«El Templadito». Una firma que no llega a ser siquiera un nombre, sino tan solo un apodo, y además en diminutivo. Una doble alienación, asumida por la voz cantante más como destino con el que hay que conformarse que como estigma —que también lo era— que mancha la dignidad de la persona sin derecho a nombre y pone fuera del alcance el estatus de autor literario. Una claudicación resignada y hasta bienhumorada ante los desprecios y humillaciones convertidos en modo de vivir.

Para quienes leemos desde la tribuna de la posteridad, supone una gran pérdida no poder conocer el nombre real y las circunstancias de la vida del poeta que urdió una danza de la muerte tan sarcástica y tan memorable como es la que encierra el pliego de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos*. Cierto que el estilo de sus versos deja muchísimo que desear: los desajustes, las torpezas, los anacolutos, son incontables. «El Templadito» debió de ser lo que muchos entendemos por un *poeta popular* en toda regla: un sujeto de escasa formación técnica; de dotes e inspiración irregulares, puesto que hubo poetas populares buenos, regulares y malos —el nuestro fue muy bueno en el diseño de la estructura, y mediocre en el detalle estilístico—; y de grandes vocación y compromiso —en ello les iba el pan que comían cada día— en los planos de la composición y de la comunicación y venta de sus versos. Muchos poetas populares medraron, y alguno hasta se profesionalizó, aunque muy precariamente, al calor de las imprentas que producían a ritmo incansable los pliegos de cordel. Entre ellos debió de haber de todo: jóvenes arribistas con ínfulas de poetas buenos pero que se quedaron a mitad de camino, viejos resabiados que llevaban toda la vida escribiendo poemas mediocres y que lograban colar de vez en cuando alguno en las imprentas, periodistas venidos a menos o pluriempleados, impresores que escribían para ahorrarse la subcontratación de otros, y ciegos que dictaban de memoria sus versos y encargaban su traslado a pliegos que comercializaban ellos mismos. Los ciegos eran los que más en contacto estaban con el público, los que mejor conocían sus gustos y sus reacciones, los que sabían qué tipo de versos, y con qué pulido y qué cantilenas, funcionaban mejor o peor. Muchos de los pliegos de cordel que estuvieron en circulación salieron directamente de su musa.

No sabemos a qué categoría pertenecería exactamente «El Templadito» autor de nuestro pliego, aunque su apodo podría muy bien ser el de algún ciego músico, cantor y hasta borrachín, lo cual no resultaba nada atípico dentro del gremio. De *templar* da el diccionario académico, entre otras, las acepciones de «disponer de un instrumento de manera que pueda producir con exactitud sonidos que le son propios» y de «emborracharse un poco».

Lo cierto es que, como alegoría biliosa de su tiempo, y con todas sus imperfecciones estilísticas, esta copla de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos* bien puede ser puesta —y adelantar incluso en crudeza, sinceridad, visceralidad— al lado de muchas páginas desengañadas de Galdós, Clarín, Valle-Inclán, Baroja o Gutiérrez Solana.

Además, y aunque esto no pudiese saberlo quien firmaba como El Templadito, su defensa de los labradores frente a los militares, en el marco de una reflexión sobre el presente y el futuro de la patria, era heredera de una venerabilísima tradición literaria, que se hallaba ya muy claramente acuñada en el llamado *Certamen de Homero* y

Hesíodo, un texto griego que se ha conservado en una redacción del siglo II d. C., pero cuya primera versión venía de los siglos IV-V a. C. En él, la vehemente defensa de la agricultura que hizo Hesíodo en un concurso poético se impuso, en el plano moral al menos, a la defensa de la guerra que urdió el mismísimo Homero³. La controversia entre defensores de la agricultura y de la milicia perduró durante siglos, y reverdeció muy notable y polémicamente durante los siglos XVIII y XIX en toda Europa.

Aunque casi nada sepamos acerca de El Templadito, excepto que hay muchas probabilidades de que fuera un ciego que componía, mandaba imprimir y luego cantaba y comercializaba sus coplas, no nos resulta difícil imaginarlo arrastrando sus harapos y su voz por imprentas y caminos, y vindicando, en la vida y no solo en la literatura, a los desdichados labradores frente a los diablos de los militares, en el marco de las disputas políticas entre las izquierdas y las derechas, los socialistas y los burgueses, los pobres y los gobernantes, que tensaron la época.

Entre los futuros que soñaría El Templadito no estaría, desde luego, el de que alguien le fuera a conferir algún día el título de autor literario, ni el de que —a falta de nombre— su apodo quedaría escrito, en letras de imprenta, junto al de los más clásicos.

UN SASTRE ÉPICO-BURLESCO QUE LE SACA EL CORAZÓN AL ORGULLO PATRIO

Francisquillo el sastre. Nueva relación de los desafíos, hazañas y valentías del más jaque de los hombres es la composición que ocupa el pliego oncenno de nuestra colección. Otro poema anónimo y de autor presumiblemente popular, pero escrito en un estilo mucho más dúctil y cuidado que el de El Templadito que nos acaba de entretener.

Por supuesto que, al igual que sucedía con *El diablo está en España y nos va a llevar a todos*, *Francisquillo el sastre* recicla tradiciones narrativas de raíz folclórica que venían de muy atrás. En su trasfondo están, de manera singular, las muchas fábulas que corrían por ahí acerca de sastres de proverbiales e hiperbólicas cobardía o valentía (véase Pedrosa, 1995), que eran muchas veces utilizadas para poner en entredicho los valores patrios, o más bien los discursos patrioterros de la parte más biempensante e hipócrita —instituciones, élites— de la sociedad. Y no solo eso: *Los desafíos, hazañas y valentías de Francisquillo el sastre* entran de lleno, también, dentro del género, muy arraigado en el repertorio folclórico internacional, de los cuentos de mentiras en primera persona. Y más en concreto, de los cuentos de hombres de armas fanfarrones y bravucones, que nos son conocidos desde la antigüedad. Por las venas de este sastre matón, al que veremos dar tizeretazos contundentes por España, África o Turquía, circula sangre, entre otros, del *miles gloriosus* de Plauto, de los bizarros soldados españoles sobre los que se edificó el género literario de las rodomontadas, del inventivo y alemán Barón de Münchhausen, y de tantos otros héroes de pega que han paseado sus armas ridículas por un sinnúmero de tradiciones literarias, orales y escritas (véase Pedrosa, en prensa).

También es cierto que bajo el humor en apariencia frívolo y chispeante de nuestro sastre late un volcán de ira, amargura, nihilismo, afán de denuncia. Es difícil imaginar una enmienda a la totalidad de la sociedad española, de sus glorias nacionalistas, sus aristocracias aparatosas —desde Carpios y Ponces de León hasta Guzmanes y Carreros— y sus momias más ilustres, que la que se empeña en eviscerar, con sus

³ Véase Hesíodo (1978). Sobre la defensa de la agricultura en la España del siglo XIX y comienzos del XX, véase Izquierdo Martín y Sánchez León (2010) y la bibliografía a la que remite.

ridículas tijeras, el sastrecillo de veinte años que sale a comerse el mundo con más ínfulas que las que llevaron los conquistadores a América y los tercios a Flandes:

Salga el acero a brillar,
pues soy hijo del acero;
hijo soy de Pedro el sastre,
y nieto soy de mi abuelo.
Francisquillo soy el sastre,
el que a nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heroicos hechos.
Venid aquí, forradores
de palos con los pellejos,
pantomismistas de lunes,
revolvedores de pueblos;
llegad los de la madera,
fanfarrones carpinteros,
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros;
tejedores, hiladores,
juntaros con los barberos,
y salid con este al campo,
que tiene perdido el miedo;
labradores, hortelanos,
y esforzados molineros,
hoy os desafía un sastre
que tiene la sangre hirviendo;
vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros,
que a un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento;
venga Bernardo el del Carpio,
ese guerrero soberbio,
con su espada y su rodela
que no le teme este cuerpo;
venga el moro Brabonel
ese jaquetón lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo;
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldán y Oliveros,
y hasta Carlo-Magno venga
si perder quiere el pellejo;
vengan hoy todos los guapos
lleguen aquí barateros,
venga el soberbio más grande
capitán de bandoleros;
vengan los Ponce de León,
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hijos-dalgos
ponen los pies en el suelo;
venga aunque sea Luzbel

con todos sus compañeros,
 que a estocadas les haré
 que vuelvan a los infiernos;
 y pues nadie venir quiere
 pues todos me tienen miedo,
 veréis hazañas de un sastre
 que ahora contarlas quiero...

El sastrecillo de tijeras fáciles no encontrará la menor dificultad, después de esta atronadora declaración de intenciones, en matar primero a un granadero gigantesco, y a continuación a catorce guardias civiles. Cuesta trabajo admitir que, en la España decimonónica, unos asesinatos de ese cariz pudiesen encontrar reflejo en el papel impreso, por más barniz de broma que se les echase encima, y por más despistada que anduviese la censura. Pero ahí han quedado, esos versos y otros aún más gruesos, desafiando nuestra capacidad de asombro. Cervantes se quedó mucho más corto cuando dejó solo magullados y no muertos, por el hidalgo demente y por su escudero —en la que fue quizás su aventura más épica—, a los dos guardianes que custodiaban la cuerda de los galeotes en el capítulo I, XXII del *Quijote*.

¿Puede haber forma más sutil, al tiempo que más escandalosa, que esta que quedó disimulada entre las veras y bromas de *Periquillo el Sastre*, de pulverizar los valores y las representaciones sagradas de la patria?

Apenas cumplí veinte años,
 salí un día de paseo,
 como me hallaba en Madrid,
 hasta el puente de Toledo.
 Llegué a un juego de cané
 que había mucho dinero,
 y pregunté quién cobraba,
 los ochavos muy ligero.
 Un granadero salió
 de los del morro con pelo,
 que por habano en su boca
 podía llevar mi cuerpo.
 Le dije: «ponte en defensa».
 Y me respondió: «Trastuelo...»;
 saco al punto mis tijeras,
 y él el sable sacó luego.
 Pero le aprovechó poco,
 que a los dos golpes primeros,
 el pescuezo le corté
 como si fuera de sebo.
 Sin pena ni sobresalto
 fui siguiendo mi paseo,
 y llegue a Carabanchel
 a beber el vino fresco.
 Catorce guardias civiles,
 incluso con su sargento,
 llegaron a mí a prenderme
 y me dicen: «date preso».
 Por cima brinqué de todos,

y ellos disparan a un tiempo,
 mas ninguno me tocó,
 y fue tener mal acierto.
 Siendo tan buena ocasión,
 tiro al punto de mi acero,
 y a todos los despaché:
 «este quiero, este no quiero».

No contento con la aniquilación de granaderos, guardias civiles y otros tótems sagrados de la nación, y acompañándose de saltos y alardes que podrían haber sido diseñados por los guionistas más inventivos de Hollywood, Francisquillo el Sastre se lanza, a la carrera, a acabar con treinta y ocho paisanos de Toledo, diez ladrones de Despeñaperros, cuatro jóvenes pintureros de Málaga y diez moros de Tánger. Un aperitivo, en comparación con lo que vendría a continuación: porque en Argel encontró ocupación durante un mes y medio, «mandando todos los días / cuarenta y cinco al infierno»; y en Constantinopla hizo tal escabechina que los turcos que cayeron ante sus tijeras fueron «pasados de veinte mil».

En algunos trabajos que he publicado acerca de la poética de lo heroico afirmé que el héroe se caracteriza por estar siempre en movimiento (y poniendo en movimiento a personas y objetos), y por la pérdida de su estatus épico cuando, por accidente intermedio o por conclusión de su epopeya, queda inmovilizado. También me hice eco de que el héroe civilizador por excelencia es aquel que se mueve a toda velocidad, por geografías muy dilatadas, eliminando oponentes, gigantes y monstruos, y apartando de ese modo las tinieblas del caos de las luces de la paz y de la civilización (véase Pedrosa, 2005-2006 y 2007). El caso es que nuestro sastre matón, que de un salto se planta de Madrid en Toledo, y de otro pasa de Argel a Constantinopla, limpiando el mundo de oponentes que a él le parecen indeseables, parece moverse a más velocidad y con más efecto de lo que lo hicieron Odiseo, Eneas, el Cid y don Quijote, todos juntos.

Y sumando gestas más resonantes. Hasta el —sin duda muy impresionado— auditorio español y pueblerino del ciego que vocearía las hazañas del temible Francisquillo por las calles tendría buenas razones para vigilar y temer que no anduviese rondando por allí aquel superhombre de tijera insaciable:

No hablo más porque no quiero,
 y nadie me contradiga
 si conservar quiere el cuerpo,
 que mis entrañas están
 peor que rabioso perro,
 que en sacando mis tijeras
 que son dos armas a un tiempo,
 pincho, corto y entresaco
 las entretelas del pecho.

El colofón de estos atrevidos *Desafíos, hazañas y valentías de Francisquillo el Sastre* reincide en el equívoco de la autoría no reconocida, los nombres ambiguos, las memorias quebradas, el agotamiento al final de una larga jornada de andares por los caminos y de cánticos por las plazas. De la risa —o la tristeza— en parte humillada y en parte desafiante con la que el ciego poeta y cantor no tenía más remedio que considerarse a sí mismo:

Aquí dan fin mis proezas,
mis arrojos y mis hechos:
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo,
Que al que se muere le entierran,
como sucedió al tío Prieto,
que nadie se acuerda de él,
ni yo tampoco me acuerdo.

LA GUERRA DE LOS SEXOS: COPLAS DE MUJERES (APÓCRIFAS) CONTRA LOS HOMBRES, Y DE HOMBRES (REALES) CONTRA LAS MUJERES

La crítica de los de abajo contra los de arriba, de las clases subyugadas contra las clases dominadoras, era la traviesa esencial —combinada, en algunas estrofas, con la violencia social entre prójimos— de la alegoría fúnebre de *El diablo está en España* y de la farsa carnavalesca de *Francisquillo el sastre*. Las composiciones que nos van a ocupar ahora, la *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres* y *Las persecuciones de las pulgas a las mujeres en graciosas boleras*, siguen teniendo mucho de danzas generales de la miseria y de sus víctimas, con pretensiones de sátira de espectros de la población muy amplios; pero con la diferencia de que proyectan su crítica más bien en horizontal, utilizando el vector, tan socorrido, de los conflictos de género.

La *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres (Primera parte)* está recogida en el pliego sexto de nuestra colección. Su lente sigue puesta sobre el pueblo bajo y, de manera más específica, sobre el gremio de los *artistas*. Etiqueta que aplica al gremio de los artesanos y trabajadores manuales, y que destila, por un lado, ironía, y por el otro, pretenciosidad, ya que los *artistas* de la plebe masculina a los que increpan las mujeres que se expresan presuntamente a través de sus versos son, todo lo más, *artistas* del engaño y del fraude: taberneros que *bautizan* el vino con agua fraudulenta, barberos que no afilan las navajas por escatimar la propina del afilador o del herrero, zapateros que usan materias primas de calidades ínfimas, sastres que sisan, panaderos que blanquean la masa con agua de cal, carniceros que abusan del relleno del hueso y del sebo, albañiles que dejan las dependencias domésticas peor de lo que estaban...

Se echa de menos, por supuesto, alguna censura contra los *artistas* del robo instalados en las alturas (reyes y nobles parásitos, militares cargados con sus espadas, políticos corruptos, funcionarios vividores, clero enriquecido, etc.). Pero este pliego de la *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres* se ciñe, por lo que se ve, a la crítica más fácil, y carece de la conciencia social a flor de piel y del afán de denuncia que, aunque soterrado, aguzaba los dos pliegos que ya hemos analizado.

Por economía de espacio no voy a transcribir la recua de versos ingeniosos que blande nuestra copla contra una larga nómina de oficios viriles y serviles. Pero sí pondré de relieve que, casi al final de la composición —cuyo diseño poético resulta francamente débil y desequilibrado: su autor fue un poeta popular de la categoría de los mediocres—, se aprecia un cambio de tercio abrupto, cuando los representantes de los oficios masculinos, que primero habían sido criticados por el ejercicio inmoral y fraudulento de sus ocupaciones, pasan a serlo en su condición de cornudos coronados por obra y gracia de sus señoras esposas:

Todo el comisionado,
 encajeros y arrieros,
 comerciantes de ganado
 salen de viaje luego.
 Su esposa ha quedado
 sola sin cuidado;
 le suele salir
 un buen parroquiano;
 cómo se divierte,
 buen lujo gastando,
 y el pobre marido
 pasando trabajos.

En cuanto el marido viene
 del viaje descuidado,
 él, al entrar por la puerta,
 tropieza con el tejado.
 La dice a su esposa
 un poco enfadado:
 —¿A qué has permitido
 bajar el tejado?
 Y ella le contesta:
 —Calla, so atontado:
 si es que has crecido
 desde que has marchado.

El pliego de la *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres* se acerca a su final con un golpe bajo al esclavizado trabajador del campo, en tanto la mujer «le hace presidente de la cornamenta». Qué tono tan diferente de *El diablo está en España...*, que reivindicaba vibrantemente, al final, la dignidad del hombre campesino. Y remata con un regreso no demasiado coherente —su autor vuelve a probar que no fue un poeta de muchas mañas— al registro primero, el de los tenderos y las tenderas que defraudan a sus prójimos, tan míseros como ellos, en el despacho del aceite.

La presunta voz femenina que habría detrás de todo este artilugio es, a todas luces, una ventriloquía falsa, impostada, tras la que se intuyen tics y estereotipos de poeta macho y misógino. De hecho, atribuir a las mujeres el solo rasgo de inteligencia de saber poner los cuernos a sus esposos no es apuntar ningún mérito en su cuenta, y sí añadir una tacha más de las que solía desgranar el catecismo machista más manido. Porque de los hombres dados a poner los cuernos a sus esposas, que tampoco faltaban, no se dice ni una palabra.

Puede que lo más justo sea decir, sacando la suma de todo, que esta copla de la *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres* es una cínica celebración de lo adulterado y lo fraudulento: de los gremios masculinos de clase baja que medran gracias a la adulteración de sus productos; de las mujeres que convierten sus relaciones de amor en adulterio; y hasta de los poetas que escriben para los pliegos de cordel simulando voces de mujer tras las que había emboscadas plumas de hombre. La pintura que hace es, en fin, la de una sociedad putrefacta por su base —por la masculina y por la femenina—, no por unas alturas a las que no se atreve a señalar, pero cuyo silencio, o indiferencia, o pasividad, o indolencia, no dejan de resultar significativos.

Viremos ahora hacia *Las persecuciones de las pulgas a las mujeres en graciosas boleras*, que es el pliego octavo de nuestra colección. Y subrayemos unos cuantos versos que pasan maliciosa revista a las mujeres en primer lugar, pero también, enseguida, a hombres, estados, oficios y edades que van quedando atrapados en un caleidoscopio cruel que no perdona a casi nadie. Igual que sucedía en la *Crítica de los artistas que han sacado las señoras mujeres*, los objetivos y la perspectiva de esta parodia quedan, al final, confusos y emborronados, por culpa, una vez más, de la técnica deficiente del poeta popular que escribiera los versos, y que no fue ninguna lumbrera. Ni en la primera composición (*Las persecuciones...*) son satirizadas de manera exclusiva las mujeres, ni en la segunda (*La crítica...*) lo son de manera centrada los hombres. Todo queda embrollado en un pim-pam-pum del que no emerge una misoginia clara ni un feminismo perfilado, en que ni mujeres ni hombres pueden ir ni para adelante ni para atrás, ni escapar de la violencia del todos contra todos. En parte porque la vida era así, y en parte porque, con poetas tan mediocres, tampoco podía ir a mejor.

Cantan, en seguidillas con bordón, apócrifas pulgas, o quizá fuera mejor decir que disfrazados pulgones:

Vivimos con gran gusto
con las solteras,
porque en buscarnos gastan
horas enteras.
Y es una risa
verlas mirar los pliegues
de la camisa.

A las viudas las miramos
con gran compasión,
porque siempre las vemos
llenas de aflicción.
Pues han perdido
los placeres y gustos
que da un marido.

A las buenas beatas
bien les picamos,
hasta que el sufrimiento
se lo apuramos.
Dan un suspiro
y dicen: «Dios nos premie
este martirio».

Cuando una madre al hijo
le da la teta
entonces le picamos
a rienda suelta.
Porque ellas temen,
si se rasca, que el niño
luego despierte.

En su celda a las monjas
no les picamos

porque al punto nos cogen
y nos dan mato.
Pues sin clemencia
nos retuercen el cuerpo
sus reverencias.

Muy contentas picamos
a cualquier hombre,
porque todos son lindos,
buenos y nobles.
No nos inquietan,
sacuden sus pañuelos,
luego se acuestan.

A los frailes picamos
con gran libertad
cuando están en los actos
de comunidad.
Pues aunque quieran,
no pueden por entonces
darnos carena.

Picándole una noche
a una albañila,
se hirió de una uñarada
una costilla.
Pero el marido,
cogiendo un palustre,
le bruñó el sitio.

Picamos a la esposa
de un zapatero,
y al tiempo de rascarse
se le fue un cuesco.
Y el marido fue
y le rascó las pulgas
con el tirapié.

A las durmientas damos
muy buen despacho,
pues hay mujer que duerme
más que un borracho.
Luego, con ceño,
dicen que no las dejamos
coger el sueño.

Con quien vivimos libres
es con los viejos,
porque nos escondemos
entre el pellejo.
En tanta arruga
tenemos la guarida
siempre segura.

A todas les picamos
 algunos ratos,
 solo las mujeres
 pagan el pasto.
 Porque son otras
 tan locas y tan vivas
 como nosotras.

Hago un breve excursio para dejar solo apuntado que las pulgas indiscretamente aficionadas a partes secretas, muy en especial de mujeres, han asomado en muchos otros poemas burlescos —escritos por hombres, y con ópticas, como mínimo, machistas— de nuestra literatura. Una *Alabança de la pulga* de Juan de Jarava; una *Epístola de una pulga* que algunos atribuyen a Gutierre de Cetina y otros a Hurtado de Mendoza; varias estancias de *La Dorotea* y un soneto del *Tomé de Burguillos* de Lope de Vega; algún verso de Quevedo; las *Liras a una pulga* de Castillo Solórzano; los *Cuartetos en loor de la pulga* de Tárrega; unos madrigales burlescos de María de Zayas; y diversos poemas anónimos o de atribución confusa, se hallan enhebrados en esa tradición, que a veces miraba hacia los modelos de la latina *Elegia de Pulice* que fue atribuida al mismísimo Ovidio —aunque se cree que fue compuesta en torno a 1200—, o hacia el italiano y renacentista *Capitolo del Pulice* de Lodovico Dolce⁴. Ingeniosísimo, pero muy poco tenido en cuenta, es el anónimo villancico glosado de *La pulga* («Coraçón, una pulga me come. / ¡Ay!, matámela si soys hombre»), que se halla en el Ms. 17.557 (f. 95) de la Biblioteca Nacional de España (editada en Herraiz y DiFranco, 2010: n.º 22).

De tiempos más recientes son desde un pliego de cordel de los inicios del XIX titulado *Relación burlesca intitulada suceso de la Pulga compuesta por don Agustín Nieto* (Córdoba: en la Imprenta de D. Rafael García Rodríguez, s. d.), hasta varios cuplés, coplas y canciones picantes de *La pulga*, algunos de las cuales fueron adaptados del francés y del italiano al español desde finales del siglo XIX en adelante⁵. Una de las menos conocidas y de las más felices es la que se halla inserta en la revista *Cinematógrafo nacional* (1907), que tenía letra de Guillermo Perrín y Miguel de Palacios, y música de Gerónimo Giménez.

Aquellas chispeantes canciones de *La pulga* solían estar puestas en boca de mujeres y ser cantadas por las *vedettes* y cabareteras de turno, con sugestivo acompañamiento de gestos y picardías, que provocaban erupciones de risas —y a veces hasta solícitos ofrecimientos de colaboraciones despulgadoras— entre las clientelas masculinas. Todo un complejo ceremonial de la miseria al tiempo que de la risa, y de la misoginia pasiva y activa; y un teatro en que la mujer estaba arriba y cantaba, y los varones estaban debajo y tenían intervenciones, todo lo más, secundarias, y en que ella pedía primero ayuda pulguicida al cliente y al momento lo desdeñaba, lo que provocaba la ilusión de encumbramiento de ella. Un juego caleidoscópico, en fin, de dominaciones y sumisiones, que por un rato funcionaba como catarsis pero que no dejaba de ser, siempre, un sórdido negocio de compraventa, al final del cual la mujer quedaba un peldaño más abajo que el varón en la escala de la miseria.

⁴ Véase Blázquez Rodrigo (1995: 47), Labrador Herraiz, DiFranco y Montero (2006: 33-34) y Mosquera de Figueroa (2010: 86-89).

⁵ Véanse Salaün (1989: 343-344), Anastasio (2009: 7-8) y Navarro (2015: 24-29, 85-101 y 193).

Por supuesto que, al final de toda aquella dilatada tradición, o mejor dicho, en el origen de todo, se hallaba el manantial fecundo de la canción tradicional, del que casi toda otra poesía ha salido. He aquí un rápido muestrario de la lírica folclórica, con pulgas incorporadas, que ha seguido siendo cantada hasta casi hoy en nuestros pueblos. Vagidos últimos de la que debió acompañar y hacer reír a nuestros mayores desde tiempo inmemorial:

El demonio son las pulgas,
que no tienen religión;
se acuestan con las muchachas:
lo que no consigo yo.
(Calvo González, 1998: 285).

Debajo del badajo
de la campana
se sacude las pulgas
la sacristana.

Cuando una mujer la pica
una pulga en la grillera,
echa los cinco faciosos
y la coge prisionera.

A las viejas las pican las pulgas,
porque tienen las carnes muy duras;
y las corren por los costillares:
no son pulgas, que son animales.
(Manzano Alonso, 2001: 312, 320 y 333).

Una pulga me picó
en la punta del emblico;
si me pica más abaxu,
el mundio será perdido.

A una moza le picó
una pulga en la rodilla,
mejor la picara yo
cuarta y media más arriba.
(Suárez López, 2005: n.^{os} 119-120).

Yo quisiera ser pulguita
para colarme en tu cama
y subir por tus piernitas
pa' darte una picotada.
(Bravo, 2007: 205).

A una vieja
se le metió una pulga
en la alacena.
Como picaba,
pos se metió el deo
para cazarla.

Con alegría
la vieja bien saltaba
y así decía:
es cosa buena,
que se meta la pulga
en la alacena.
(Domínguez Moreno, 2007: 156).

Morenitas son las pulgas
que duermen contigo en cama
y gozan de tu hermosura
de la noche a la mañana.

Yo con las pulgas
ando reñida,
porque me pican
después de dormida.

Yo con las pulgas
ando enfadada,
porque me pican
después de acostada.

Yo con las pulgas
ando a cachetes,
porque me pican
después de las siete.

Una pulga me picó, pirulí,
a la punta del ombligo;
si me pica más abajo, pirulí,
tol mundo queda perdido.

Ris con ras, cataplás,
yo tengo un tres,
pirulí, tras tras;
a mi novia le picó, pirulí,
una pulga en la rodilla;
cuándo le picaré yo, pirulí,
cuarta y media más arriba.
(Panero, 2008: 23 y 54).

Añado dos adivinanzas folclóricas llenas de chispa —su solución es, obviamente, «la pulga» —, para cerrar este picajoso epígrafe:

Aunque soy chiquitita,
hago levantar la falda
a las mujeres bonitas.
Las pico y las repico,
las dejo tan repicadas,
que cuando marchó me dicen:
¡qué lástima que te vayas!

Tan bien pica y repica,
la chiquitita y revoltosa,
que hace levantar tas faldas
hasta a las mejores mozas.
(Cañibano, 2009: n.ºs 38 y 206).

LA MISOGINIA COMO IDEOLOGÍA EXCLUSIVA

El título del epígrafe anterior, «La guerra de los sexos: coplas de mujeres (apócrifas) contra los hombres, y de hombres (reales) contra las mujeres», podría llevar a la ilusoria conclusión, si no hubiera quedado sembrado de cautelosos paréntesis, de que la literatura de cordel pudo ser campo de batalla y espacio de resistencia de la voz de las fêmeas contra la de los machos. Pero nada hay más lejos de la realidad, aunque se quisiese dar esa impresión en ocasiones, fingiendo que había mujeres que escribían coplas y que criticaban desde ellas a los hombres.

La literatura de cordel fue un género escrito y producido por hombres, que eran los únicos que detentaban la autonomía social y profesional que se precisaba para ello. Y destila misoginia por los cuatro costados, al margen de que en ella hablen de manera explícita los hombres, o de que simule, en falsete, voz de mujer. El machismo de que está impregnada llega a ser, en ocasiones, tan burdo como el que proclaman los versos que en seguida vamos a conocer del pliego noveno de nuestra colección, el de *El ojo abierto que se han de tener los hombres cuando traten con las mujeres. Sátira nueva*.

Permítaseme, antes de reproducir algunos de sus versos, llamar la atención sobre este segundo y sospechoso ojo en singular que nos sale al paso. *La precaución que han de tener los hombres cuando traten con las mujeres* sería la trasposición e interpretación más normales e inocentes de ese título. *El ojo abierto de abajo que han de tener los hombres cuando traten con las mujeres, para que ellas les den por él*, podría ser otra interpretación, menos normal y menos inocente, pero autorizada por el precedente del *ojo* que ya hemos conocido páginas atrás, por la abundancia de *ojos* ambiguos y sufridos que pestañean en la literatura de cordel, por lo común e incluso castizo, en nuestra lengua, de la expresión *dar por... el ojo* como sinónimo grosero de molestar o fastidiar, y por la clave sarcástica en que hay que entender, claro, toda la composición:

Todo soltero me escuche
las letrillas de esta plana,
que voy a decir verdades
de lo que pasa en España.
Voy a dar principio
por las doncellitas,
que, aunque sean feas,
parecen bonitas.
Parece mentira
que así pueda ser,
en estas letrillas
nos lo han de hacer ver.

De seis años son muchachas,
niñeras son a los diez,
a los doce los paseos
frecuentan alguna vez.

Forman un palique
con Juan y con Pedro,
con Manuel y Andrés,
con Francisco y Diego.
Así se adelantan
en estos recreos,
por dejarlas ir
mucho a los paseos.

De trece a catorce años
piensan buscar un marido,
y por no ser menos que otras
tratan de hacerse un vestido,
Lo hacen elegante
de rico percal,
pero las enaguas
son de algún costal,
Si le digo todo
me muero de risa,
mucho de percal,
poco de camisa [...]

Todas las recién casadas
disfrutan un gran placer:
por estar con los maridos
no se acuerdan de barrer.
Pero estas se visten
tarde a la mañana,
y luego a la tarde
descubren la cara.
Se van a fregar
a eso de las tres;
su esposo, enfadado,
la pega un revés.
El vestido sucio,
roto y sin coser;
hay muchas que sopas
no saben hacer.

Un amigo me decía:
»¡lo que sabe mi mujer!
asa huevos en la lumbre
y no se pueden comer.
Pero es tan astuta
y pone un guisado
que siempre lo saca
todo avinagrado.
Una tarde fuimos
dos a merendar:
nos puso los platos
todos sin fregar.

Las hay que a sus maridos
lo mandan a trabajar
y todo el día lo tienen
con media libra de pan,
Ellas chocolate,
sus buenas costillas,
llevan a las diez
para el medio día.
Tocino y carnero
llevan de continuo;
sus buenos garbanzos
y un jarro de vino [...].

Cuando una se queda viuda
sale otra vez a danzar:
la que antes era Bernarda
lo quería disimular.
Se pone compuesta
con rico vestido
que quiere alcanzar
segundo marido;
se mira al espejo,
se sale a la plaza:
esto le sucede
hasta que lo alcanza.

El desenlace de estas coplas de *El ojo abierto que se han de tener los hombres cuando traten con las mujeres* vuelve a incurrir en el artificio de la autorreferencia, porque da voz al ciego que canta las coplas —y que se lamenta, con misoginia acérrima, de la presión familiar y social que le empuja al matrimonio con alguna mujer— y, a continuación, a una fémmina que le echa en cara lo deslenguado que ha sido con respecto a las de su género:

En las últimas letrillas
si me escucha algún soltero
le dirá al que está a su lado:
«¡Qué verdad nos dice el ciego!».
Yo de buena gana
no me casaría,
pero me aconsejan
mi hermana y mi tía;
si me quedo solo,
me obliga el casar,
que de esto ninguno
se puede librar.
Ya no alcanza más mi pluma
porque soy poco letrado,
y quien pone estas letrillas
es un ciego aficionado.
—No nos pongas más
—dice una mujer—,
que si no, te quito

tintero y papel.
Y toma la perra
que pides por él.

Fascinante colofón, de perturbadoras implicaciones metapoéticas y sociológicas, que culmina con el gesto de esa mujer que, pese a declararse maltratada por la lengua del ciego, acaba entregándole dinero a cambio de la copla en que ella y su género son infamadas. Lo que a nosotros se nos puede antojar una grosera agresión misógina del ciego y de su copla, y un arranque de compasión equivocada de su víctima, es, en realidad, señal de algo aún peor: del estatus de normalidad que la vejación contra la condición femenina había alcanzado en aquella sociedad en que las mujeres se veían impelidas a aceptar tales agresiones con resignación y buen humor, abonando además, y con la mejor de sus sonrisas, los costes.

Los guiños atravesados de tensión pero también de complicidad entre el ciego y su presunto auditorio femenino pueden ser percibidos, con más claridad aún, en la *Relación chistosa titulada Todas me gustan, seguida de otra seria, cuyo título es Desengaños de las doncellas*, que viene en el pliego décimo de nuestra colección. El de la *Relación* y el de los *Desengaños* son dos romances de orígenes, poética y tonos autónomos, cuyo maridaje debe ser fruto de algún mero accidente editorial.

La *Relación...* es composición tortuosa, de una gran complicación de planos, porque la voz cantante, en la que se solapan el autor, el narrador y hasta el ciego cantor, se dirige una y otra vez a las mujeres del auditorio, desplegando un arsenal de recursos pragmáticos tan ingenioso como fraudulento, al que las mujeres no tienen la posibilidad de responder. El cantor se declara un admirador tan impenitente de las féminas que el lector se da cuenta, desde el arranque, de que tanta hipérbole en positivo no puede estar más que en clave de broma. Pero como hay también hipérbole en negativo, ya que el que detenta la voz cantante no deja de decir ridiculeces acerca de sí mismo y acerca de los de su sexo, la misoginia acaba diluida en una suerte de chiste nihilista, y absorbida en otra enmienda a la totalidad, puesta en verso, de la sociedad del momento —de la masculina y la femenina—, con sus poses, apariencias, máscaras y mentiras:

Ya que quieren las señoras
que diga una relación,
es preciso obedecerlas,
es muy justo y razón.
Sepan, señoritas mías,
que con este corpachón
con este valor que tengo,
esta alma, esta voz
estas patas y estos codos,
los bofes y el corazón;
estos puños, estos brazos...
mas tente, ¿dónde voy yo?
¡Qué modo de hablar tan tosco,
a vista de tal primor!
Perdonadme, señoritas,
mi cabeza ya voló,
en siendo cosa de ustedes
todo me vuelvo turrón,
azúcar y mermelada,

batata y agua de olor,
cande, yemas, polvo, natas,
pellas de dulce limón,
y todo me desbarato
en vuestro obsequio y honor.
Tente, borrico del diablo,
pues si agarro un borejón...
¡Jesús, María y José,
que tan bobacón sea yo!
En hablando de las niñas
se me pierde la razón,
y muchos hay en la sala
lo mesmito en conclusión.
El majito que está allí
es un pollo de atención,
y el que menos corre, vuela
en llegando la ocasión.
Por fin, señoras, perdonen,
porque es tan grande el amor
que os tengo, que si os veo,
me da reumatismo y tos,
jaqueca, dolor de clavo,
tabardillo y sarampión,
viruelas y garrotillo,
y en este lado un dolor,
que es menester quemar lana,
mantequilla y una unción
de aqueste lado izquierdo
por que vuelva en mi razón,
y luego que vuelvo en mí,
marcho al instante a este son.
Señoras, el juicio pierdo,
me perdonarán, por Dios,
porque soy un atrevido
válgame aquí san Antón,
Yo quiero servir a ustedes,
con que pidan sin temor,
mándenme ustedes que me eche
por ventana o por balcón,
o de cabeza o de pies,
como les guste mejor;
denme ustedes bofetadas,
o denme con un rejón,
o rájenme la cabeza;
me echaré en el suelo yo;
y denme ustedes patadas.
Mas detente, borrachón,
borrico de Belcebú,
no basta decirte «sóo»;
en viendo yo las madamas,
se me muda el facistol,
y alguno de los presentes,
y uno de ellos el señor,

acechando como el gato
 que está mirando al ratón.
 Y por fin, sea o no sea,
 yo tengo a ustedes pasión,
 a ustedes, digo, madamas,
 os amo con tal fervor
 que me hiciera mil pedazos
 bailando aquí el chilindrón.
 No lo puedo remediar,
 Es conocida pasión,
 en viendo yo a las madamas
 me quedo sin reflexión;
 los ojillos se me bullen
 y me hago un salpicón;
 para mí ninguna hay fea;
 si es morena me gustó,
 si es blanca me robó el alma,
 si es quebrada de color
 me gustó aquel colorcito;
 si es encarnada, un primor,
 si es verdinegra un prodigio,
 y si tiene condición,
 me alegra solo el oírla [...]
 Y porque vean ustedes
 dónde llega mi afición,
 aunque sea una vieja
 que pase de ochenta y dos,
 con siete u ocho jorobas
 y más fea que un ladrón,
 porque parece mujer
 la quiero más que un horror...

La segunda parte del pliego, la de los *Desengaños de las doncellas*, es otro romance, de asonancia distinta de la primera, que aconseja en tono conminatorio a las mujeres que permanezcan vigilantes frente a las asechanzas y abusos de los hombres. La crítica es blandida, en ese romance, mucho más contra los hombres que contra las mujeres, aunque la condescendencia en el tono vuelva a encasillar a la mujer en la cuadrícula de la inferioridad y la sumisión.

LA NUEVA RELACIÓN DEL GANSO DE LA BOTILLERÍA, O EL CHISTE DEL POBRE QUE SE RÍE DEL TONTO

La sociedad española del XIX —y no solo la de ese siglo, claro— fue una sociedad oprimida (o reprimida, o comprimida) por el poder de las instituciones políticas, militares y religiosas, y cohesionada por la violencia ideológica y cultural que cada uno de sus grupos mantenía en relación —en contra— de los demás. De forma tal que la normalidad no era más que un avatar del conflicto, el equilibrio una expresión común de la tensión, y la vida cotidiana una manifestación agónica pero muy asumida del tener que salir a buscarse la vida cada día. El ansia de los pobres de subir, el miedo de los ricos a bajar y los complejos mecanismos de pugna y negociación entre cada parte eran

el cemento que mantenía compacto todo aquel edificio: rutilante por arriba, desconchado y agrietado por la base, pero en pie, a pesar de todo.

Galdós, Clarín, Valle-Inclán o Baroja involucraron diagnósticos parecidos a este en las galas de la alta literatura, puliéndolos con los recursos más depurados del drama y el añadido de dosis variables de sarcasmo. Las coplas de ciego nos los arrojaron, en cambio, a la cara, con la brutalidad de una literatura hecha de urgencia y desaliño, en que drama e ironía solían mezclarse de manera confusa pero efectivamente patética, visceral.

Una violencia cuyos motores eran el hambre, el miedo y el afán de ser menos pobre que los demás era no solo la clave del *statu quo* que hacía que se necesitasen mutuamente, para sobrevivir y para justificar los nichos que ocupaban dentro de la sociedad, poderosos y sometidos, ricos y pobres, hombres y mujeres, conforme a lo que algunos pliegos de cordel, ilustrativos de tales tensiones, nos han dado ya a entender. Había otra forma de violencia más íntima e insidiosa, que era la que enfrentaba al hombre común y pobre con otros hombres comunes y pobres, en un coso al que todos salían a no morir, más que a ganar; y, si cuadraba, a reírse del que estaba allá más de lo que aquel pudiera reírse del de aquí. La *Nueva relación del Ganso de la Botillería* es una composición muy ilustrativa de esa violencia —envuelta en ironía— entre miserables, por cuanto nos muestra a un pobre riéndose de un tonto; es decir, a un desdichado agrediendo —verbal, cultural, sociológicamente— a otro más desdichado aún que él.

El Ganso de la Botillería es una composición que podría ser datada en torno a 1830 o a 1840, y que da cuenta de las presuntas malandanzas que un *ganso*, es decir, un rústico bobalicón llegado de un pueblo remoto y atrasado, sufrió durante una excursión a la ciudad de Granada. En tal urbe pasó el *ganso* —al que se hace hablar en primera persona, en un registro andaluz exagerado e hilarante— por la peripecia, entre otras, de tratar a un camarero —que además era poeta de ingenio vivo— que atendía en un cosmopolita café del centro. Será ese despierto camarero-poeta el que expropie la voz del *ganso* para simular, en verso, su traumática odisea granadina. Es decir, que el encuentro del patán rústico —tonto y pobre— y del asalariado urbanita —listo, pero pobre también— en el café capitalino apelaba por un lado a los visos de la realidad y por el otro a las trazas de la invención. A la realidad porque por aquel céntrico café pasarían cada poco pueblerinos torpes e impresionables, que causarían la hilaridad de todos; y a la ficción porque el relato de *El Ganso de la Botillería*, por más que esté puesto en boca del aldeano, fue pura invención de la musa guasona del camarero.

Sabemos de esa curiosa usurpación de la personalidad poética gracias a un accidente feliz que nos sitúa en un puesto de observación inaudito, cuando de la literatura de cordel hablamos. Porque la pauta habitual de carencia de noticias acerca de los poetas que escribían versos para los pliegos de cordel no se cumple del todo en el caso que nos ocupa. Por obra y gracia de don Juan Valera, quien dedicó, en su novela *Mariquita y Antonio*, que fue publicada por entregas en 1861, unas cuantas líneas a Pepe, el lenguaraz mozo del café granadino de Pedro Hurtado que fue quien, si hemos de creer al novelista, compuso aquella *Relación*, y unas cuantas *Relaciones* más acerca de despistados *gansos* que cayeron de visita por su ciudad:

Yo, por mi lado, como aficionadísimo que he sido siempre a las artes y a la literatura, llevé a Antonio a la Alhambra y al Generalife; a la Universidad, donde nos matriculamos juntos, y vimos la biblioteca, no muy famosa por cierto; al teatro, donde nos abonamos en sendas y contiguas lunetas; y al café de Pedro Hurtado,

donde le hice conocer y tratar al célebre Pepe, mozo de café, como el Pipí de Moratín, y poeta al mismo tiempo, inmensamente superior a D. Eleuterio y a D. Hermógenes.

Pepe ha compuesto obras que pasarán a la más remota posteridad. Es muy posible que el señor D. Agustín Durán haya incluido ya algunos de sus romances en el romancero publicado por Rivadeneira. Pepe es autor de los romances de *El Ganso en la botillería*, de *El Ganso en la catedral* y de otros muchos, casi todos de gansos. Pepe, sin embargo, era muy fino. A menudo se sentaba familiarmente con nosotros a la mesa del café y nos recitaba sus composiciones (Valera, 1861: 1)⁶.

Pepe, el mozo del café granadino de Pedro Hurtado, pasó a la historia, por la puerta que le abrió don Juan Valera —los pliegos que circularon con sus presuntas composiciones silenciaron, como tenían por costumbre, quién fue el autor—, como quintaesencia del poeta popular aficionado pero de la mejor ley—muy por encima de la media—, de ocupación humilde, verso fácil, ingenio siempre a punto y producción copiosa, aunque alcanzara de manera muy excepcional los honores de la imprenta.

Muy pocas veces gozaremos de una oportunidad como la que él nos brinda para continuar esbozando algunas reflexiones acerca de la identidad y de la construcción social y literaria del poeta de los pliegos de cordel, de su nombre, de su estatus de autor literario, y de su proximidad e incluso de su eventual identificación con lo que ha dado en llamarse *poeta* o *vate popular*.

Sabemos que la literatura de cordel fue un cajón de sastre que lo mismo acogía versos sofisticadísimos de Lope que composiciones dignas y habilidosas de poetas aficionados —como fue Pepe el granadino— y ripios mal ensamblados de poetas de cuarta fila; igual que sabemos que los propios impresores y, sobre todo, los ciegos, contribuyeron con sus musas particulares —y no siempre exquisitas— a nutrir su máquina, que llegó a ser realmente feraz y poco selectiva. Pero también sabemos que hay críticos de ideario individualista y neindividualista —críticos que, por lo general, nunca han hecho trabajo de campo y están ayunos de cualquier conocimiento directo del folclore— que niegan los conceptos mismos de *poesía popular* y de *poeta popular*. Defienden que la *poesía popular* no puede ser otra cosa que apócrifa *poesía popularizante*, y que el *poeta popular* solo puede ser un títere amañado por un poeta con una educación formal y un reconocimiento sociocultural elevados, que sería el único que podría mover los hilos de lo artísticamente literario. Eso es una falsedad: yo mismo he tenido el privilegio de conocer, entrevistar y registrar las voces de centenares

⁶ El mismo mozo-poeta será mencionado en algún otro momento de la novela: «en Granada no se hablaba de otra cosa sino del monstruo que había robado a Mariquita y de la pena y de los amores de Antonio. Pepe, el mozo-poeta del café de Pedro Hurtado, había compuesto un curioso romance sobre el particular»: *El Contemporáneo*, 6 de junio de 1861, p. 1. Los pliegos más viejos que conocemos de *El ganso de la botillería* y *El ganso de la catedral* fueron impresos en Córdoba, «en la Imprenta de Don Rafael García Rodríguez», que parece que dejó de operar en torno a 1844, lo que remite a alguna fecha de composición y publicación anterior. Por el estilo, yo opino que podría ser datada en torno a 1830 o 1840. Véase lo que, acerca de aquellos *gansos* poéticos granadinos, escribió Caro Baroja (1990: 213): «El andalucismo de esta clase de relaciones se dibuja más perfilado en otras dos, llamadas respectivamente, *El ganso de la catedral* y *El ganso de la botillería*. La primera imita la manera de hablar de un hombre del campo, que describe una catedral del modo más torpe posible. La segunda, que parece de un ingenio hermano, si no igual, relata lo que vio otro pobre hombre (o *ganso*) paseando por Granada: damiselas, petimetras, carrozas, el templo de la Virgen de las Angustias, hasta que llega a una botillería donde pide horchata y le ocurren muchos percances. Es una descripción dieciochesca en que se pone muy bien de contraste la vida rústica y la afectación ciudadana». La cronología «dieciochesca» que apuntó don Julio me parece demasiado temprana, y no está acorde con la que fijó don Juan Valera.

de agricultores, ganaderos, artesanos, obreros, arrieros o carteros, muchos de ellos nada o muy escasamente letrados, que han elaborado un caudal inmenso de poemas, en metros y registros extraordinariamente diversos, a veces extensos y complejos, y en no pocas ocasiones realmente hermosos. Por más que para las historias y los historiadores de la literatura —y no solo para los individualistas— esos niveles de creación poética resulten poco aceptables y homologables, y sigan prácticamente sin existir.

La poesía de cordel contribuye como ningún otro repertorio que tengamos documentado a lo largo de un periodo de tiempo muy dilatado a corroborar que lo *popular* sí existe: muchas, acaso la mayoría de sus manifestaciones poéticas, tienen el sello, modesto y desaliñado —pero de indudable valor probatorio de lo que ahora nos interesa—, de los poetas populares de rango mediocre. Mas en algunas resplandece, en cambio, el ingenio y el arte de buena ley de los buenos poetas populares, que tampoco han faltado.

Tras el «Pepe el del café de Pedro Hurtado» granadino y tras la *Nueva relación del Ganso de la Botillería* hay, sin duda, un buen poeta popular y un buen poema popular, no una máscara ni unos versos movidos por un escritor más o menos profesional con deseos de gastar una broma literaria. El tal Pepe refleja un tipo de persona, más que de personaje, que ha vivido y que sigue viviendo en muchísimos pueblos de España y de todo el mundo hispánico: el poeta popular aficionado al que antaño borraban el nombre en los pliegos y al que hoy se sigue negando el nombre y la consideración en los manuales de literatura.

De la cuestión de los nombres —o de la extirpación, más bien, de los nombres en los pliegos de cordel— podemos extraer alguna conclusión más. El «Pepe» a secas con que fue identificado por don Juan Valera no llega a ser, en sentido estricto, un nombre completo, ni un nombre del todo digno ni legítimo. Por más que, en la Granada de los albores del XIX, y en sus códigos sociales y emocionales, el «Pepe el del café de Pedro Hurtado» sí debió de ser una identificación inequívoca, dotada incluso de cierta carga de afectividad y de proximidad positivas, no deja de ser un medio nombre, en diminutivo, sin el apellido y sin el don. Un nombre de criado, de persona nacida para servir —al margen de los méritos intelectuales que lo adornaran—, y no de persona facultada para ejercer el control sobre su destino o para reclamar sus plenos derechos de autor literario.

En fin, que aunque lo poco que sabemos acerca de «Pepe el del café de Pedro Hurtado» no haga justicia a su dignidad como persona ni a su calidad de escritor, es lástima que ningún don Juan Valera alcanzara a revelarnos los apodos —cuando menos— del autor de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos*, cuyo ácido nihilismo nos sorprendió al principio, y del *Francisquillo el sastre* que analizamos también páginas atrás. Otras dos piezas realmente destacadas de la literatura popular y de la literatura en general del siglo XIX, y de cuyos desdichados autores nos gustaría conocer al menos el medio apodo, para poder afinar el tributo del reconocimiento tardío.

El *Ganso en la botillería*, en un dialecto andaluz muy cuidado dentro de su registro hiperbólico y disparatado, puede jactarse, en fin, de métrica bien templada, nervio ágil y pulso narrativo eficaz; prolonga con mucha dignidad unos cuantos recursos y tópicos propios de la vieja literatura de disparates, de los que más adelante desvelaré algunos pormenores; y es perfectamente digno de ser reproducido, en su integridad, en estas páginas:

Alabao sea por siempre
el paire de los borrachos;
me alegro de ver a ostés,

yo de cualquiera suerte roando;
Pues, como iba iciendo,
he salío pa jacer argo;
y ya de pura vergüenza
toíco se me ha olvidao.
Pero ello algo ha de ser,
que juera un gran desacato
que me volviera a meter
sin decir güeno ni malo.
Y ahora se me ocurrió
un demonio de pasajo
que me sucedió a mí, habrá
sus veinte o cincuenta años,
y en forma de relación
aquí tengo de encajarlo.
Habrán de saber ostés
cómo un domingo de Ramos,
por más señas, que cayó
aquel año en Jueves Santo,
me salí de mi lugar
resuelto y eterminao
a encajarme en la ciudad
de Graná en cuatro pasos;
y me encajé en muchos menos
de lo que canta un galápago.
Llegué al primer callejón
que estaba tó tapao,
de muchas recagileras
de álamos negros y blancos;
allí había mucha gente,
y cuando menos me cato,
vi venir unas calesas
con sus mulitas tirando;
toas cuajadas de oro,
con tanto pintarrajo,
y por unas ventanillas
que traían por los laos,
en unas de las calesas
vi muchas plumas de pavo
que salían de unas cabezas
como caras de cristianos.
Me acerqué a un hombre y le ije:
—Amigo, ¿qué pajarracos
injertos en criatura,
van en aquel carromato?
Entonces me respondió,
con entrecejo arrugao:
—Animal, esos son coches,
y aquellas plumas, penachos,
que las señoras estilan
en los gorros y peinados.
—Y los señores, ¿qué estilan?
—Cuernos —me ijo—, so ganso.

Él se marchó haciendo burla,
Y yo me queé armirao.
Subí una calle arriba,
y vi tanto monicaco,
toícos con sus casacas
como las de los soldaos,
unas blancas y otras rubias,
y otras de color de sapo;
con los calzones tan tiesos
y el pelo tan erizao,
y llenicos de ceniza
y en el piscuezo liao
jasta la barba un pañal
que se iban ajogando.
Otros traían un sombrero,
como un bacín boca abajo;
otros con unas maamas
con tantísimo corgajo
en la saya o mantellina,
agarraos de los brazos,
ya bajaban por arriba,
ya subían por abajo,
jaciendo tantos meneos
y metíos y sacaos,
con unas risas sin gana
que yo le ije a mi sayo:
—Si acaso esos no están locos
es que lo están ensayando.
Con aquellas tonterías
¡qué!, si aquello daba asco:
yo, la verdad, me queaba
paleta y embelesao.
Jui siguiendo mi camino
y enderezando mis pasos
por el puente de Ginil;
llegué a un sitio muy ancho,
que diz que es el Humillaero.
Y allí, ¡válgame san Marcos!,
lo que había de calesas,
de pelucas y virlangos;
por el perro de san Roque
que andaba yo mareao
de andar en aquel infierno.
Por último, jui andando
la carretera jacia riba,
y llegué a una fuente de alabrao
con muchísimos pilares
y más de milenta caños,
con caenas al reor,
y al golverme jacia un lao
en las angustias me jallé,
sin saber cómo ni cuándo.
Milagro fue de la Virgen,

pues lo tenía deseao;
sin pedir licencia a nadie,
en la ermita me encajo,
jui enderezando el piscuezo,
y vi que había unos santos
subíos en las paeres,
tan grandes y agigantaos
que tendría cada uno
sus cuatro varas de alto;
Yo ije «si uno se cae,
probe del que está debajo».
Jui mirando jacia riba,
y de unas cueldas colgando
había unos talegones
como colchones ataos.
Preguntéle yo a uno:
—¿Qué hay dentro aquellos sacos?
El hombre me ijo: —Arañas.
Y yo ije: —Guarda, Pablo,
si se revienta un costal
me comen a picotazos.
Miré jacia el altar grande,
que era todo de peñascos;
allí vi a Nuestra Señora,
tan jermosa que era un pasmo,
que con vidrios adelante
metía está en su cuarto;
jui y me jinqué de roíllas,
y allí la estuve rezando
toícas mis devociones,
jaciéndole mil plegarias.
La Virgen paz que lloraba,
y yo de verla llorando
eché también a llorar
lo mesmico que un muchacho;
me levanté, salí juera,
y me jui paso entre paso,
por toa aquella jacera
donde diz que está el rastro;
y así que llegué a la esquina
de la fuente del Castaño,
reparé que en una casa
a móo de tabernajo
estaban con mucha bulla
unos hombres meneando
unos botijos de estaño,
que les llamaban garrafos;
y en un menuto los nombres
a toos les jui pillando,
y con güertas y meneos
governaban el guisao.
Allí había una grezca
de andar saliendo y entrando;

por Dios que se merecía
madriguera de gazapos.
Me acerqué a un hombre y le ije:
—Amigo, ¿qué es esto? —So asno,
¿no ves que es la bestiería
donde se reflesca el cuajo?
Yo, que estaba del camino
cansao y acalorao,
iscurriendo me paré;
ije: —No sería malo
entrarme aquí a refrescar,
y de camino escanso.
Como lo pensé, lo jice,
me colé dentro del partio,
y por unas escaleras
jasta arriba me encajo;
zampome en una saleta,
sin más decir jó ni jarro,
me jasenté en una silla
muy serio y isimulao.
Allí había mucha gente,
y al retortero sentaos
muchos hombres y mujeres
que se estaban refrescando,
y encima de una mesa
a dar golpes empezaron.
Y subió un mozolejo
con unos tufos muy largos,
que de san Bartolomé
pariente era en primer grao;
y empiezan a decirle unos
«leche»; otros «arvellano»;
otros ecían «limones»,
y otros «manteca con rabo»;
otros le icían «almendras»,
y otros «güevos jilaos»;
a mí se acercó y me ijo:
—Y usted ¿que bebe, nostramo?
Y yo le ije: —Lo que refresque
jasta los mismo zancajos.
Se jue y a poco subió
con más de catorce vasos,
puestos con mucho esorden
con un reondón de palo.
A mí se vino y me trajo
uno lleno rebosando
en un diablo de gacheta
que parecía ajo blanco.
Y yo le ije: —Compadre,
¿qué jinifica este gazpacho?
Y me respondió con sorna:
—Esta es horchata, so ganso.
Yo, que nunca en jamás

de aquello había catao,
al vidrio me enderecé
y al tirarme el primer trago,
las quijáas y los dientes
de manera se me helaron,
que me queé sin sentío
y ya medio encirolao.
Por salir pronto del susto
jarempujé con el jarro,
y en una sola tragantaa,
me encajé too el surapio.
Y allí, ¡válgame san Lesmes!,
que nunca hubiera yo entrao,
donde too el quintimperio,
las tripas con el reaño,
los gofes y las entrañas
se me salían del cuajo.
Me pegó tal carraspera
que, tosiendo y moqueando,
por las narices y orejas
me salieron cuatro caños;
el vidrio se me cayó
y se jizo mil pedazos.
La gente que estaba allí
a jacer burla empezaron.
Unos ecían: «¡qué bruto!»;
otros ecían: «¡qué alano!
¡qué pedazo de animal!».
Yo, que le estaba escuchando,
así que me reporté,
me levanté como un taco
iciéndoles que por vía
de la mitra de Pilatos,
que si enderezo la porra
les rompo a toos los cascós,
que eran una cuadrilla
de monigotes y trastos.
Se levantó un peluquilla,
y enderezando la mano
jue a darme un bofetón
y me pegó tres o cuatro.
Yo enderecé la porra,
mas otro por otro lao
me la quitó, y del tirón
me sacó too el jarapo.
Yo empecé a repartir coces
y a zurrrear puñetazos,
y ellos a tirarme a mí
patás y puntillazos.
Al ruido y a las voces
se encaramó arriba el amo,
y ijo: —¿Qué viene a ser esto?
Y uno respondió: —¡Ese asno

que como burro en la cuadra
aquí se ha encajao!
Me ijo mil esvergüenzas,
y por coronar el chasco,
que le pagase tres riales
y me juera con los diablos.
Yo le ije que no tenía
más que cuatro o cinco cuartos.
Jo: —Pues echa a correr,
más que no pagues un chavo.
Yo, metiéndome el pañal,
que lo tenía corgando,
jui a bajar la escalera
y en un escalón mojado
se me escurrió un alpargate
y pegué tal batacazo
que jasta el patio bajé
las escaleras roando.
Y empezó toa la gente
con chillíos y gritazos
a ecir: «ahí va ese bestia,
ya se descornó ese asno».
Yo, jechando por la boca
mil culebrones y sapos,
me levanté de aquel suelo
medio espaletillao.
En la calle me planté
y, corriendo como un gamo,
me salí de la ciudad,
y así que me vi en el campo,
ije: —Quien pillara aquí
aquellos picaronazos,
que yo les hiciera echar
los jígaos por un lao;
no son más que unos monos
embebíos y empapaos
en aquellas monerías;
vale más, y no me engaño,
una cuarta de alpargate
y ropa de paño pardo
que todas cuantas pelucas
hay en el género humano.
Por fin llegué a mi lugar
con propósito cerrao
de no beber más que vino
aunque esté achicharrao,
pues tan caro me costó
el haberme refrescao.
Y con esto rematé
pidiendo a toos postrao
que perdonen que, aunque mía,

que soy hombre é lo bajo,
el dicilla mal o bien
mi trabajo me ha costao.

La *Nueva relación del Ganso de la Botillería* que compuso Pepe, el mozo-poeta del café granadino de Pedro Hurtado, es algo más que el poema de hechuras hábiles, ingenio vivo e indudable interés costumbrista y sociológico que acabamos de leer. Es, aparte de eso, aunque no sea tan fácil advertirlo a primera vista, un muy bien ensamblado encaje de tópicos y fórmulas de la literatura popular inmemorial. Tiene bastante, por ejemplo, de las relaciones y loas que, desde el Renacimiento, eran entonadas a solo, muchas veces por actores disfrazados de rústicos ingenuos —de paletos, diríamos hoy—, en los teatros de comedias. Imita recursos, además, del venerable repertorio de los disparates cuyas raíces remontaban a la Edad Media y al Renacimiento. Versos como:

Habrán de saber ostés
cómo un domingo de Ramos,
por más señas, que cayó
aquel año en Jueves Santo,
me salí de mi lugar
resuelto y eterminao
a encajarme en la ciudad
de Graná en cuatro pasos...

parecen primos de aquellos que algunos pliegos venerables del XVI desgranaban de este modo:

Caminando vn viernes santo,
vigilia de Naudad
topé a Burgos la ciudad
haziendo muy grande llanto...
(Periñán, 1979: n.º 6, p. 139).

Casi al final de la *Nueva relación del Ganso de la Botillería*, el rústico y escarmentado protagonista se consuela a sí mismo con estos versos:

Vale más, y no me engaño,
una cuarta de alpargate
y ropa de paño pardo
que todas cuantas pelucas
hay en el género humano.

Fórmula poética viejísima, salida del mismo troquel retórico e ideológico del que manaron estos otros versos:

Más vale un hombre del campo
con barro en las alpargatas
que todos los militares
con charreteras de plata.
(Esparza Zabalegui, 1988: 57).

Vale más un extremeño
con zahones y alpargatas
que todos los señoritos / madrileños
con las hebillas de plata.
(Contreras, González y Nuevo, 2006).

Vale más un marinero
con los zapatos de lona,
que veinticinco aldeanos
con la montera picona.
(Vigón, 1980: 224).

Vale más un campesino
con la chaqueta rompida
que trescientos señoritos
aunque la lleven cosida.
(Pedrosa, 1995: 27).

Vale más una aldeana
con vestido de percal
que unas cuantas señoritas
vestidas de tafetán.
(Córdova y Oña, 1948-1949: III, 239).

Vale más una criada
arimada al fregadero,
que cincuenta señoritas
con la mantilla de velo⁷.
(Morán Bardón, 1990: 72)

Pero lo más notable de la *Nueva relación del Ganso de la Botillería* es que toda su arquitectura narrativa se ajusta a otro esquema muy acuñado, el que podríamos etiquetar como *La visita accidental del rústico a la ciudad*, o, si se quiere, *Las maravillas de la urbe descritas por un rústico*, que ha engendrado un sinfín de avatares, desde tiempo inmemorial. Dentro de esa amplia matriz tendría identidad propia, por cierto, la rama que podría ser acogida bajo el título de *La iglesia y sus ritos descritos por un rústico que nunca había ido a misa*, en la que encajaría otro de los poemas que, según lo atestiguado por don Juan Valera, urdió Pepe el del café de Pedro Hurtado: *El ganso de la catedral*.

Los brotes de todo este árbol de relatos podrían llenar una gruesa enciclopedia, por lo que me limitaré a destacar aquí sus concomitancias con la composición renacentista de Rodrigo de Reinosa que llevaba el título de *Bien te estás acá. Comiençan otras coplas pastoriles de cómo un pastor fue a la corte e de cómo otro su compañero le mandava si iría también o no* (véase de Reinosa, 2010: 166-167, nº 6); o con la *letrilla burlesca de Quevedo que comenzaba* «Después que me vi en Madrid, / yo os diré lo que vi...»; o con el *Coloquio entre la vieja y Periquillo sobre una procesión celebrada en Lima*, de Juan del Valle y Caviedes; o con los versos de la *Carta que*

⁷ Muchos más avatares de esta fórmula, cuya raíz remonta a la Edad Media, se hallarán en Pedrosa (2014: 241-257).

escribe un forastero patán, a un amigo de su lugar, sobre el sistema presente de la Corte, en este año de 1759, que se conserva en el Manuscrito 10.893 de la Biblioteca Nacional de España; o con el poema *Carta de Perico Antón, natural de Becerril, escrita a su amigo Gil... de Collado Mediano, el que habiéndose hallado en El Escorial el día 19 de septiembre de 1771, tubo noticia del parto de la Princesa Nuestra Señora, vio las luminarias y todo el alborozo de la Corte y pasando de loco a poeta o al contrario, la escribió...*, que está en el manuscrito 10.906 de la misma Biblioteca Nacional de España; o con la trama general del *Fausto, impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta Ópera* (1866), que es la obra maestra del argentino Estanislao del Campo, y una de las piezas clave de toda la literatura argentina; o con las comedias y películas, que fueron popularísimas, de Paco Martínez Soria, actor que se especializó en farsas de paletos que sufrían todo tipo de agresiones y de accidentes ridículos en la gran ciudad.

Imposible seguir desgranando, con el poco espacio del que ya disponemos, más paralelos y detalles. Me limitaré a reproducir, como punto de comparación, una de aquellas típicas crónicas de patanes que malanduvieron algún día por la ciudad, según fue editada en el *Correo de Madrid (o de los ciegos)*, el 23 de febrero de 1787, p. 160:

Señor Editor del *Correo de Ciegos*:

Muy señor mío, y de mi mayor estimación. Ha de saber Vmd. señor editor, que hace 4 días que he llegado a esta tan ilustrada Villa y Corte de Madrid, solo con el ánimo de divertirme estas carnestolendas, y al mismo tiempo ver la nueva fuente que se ha hecho en el Prado (cosa que tanto me habían elogiado); en fin, me determiné antes de ayer ir a ver la dichosa fuente del señor Neptuno, y pasando con este motivo por la Puerta del sol, hallé por rara casualidad las de nueva invención; metíme en ella, e hice que me condujesen al Prado.

Llegué con felicidad, aunque algo aporreado de espaldas del traqueo de la silla: salí de ella, y dixé a los mozos me esperasen para volverme; fui en derechura a la fuente del señor Neptuno (nunca jamás hubiera ido). Y lo primero que se me presenta a la vista fue la dichosita estatua, la que por el pronto me pareció un pobre mendigante, en ademan de pedir una limosna; porque, como la vi con aquella cara tan indigesta, con el tridente en la mano izquierda, y serpiente en la derecha (cosa que en mi vida había visto), y, en fin, señor Editor, fue tanta mi cólera, porque me habían engañado, que no quise detenerme a ver lo restante de la fuente, y metiéndome otra vez en la silla, me volví a mi casa, en donde aflojé 12 rs. que costó la dichosa silla, y llamando a mi criado, hice me buscara un coche, para partirme de aquí domingo o lunes a mas tardar.

Así, señor mío, ya no quiero más diversiones que el irme a mi tierra; pues no quiero me engañen segunda vez; y con esto mande a su seguro servidor q. s. m. b.
J. R. L.

LOS VÓMITOS DE PILATOS, O LA APOTEOSIS DE UNA SOCIEDAD EXCREMENTICIA

El último pliego de cordel que tengo espacio para glosar aquí es la *Nueva relación burlesca Los vómitos de Pilatos, compuesta por Manuel el de Santiago*. Como alegoría agría al tiempo que carnavalesca de la sociedad española, es muy difícil que tenga parangón. Las punzantes críticas sociales que destilaban las coplas de *El diablo está en España y nos va a llevar a todos* y de *Francisquillo el sastre* se tornan inocentes juegos de niños cuando son comparadas con estos *Vómitos de Pilatos* en que todo resulta claustrofóbico, asfixiante, surrealista. Y, por encima de todo, genial.

No hay páginas del Rabelais más dado a la emulsión de excrementos ni del Valle-Inclán más cruelmente esperpéntico que puedan competir, en invención extravagante y causticidad, con estos versos. Ni pertrecho teórico sacado de las ideas acerca del cuerpo inferior de Bajtin, ni de las reflexiones de Foucault acerca del cuerpo vejado, torturado, enloquecido, que permitan arrancar de esta copla de ciego interpretaciones que satisfagan cabalmente nuestro instinto de racionalidad y que expliquen cómo pudo alguien alumbrar, imprimir, cantar, vender y popularizar —en una España que sabía apenas leer, y que estaba sometida al control casi absoluto de políticos y clérigos— esta cifra tan poco convencional y tan transgresora de cuanta regla de normalidad podía haber⁸.

En los perturbadores cuadros de El Bosco abundan las alegorías excrementicias: brotan, por aquí y por allá, personajes, o monstruos, o culos vistos de frente o en escorzo, que cagan —mientras sus cabezas no dejan, muchas veces, de comer de manera compulsiva—; tampoco faltan, en sus pinturas, las figuras —pocas— que vomitan. Pero a todas aquellas atormentadas criaturas del pintor flamenco les sobran las razones —religiosas, morales, culturales— para excretar, ya que antes habían consumido pecaminosamente, sin tasa y sin ley. También don Quijote y Sancho tuvieron muy buenas razones para vomitar en el capítulo I, XVII (tras la ingesta del bálsamo de Fierabrás) de su inmortal novela; igual que Sancho las tuvo para cagarse de miedo poco después, cuando llegó al capítulo I, XX y se sintió aterrorizado por el ruido nocturno de los batanes. Hasta las tradicionales leyendas de Atila asfixiado por sus propios vómitos y de Voltaire muerto mientras devoraba sus excrementos tuvieron sus razones de ser, en la trinchera de ideologías y pensamientos políticos que eran radicalmente contrarios a los que sus personajes encarnaban o significaban⁹. La fábula —ingeniosísimamente urdida por Jonathan Swift en *The Battle of the Books*, 1704— que reivindicaba a las benignas abejas que fabrican la miel con el jugo de las flores frente a las inquietantes arañas que, en cambio, elaboran su tela con las inmundicias que excretan, tiene también su explicación, en el marco de la polémica, efervescente en aquel siglo, entre la literatura antigua (que libaba de la naturaleza) y la de los modernos y los críticos (que vampirizaba y volvía a excretar lo que otros hacían)¹⁰.

Pero estos acuciantes *Vómitos de Pilatos* impresos en un pliego de cordel de la España decimonónica queda más en el aire a qué vienen y contra quién se dirigen. Podemos, todo lo más, sospechar que son una monumental declaración de asco contra el mundo en general y contra la sociedad española del momento en particular, y una manifestación del rencor que sentían los pobres contra una sociedad que les negaba todo lo que les sobraba a los ricos. En el *Paisaje de la multitud que vomita* de Poeta en Nueva York de Federico García Lorca tampoco es desvelada la causa explícita del vómito, aunque sí nos es dado intuir la implícita: el caos, la desolación, el desarraigo, la marginación, la miseria —la urbe—. Puede que el caso lorquiano sea una buena pista

⁸ Conviene señalar, en cualquier caso, que hubo otras coplas de ciego que abordaron temas tan escatológicos o más que estos *Vómitos de Pilatos*. Así, las *Virtudes del cagar*. Nuevo discurso pronunciado en Cátedra cagadora de la Universidad de Ensulamanca: por Macado Cagón, que comenzaban «*Magis bonus est cagare / quam vivere et manducare*». Véase Cátedra, Amaro, Mendoza Díaz Maroto e Infantes de Miguel (2005: 176, n.º CXCI).

⁹ Véase, sobre estas leyendas, Pedrosa, «Alimento mezclado con sangre, excremento y vómito: las muertes de Atila y de Voltaire», epígrafe dentro del capítulo «Vampiros y sacamantecas: dieta blanda para comensales tímidos» (2008: 22-26).

¹⁰ Sobre tal polémica, véase Fumaroli (2008).

para intentar una interpretación de la copla de Manuel el de Santiago, que es posible, por cierto, que algunos encuentren que adelanta en desmesura surrealista al poema del escritor granadino.

Creo que tampoco sería demasiado aventurado deslizar que este Pilatos incansable vomitador podría ser una máscara paródica del propio ciego autor-cantor-vendedor de coplas y merodeador, por ello, de imprentas, que tendría siempre los versos a flor de boca —en el quicio de su vozarrón y de la tinta y el papel— y en proceso de evacuación incesante —ya que no estaba la vida para tomarse demasiados respiros—, lo cual tampoco le libraba del peligro de reventón por acumulación:

... Pilatos vomitó
 porque aquel día comió
 tinta grasa de una imprenta.
 Toda su sabiduría [la de Pilatos, que sería también la del ciego]
 quiso imprimirla en su seno,
 y por poco pega un trueno
 su ilustrón y señoría.

Es más, sospecho que esta alegoría de Pilatos (y de su presunto *alter ego* el ciego) vomitando sin descanso puede ser también un retrato sarcástico y desengañado del oficio del poeta popular, obligado a estrujar y a vocear su sufrida musa a cada momento, para intentar extraer de ella lo indispensable para vender y comer cada día. Si estoy en lo cierto, la materia vomitada que anega nuestro pliego estaría compuesta de los propios versos y cantilenas del ciego.

Todo se queda, en cualquier caso, y por designio del enigmático firmante, Manuel el de Santiago, en alegoría ambigua, y el lector habrá de ser quien juzgue hasta dónde llevar sus interpretaciones.

Tampoco sabemos a ciencia cierta de qué época serán estos vómitos de Pilatos, aunque a mi parecer habrían de ser fechados a mediados del siglo XIX, que es la época aproximada en la que hay noticias de las andanzas por España de un ciego, presumible autor de algunas de las coplas que llevaba en su repertorio, que respondía al nombre de «Manuel de Santiago»¹¹. Son anteriores estos vómitos, en cualquier caso, al atronador «*Merdre!*» que abría y se inmiscuía muchas veces en el *Ubu roi* (1896) de Alfred Jarry, que ha pasado a la historia como punto de inflexión importantísimo en el devenir de la literatura universal, y como adelanto de las rebeldías y los experimentalismos estéticos del XX. Sobre nuestra *Nueva relación burlesca Los vómitos de Pilatos, compuesta por Manuel el de Santiago* no había recaído jamás ninguna luz, y nadie había defendido, hasta hoy, que sus excreciones castizamente españolas pudieran ser de categoría equiparable a la de las prestigiosas *merdres!* francesas.

¹¹ Caro Baroja dio cuenta, en su *Ensayo sobre la literatura de cordel*, p. 214, de una «*Nueva relación burlesca en que se refiere un chasco que le dio un Arriero a un Sacristán, con lo demás que verá el curioso lector*, que lleva el título modificado y que se atribuye a Manuel de Santiago y que se localiza en Tarancón, el año de cuarenta y dos (1742?)». En la nota 37, el mismo Caro Baroja señaló que tal romance había sido catalogado en el tomo primero (que apareció en 1849) del *Romancero* de Agustín Durán (p. LVVVIIb), y luego impreso en un pliego que había sido publicado en Carmona en 1865. Mi opinión personal es que, si este «Manuel de Santiago» es, como creo muy probable, el mismo «Manuel el de Santiago» de *Los vómitos de Pilatos*, sería un poeta autor, y muy posiblemente también un ciego vendedor, que habría estado en activo en las décadas centrales del XIX, no del XVIII, como aventuró con poco convencimiento —poniendo al lado una interrogación— Caro Baroja.

Grave injusticia, porque su originalidad, su radicalidad, su modernidad, vistos con la perspectiva que nos asiste hoy, no pueden menos que inducir al asombro. La atronadora fanfarria inicial —«antienda todo insensato, / que por su mucha simplicia / no ha llegado a sus noticias / los vómitos de Pilatos...»—, y las amenazas apocalípticas de en medio —«el que crea que se engaña / y confianza haya poca, / verá salir por su boca / el hígado y las entrañas»—, logran lo impensable: implicar al público de entonces, y también al público de hoy, es decir, a quienes desconocíamos un acontecimiento tan fundamental para todos como es el de la vomitera de Pilatos, en la danza general de la «simplicia» y de la miseria que otras coplas de ciego nos habían mostrado desde lejos, y que ahora nos retendrá mientras no adquiramos conciencia de lo que el advenimiento de tales vómitos supone:

Antienda todo insensato,
que por su mucha simplicia,
no ha llegado a sus noticias
los vómitos de Pilatos.
Ignorando los estragos
que hubieron de ocasionar,
pudiéndolo preguntar
a Manuel el de Santiago.
Pero porque no os criéis
como las fieras bravías,
atender a lo que decía
el doctor cara de buey.
Decía este anacoreta
que Pilatos vomitó
porque aquel día comió
tinta grasa de una imprenta.
Toda su sabiduría
quiso imprimirla en su seno,
y por poco pega un trueno
su ilustrón y señoría.
Tres vómitos le acudieron
que los tres eran mortales,
según varias credenciales
de doscientos que lo vieron.
En el primero arrojó
una arroba de tomates,
que se comió el niño antes
cuando fue alguacil mayor.
Vomitó una calabaza
de veinte libras de peso,
y un rabanazo muy tieso
tan recio como una maza.
Allá en la puerta otomana
comió el mes antes maimones,
y vomitó los tostones
y una cebolla almorrana.
Su esposa se sofocó
al ver tan grandes arrojos,
se puso sus anteojos
y fue a buscar al doctor.

El que al instante que vino
mandó que con toda prisa,
una cerda jabalisa
le lamiese el intestino.
Y si vuelve a vomitar,
que le diesen una untura
por bajo de la cintura
con orín de sacristán.
Con esto se despidió
y a la media hora pasada,
¡válgame Santa Librada,
qué vómito que le dio!
Vomitó a primera vista
la borla de un solideo,
y el bonete y el manteo
que le robó a un jesuita.
Vomitó una artesa llena
de hongos en vinagrillo
y más de veinte lebrillos
de higos chumbos y camuesa.
Como la fuerza era poca,
y el vomitar tan continuo,
la tripa del intestino
le asomaba por la boca.
Los vecinos acudieron
todos esperanzas dando,
y él decía de cuando en cuando
—Llorar todos, que me muero.
Y después de vomitar
doscientas ratas techeras,
vomitó la ratonera
con que habían de cazar.
El sacristán fue llamado
para aplicarle la untura
porque tenía esta criatura
los ojos desencajados.
Fue tanta la operación
que le hizo esta medicina,
que echó junto con la orina
los palillos de un tambor.
Después de estar aliviado
y dormir perfectamente,
le dio otro vómito tan fuerte
que a todos puso en cuidado.
Y se vio en tal desventura
que, con tantos apretones,
vomitó hasta los riñones
con su cebo y su gordura.
Vomitó, si no me engañan,
los libros que lo aseguran,
el corazón, asadura,
y parte de las entrañas.
Y, según seguros datos

que acredita el mismo autor,
dice que este vomitó
al mismo Poncio Pilatos.
Por esta misma razón
está la prueba en la mano,
Pilatos mal escribano,
fue convertido en peor.
Y viene de unos en otros
por lo mismo os aconsejo,
más vale caballo viejo
que tener que domar potros.
Pero viendo otra vez
a nuestro primer estado,
ya os he dicho y explicado
el origen cómo fue.
Muchos de talento faltos
al ciego por burla o prueba,
le preguntan que si lleva
los vómitos de Pilatos.
Y por haceros creer
de este asunto la verdad,
me he dedicado a estudiar
para poder responder.
Y nos dice el mismo autor
que escribió su vida cierta,
que si el vómito le aprieta,
vomitaría su opinión.
Este curioso papel
todos le deben llevar,
y si ocurre vomitar
se libertará con él.
Pilatos, aquel gran señor
que mandó a Cristo azotar,
le dio Dios la facultad
de ser el vomitador.
El que angustiado se encuentre
debe su nombre invocar,
y se ahorrará de echar
lo que se echa en un presente.
Llevando el papel consigo,
Pilatos nos asegura
que toda nuestra basura
no pasara del ombligo.
El que crea que se engaña
y confianza haya poca,
verá salir por su boca
el hígado y las entrañas.
El creerlo es más barato
por lo que pueda pasar,
venga el papel, allá va
con la otra mano los cuartos.
Si a nadie perjudicamos
con nuestro sino marchemos,

y la vida nos busquemos
cada cual como podamos.

No está ya a nuestro alcance, por desgracia, el «preguntar / a Manuel el de Santiago», el presunto autor, voceador y vendedor de estas coplas de ciego, por el significado de su inconmensurable carnaval excrementicio, en el que no deben ser pasados por alto el vómito obsceno de «un rabanazo muy tieso / tan recio como una maza», el medio escatológico de «una cebolla almorrana» (que es deformación de «cebolla albarrana»), el anticlerical de «la borla de un solideo, / y el bonete y el manteo / que le robó a un jesuita», ni el solidario —por anticlerical también— «orín de sacristán». Conviene también que retengamos que era vieja y común la creencia, traspuesta charlatanesca —para venderla mejor— por Manuel el de Santiago a su copla de los *Vómitos de Pilatos*, de que el contacto físico con una oración carismática escrita sobre algún papel podía sanar alguna parte doliente del cuerpo (véase Bouza, 2001):

Llevando el papel consigo,
Pilatos nos asegura
que toda nuestra basura
no pasara del ombligo.

Tampoco debemos obviar, si queremos lograr atisbos de su linaje, el parentesco lejano con nuestros *Vómitos* de las muchas canciones populares que corren por ahí —ninguna llega, en cualquier caso, a su nivel de excelencia— glosando la evacuación de otros excrementos:

Sin cagar en este mundo,
señores, nadie se escapa:
caga el rico, caga el pobre,
hasta el Obispo y el Papa (de Santos, Domingo Delgado y Sanz, 1988: 145)¹².

Para esto no hay excepción,
ni la realeza se escapa,
desde el obrero hasta el papa
los producen de a montón,
no importa la posición
ni política ni credos
limpiamente o con enredos
todo el mundo debe echarse
si es que no quiere enfermarse
un buen número de pedos (Figueroa Hernández, 2008: 17).

Aunque puede que el repertorio lírico más cercano al de nuestros disparatados *Vómitos* sea el de los partos grotescos que han sido muchas veces atestiguados, desde el siglo XVII en adelante, en la poesía popular hispana. El veneno político e ideológico que destilan estas desenvueltas seguidillas de los inicios de aquel siglo, conservadas en el *Manuscrito 3.985* de la Biblioteca Nacional de España, no dejan de recordar los arrebatos

¹² Sobre el repertorio literario oral escatológico en general, véase Garrosa Gude (2015: 59-75), y la abundante bibliografía a la que remite.

—en clave menos política y más cultural y alegórica— que dos siglos después brotarán en los versos de Manuel el de Santiago:

Esta noche pasada
parió Quiroga
beinte i sinco lagartos
i una paloma.

Esta palomita
quedó preñada
i parió una borrica
desorejada.

Y esta boriquita
tiene una fuente
donde ba Quiroga
y toda su gente.

Esta noche pasada
parió Sant Germán
veinte cinco gangosos,
de que es capitán.

Esta noche pasada
Tabara parió una niña
que al mundo
espanto causó.

Esta noche pasada
paría Pastraña
una niña
de huesos de feligrana.

Esta noche pasada
parió el de Feria
un frisón de Alemania
con gurapera.

Esta noche pasada
no parió nadie,
porque prendió [...]
el señor alcalde.

Damas, el de Lerma
nunca á parido,
porque todas le quieren
para marido.

Madre, el Duque de Alva
no pare nunca,
porque no lo consiente
su compostura.

Y el de Bocio,
por imitarle,
arto lo procura
mas nunca pare.

El Adelantado
pide al de Uceda
que le diese licencia
que parir pueda.

Y responde el de Uceda,
muy mesurado:
«No para vueselencia,
que es delicado».

Esta noche pasada
parió Saldaña
la condesa preñada
por gran haçaña.

Madre, la mi madre,
¿cómo puede ser
que pára el de Este,
y no su muger?

Pára la marquesa
d' Este o del otro,
que ella es iegua vieja
y él es ruin potro.

Esta noche pasada
parió Mirabel,
y para no dar dineros,
no lo quiso ver (Frenk, 2003: n.ºs 2674-2685)¹³.

Es obvio que al desdichado Manuel el de Santiago, presunto poeta-vendedor-cantor de coplas de ciego, le sobrarían las razones para andar vomitando, por boca de su fantoche —y posible *alter ego*— Pilatos, contra el mundo, contra su público, contra sí mismo, contra nosotros. Nadie le podía recriminar que se declarase unas cuantas veces listo para reventar de asco, como reventaban los zarandeados Judas y peleles llenos de petardos que eran hechos estallar en las fiestas de pueblos y ciudades (Pedrosa, 2013), o como reventaba el famosísimo y grotesco don Perlimplín de las aleluyas que también vendían los ciegos, y que todo el mundo —el ciego y su auditorio— guardaba en su memoria:

De un reventón muere al fin
el señor don Perlimplín (Pedrosa, 2015).

¹³ Para conocer muchas otras canciones de esta cuerda, documentadas hasta hoy mismo, véase Pedrosa (2002: 160-165).

Ninguno de nosotros es capaz de imaginar cuán dura y sórdida sería la vida de las personas ciegas que recorrían los caminos de España intentando reunir, en jornadas extenuantes, lo mínimo para no morir de hambre durante el día o para encontrar abrigo durante la noche. Tampoco ha habido espacio, en estas páginas, para intentar recuperar algo de aquella sociología tristísima, cuyo análisis habrá que dejar para otra ocasión. Pero esta noticia, que fue publicada en el diario *La Dinastía* del 14 de abril de 1895 (p. 2) puede ser un adelanto que nos permita ir tomando un poco de conciencia:

Natalio Cañas, de 18 años, ciego, condenado por robo con homicidio, en la persona de Jorge Martínez, cometido en una choza, cerca de Lubín (Soria), en la noche del 25 al 26 de junio de 1893.

La circunstancia de estar privado de la vista este criminal hace más interesante el hecho que se realizó como sigue: formaba parte el ciego de una cuadrilla de mendigos vagabunda y errante en las provincias castellanas. El ciego era joven, se servía de un hermano menor como lazarrillo y enamoraba a una muchacha de 16 años que formaba parte de aquella banda de desdichados.

En cierta ocasión pidió el ciego una peseta al jefe de todos. Por si la entregó o no la entregó a la muchacha negándosela al ciego, montó en ira este mozo y concibió el propósito de asesinar al jefe de la cuadrilla. Una noche en que, sin duda, acamparon al raso todos los de la compañía, el ciego llamó a su hermano el lazarrillo y le dijo que le condujera al sitio donde dormía el primero de todos. Una vez en el sitio, cogió el ciego una enorme piedra, y aprovechando los momentos de sueño del jefe de la banda, a tientas, pero con la piedra bien asida, dio con la cabeza del otro, y tales golpes le descargó, que le causó la muerte, le robó después 16 duros y el violín con que se industriaba para pedir limosna, y se fugó el asesino, cayendo muy pronto en manos de la justicia.

Condenado el reo a la última pena, los informes favorables al indulto se fundan en que no está legalmente justificado que fuera mayor de 18 años.

No todas las vidas de ciegos estuvieron marcadas por sinsos tan aciagos como el que hizo andar trastabillando por el mundo a aquel patético Natalio Cañas. Por lo poquísimo que sabemos —o mejor dicho, por la falta de noticias—, la vida del desdichado y genial Manuel el de Santiago, aunque debió de ser extenuante hasta el vómito, no llegó a pasar por pruebas tan duras. De hecho, tras la descomunal vomitera que glosó en su pliego, le llegó la calma. Y, con ella, el momento de arrancarse la máscara de Pilatos y de recuperar la vida, los andares y la voz fatigados del ciego:

Venga el papel, allá va
con la otra mano los cuartos.
Si a nadie perjudicamos
con nuestro sino marchemos,
y la vida nos busquemos
cada cual como podamos.

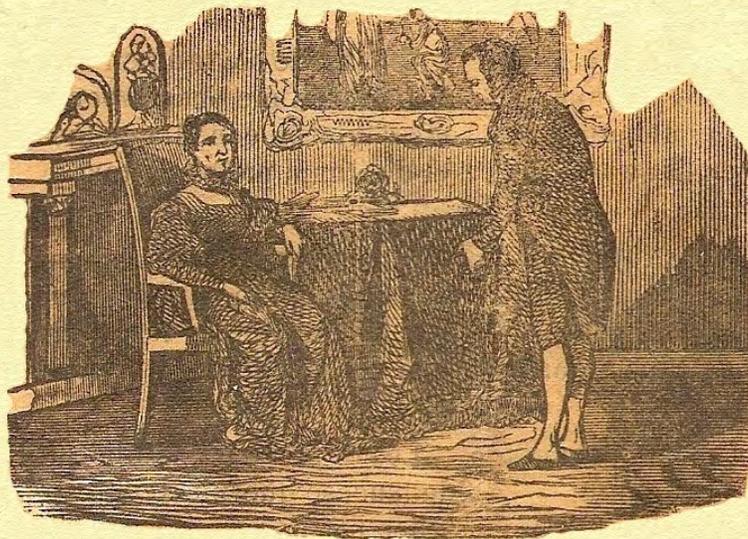


BIBLIOGRAFÍA

- BELTRAN, Vicenç (2016): «El romancero viejo y el pliego suelto», en *El romancero: de la oralidad al canon*, Kassel, Reichenberger, pp. 79-116.
- BLÁZQUEZ RODRIGO, Marcelo (1995), *La Gatomaquia de Lope de Vega*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- BOUZA, Fernando (2001): «Tocar las letras: cédulas, nóminas, cartas de toque, resguardo y daño en el Siglo de Oro», en *Corre manuscrito: una historia cultural del Siglo de Oro*, Madrid, Marcial Pons, pp. 85-108.
- BRAVO, Manuel (2007): *Cantares de candil*, Las Palmas de Gran Canaria.
- CALVO GONZÁLEZ, José (1998): Colección *Belmonte de cantes populares y flamencos*, Diputación Provincial de Huelva.
- CAÑIBANO, Juan (2009): *Cancionero secreto de Castilla y León. Adivinanzas picantes*, Urueña, Castilla Tradicional.
- CARO BAROJA, Julio (1969): *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Revista de Occidente.
- CARO BAROJA, Julio (1980) *Romances de ciego*, Madrid, Taurus.
- CARO BAROJA, Julio (1990): *Ensayo sobre la literatura de cordel*, Madrid, Istmo.
- CLEMENTE PLIEGO, Agustín (2011): *Estudio de la literatura folklórica de castellar de santiago (C. Real)*. Tesis doctoral, Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid.
- CONTRERAS, Félix, Alejandro GONZÁLEZ y María Angustias NUEVO (Equipo de La Memoria Sumergida) (2006): *Cancionero y romancero del Campo Arañuelo*, Navalморal de la Mata, Arjabor, edición en CD.
- CÓRDOVA Y OÑA, Sixto (1948-1949): *Cancionero popular de la provincia de Santander*, I-IV, Santander, Aldús; reed. G. de Córdoba, (1980).
- DE REINOSA, Rodrigo (2010): *Obra conocida*, ed. Laura Puerto Moro, San Millán de la Cogolla, Cilengua.
- DE SANTOS, Claudia, Luis DOMINGO DELGADO e Ignacio SANZ (1988): *Folklore segoviano III. La jota*, Segovia, Caja de Ahorros y Monte de Piedad,
- DOMÍNGUEZ MORENO, José María (2007): «El retrato erótico femenino en el cancionero extremeño: 4. Las mocitas de mi pueblo», en *Revista de Folklore*, 323, pp. 147-158.
- ESPARZA ZABALEGUI, José Mari (1988) *Jotas heréticas de Navarra*, Tafalla, Altaffaylla Kultur Taldea.
- FIGUEROA HERNÁNDEZ, Rafael (2008): *Décimas jarocho sin censura*, CD + Libro, Xalapa, [Edición del autor].
- FRENK, Margit (2003): *Nuevo Corpus de la antigua lírica popular hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FUMAROLI, Marc (2008): *Las abejas y las arañas: la Querrela de los Antiguos y los Modernos*, trad. Caridad Martínez, Barcelona, Acantilado.
- GARCÍA DE ENTERRÍA, María Cruz (1973): *Sociedad y poesía de cordel en el barroco*, Madrid, Taurus.
- GARROSA GUDE, José Luis (2015): «A poética do noxo. Excrementos e outras repugnancias na literatura oral galega», en *Actas da VIII Xornada de literatura de tradición oral. Sexo e obscenidade*, eds. Antonio Reigosa e Isidro Novo, Lugo, Asociación de Escritoras e Escritores en Lingua Galega, pp. 59-75.

- GOMIS COLOMA, Juan (2015): *Menudencias de imprenta. Producción y circulación de la literatura popular (Valencia, siglo XVIII)*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim.
- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús y Pablo SÁNCHEZ LEÓN (2010), «El agricultor moral. Instituciones, capital social y racionalidad en la agricultura española contemporánea», en *Revista Española de estudios agrosociales y pesqueros*, 225, pp. 137-169.
- LABRADOR HERRAIZ, José J. y Ralph A. DIFRANCO (2010): «Zoología erótica en la lírica del Siglo de Oro», en *E-Humanista*, 15, pp. 262-301.
- LABRADOR HERRAIZ, José J., Ralph A. DIFRANCO y Juan MONTERO (eds.) (2006): *Cancionero sevillano de Toledo: manuscrito 506 (fondo Borbón-Lorenzana)*. Biblioteca de Castilla-La Mancha, Universidad de Sevilla.
- LORENZO VÉLEZ, Antonio (1982): «Una aproximación a la literatura de cordel», en *Revista de folklore*, 17, pp. 146-151.
- MANZANO ALONSO, Miguel (2001): *Cancionero popular de Burgos II. Tonadas de baile y danza*, Diputación Provincial de Burgos.
- MARCO, Joaquín (1977): *Literatura Popular en España en los siglos xvii y xix (Una aproximación a los pliegos de cordel)*, I-II, Madrid, Taurus.
- MORÁN BARDÓN, César (1990): «Poesía popular salmantina. Folklore», en *Obra etnográfica y otros escritos*, I-II, Salamanca, Centro de Cultura Tradicional-Diputación de Salamanca, I, pp. 39-100.
- MOSQUERA DE FIGUEROA, Cristóbal (2010): *Paradojas. Paradoja en loor de la nariz muy grande. Paradoja en loor de las bubas*, ed. Valentín Núñez Rivera, Universidad de Salamanca.
- PANERO, Juan Antonio (2008): *Canciones tradicionales de Sayago*, Zamora, Aderisa.
- PEDROSA, José Manuel (1995): «Literatura oral en el Camino de Santiago: Frómista (Palencia)», en *Revista de Folklore*, 175, pp. 26-30.
- PEDROSA, José Manuel (1995): «Pelear de ciegos, batallas de sastres, códices iluminados y canciones», en *Las dos sirenas y otros estudios de literatura tradicional (De la Edad Media al siglo XX)*, Madrid, Siglo XXI Editores de España, pp. 103-161.
- PEDROSA, José Manuel (2002): «Seguidillas sefardíes de Marruecos: diacronía, poética y comparatismo», en *Revista de Literaturas Populares*, 2, pp. 153-175.
- PEDROSA, José Manuel (2005-2006): «Ogros, brujas, vampiros, fantasmas: la lógica del oponente frente a la lógica del héroe», en *Estudios de Literatura Oral*, 11-12, [Homenagem a Julio Camarena], pp. 217-235.
- PEDROSA, José Manuel (2007): «The Hero, the Savage, and the Journey: Don Quijote / Sancho... and William / Rainouart, Tamino / Papageno, Robinson / Friday, Ismael / Queequeg, Asterix / Obelix», en *South Atlantic Review*, 72, pp. 191-211.
- PEDROSA, José Manuel (2008): «Vampiros y sacamantecas: dieta blanda para comensales tímidos», en *Antropologías del miedo. Vampiros, sacamantecas, locos, enterrados vivos y otras pesadillas de la razón*, ed. Gerardo Fernández Juárez y José Manuel Pedrosa, Madrid, Calambur, pp. 15-48.
- PEDROSA, José Manuel (2013): «De los funerales grotescos de Pepe Botellas en Madrid y Cádiz (julio de 1812) y de otras efigies burladas», en *Tradición e interculturalidad. Las relaciones entre lo culto y lo popular (siglos XIX-XX)*, eds. Dolores Thion Soriano-Mollá, Luis Beltrán Almería, Solange Hibbs-Lissorgues y Marisa Sotelo Vázquez, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, pp. 19-34.

- PEDROSA, José Manuel (2014): «*Los siete infantes de Salas: leyenda, épica, romance y lírica reconsiderados a la luz de fórmulas y metros*», en *Memorabilia*, 16, pp. 86-130.
- PEDROSA, José Manuel (2015): «De *Perlinpinpin* a *Perlimplín: féeerie francesa, Cyrano, aleluyas, cuentos de Calleja... y Lorca*», en *Liburna*, 8, pp. 117-163.
- PEDROSA, José Manuel (2015): «El ajuar de Centurio (*Celestina* 18), el *Convite* de Manrique y la *Almoneda* de Encina, con otras dotes, testamentos y disparates», en *E-Humanista*, 31, pp. 574-625.
- PEDROSA, José Manuel (en prensa): «Novela picaresca, cuento de mentiras y cuento de *trickster*: homodiégesis y autoficción, entre escritura y oralidad».
- PERIÑÁN, Blanca (1979): *Poeta ludens. Disparate, perqué y chiste en los siglos XVI y XVII*, Pisa, Giardini.
- PIÑERO, Pedro M. (2015): *De romances varios. Metáforas líricas, valores simbólicos y motivos narrativos*, Universidad de Sevilla.
- SALAÜN, Serge (1989): «El género ínfimo: mini-culture et culture de masses», en *Clases populares, Cultura, Educación. Siglos XIX-XX. Coloquio hispano-francés (Casa de Velázquez, Madrid, 15-17 junio de 1987)*, eds. Jean-Louis Guereña y Alejandro Tiana Ferrer, Madrid, Casa de Velázquez-UNED, pp. 337-354.
- HESÍODO (1978) «Sobre el origen de Homero y Hesíodo y el Certamen de estos», en *Obras y fragmentos*, eds. Aurelio Pérez Jiménez y Alfonso Martínez Díez, Madrid, Gredos, pp. 381-401.
- SUÁREZ LÓPEZ, Jesús (2005): *Cancionero secreto de Asturias*, Gijón, Fundación Municipal de Cultura, Educación y Universidad Popular.
- VALERA, Juan: «Mariquita y Antonio», *El Contemporáneo*, 24 de febrero de 1861.
- VIGÓN, Braulio (1980): *Asturias: Folklore del mar. Juegos infantiles. Poesía popular. Estudios históricos*, Oviedo, Biblioteca Popular Asturiana.



(Notificación del auto de prisión de Mariana Pineda)

CANCIÓN

À LA INMORTAL

D.^{ña} MARIANA DE PINEDA

Marianita salió de Granada
y al encuentro salió un militar,
y la dice: ¿Donde vá usted sola?
que hay peligro vuélvase atrás.

Me saludan unos caballeros
hijos propios del mismo Granada
y me dicen, señora Mariana
de tus manos espero lograr.

Ya principia la canción fúnebre
que en bronce toda está estampada
con los ojos riego mis mejillas
solamente al oír la cantar.

Declaráos nobles caballeros
por si en algo os puedo aliviar.
¿Si esas manos blancas y hermosas
en un paño quisieran bordar?

Yo no puedo nobles caballeros
el bordar este triste pendón,
que el tirano ceta cuidadoso
mis ventanas puertas y balcón.

Una tarde sentada en mi cuarto
la bandera me puse á bordar,
me cogieron con ella en las manos
el delito no pude ocultar.

Perdonarnos señora Mariana
por si en algo ofendimos á vos,
que dos cosas tenía ideadas,
pero á un tiempo faltaron las dos.

Un realista le lleva las nuevas
y Pedrosa al momento mandó,
que le cerquen las casa con tropas
y la pongan en dura prisión.

La primera ya se ha preguntado,
la segunda ya se pregunté,
la primera quiero ser tu esposo
la segunda bordar el pendón.

Les di parte á mis liberales
del suceso que me aconteció,
y dos millones te ponen al frente
y á su gusto él se despachó.

No hay disculpa señora Mariana
que lo pide toda la nación,
y no hay manos que puedan bordar
solamente las que tenéis vos.

¡Ay Pedrosa cómo me has vendido
no me has sido constante y leal,
el registro que en mi casa ha habido
nueva prueba de sople me dá,

Pero cielos qué es lo que me pasa
que se mortifica mi corazón,
la palabra le he dado á Enrique
y antes muero que faltarle yo.

Quando quieras tanto te se otorga
y ahora entra otra pretensión
de que quieres gozar de mi cuerpo,
ó al cadalso ó á la Inquisición.

Marianita era de Granada
su belleza debió de inspirar
á Pedrosa, general infame,
su lujuria insolente y audáz.

Quando quieras prepara el cadalso
para darme la muerte velóz;
quedarían mis libres confusos
si Mariana perdiera su honor.

Me dirijo á bordar la bandera
y primero bordo mi mortaja,
conociendo mi muerte al venir
que el mirarla toda me temblaba.

No pudiendo vencer sus virtudes
por los medios y orden natural,
la denuncia, persigue y apresa
por vengarse cayendo en el mal.

Marianita en su cuarto se hallaba
y ella sola se puso á pensar,
si Pedrosa me viera bordando
la bandera de la libertad.

Ya la llevan á declaración,
Dios te guíe lo mismo que estrella,
en la sala la meten y cierran:
¡Pobrecita que será de vos!

Y los jueces le dicen: Mariana
no aturdiros en declaración
y ella responde al instante:
por tampoco no me asusto yo.

Si me dieras el cielo y corona
que es lo que más puedo envidiar
has de advertir infame Pedrosa
de que mires que soy liberal.

La bandera bordaron mis manos
y las letras con vivo color,
me preguntas quien lo ha mandado
eso nunca te lo diré yo.

Las letras que bordadas tienes
advertimos que son de un color,
y es preciso que digas Mariana
que ellas quieren decir lo que son.

El secreto se encierra en mi pecho
sepultura que allí se le dió,
he jurado con sangre de mis venas
que antes muero que declarar yo.

La primera libertad es patria,
la segunda fuera de ambición,
la tercera apagar los braseros
que inocentes se hicieron carbón.

Alguaciles, prender á la reo
y llevaria á la Inquisición,
y metida que esté en el tormento
á la fuerza nos dirán quien son.

Perdonadme Jesús Nazareno
que mis culpas bien las sabéis vos,
que inocente en la cruz has muerto
inocente tambien muero yo.

Entrada de Don Enrique al balcón de Pedrosa.

Buenos dias general Pedrosa,
buenos dias tambien tengáis vos,
os pregunto que si Marianita
la contiénes en la Inquisición.

¡Ay Enrique de toda mi alma
qué tormentos se pasan aquí!
que mis ojos de llorar no cesan
y no hay lengua que lo pueda decir.

Descubriros noble caballero
que deseo saber quien sois vos,
soy Enrique, noble caballero
de la llave dorada y toisón.

Pobrecilla tortolilla triste
que te tienen entre tantas penas,
con el pelo tendido en los hombros
parecida otra Magdalena.

Necesito hablar con Mariana
que es persona que siempre estimé
con un testigo de vista á mi lado
pra poder humillarme á sus piés.

El cadalso, que terrible es verte
con banderas, borlas y pendón
ese punto lo hace para Enrique
ei que el miedo nunca conoció.

Yo defendiendo á Mariana Pineda
que esa causa depende de mí,
y en la plaza de Trasfontes espero
que deseo vencer ó morir.

Ordenanza llama á mi ayudante
de la guardia, que le llamo yo,
que lleven preso á D. Enrique
sin que tenga comunicaci6n.

Los rebeldes responde Pedrosa,
no merecen nuestra caridad,
pero acaso podré perdonarla
si lo dicho se aviene á firmar.

D. Enrique véngase Ud. preso
que lo manda el Gobernador,
obedezco: pues quién habrá visto
que un ministro mande á su señor.

¿Qué me dices Enrique del alma?
mi palabra no se vuelve atrás:
en la plaza del Triunfo te espero
y que á esto no me has de faltar.

Pasaporte es lo que necesito
que á la corte me voy sin tardar,
de semana me toca en palacio
y que á esto no puedo faltar.

Entrada de Marianita en capilla.

Ya me meten en un calabozo
de bayonetas cercado,
en la mesa por urna un reloj
y el Mesías en la cruz enclavado.

que esa es cosa de muchos malvados
que reprueba nuestra humanidad.

De improviso llegó un comandante
y á Mariana de esta suerte habló:
de orden del general Pedrosa
que sois libre si consentis vos.

Apartar á mis niños delante
de manera que no los vea yo
que es quitarme la vida malvados
solamente de pena y dolor.

Su verdugo queriendo obligarla
sus dos niños ordenó llevar,
presumiendo que así declarase
liberales que sacrificar.

Marianita metida en capilla
de su muerte solía cantar,
y los mismos realistas decían
¡Quién pudiera darte libertad!

A sus niños le ponen delante
por si algo pueden conseguir
y responde muy firme y constante
no declaro, más quiero morir.

Ya me sacan de la carcel
y en la escolta advierto llorar,
los realistas lloran mi inocencia
¡Ay mis libres cuánto llorarán!

Con firmeza se negó diciendo
que á ninguno puede delatar,

La inocente Mariana Pineda
al cadalso se la vió llegar,
por bodar en su cuarto ella sola
la bandera de la libertad.

Marianita al cadalso la llevan
y una escolta le acompañará,
y sus niños llorando decían
«vente á casa querida mamá.»

Y decirle al infame Pedrosa
que jamás he manchado mi honor,
y por esto no temo en dar cuenta
de mis culpas al Sumo Hacedor.

Huerfanitos sin padre ni madre
hijos míos de mi corazón,
hoy fallece la que tanto tiempo
con sus pechos os alimentó.

Tú, verdugo, ejecuta tu oficio
y no tengas lástima de mí,
que si á la muerte yo tuviera miedo
qué dirían mis libres de mí.

Marianita al cadalso sube
y á sus niños al pié los dejó,
y las gentes llorando decían:
«Marianita declara por Dios.»

Perdonadme señora Mariana
soy mandado como sabéis vos:
perdonado ya lo estás verdugo
dame muerte ligera por Dios.

A los gritos que las gentes daban
Marianita de esta suerte habló:
es en vano lo que ustedes me piden
que á mis libres no descubro yo.

El verdugo tuerce la cigüeña
su garganta la argolla juntó,
ya no existe españoles valientes
el ejemplo de nuestra nación.

No es posible, la muerte mil veces,
yo no quiero mi honra manchar,
que me pesa sin honra la vida
y no es vida sin libertad.

La sentencia ya está ejecutada
y Granada quedó en su pavor,
cuando vieron sus niños que estaban
al cadalso mirando los dos.

Sé que muero no porque soy libre
ni tampoco por ser liberal;
sé que muero porque no has podido
de mi cuerpo tu gusto gozar.

¡Oh! qué día tan triste en Granada
que á las piedras las hizo llorar,
en ver cómo Marianita muere
en un cadalso por no declarar.

Cuántos libres me estarán oyendo
y en su pecho metido estará,
la inocente que al cadalso sube
cuánta sangre os ha de costar.

Y los libres cogieron los niños
caminaban con ellos velóz,
y Granada toda lloraba á gritos
y la plaza toda se enlutó.

Ciudadanos, un favor os pido
que espero me lo otorgaréis,
que á mi alma la recéis un credo
y á mis hijos no desamparéis,

Como rosa cogida en su planta
más hermosa que la luna y el sol,
como lirio entre las azucenas
más hermoso su cuerpo quedó.

Yo no puedo nobles caballeros
el bordar este triste pendón,
que el tirano cela cuidadoso
mis ventanas puertas y balcón.

Una tarde sentada en mi cuarto
la bandera me puse á bordar,
me cogieron con ella en las manos
el delito no pude ocultar.

Perdonarnos señora Mariana
por si en algo offendimos á vos;
que dos cosas tenia ideadas
pero á un tiempo faltaron las dos.

Un realista le lleva las nuevas
y Pedrosa al momento mandó,
que le cerquen la casa con tropas
y la pongan en dura prisión.

La primera ya se ha preguntado
la segunda ya se pregunté,
la primera quiero ser tu esposo
la segunda bordar el pendón.

Les di parte á mis liberales
del suceso que me aconteció,
y dos millones le ponen al frente
y á su gusto él se despachó.

No hay disculpa señora Mariana
que lo pide toda la nación,
y no hay manos que puedan bordar
solamente las que tenéis vos.

¡Ay Pedrosa cómo me has vendido,
no me has sido constante y leal,
el registro que en mi casa ha habido
nueva prueba de soplo me dá.

Pero cielos qué es lo que me pasa
que se mortifica mi corazón,
la palabra le he dado á Enrique
y antes muero que faltarle yo.

Cuando quieras tanto te se otorga
y ahora entra otra pretensión
de que quieres gozar de mi cuerpo,
ó al cadalso ó á la Inquisición.

Marianita era de Granada
su belleza debió de inspirar
á Pedrosa, general infame,
su lujuria insolente y audáz.

Cuando quieras prepara el cadalso
para darme la muerte veloz;
quedarían mis libres confusos
si Mariana perdiera su honor.

Me dirijo á bordar la bandera
y primero bordo mi mortaja,
conociendo mi muerte al venir
que el mirarla toda me temblaba.

No pudiendo vencer sus virtudes
por los medios y orden natural,
la denuncia, persigue y apresa
por vengarse cayendo en el mal.

Marianita en su cuarto se hallaba
y ella sola se puso á pensar,
si Pedrosa me viera bordando
la bandera de la libertad.

Ya la llevan á declaración,
Dios te guíe lo mismo que estrella,
en la sala la meten y cierran:
¡Pobrecita que será de vos!

declara á Luzbel la guerra
y en obsequio á Dios divino,
sea siempre tu destino
el corregir al que yerra.

Si Dios te hizo de la nada
con su infinito poder
limpio y casto tú has de ser
que esto es lo que más le agrada
mira que tu hora es llegada
y te amargan mil penurias,
deja ya tantas lujurias,
y si te quieres salvar
debes luego perdonar
al prójimo las injurias.

Si quieres la salvación
ama á Dios como quien es,
búscalo con interés,
que si no es tu perdición,
pídele con devoción
y sal de ese estado triste
que tu corazón conquistó
para que en su gracia vivas
en esta vida y recibas
perdón consolando al triste.

Reflexiona, pecador
que acaso el último aviso
es este, y así es preciso
no desprecies el favor
si no el fuego abrasador
sufirás con impaciencia,

librate de esta sentencia
y en lugar de liviandades
fiaquezas y adversidades
has de sufrir con paciencia.

A penitencia te llama
tu Dios misericordioso,
y como padre amoroso
por tu fiel hijo te aclama;
gotas de sangre derrama
por tus pasos tan inciertos
y entre lúgubres conciertos
si á Dios quieres agradar,
procura siempre rogar
por los vivos y los muertos.

Ya llegó el día, Señor,
que por vuestra caridad,
aborrecí la maldad
que es del cristiano el terror;
os ruego me déis valor
para huir de los blasfemos
y que en cánticos eternos
alabe vuestra bondad
y ejerza la caridad
visitando los enfermos.

Ya me volví á la amistad
de mi Dios omnipotente
que es un Señor excelente
y fuente de caridad;
quien quiera felicidad
que tenga arrepentimiento.

y no tendrá sentimiento
porque en la gracia está el bien,
y este Señor ama á quien
dá de comer al hambriento.

—
Padre de los pecadores,
Dios de todo lo criado,
¿cuánto Señor he faltado
con mis pasados errores?
Más oísteis mis clamores
y es tal mi agradecimiento,
tal mi alegría y contento
que os bendigo noche y día,
y es mi mayor alegría
dar de beber al sediento.

—
Por confesar el pecado
con un dolor verdadero
y propósito sincero
queda el hombre perdonado;
sal pecador de tu estado,
no te muestres tan altivo,
sé siempre edificativo
y así aseguras tu bien,
y procurarás también
el redimir al cautivo.

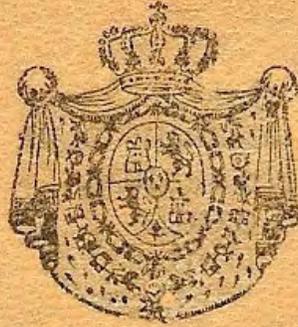
—
En vos espero, Señor,
que ya no me dejaréis,
vuestra bendición me déis

Padre infinito de amor,
como padre pecador
á vuestro trono yo acudo
y con un dolor agudo
llorar quiero arrepentido,
y con lo mal adquirido
quiero vestir al desnudo.

—
Mi Dios, siempre en Vos confío
porque arrepentido estoy,
y así prometo desde hoy
morir en gracia, bien mío:
sois inagotable río
cuyo raudal cristalino
nos manifiesta el camino
de la gloria deseada,
pero habéis de dar posada
siempre al pobre peregrino.

—
Si en vuestra amarga pasión
Señor, tanto padecisteis,
á los tiranos vencisteis
con vuestra resurrección
¿Y hay humano corazón
que cometa desaciertos
si con los brazos abiertos
esperáis al pecador?
Desde hoy prometo, Señor
si me llegan á matar,
decir si llega este trance
¡viva nuestra libertad!

FIN



GUAJIRAS PATRIÓTICAS

PRIMERA PARTE

I

La guerra que en las Antillas
sostiene nuestra nación,
prueba el valor y el tesón
de los hijos de Castilla.
Nada, nada les humilla,
ni aquel clima tan traidor,
ni del mambís el furor,
que con medios inhumanos
á los que caen en sus manos
machetea á su sabor.

II

Si el número de cubanos
es cinco veces mayor,
y es su posición mejor
hacen cara á los hispanos.
Y al ver que nuestros hermanos
pelean como leones,
piden auxilio á talones,
se esconden en la manigua,
cediendo á una fuerza exigua
sus cobardes corazones.

— 2 —

III

Y aún hubo en el mundo un hombre
qué osó profanar tu manto,
espacio falte á mi canto
para maldecir su nombre.
Sin que el recuerdo me asombre
con ansia abriré la historia
presta luz á mi memoria,
y el mundo y la pátria á coro
oirán el himno sonoro
de tus recuerdos de gloria.

IV

Los separatistas viles,
faltos de todo valor,
de disciplina y honor
temen á nuestros fusiles.
Mas, criminales serviles,
por sorpresa solamente,
matan á algún inocente,
incendian casas también,
ó descarrilan un tren,
y huyen después diligentes.

V

En un fortín reducido
se hallan diez hijos de España,
y el enemigo con saña
llega en número crecido.
y tras un fuego nutrido
escapan los laborantes
porque ven que son bastantes
diez no más para docientos,
y en los ataques cruentos
España siempre adelante.

— 3 —

VI

De Peralejo en la acción
grandes masas de insurrectos,
quisieron dar muy resueltos
un gran golpe á la nación.
Matar era su intención
al capitán general,
pero esto les salió mal,
si Santocildes murió,
Martínez Campos salió
como mil veces, triunfal.

VII

Oigo España tu aflicción
y escucho el triste concierto
que forman tocando á muerto
la campana y el cañón.
Sobre tu invicto pendón
miro flotantes crespones
oigo alzarse otras regiones
en estrofas funerarias,
de la Iglesia las piegarias
y del Arte las canciones,

VIII

Lloras porque te insultaron
los que su amor te ofrecieron,
los que siempre te temieron
porque tu gloria admiraron.
A tí, por quien se inclinaron
dos mundos de zona á zona
á tí, soberbia matrona,
que libre de extraño yugo,
no has tenido otro verdugo
que el peso de tu corona.

IX

Doquiera la mente mía
sus alas rápidas lleva,
allí un castillo se eleva
cantando tu valentía.
Desde la cumbre bravía
que el sol indio tornasola
hasta el Africa que inmola
sus hijos en torpe guerra,
no hay un puñado de tierra
sin una tumba española.

X

Tembló el orbe á tus lecciones
y de la espantada esfera,
sujetaron su carrera
las garras de tus leones.
Nadie humilló tus pendones
ni te arrancó la victoria,
pues de tu gigante gloria
no cabe el rayo fecundo,
ni en los ámbitos del mundo
ni en los libros de tu historia.

XI

Siempre en lucha desigual
cantan tu invicta arrogancia,
Sagunto, Cádiz, Numancia,
Zaragoza y San Marcial.
En tu suelo virginal
no arraigan extraños fueros
porque indómitos y fieros,
saben hacer tus vasallos,
frenos para sus caballos
de los cetros extranjeros

MADRID. —Imp. Universal, Cabestreros, 5.



El general Martínez Campos dirigiendo las operaciones.

LA GUERRA EN CUBA

Relato de los sucesos de la segunda guerra civil en Cuba,
con la llegada del general Martínez Campos, nom-
brado Gobernador general de la isla.

Otra vez los laborantes
infames filibusteros
vuelven á tomar las armas;
otra vez el rico suelo
de aquella hermosa colonia,
que es perla del pueblo ibero,
tinto en sangre se verá,
de muchos hermano nuestros,
á mil familias llevando
el luto y el desconsuelo.

Olvidando que son hijos
de España y que en ella vieron
una madre cariñosa,
que á Cuba llevó el progreso,
sin el cual como salvajes
vivieran en campos yermos,
contra ella se revuelven
airados, hijos protervos,
olvidando el beneficio
que de España recibieron,
y al grito de «Cuba libre»
empuñan las armas, fieros.

Cuatro ambiciosos dirigen
la campaña, y cual corderos,
les siguen, blancos muy pocos,
pero muchísimos negros,

en general, ignorantes
los unos, y otros hambrientos.

Más ¡ah! la causa es injusta
y son del cubano pueblo
mal vistos y por lo tanto
se vencerá sin remedio.
Á pesar de su fiereza
y el clima aquél tan enfermo,
pues el español valiente
no le arredran los tropiezos.

Se levantaron en armas
á mediados de Febrero
dos ó tres partidas sueltas
mal armadas, sin dinero,
mandadas por cabecillas
de escaso prestigio y mérito,
que iban reclutando gente
y que huían del encuentro
de las tropas. Al principio
no hallaba en los campos eco,
y de las cuatro provincias
de Cuba, no hubo insurrectos
sino es en la de Santiago.

Por esta causa, al gobierno
dijo el general Calleja,
que mandaba aquél terreno,

que las fuerzas de la isla para sofocar el fuego de la insurrección bastaban.

Pero apoyados aquellos, esto es, los separatistas, por un país extranjero, que armas les facilitaba, municiones y dinero, fueron reclutando gente y tomaron incremento.

Pide luego el general seis mil hombres, y allá fueron, y de Cádiz, la Coruña y otros diferentes puertos salen barcos con las tropas llenas de entusiasmo bélico, animados por las gentes que á despedirles salieron, y á obsequiarles con cigarros, vino, comida y dinero.

Una fuerza misteriosa, porque se hizo con misterio, hizo que la insurrección tomara más y más vuelos, y en Cuba desembarcaron Máximo Gómez, Maceo, Guillerminóu, Martí, Clombert y otros jefes, con refuerzos, que dieron gran importancia al triste levantamiento.

Todo esto fué la causa de que pensara el gobierno de España en mandar allí veinte mil hombres lo menos y un general de prestigio que acabara pronto aquello.

Nombrado Martínez Campos, el ilustre don Arsenio, salió el día 3 de Abril de Madrid, con el objeto de embarcarse el día cuatro en Cádiz, y al mismo tiempo llevar catorce mil hombres y recursos y armamento.

La esperanza de la patria cifrada en él, los dos pueblos, Madrid y Cádiz, en masa á despedirle salieron, como fiel representante de lo que es nuestro deseo.

Allá en la isla de Cuba también con igual anhelo esperaban su llegada, para que llegara á término la anómala situación que arruina industria, comercio y agricultura, las bases de la riqueza de un pueblo.

El diez y siete llegó

á Guantánamo, el puerto más cercano de la isla, donde sin perder momento tomó posesión del mando que le confió el Gobierno, y de allí á la capital, do tuvo un recibimiento entusiasta. Los balcones con colgaduras, y en ellos le daban la bienvenida las damas con sus pañuelos.

Numerosa muchedumbre le victoreaba, viéndo en su persona el emblema de la paz que es don del cielo.

Ya en la Habana, sin descanso organizó aquél ejército dando las disposiciones necesarias, para luego salir á campaña, y dar cumplimiento á sus proyectos.

En tanto, la insurrección siguió aunque poco, creciendo, á pesar de los desastres que de las tropas sufrieron, pues no hubo acción en la cual vencieran los insurrectos.

Los nombres de Santocildes, Lachambre, Araoz, Salcedo, Roseh y Tejerizo, jefes que comandaban los nuestros, serán siempre pronunciados con entusiasmo y respeto, pues en sus persecuciones á los bandos insurrectos, á estos bandidos causaron muchos heridos y muertos, en las acciones que en Palma y Palmarito tuvieron, Yaguas, Coscones, Guayabas, Juruguana en primer término y otras muchas que dejaron el nombre español bien puesto.

Pero ¡ay! que por otra parte les seguían protegiendo, y solo un golpe de mano muy duro, fuerte y enérgico dará con ellos al traste, y esto se espera del genio del bravo Martínez Campos que es gloria de nuestro ejército.

Así lo espera la patria, y así lo permita el cielo, para en día cercano alumbre aquél rico suelo de la paz el sol radiante y evite el derramamiento de sangre de cien hermanos ante el clima y ante el fuego.



La acción del río Jovito en que murió el coronel Bosch.

NOTICIAS DE CUBA

MUERTE DE BOSCH

El teniente coronel Bosch colocó sus fuerzas hábilmente para emprender el ataque; lanzóse con el valor de que ha dado tan repetidas muestras á las avanzadas, con tan mala fortuna que en una de las primeras descargas perdió la existencia atravesado por una bala. Dicese que el valeroso jefe murió en el acto.

Inmediatamente se encargó del mando el comandante Sr. Robles que era el jefe más antiguo, y las tropas continuaron impertérritas en sus puestos á pesar de haber muerto el jefe.

Cuantas versiones se reciben convienen en que no hubo un solo momento de pánico en las tropas, y que luego de retirar el cadáver del infortunado señor Bosch continuó el ataque con per-

fecta regularidad, acogiendo con entusiastas vivas á España los soldados la breve arenga de su nuevo jefe el comandante señor Robles.

Continuó el fuego durante nueve horas, sin que los soldados pensarán en retroceder ni los rebeldes en huir.

Apláudese mucho la conducta del Sr. Robles y la de toda la fuerza á sus órdenes.

Paulatinamente fueron ganando terreno las tropas y desalojando de varias posiciones á los separatistas.

Por fin se ordenó el avance general y éstos comenzaron á huir con dirección á las sierras de Canasta y Chapala, retirando numerosos heridos.

En breve quedó la columna leal dueña del campo, y el comandante Robles no pudo orga-

nizar la persecución por no tener a sus órdenes la fuerza de caballería indispensable y porque los vencidos se dividieron en numerosos grupos para huir.

Cada vez se nota más la necesidad de aumentar la caballería.

Todos convienen aquí en que el triunfo ha sido brillante para las armas españolas.

Las bajas de la columna han sido considerables. Además del teniente coronel Bosch, murieron el médico militar D. Everardo Ruiz y nueve soldados.

Han sido heridos cuatro oficiales y 30 individuos de tropa.

El enemigo tuvo 300 bajas, entre ellas más de 40 muertos.

Se asegura que entre éstos figurarán los cabecillas Periquito Pérez, Cartagena y Bonne.

También se dice aquí que perdió la vida en la acción el titulado general Máximo Gómez.

Todos celebran el valor y el arrojo del teniente coronel Bosch que tantos plácemes ha merecido durante la presente campaña y cuyo ascenso á coronel había propuesto ya el general en jefe.

ULTIMOS PARTES

Anoche recibió el Gobierno la confirmación oficial de que en el Camagüey operan ya partidas insurrectas, en el telegrama siguiente:

Fuerza Cádiz día 5 batió la partida de Sabana, Guanabacoa, teniendo dos heridos.

Voluntarios Yateras y guerrilla Palma batieron y dispersaron enemigos día 8, entre Bellavista y Caridad, ocupando campamento.

No cabe duda alguna acerca de los propósitos del Gobierno con relación á la guerra que en la gran Antilla sostienen los se-

paratistas: irán á Cuba rápidamente, en plazo relativamente muy corto, todos los hombres y todos los recursos que sean indispensables para sofocar la insurrección.

En el Senado se votará hoy definitivamente el proyecto—ya votado ayer en el Congreso—que permite al ministro de Ultramar levantar fondos hasta una cantidad—si fuera absolutamente preciso—de 120 millones de duros.

El ministro de la Guerra trabaja sin cesar para que en corto plazo puedan ser trasladadas á Cuba—si las reclama el general en jefe—fuerzas considerables habiéndose asegurado ayer en el Congreso por persona que desempeña elevado cargo que no se esperará al otoño, sino que se aprovechará el próximo mes de Agosto, para enviar á la Antilla un ejército de 40.000 hombres.

FUERAS HUMANAS

Un despacho de la Habana que publican esta mañana los periódicos neoyorkinos, da cuenta de los actos de salvajismo á que se han entregado los insurrectos cubanos con unos cuantos soldados españoles y varios paisanos á quienes sorprendieron y capturaron cerca de Gibara.

Los infelices prisioneros fueron colgados. Los cadáveres de las víctimas han sido vistos horriblemente mutilados, suponiéndose que fueron objeto de crueles tormentos.

Semejante proceder de los separatistas produce general indignación, sobre todo cuando las fuerzas españolas se conducen de una manera noble y humana con los prisioneros que hacen al enemigo.

Es propiedad de Guillermo García Burgos.



Bonita colección de tangos

DE

La guerra europea

SEGUNDA PARTE

De las notas más salientes
de esta destructora guerra,
del principio de la lucha
es la belgicana tierra.
Leman, general valiente,
con sus huestes reducidas,
al ejército prusiano
dá batallas decididas.
Y ante cien mil alemanes
al mundo le demostraron
la bravura y patriotismo,
los belgas, cuando lucharon.
En España un Zaragoza
hubo que se cubrió de gloria,
ahora en Bélgica hay un Lieja
que recordará la Historia.

En Bélgica fué la reina
á visitar los heridos
que había de las batallas,
y que están bien asistidos.
Lo mismo los belgas
que los heridos germanos,
llenos de inmensa alegría
besaban sus bellas manos,

que pródigas en caricias
á todos les animaba,
con palabras de consuelo
y llanto que derramaba.
Los heridos alemanes
sin poderse contener,
gritaban: Viva la reina,
caritativa mujer.

Triste cuadro representa
el campo tras el combate,
cuando de la noche el manto
sus negras alas abate.
Un herido se halla aquí,
que en la fiebre del delirio
á voces mienta á su madre,
sufriendo cruel martirio.
Más allá un soldado muerto,
que en sus últimos instantes
murió besando el retrato
de su padre ó de su amante.
Esa es la guerra que dicen
el derecho de nación,
ese es el crimen que azota
á la incivilización.

Aunque Bélgica valiente
contra el poder alemán
luchó fiera, por desgracia
no pudo alcanzar su afán
de librar á su terreno
del azote abrumador,
impuesto por fortaleza
del ejército invasor.
Lieja, Bruselas y Ostende,
aunque bravos defendieron
contra de los alemanes,
pronto invadidos los vieron.
Mas pronto vendrá el rescate,
que el belga sabrá vivir,
por defender su bandera
hasta vencer ó morir.

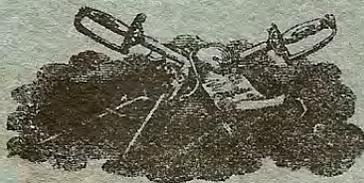
En la Alsacia y la Lorena,
la Francia empuja potente,
y al ejército germano
le derrota fácilmente.
Con valor y patriotismo
lucha el soldado francés,
y los alemanes sufren
un revés tras un revés.
Nada á Francia la intimida,
á la lucha fué serena,
y si se viera vencida
no es por no luchar cual buena;
que si Alemania es grandiosa
Francia también grande es,
y si Alemania es valiente
también es bravo el francés.

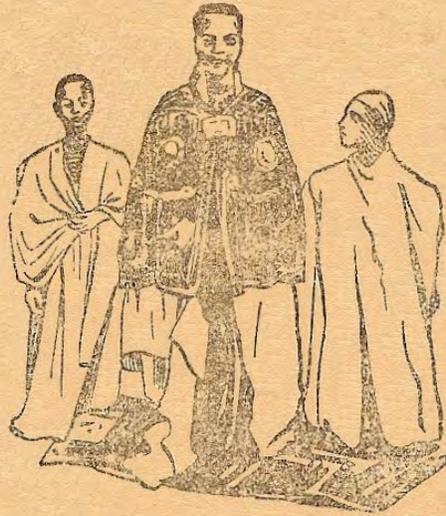
Inglaterra el mar domina
con sus potentes cruceros,
y los barcos enemigos
apresa en sus derroteros.
Austria y Alemania tienen
sus escuadras escondidas,
por miedo á que las apresen
ó de verlas destruidas.

Pronto germanos y austriacos
el hambre habrán de sentir;
de lo que allá pasar pueda
nadie podrá predecir.
Pero lo que sí es muy cierto,
que siempre suele pagar
es el pobre que no tenga
más que el mísero jornal.

Unos dicen de que Francia
á Alemania va venciendo,
otros dicen que Alemania
en Francia se va metiendo.
Otros dicen que los rusos
á Austria y Germania castigan,
pero yo veo que en todo esto
no hay quien la verdad diga.
Porque aquí quien va ganando
es el que más va perdiendo,
que el que gane, que hacer tiene
lo que ahora está destruyendo.
Quien aquí sale ganando
sin poderlo disputar,
es la muerte, que se adueña
de toda la humanidad.

De esta cruenta campaña
las consecuencias tocamos,
pues las industrias y minas
paralizar viendo vamos.
Miles de obreros con hambre
pronto veremos aquí,
y de esto solo la culpa
la tiene nuestro país,
que las más fuertes industrias
las entrega al extranjero,
habiendo aquí en nuestra España
quizás mejores obreros.
Que esta lección de provecho
le sirva á España con creces,
para que más adelante
cuide de sus intereses.





Asuntos de Marruecos

Primera parte

Suele ibérico, á la unión
que te encuentras ofendido,
que alarma nuestra nación
ese moro maldecido.

Mira que te lanzan reto,
despierta bravo león
y de tu bramido el eco
haz que oiga la rebelión.

Haz que hagan tus vasallos
y nobles soldados nuestros
frenos para los caballos
con los huesos del marrueco.

España fué el sacro templo
cuna de ilustres varones
la que de valor dió ejemplo
asombrando á las naciones.

Pagó caro el sinsabor
sus infames pretensiones
y huyo lleno de terror
al mirar nuestros leones.

De su infame melodía
tienes que dar triste cuenta,

pues es una cobardía
matar cuatro mil á treinta.

Cobardes sin corazón,
quieren pisar los trofeos
y asesinar sin razón
á unos cuantos europeos.

Pero llegan los marinos
y al verlos desembarcar
huyen sin concierto y tino
y se arrojan en el mar.

Mil moros anteayer
asaltaron con gran saña
tratando de destruir
el consulado de España.

Pero dos grupos pequeños
de marinos de los nuestros
con los moros cabileños
llenan el suelo de muertos.

Hoy el moro en su fé ciega
que un grito del pecho arranca
con sangre española riega
las calles de Casablanca.

Son fieras sin corazón
y sus brutales placeres
son el matar á traición
y violar las mujeres.

Es digno de mencionar
una mujer vascongada
que al ver su hija peligrar
dió á un moro una puñalada.

Al vapor se refugió
y pudo salvar la vida
la que con sangre lavó
una honra escarnecida.

En ellos el miedo aumenta
y se siembra la eizaña
porque han de dar triste cuenta
lo mismo á Francia que á España.

Al ver entrar en el puerto
Don Alvaro de Bazán,
escapan con paso incierto
los moros de Mazagán.

Porque temen otra vez
que nuestros roncós cañones
se hagan oír desde Fez,
Tetuan y Sierrabullones.

Abandonan la ciudad
como lobos perseguidos.

dejando gran cantidad
de presos, muertos y heridos.

Los moros, al recordar
de la España la fiereza
buscan refugio en el mar
tirándose de cabeza.

Pues sirvieron sus cañones
después del grave proceso
para fundir los leones
de la puerta del Congreso.

Hoy, para mayor desdoro
y vergüenza del Sultán
harán con carne de moro
chorizos de mazapán.

Cuenta un viejo cabileño
lleno de angustia y tristeza
que un corneta muy pequeño
cortó á un moro la cabeza.

Ya tiembla Sierrabullones
y Tetuán mira su fin,
al recordar las acciones
ganadas por don Juan Prim.

Llenos de angustia y de afán
cuentan los moros más viejos
que O'Donel entró en Tetuán
y Prim en los Castillejos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE





VIVA ESPAÑA

Segunda parte

Al grito de viva España
pelean nuestros hermanos
con esa maldita raza
de salvajes inhumanos.

Que además de asesinarlos
con sus falsas cobardías
esos traidores malvados
nos hacen mil herejías.

A unos cortan la cabeza,
á otros las piernas y brazos
y ellos se ríen y juegan
cuando nos hacen pedazos.

Una linda aragonesa
es digna de mencionar,
que sola con sus tres hijos
habitaba en Mazagán.

Y estando una noche en casa
con sus tres hijos pequeños
por las puertas vió que entraban
cuatro moros cabileños.

Y las ideas brutales
de aquellos moros malditos
era abusar de la madre
y degollar á sus hijos.

Sin tener otra defensa,
otro amparo ni consuelo
que la Virgen del Pilar
y que un niño lleva al cuello.

Virgen del Pilar sagrada
gritaba la pobre madre:
salva á mis queridos hijos
de este peligro tan grande.

Con la Virgen en las manos
de rodillas se pusieron
y al mirar este retrato
los moros se detuvieron.

Al oír nombrar la Virgen
dos soldados que pasaban
fueron á prestar auxilio
y á la casa se acercaban

Y dando un gran viva á España
los dos valientes soldados
á los cuatro perros moros
las cabezas le cortaron.

Con las familias que apresan
esos moros maldecidos
abusan de las mujeres
delante de sus maridos.

A estos mismos la cabeza
les cortan para que vean
sus infelices mujeres
y así temerosas cedan.

Lo que más les sobresalta
y les aumenta la pena
es ver á sus jóvenes hijas
en el mismo estado que ellas.

Y no contentos con esto
esos bárbaros malditos
las venden de unos á otros
como Judas vendió á Cristo.

Después de tantos martirios,
tantas penas y fatigas
aquellos seres humanos
finalizan con sus vidas.

Y las cabezas les cortan
esos brutos kabileños
y las llevan en las lanzas
como si fueran trofeos.

Y una vieja que es muy fea
y de buena condición
dice que iría en las filas
formada en un batallón.

Que maneja cualquier arma
como sea de españoles
y contra el moro descarga
diarios dos mil cañones.

Ella tiene razón justa
porque quiere combatir
y solo con verla asusta
á los moritos del Rif.

Esa es una acción villana
que horroriza el pensamiento,
matar desde una ventana
al valeroso sargento.

¡Ay, ensangrentadas huellas
de martirizar hebreos,
deshonrando á las doncellas
con sus brutales deseos.

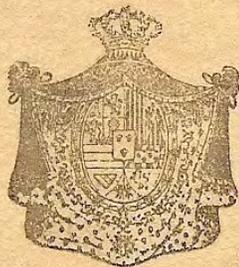
Llora un niño muy inocente
en los brazos de su madre
y arrastran bárbaramente
por las calles á su padre.

Si del sepulcro saliera
el valeroso Don Juan,
unas polainas se hiciera
del pellejo del Saltán.

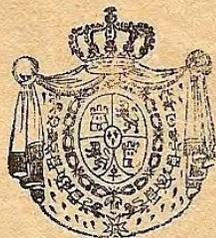
Que ya en otras ocasiones
dió un banquete á sus soldados
al pié de Sierrabullones
con moros en estofado.

Así en carne cobraremos
de las cábilas de tunos
que en España no queremos
ni aun á los chavos morunos.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE



Montesinos Hermanos, impresores, San Agustín, 13.—Albacete



CRÍTICA DE LOS ARTISTAS que han sacado las señoras mujeres PRIMERA PARTE

Señores voy á contarles
la verdad en breve tiempo
a todos los habitantes
para que tomen ejemplo.

Primero principio
por los taberneros
bautizan el vino
con agua del tiempo.

También lo componen
con campeche bueno
así se emborrachan
los hombres corriendo.

Pagan las cosas muy caras
ellos se cuidan muy bien
todo sale del borracho
de los que van á beber.

Cuando se embriagan
pierden el sentido
y el buen tabernero
hace el buen avio.

La pluma desgasta
de tanto sumar
lo que el les pide
les tiene que dar.

A los maestros barberos
voy á descubrir sus faltas,
que por no gastar el dinero
nunca afilan las navajas.

Desuellan la cara
se dejan los pelos.

entonces el marchante
le dice maestro.

Cambie la novaja.
porque me hace daño;
con que es un barrillo
quedan disculpados.

Los maestros zapateros.
compran materiales malos,
cáñamo más inferior
los puntos de lado á lado.

Se calza el marchante
se gasta los cuartos
y á los veinte días
se encuentra descalzo.

Estas son las trampas.
de los zapateros
son los presidentes
de los embusteros

Todos los sastres señores
cuando cortan un vestido
toda la tela que sobra
la dejan como en olvido.

Y si el marchante
se descuida algo
bajo de la mesa
se le han guardado.

Les dice al maestro
vaya un paño caro
ni para unas piezas.
tampoco ha quedado.

Los señores panaderós
todos suelen estar gordos
todos tienen mucho buche
á la salud de nosotros.

Harina barrica
le echan al pan
le lavan la cara
con agua de cal.

Detras bien crudo
también sale falto
así todos ellos
más van prosperando

Los señores carniceros
es gente de mucho rango
por una libreta echan
doce onzas por lo largo.

De hueso y sebo
echan la mitad
toda la libreta,
se viene ha quedar.

Seis onzas de carne
es lo más que dan
llega un día de fiesta
salen sus mujeres
como unas marquesas.

El oficial de albañil
es oficio regular
nunca le falta trabajo
si es que quiere trabajar.

Les sale un chapuz
y si es de tejado
suben muy formales
para gobernarlo,

Y lo que sucede
si es un agujero,
lo dejan peor
que estaba primero.

Todo el comisionado
encajeros y arrieros
comerciantes de ganado
salen de viaje luego.

Su esposa ha quedado
sola sin cuidado.

le suele salir
un buen parroquiano
como se divierte
buena lujo gastando
y el pobre marido
pasando trabajos.

En cuanto el marido viene
del viaje descuidado
él al entrar por la puerta
tropieza con el tejado.

La dice á su esposa
un poco enfadado,
á que has permitido
bajar el tejado.

Y ella le contesta
calla só atontado
si es que has crecido
desde que has marchado

El trabajador de campo
tambien les voy á contar
son esclavos del trabajo
y muy corto su jornal.

Dos reales y tolera
tambien el gazpacho;
la mujer é hijos
siempre van descalzos.

Y si la mujer
quiere ir compuesta
le hace presidente
de la cornamenta.

Los tenderos y tenderas
es gente de picardía
cuando miden el aceite
siempre tuercen la medida.

Pesan algo de peso
por lo regular,
cuatro onzas en libra
les suelen quitar.

Ellos siempre fian
muchos no le pagan
y siempre en la tienda
va más aumentada.

EL DIABLO ESTÁ EN ESPAÑA Y NOS VA A LLEVAR A TODOS

Señores, en los infiernos
ha habido pronunciamiento,
que los demonios pretenden
formar un gran regimiento.

Así, á todos advierto
cada cual busque su maña,
y estén con el ojo abierto
que el diablo anda por España.

El diablo quiere llevar
á todos los zapateros,
que por suelas á las botas
echan cascos de sombreros.

Les tiene una habitación
de unos preciosos perfumes,
porque empinan el porrón
y no trabajan los lunes.

¡Pobre de mí! ¡pobre de mí!
por no trabajar los lunes
al infierno voy á ir.

A todos los taberneros
los llevará el diablo indino,
por que no usan estola
para bautizar el vino.

No hay que dudar
que por echar agua al vino
el diablo los vá á llevar.

Tambien á los albañiles
el diablo los vá á llevar,
para enlucir el salón
que tiene para bailar.

¡Triste de mí! ¡triste de mí!
que se ha de reir el diablo
de este pobrete albañil.

El diablo se vá á llevar
á todos los carpinteros,
porque con hacer ¡ris! ¡ras!
ganan muy bien el dinero.

¡Pobre de mí! ¡pobre de mí!
que con el serrucho al hombro
al infierno voy á ir.

Tambien se llevará el demonio
á todos los tejedores,
siempre en el telar hilando
y á la vejez mueren pobres.

¡Hay que voy ya!
con el de las uñas largas

para armar allí el telar.

Tambien diré que los sastres
trabajan junto al brasero,
que el diablo me los arrastre
y se los lleve al infierno.

Cuando mandan hacer trajes
cortan sin duelo y temor,
de cinco varas de paño
guardan tres y entregan dos.

¡Hay qué dolor! ¡hay qué dolor!
por guiar mal la tijera
al infierno me voy yo.

Los escribientes el diablo
se lleva el año que viene,
son libres para escribir
y lo que escriben se lee.

¡Me llaman ya! ¡me llaman ya!
para ir á los infiernos
y yo no quiero marchar.

Porque allí es tierra caliente
y el viaje poco cuesta,
y para un pobre escribiente
no hallo yo tierra como esta.

Y tambien los latoneros
suelen venir por aquí,
y tocan por estos pueblos
el pimpierrín plín plín.

¡Triste de mí! ¡triste de mí!
que me llevan á el infierno
á ver que tierra hay allí.

A todos los caldereros
el diablo lleva tambien,
para que hagan la caldera
y meterlos entre pez.

¡Esto vá bien! ¡esto vá bien!
que me llevan al infierno.
á tocarles la sartén.

Tambien los alpargateros
al infierno irán de patas,
que como allí nunca llueve
todos gastan alpargatas.

¡Yo llevaré! ¡yo llevaré!
cañamo y pita al infierno
que algún cuarto ganaré.

Tambien los afiladores
el diablo quiere llevar,

aunque no lleven la rueda
bien me los ha de amolar.

Amolachín, amolachín,
tanto como has afilado
ahora te afilará á tí.

El mismo fin les aguarda
á esquiladores y barberos,
pues sin nabaja y tijera
les ha de arreglar el pelo.

¡Hay qué placer! ¡hay qué primor!
qué buen barbero es usted
que me afeita sin jabón.

El diablo á los periodistas
los llevará por prudentes,
porque hoy dicen una cosa
y mañana lo desmienten.

Tambien á los impresores
el diablo los llevará,
porque unas veces ponen de menos
y otra vez ponen de más.

Tambien á los moldeadores
el diablo los llevará,
porque tienen los modelos
de la gente que hay allá.

¡Hay qué dolor! ¡hay qué dolor!
que me llevan al infierno
porque soy buen moldeador.

A los ciegos embusteros
que dicen lo que no vén,
para que den un concierto
al infierno ván tambien.

El diablo á estos les prepara
que no han hecho daño á nadie,
un buen vino de Navarra
y un salón para dar baile.

¡Qué diré yo! ¡qué diré yo!
que me llevan al infierno
á cantar una canción.

Con todos el diablo puede,
quiere llevarlos con él,
menos todos los herreros
que son más diablos que él.

Dice el diablo á los herreros:
á esos no los quiero yo,
que me quemarán el morro

si sacan el espetón.

¡Hay que triunfar! ¡hay que bailar!
dichosos los herreros
que al infierno no ván ya.

No solo lleva á los hombres
que á las mujeres tambien,
hacen falta en el infierno
para que hagan de comer.

Dice que las vá á llevar
a las jóvenes y viejas,
el diablo les vá á pegar
con el rabo en las orejas.

Pocas hembras hay derechas
en toda la humanidad,
pues las más salen torcidas;
el pueblo declarará.

El diablo pide sogueros
para hacer sogas y cordeles,
que hacen falta en el invierno
para atar á las mujeres.

¡Pues se vé mal! ¡pues se vé mal!
el diablo para sujetarlas
y á todas las quiere atar.

Tambien á los molineros
los quiere llevar allá,
que si vale el trigo caro
sisan un celemin más.

A todos los usureros
quiere llevar por el alambre,
que no les importa un pito
ver morir al pobre de hambre.

¡Pobre de tí! ¡pobre de tí!
¿de qué te sirve la usura
si al infierno vás á ir?

Honremos los labradores,
á estos no los vá á llevar,
á costa del labrador
todos comemos el pan.

¡Hay labrador! ¡hay labrador!
que hasta los pájaros comen
á costa de tu sudor.

El autor de este papel
es un noble riojanito,
si queréis saber quién es
le llaman el templadito.

FIN.



LAS PERSECUCIONES DE LAS PULGAS A LAS MUJERES EN GRACIOSAS BOLERAS

Como somos tan ligeras
y tan saltonas
hacemos pierda el juicio
cualquier persona.

Y nuestro pico
es siempre maldecido
del pobre y rico.

Nuestra naturaleza
tan bulliciosa
les quita á las mujeres
lo perezosas.

Bien se sofocan,
y algunas por buscarnos
se vuelven locas.

Vivimos con gran gusto
con las solteras,
porque en buscarnos gastan
horas enteras.

Y es una risa
verlas mirar los pliegues
de la camisa.

Les damos en visita
mucho tormento,
porque están ajustadas
sin movimiento.

Y con pellizcos
se ponen el colete
como unos priscos.

Vienen á casa y dicen
con muy mal gesto,
malditas sean las pulgas
como me han puesto.

Se quejan tanto
que los hombres les dicen;
quemarle el pasto.

En los ataderitos
de los corceles,
allí nos empleamos
como lebreles

Y aunque se rasan
estamos bien seguras
de su borrasca.

Sueltan toda la ropa
para cogernos,
y allí nuestra ciencia
en escondernos.

Y en tal debate,
la que cogen la entregan
al Conde Uñate,

Cuando van al paseo
muy peripuestas
entonces les picamos
á rienda suelta.

Van paseando
y con el abanico
se van rascando.

A las viudas miramos
con gran compasión,
porque siempre las vemos
llenas de aflicción.

Pues han perdido
los placeres y gustos
que da un marido.

Por eso día y noche
no les picamos,
pero á la madrugada
se la pegamos.

Porque es la hora
en que se hallan vencidas
estas Señoras.

A las buenas beatas
bien les picamos
hasta que el sufrimiento
se lo apuramos.

Dan un suspiro
y dicen: Dios nos premie
este martirio.

—

Como están asistidas
de la caridad,
si nos pillan al punto
nos dan libertad.

Y con deliro
piden á Dios las libre
del pulgidicio.

—

Cuando una madre al hijo
le da la teta
entonces le picamos
á rienda suelta.

Porque ellas temen
si se rasca, que el niño
luego despierte.

—

En su celda á las monjas
no les picamos
porque al punto nos cogen
y nos dan mato.

Pues sin clemencia
nos retuercen el cuerpo
sus reverencias.

—

En donde á nuestros gustos
bien les picamos
es el Locutorio,
las abrasamos.

Porque en visita
tienen que aguantar mecha
las pobrecitas.

—

Muy contentas picamos
á cualquier hombre,
porque todos son lindos,
buenos y nobles.

No nos inquietan
sacuden sus pañuelos.
luego se acuestan.

—

A los frailes picamos
con gran libertad
cuando están en los actos
de comunidad.

Pues aunque quieran
no pueden por entonces
darnos carena.

—

Luego van á su celda
desesperados
y el hábito se quitan
muy enfadados.

Y con mal humor
á la que pillan matan
de retorcijón.

A las durmientas damos
muy buen despacho
pues hay mujer que duerme
más que un borracho.

Luego con ceño
dicen no las dejamos
cojer el sueño.

Picándole una noche
á una albañila,
se hirio de una uñarada
una costilla.

Pero el marido
cogiendo un palustre
le bruñó el sitio.

Con quien vivimos libres
es con los viejos,
porque nos escondemos
entre el pellejo.

En tanta arruga
tenemos la guarida
siempre segura.

Picamos á la esposa
de un zapatero,
y al tiempo de rascarse
se le fué un cuesco.

Y el marido fué
y le rascó las pulgas
con el tirapié.

A todos les picamos
algunos ratos,
y sólo las mujeres
pagan el pasto.

Porque son otras
tan locas y tan vivas
como nosotras.

FIN

EL OJO ABIERTO



que han de tener los hombres
cuando traten con las mujeres.

SATIRA NUEVA

Todo soltero me escuche
las letrillas de esta plana,
que voy á decir verdades
de lo que pasa en España.

Voy a dar principio
por las doncellitas,
que aunque sean feas
parecen bonitas.

Parece mentira
que así pueda ser,
en estas letrillas
nos lo han de hacer ver.

De seis años son muchachas,
niñeras son á los diez,
á los doce los paseos
frecuentan alguna vez.

Forman un palique
con Juan y con Pedro,
con Manuel y Andrés
con Francisco y Diego
Así adelantan
en estos recreos,
por dejarlas ir
mucho á los paseos.

De trece á catorce años
piensan buscar un marido,
y por no ser menos que otras
tratan de hacerse un vestido.

Lo hacen elegante
de rico percal,
pero las enaguas
son de algún costal.
Si lo digo todo
me muero de risa,
mucho de percal,
poco de camisa.

Cuando tienen el vestido,
quieren pañuelo de seda,
zapatito de charol
a sea de buena tela.

Quieren chaquetilla,
su buen delantal,
peineta de moda
que pueda adornar.
Se arreglan la roseca,
se peinan los rizos;
las madres no deben
darlas estos vicios.

De quince á dieciocho años
quieren muchas las funciones,
bailes, comedias y toros,
estas son las diversiones.

Luego si ven otras
con mucha elegancia,
se mandan traer
tela de la Francia.
Que tenga ó no tenga
la madre dinero,
la dice la hija:
—El vestido luego.

Los domingos á los bailes
por la noche al teatro,
la pasa toda en jarana
divertida con su majo.

Y eso ¿quién lo paga?
Sin duda un barbero,

un pintor, tallista,
sastre o zapatero;
pero si la dama
es algo bonita,
lo viene a pagar
aquel de levita.

La madre un poco enfadada
con su hija la Pilar,
va de comercio en comercio
buscando el mejor percal.

Entran en la tienda,
dicen al mancebo:
—¿Hay buenos percales?
sáqueme usted luego.
Diez ó doce piezas
luego la presenta,
y entonces la hija
se queda contenta.

Dice la niña:—Mama,
este es el que á mí me gusta;
pero hay que advertir, señores,
que ésta al momento ajusta.

—Mida usted diez varas,
le dice al mancebo,
pronto y bien medido
le ha servido luego.
Se lo da en la mano
para replegar,
y ella se lo pone
en el delantal.

—Escuche usted, señorito,
luego le traeré el dinero,
y si le parece bien,
apúntelo usted, don Pedro.

—La verdad me dices,
lo voy á apuntar,
porque en mis negocios
se puede olvidar.
Se pasan los tiempos,
se rompe el vestido,
pero los dineros
se echan en olvido.

Hoy las diré á las doncellas
las de ciudades y villas,
á las de aldeas y pueblos
que hacen muchas maravillas.

Unas en las plazas,
otras en el portal,
que parecen hijas
de algún principal.
Luego en los paseos
todas las criadas
van tan elegantes
que parecen amas.

Por esta razón, solteros,
os tienen como á Cupido,
ciegos de amor para siempre,
la verdad á todos os digo.

Así me los tienen
tan enamorados,
que á pocas palabras
se encuentran casados.
Pero si se pasa
el tiempo de un año,
aquí, caballeros,
está el desengaño.

Y dije en la hermosura
que tiene en el vestir,
y también de la elegancia
aún me falta que decir.

Pues oidme atentos
con mucha alegría,
el gozo que tienen
cuando hay una cría.
Dicen muy gozozas:
es un coronel,
es un capitán,
es un brigadier.

Acostumbran á decir:
Es mi hijo un general,
es un conde, es un marqués,
otras dicen: Es cardenal.

Le toma en sus brazos,
le baja á la calle,

se encuentra una amiga
todo es á su madre.
La verdad me dices,
en nada me engañas,
pues tengo en mis brazos
lo mejor de España.

Todas las recién casadas
disfrutaban un gran placer,
por estar con los maridos
no se acuerdan de barrer.

Pero estas se visten
tarde á la mañana,
y luego á la tarde
descubren la cara.
Se van á fregar
á eso de las tres,
su esposo enfadado
la pega un revés.
El vestido sucio,
roto y sin coser,
hay muchas que sopas
no saben hacer.

Un amigo me decía:
¡Lo que sabe mi mujer!
asa huevos en la lumbre
y no se pueden comer.

Pero es tan astuta
y pone un guisado,
que siempre lo saca
todo avinagrado.
Una tarde fuimos
dos á merendar,
nos puso los platos
todos sin fregar.

Las hay que á sus maridos
los mandan á trabajar
y todo el día lo tienen
con media libra de pan.

Ellas chocolate,
sus buenas costillas
llevan á las diez
para el medio día.

Tocino y carnero
llevan de continuo,
sus buenos garbanzos
y un jarro de vino.

Viene el marido á cenar
y le presentan un plato
de habas duras y un huevo,
como si fuera algún gato.

La dice su esposo:
—Ven acá, mujer,
ven á acompañarme.
—No puedo comer.
Porque todo el día
tengo una jaqueca,
que casi me parte
de pies á cabeza.

También hay muchas casadas
que compran alguna cabra
y de ésta sale un cabrito,
he aquí una buena palabra.

No os fiéis, solteros,
viudos ni casados,
porque las mujeres
son peor que el diablo.
Con palabras dulces
ellas nos engañan,
y no hacemos caso
de lo que nos hablan.
Más vale de muchas
sopas con pimientos,
que de otras asado,
de verdad, no miento.
Cuando una se queda viuda

sale otra vez á danzar,
la que antes era Bernarda
lo quiere disimular.

Se pone compuesta
con rico vestido,
que quiere alcanzar
segundo marido.
Se mira al espejo,
se sale á la plaza,
esto le sucede
hasta que lo alcanza.

En las últimas letrillas,
si me escucha algún soltero
le dirá al que esté á su lado:
¡Qué verdad nos dice el ciego!

Yo de buena gana
no me casaría,
pero me aconsejan
mi hermana y mi tía.
Si me quedo solo
me obliga el casar,
que de esto ninguno
se puede librar.

Ya no alcanza más mi pluma
porque soy poco letrado,
y quien pone estas letrillas
es un ciego aficionado.

No nos pongas más,
dice una mujer,
que si no te quito
tintero y papel,
y toma la perra
que pides por él.

FIN



RELACION CHISTOSA

TITULADA

TODAS ME GUSTAN

SEGUIDA DE OTRA SERIA, CUYO TÍTULO ES

DESENGAÑOS DE LAS DONCELLAS

Ya que quieren las señoras,
que diga una relación,
es preciso obedecerlas,
es muy justo y razón:
sepan, señoritas mías,
que con este corpachón,
con este valor que tengo,
esta alma, esta voz,
estas patas y estos codos.
los bofes y el corazón;
estos puños, estos brazos...

más tente, donde voy yo?
Qué modo de hablar tan tosco
á vista de tal primer!
Perdonadme, señoritas,
mi cabeza ya voló;
en siendo cosa de ustedes
todo me vuelvo turrón,
azúcar y mermelada,
batata y agua de olor,
cande, yemas, polvo, natas,
pellas de dulce limón,

y todo me desbarato
en vuestro obsequio y honor,
tente, borrico del diablo,
pues si agarro un barejón...
Jesús, María y José!
Que tan bobacón sea yo?
En hablando de la niñas
se me pierde la razón,
y muchos hay en la sala
lo mesmito en conclusión:
el majito que está allí
es un pollo de atención,
y el que menos corre, vuela
en llegando la ocasión.
Por fin, señoras, perdonen,
porque es tan grande el amor
que os tengo, que si os veo
que dá reumatismo y tos,
jaqueca, dolor de clavo,
tabardillo y sarampión,
viruelas y garrotillo,
y en este lado un dolor,
que es menester quemar lana,
mantequilla y una unción
en aqueste lado izquierdo,
porque vuelva en mi razón,
y luego que vuelvo en mí
marcho al instante á este son.
Señoras, el juicio pierdo,
me perdonarán, por Dios,
porque soy un atrevido;
válgame aquí san Antón,
yo quiero servir á ustedes,
conque pidan sin temor:
mándenme ustedes que me eche
por ventana ó por balcón,
ó de cabeza ó de piés,
como les guste mejor;
dénme ustedes bofetadas,
ó dénme con un rejón,
ó rájenme la cabeza;
me echaré en el suelo yo,
y dénme ustedes patadas;
mas detente, borrachón,
borrico de Belcebú,

no basta decirte, soó?...
En viendo yo las madamas
se me muda el facistol,
y alguno de los presentes,
y uno de ellos el señor,
acechando como el gato,
que está mirando al ratón.
Y por fin, sea, ó no sea,
yo tengo á ustedes pasión,
á ustedes digo, madamas,
os amo con tal fervor,
que me hiciera mil pedazos
bailando aquí el chilindrón;
no lo puedo remediar,
es conocida pasión,
en viendo yo á las madamas
me quedo sin reflexión,
los ojillos se me bullen,
y me hago un salpicón;
para mí ninguna hay fea;
si es morena me gustó
si es blanca me robó el alma,
si es quebrada de color
me gustó aquel colorcito,
si es encarnada un primor,
si es verúinegra un prodigio,
y si tiene condición
me alegra solo el oír,
si es pacífica mejor,
que tenga la boca grande,
que la tenga chica, arroz:
sea chata ó narigona,
que tenga garbo, que nó,
sea aseada ó cochina,
cada una es una flor;
siendo mujer, para mí
tiene la gracia de Dios:
á todas las de esta sala
las quiero más de un doblón;
y porque vean ustedes
donde llega mi afición
aunque sea una vieja
que pase de ochenta y dos,
con siete ú ocho jorobas,
y más fea que un ladrón,

porque parece mujer
la quiero que es un horror;
esto es querer al uso,
porque los majos de hoy
á toditicas las quieren,
y por todas les dá tós:
y hablando fuera de muelas,
escupa usted, mi señor;
¿ve usted esta cruz que pongo
en pecho de emperador?
pues á toditas las quiero
en Sevilla, en Badajoz,
en Córdoba, en Cataluña,
en Roma y en el Japón,
sea aquí, ó sea en Flandes,
daré vida y corazón
por las señoras mujeres,
y si tocan haré son,
y con la espada en la mano
dare vueltas alrededor,

diciendó: fuera de ahí,
cierra España, batallón!
Sí, las quiero muy de veras,
que han sido, serán y son
la cosa más admirable,
que su Magestad crió.
Perdonadme, señoritas,
que todas en mi opinión
sois rosas las más fragantes,
claveles de rico olor,
y así en mis manos y piés,
en mi pluma y corazón,
tendréis por ser muy debido
el sitio más superior,
porque sois la filigrana,
y sois nuestro resplandor:
me confieso vuestro esclavo
con la mayor sumisión,
de lo poco que os alabo,
os pido á todas perdón.

DESENGAÑOS DE LAS DONCELLAS

¿Qué importa que de hermosura
el cielo á un añia llene,
si sus mismas perfecciones
en contra de ella se vuelve?

Apenas llega á los años
que los corazones vencen,
y que su rostro y su talle
fuertes pasiones encienden.

Apenas en el teatro
del gran mundo se embellece,
y cual astro nuevo sale
en su delicioso oriente.

Enjambre de adoradores
acuden á su aliciente,
á tributarla homenajes,
á recibir rosicleses.

Otros astros abandonan,
que eclipse al punto padecen,
y el triunfo de la que nace;
derrota es de la que muere.

Sitiada siempre la niña,
alucinada ó inocente,
rendimientos vé tan solo,
y adoración reverente.

Cual númen en sus altares
mira el incienso perenne
sin recelar fraude ó dolo
de su ser se enorgullece.

Los obsequios, los recibe
como moneda corriente,
sin recelar que la digan
lo que ellos mismos se creen.

Que no todas son hermosas,
y no todas ciertamente
las perfecciones reúnen
en grado muy eminente.

Y sin embargo, aduladas
de los locos pretendientes
oyen sin duda alabanzas
que no todas las merecen.

Uno la titula diosa,
otro angel, otro fénix,
y sin amor aseguran
que morir antes prefieren.

Juramentos se prodigan,
músicas y cartas llueven,
hay empeños, desafíos,
y aún amenazas de muerte.

¡Ay, necias! Que esas palabras,
ese almíbar y esas mieles,
veneno son que os matan,
lazos y redes que os tienden.

Vosotras no sois de bronce,
vuestra sangre no es de nieve,
para amar también nacisteis
y ese amor tal vez os pierde.

De vuestro poco tesón
pagáis las resultas siempre,
y vuestra inocencia misma
sacrificais las más veces.

No indagais si es hombre honrado,
si buen genio ó malo tiene,
y si haceros muy dichosas
vuestra unión con él promete.

¿Son bonitos? ¿Son galanes?
¿Son graciosos y elocuentes?
¿Brillan? ¿Gastan? Pues ya todo
lo que necesitan tienen.

Accedeis á sus caricias;
os conquistan... ¡ay! os vencen,
y en la plaza conquistada
el vencedor dicta leyes.

¿Y si luego os abandonan?
no es mucho que entonces entre
en vuestro pecho el furor,
y la rabia más vehemente.

¡Cuántas por este mal pago
se dieron, locas, la muerte,
dando luto á sus familias,
y trastorno á sus parientes!

¡Cuántas viéndose infelices,
y sin remedio evidente,
cometieron crimen vil
contra el fruto de su vientre!

Y cuando daño tan grande
á las cautas no sucede,
cuántas la edad del amor
majaderamente pierden!

¡Cuántas por fin desde entonces
aunque el lance no resuene,
vieron consumir sus años
en angustias y cordeles!

¡Cuántas que jóvenes son
presumiendo serlo siempre,
hacen de los hombres burla,
colmándolos de desdenes!

Y vienen días y días,
y pasan meses y meses;
y al fin quedan para tías
y como nacieron mueren.

Dejo aparte otros mil males,
que á las doncellas comprenden,
porque me dilato mucho,
y el papel llama á ser breve.

FIN



FRANCISQUILLO EL SASTRE

Nueva relación de los desafíos, hazañas y valentías
del más jaque de los hombres.

Salga el acero á brillar
pues soy hijo del acero,
hijo soy de Pedro el sastre
y nieto soy de mi abuelo.

Francisquillo soy el sastre
el que á nadie tiene miedo,
el que hará que tiemble el mundo
con sus heróicos hechos.

Venid aquí, forradores
de palos con los pellejos,

pantomimistas de lunes,
revolvedores de pueblos,
llegad los de la madera
fanfarrones carpinteros
aunque con vosotros vengan
esos prosas cedaceros;
tejedores, hiladores
juntaros con los barberos
y salid con éste al campo
que tiene perdido el miedo;

labradores hortelanos,
y exforzados molineros,
hoy os desafía un sastre
que tiene la sangre hirviendo.

Vengan jueces y abogados,
escribanos marrulleros,
que á un plumazo que os dé
os dejaré sin aliento;
venga Bernardo el del Carpio
ese guerrero soberbio,
con su espada y su rodela
que no le teme este cuerpo,
venga el moro Brabonel
ese jaquerón lancero,
que le quitaré el turbante
y le haré cristiano nuevo;
venga el mismo Fierabrás,
vengan Roldán y Oliveros,
y hasta Carlo-Magno venga
si perder quiere el pellejo;
vengan hoy todos los guapos
lleguen aquí barateros,
venga el soberbio más grande
capitán de bandoleros;
vengan los Ponce de León
los Guzmanes y Carreros,
vengan cuantos hijos-dalgos
ponen los piés en el suelo;
venga aunque sea Luzbel
con todos sus compañeros,
que á estocadas les haré
que vuelvan á los infiernos;
y pues nadie venir quiero,
pues todos me tienen miedo,
veréis hazañas de un sastre
que ahora contarlas quiero.

Apenas cumplí veinte años
salí un día de paseo,
como me hallaba en Madrid
hasta el puente de Toledo.

Llegué á un juego de cané
que había mucho dinero,
y pregunté quién cobraba

los ochavos muy lijero.

Un granadero salió
de los del morro con pelo
que por habano en su boca
podía llevar mi cuerpo.

Le dije: ponte en defensa
y me respondió: ¡trastuelo!...
saco al punto mis tijeras
y él el sable sacó luego,
pero le aprovechó poco
que á los dos golpes primeros,
el pescuezo le corté
como si fuera de sebo.

Sin pena ni sobresalto
fui siguiendo mi paseo,
y llegué á Carabanchel
á beber el vino fresco.

Catorce guardias civiles
incluso con su sargento,
llegaron á mí á prenderme
y me dicen: dáte preso

Por cima brinqué de todos
y ellos disparan á un tiempo
más ninguno me tocó
y fué tener mal acierto.

Siendo tan buena ocasión
tiro al punto de mi acero
y á todos los despaché
este quiero este no quiero.

Libre de aquella maraña
pillo piés para Toledo,
donde á nadie conocía
y me hallaba sin dinero.

En un café me metí
donde había muchos necios,
y á tratarme principiaron
como perro forastero.

Yo con toda mi prudencia
les dije: señores, quedos
que soy Francisquillo el sastre
el terror del universo.

Se miran unos á otros
apenas que aquesto oyeron,

de risa están reventando
y yo de coraje lleno.

Saco al punto mis tijeras
y á cortar retal comienzo
de brazos, pechos y piernas
sin olvidar los pescuezos.

Treinta y ocho dejé allí
arrastrados por el suelo,
y yo me puse en la calle
más fresco que el mes de Enero

Me fui á una fonda, y allí
lo que pedí me sirvieron,
y con un abonaré
pagué todo por entero.

Marché para Andalucía
y al pasar Despeñaperros,
diez ladrones me asaltaron,
pero yo siempre sereno
les pregunté qué querían;
me respondieron: dinero.

Les dije: no tengo un cuarto.
lo que tengo es un acero,
y lo que desearía
es ser compañero vuestro,
para que sepáis quien soy
y la destreza que tengo.

Me admitieron muy gustosos
y á una venta no muy lejos
fuimos todos á comer
y nos regaló el ventero.

Allí pasamos la tarde
y ya que el sol era puesto,
me dán una carabina
y cartuchos más de ciento.

Como una legua anduvimos
cruzando montes y cerros,
hasta que llegamos á un sitio
que parece contadero.

Toda la noche anduvimos
guardando el mayor silencio,
por ver si alguno pasaba
para despojarle luego.

Fué nuestra suerte contraria

pues no vimos ni un mochuelo,
que son aves de rapiña
cual mis dignos compañeros.

Siendo ya de día claro
abandonamos el puesto
y todos juntos marchamos
á un cortijo no muy lejos.

Allí almorzamos en grande
sin costarnos el dinero,
y después fuimos al monte
á darle tributo al sueño.

Los diez á dormir se echaron
bien calientes de cerebro,
y yo siempre con afán
de alimentar mi acero.

Apenas los ví dormidos
bufando como unos puercos,
saco mis finas tijeras
y principio á cortar cuellos.

A los diez dejé difuntos
y á registrarles comienzo,
y entre todos encontré
cerca de ochocientos pesos.

Viéndome con esta suma
sin detenerme un momento,
para Málaga marché
á donde llegué contento.

Paseándome una tarde
solo por tomar el fresco,
conocí que se burlaban
de mi cuatro pintureros.

Me arrimé á ellos y les dije:
señores, soy forastero,
sastre soy en todas partes
y así tened miramiento.

Apenas oyeron sastre
¡mira qué empeño dijeron!
entre tres hacen un hombre
y aún estira el pescuezo.

Apenas aquesto oí
meto la mano á mi acero,
no hice más que rás, rás,
y dejé los cuatro muertos.

Como era al anochecer
y mis piés que son el viento
en un pestañear me puse
de la ciudad muy adentro.

Entré en una gran posada
pedí cena y me sirvieron
y en cama de tres colchones
pasé la noche de un sueño.

Al otro día de mañana
entré en casa de un prendero
y compré todo un vestido
á estilo de malagueño.

De Málaga pasé á Ceuta
á ver unos compañeros,
que por sus buenos servicios
allí se hallaban de asiento.

Estuve unas tres semanas
sin tener ningún tropiezo,
y por no matar cristianos
me pasé á los moros luego

En Tánger una noche á diez
les agujereé el pellejo,
tanto que por cada herida
podía pasar un perro

Desde Tánger pasé á Argel
me estuve allí mes y medio,
mandando todos los días
cuarenta y cinco al infierno.

Me marché á Constantinopla
capital de siete imperios,
donde esta aquél gran señor
rey de sesenta y tres reinos.

Allí seis meses estuve
en los cuales habré muerto
pasados de veinte mil,

y no hablo más porque no quiero
y nadie me contradiga
si conservar quiere el cuerpo
que mis entrañas están
peor que rabioso perro,
que en sacando mis tijeras
que son dos armas á un tiempo
pincho, corto y entresaco
las entretelas del pecho.

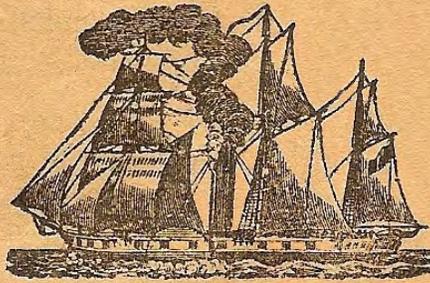
¡Cuántos en la sepultura
están solo por el miedo,
de verlas ensangrentadas
rebozadas en pellejos!

Esto os lo dice un sastre
poquito pico y silencio,
quien no lo quiera creer
se lo hará creer mi acero,
que entre los musulmanes
pienso pasar poco tiempo;
y así nadie de los sastres
se chulée y ande con tiento,
que también los sastres son
de carne, hueso y pellejo;
y os lo digo á más á más
que tienen en sus adentros
corazón, hígado y bazo
y su cuajo bien repleto.

Aquí dan fin mis proezas
mis arrojos y mis hechos,
comer, beber y dormir
es lo que desea el cuerpo,
que al que se muere le entierran
como sucedió al tío Prieto,
que nadie se acuerda de él
ni yo tampoco me acuerdo.

FIN

MADRID.—Imprenta Universal Cabestreros, 5



RELACION ANDALUZA

EL TREMEMENDO



Quié vá á Cai? que me guillo
piñones como melones
camarones, quien quié má;
salero, se quié osté embaicá?
me mareo e la cabeza,
quiée osté quizá una caleza?
no, que la vá osté á voicá.

Qué jase osté, so mostrenco?
si no estuviera ocupao

ahora en la embaicación,
subía y de un gofeton
lo dejaba á osté estripao
lo mesmito que un pichon.

Si le doy á osté una mascá,
le embuto á osté en la paré
y lo ejo po un divé,
con la cabeza sacá
pa que se rian de osté.

Quien es osté? se pue isí:
yo soy Pepe Tremenda
aqui y en Vallaolí,
un mozo como un palmito,
que con el mejó me apuesto,
y templao, y por supuesto,
á ver un cuerpo bonito,
fortunita me jago tiesto.

Quemo ma que el jierro ardiendo
echo mas fuego que el só,
y siempre estoy yo quiriendo
largá puñalá en viendo
otro mozo como yó.

Me está metiendo un mieo
que ya... Que si, candi,
te apagastes te encendí;
sabes que estoy mas quemao
que los jierros de un fogon.

Compare, aquello pasó:
es una cosa mas grande
que le pagará el chavó:
yo me fi con uua moza
á la tienda del Ostion.

Escuche osté, Juan Ramon:
el montañés la otra noche
el gallo me levantó,
porque le colé una mota
de papalina, seño.

Y le arrié una mascá
y le entró al probe un doló;
de un colmillo, que al golpe

de la boca le salió.

Como el muchacho es mu ganzo
sacó ebajo er mostraó
un trabuco y prum! un tiro
en la jeta me arrió
por la boca comí anices...
destas jago muchas yó.

Don Futraque,
si lo cojo á osté por el fraque,
cojo anguilas con osté,
cuando yo andaba, fortuna
en el cnotrabando un dia.
vino á mí una escampabia.

No era de dia
que jacia luna:
pue señó le eje venir
y le jise asi riendo
otavia está corriendo
del dentaso que le dí.

Le dí á Curro Rejones
en la chirola con esta...
y le salió la cabeza,
por la cruz de los calzones.

Y quién es osté?
yo soy Curro Boleones,
hijo de Goni, estasté?
y en la playa me espeché
con lapas y camarones.

Y me bautizé en la má,

pescaó he sio é caña,
cara bonita, está osté,
tendré yo para queré
paciencia en estas entrañas?.....

Si osté quié á esa mujé
le esago á osté la jeta,
échese osté fuera
y le arrojo á osté...
Dios mio, como pliego de papel.

Esta es otra vela
y daré una puñalá,
y se acabó la funcion:
que me cuesta á mi, so mozo?

Estáte loco ó soñando?
De risa estoy reventando,
al velo á osté tan furioso.

Esa mujé me camela
porque no hay otro camino,
si á la fuerza soy mas fino,
que la azuca y la canela.

Una vez fui á Manila
en dos horas y un minuto,
Hombre! no sea osté bruto,
no me jaga osté tan lila.

Mentiroso, fanfarron,
le voy á dar á osté una mojá
que pa encontrá la quijá
va á sea meneste un pregon.

No jaga osté diabluras:
sino es porque tú lo dice,
iba a echar por las narices
un peaso de asaura.

Quié osté irse ya, tío Coscar
Si es que tengo yo que icir...
po venga osté luego aquí,
que paese osté una mosca.

Estaría yo enfaao
cuando me tiré un bocao
yo mesmo en mitá la frente.

Me convia osté patron?
por qué no, sol de los soles,
me se dan tres caracoles,
en dar por tí er corazón.

Bien jablao
cara é rosa,
quiere turrón
ó quié mistela,
ó quié arfajó ó viscotela.

Que te pie el cuerpo, jermosa
me pie cosa picante,
lo entendiste, chaborcillo,
si pa eso es Currillo,
y si es osté mu tunante.

Señora, sin corteá,
cuénteme osté sus pesares,
por la gloria de mi mare
que la tengo é consolá.

Si señó, estoy perdía
y me vá á costá la vía.
Confía en San Antonio.
Salero no hay que afligirse
que too se compondrá.

Vaya, acabe osté é grasná
que no es eso pa morirse,
se le ha najao á osté el amante?
No señó, pero lo encuentro...
vamos, estraio, no es cierto?
ya se jará que arreate.

Viva el gusto puñalá!
achanta el mirlo lebré,
anda vete, te veas frito,
escoria de los jitanos,
si lo que pilla en tus manos
lo espilfarra en ca Albarito.

Po señó lachó va el día,
hoy han trincao estas manos

veinte y ocho mejicanos.
Valiente gracia es la mia!

Se han creido los gachés
que el mengue es algun profeta
y le ha afanao el parné:
es la fija, chachipé;
con mis polvos y receta.

Salero, moza cosia,
que me tiene osté partió
por mitá é la mesma nué.

Que me espaturra, judío...
te veas de lobos comió,
que me vá á robar lebré

Po la boca va juncá,
con mas año que un parná
y me camelas er fransé.

FIN



NUEVA RELACION BURLESCA
TITULADA
LOS BOMITOS DE PILATOS

COMPUESTA POR MANUEL EL DE SANTIAGO

Antienda todo insensato
que por su mucha simplicia,
no ha llegado á sus noticias
los vómitos de pilatos.

Ignorando los estragos
que hubieron de ocasionar,
pudiéndolo preguntar
á Manuel el de Santiago.

Pero porque no os crieis
como las fieras bravías,

atender á lo que decía
el doctor cara de buey.

Decía este anacoreta
que Pilatos vomitó
porque aquel día comió
tinta grasa de una imprenta.

Toda su sabiduría
quiso imprimirla en su seno,
y por poco pega un trueno
su ilustrón y señoría.

Tres vómitos le acudieron
que los tres eran mortales,
según varias credenciales
de doscientos que lo vieron.

En el primero arrojó
una arroba de tomates,
que se comió el año antes
cuando fué alguacil mayor.

Vomitó una calabaza
de veinte libras de peso,
y un rabanazo muy tieso
tan recio como una maza.

Allá en la puerta otomana
comió el mes antes maimones
y vomitó los tostones
y una cebolla almorrana.

Su esposa se sofocó
al ver tan grandes arrojos
se puso sus anteojos
y fué a buscar al doctor.

El que al instante que vino
mandó que con toda prisa,
una cerda jabalisa

le lamiese el intestino.

Y si vuelve á vomitar
que le diesen una untura
por bajo de la cintura
con orín de sacristán.

Con esto se despidió
y á la media hora pasada,
¡válgame Santa Librada
que vómito que le dió.

Vomitó á primera vista
la borla de un solideo
y el bonete y el manteo
que le robó á un jesuita.

Vomitó una artesa llena
de hongos en vinagrillo
y más de veinte lebrillos
de higos chumbos y camuesa.

Como la fuerza era poca
y el vomitar tan contínuo
la tripa del intestino
le asomaba por la boca.

Los vecinos acudieron
todos esperanzas dando,
y él decia de cuando en cuando
llorar todos que me muero.

Y después de vomitar
doscientas ratas techeras,
vomitó la ratonera
con que habían de cazar.

El sacristán fué llamado
para aplicarle la untura
porque tenía esta criatura
los ojos desencajados.

Fué tanta la operación
que le hizo esta medicina
que echó junto con la orina
los palillos de un tambor.

Después de estar aliviado
y dormir perfectamente,
le dió otro vómito tan fuerte
que á todos puso en cuidado.

Y se vió en tal desventura
que con tantos apretones,
vomitó hasta los riñones
con su cebo y su gordura.

Vomitó si no me engañan
los libros que lo aseguran,
el corazón, asadura
y parte de las entrañas.

Y según seguros datos
que acredita el mismo autor,
dice que este vomitó
al mismo Poncio Pilatos.

Por esta misma razón
está la prueba en la mano
Pilatos mal escribano
fué convertido un peor.

Y viene de unos en otros.
por lo mismo os aconsejo,
más vale caballo viejo
que tener que domar potros.

Pero viendo otra vez
á nuestro primer estado,
ya os he dicho y explicado
el origen como fué.

Muchos de talento faltos
al ciego por burla ó prueba,
le preguntan que si lleva
los vómitos de Pilatos.

Y por haceros creer.
de este asunto la verdad
me he dedicado á estudiar
para poder responder.

Y nos dice el mismo autor
que escribió su vida cierta,
que si el vómito le aprieta
vomitaria su opinión.

Este curioso papel
todos le deben llevar,
y si ocurre vomitar
se libertará con él.

Pilatos aquel gran señor
que mandó á Cristo azotar,
le dió Dios la facultad
de ser el vomitador.

El que angustiado se encuentre
debe su nombre invocar,
y se ahorrará de echar
lo que se echa en un presente.

Llevando el papel consiga,
Pilatos nos asegura
que toda nuestra basura
no pasara del ombligo.

El que crea que se engaña
y confianza haya poca
vera salir por su boca
el hígado y las entrañas.

El creerlo es más barato
por lo que pueda pasar,
venga el papel allá vá
con la otra mano los cuartos.

Si á nadie perjudicamos,
con nuestro sino marchemos
y la vida nos busquemos
cada cual como podamos.

FIN



NUEVA RELACION
DEL
GANSO DE LA BOTILLERÍA

Alabao sea por siempre
el paire de los borrachos;
me alegro de ver á ostés,
yo de cualquiera suerte roando;
pues como iba iciendo,
he salio pa jacer argo;
y ya de pura vergüenza
toico se me ha olvidao;
pero ello algo ha de ser,
que juera un gran desacato
que me volviera a meter
sin decir güeno ni malo;
y ahora se me ocurrió
un demonio de pasajo
que me sucedió á mi, habrá
sus veinte ó cincuenta años,
y en forma de relación
aquí tengo de encajarlo.

Habrán de saber ostés
como un domingo de Ramos.
por más señas, que cayó
aquel año en Jueves Santo,
me salí de mi lugar
resuelto y eterminao
á encajarme en la ciudad
de Graná en cuatro pasos;

y me encajé en muchos menos
de lo que canta un galápago.

Llegué al primer callejón,
que estaba tó tapao
de muchas recagileras
de álamos negros y blancos;
allí había mucha gente,
y cuando menos me cató
ví venir unas calesas
con sus mulitas tirando;
toas cuajás de oro,
con tanto pintarrajo,
y por unas ventanillas,
que traian por los laos,
en unas de las calesas
ví muchas plumas de pavo
que salian de unas cabezas
como caras de cristianos.
Me acerqué á un hombre y le ije:
—Amigo, ¿qué pajarracos
injertos en criatura,
van en aquel carromato?
Entonces me respondió,
con entrecejo arrugao:
—Animal, esos son coches.
y aquellas plumas, penachos,

que las señoras estilan
en los gorros y peinados.
—Y los señores ¿que estilan?
—Cuernos, me ijo, so gaucho;
él se marchó haciendo burla,
y yo me queé armirao.

Subí una calle arriba,
y ví tanto monicaco,
toicos con sus casacas
como las de los soldaos,
unas blancas y otras rubias,
y otras de color de sapo;
con los calzones tan tiesos
y el pelo tan erizao,
y llenicos de ceniza,
y en el pisenezo liao
jasta la barba un pañal,
que se iban ajogando:
otros traian un sombrero,
como un bacín boca abajo:
otros con unas maamas
con tantísimo corgajo
en la saya ó mantelina,
agarraos de los brazos,
ya bajaban por arriba,
ya subían por abajo,
jaciendo tantos meneos
y metíos y sacaos.
con unas risas sin gana
que yo le ije a mi sayo:
si acaso esos no están locos
es que lo están ensayando
con aquellas tonterías;
¡qué! si aquello daba asco:
yo, la verdad, me queaba,
paleta y embelesao.

Juí siguiendo mi camino,
y enderezando mis pasos
por el puente de Ginil;
llegué a un sitio muy ancho
que diz que es el Humillaero.
Y allí, ¡valgame San Marcos!
lo que había de calesas,
de pelucas y virlangos:
por el perro de San Roque

que andaba yo mareao
de andar en aquel infierno.

Por último, juí andando
la carretera jacia riba,
y llegué a una fuente de alabrao.
con muchísimos pilares
y más de milenta caños
con caenas al reor,
y al golverse jacia un lao
en las angustias me jallé,
sin saber como ni cuando,
milagro fué de la Virgen,
pues lo tenía deseao:
sin pedir licencia a nadie
en la ermita me encajo:
juí enderezando el piscuezo,
y ví que había unos santos
subios en las paeres,
tan grandes y agigantaos,
que tendría cada uno
sus cuatro varas de alto;
yo ije si uno se cae,
probe del que esté debajo.

Juí mirando jacia riba,
y de unas cueldas colgando
había unos talegones
como colchones ataos.
Preguntéle yo a uno:
—¿Qué hay dentro aquellos sacos?
el hombre me ijo:—Arañas;
y yo ije:—Guarda, Pablo,
si se revienta un costal
me comen a picotazos,
miré jacia el altar grande,
que era todo de peñascos;
allí vi a Nuestra Señora,
tan jermosa que era un pasmo,
que con vidrios adelante
metía está en su cuarto:
juí y me jinqué de roillas,
y allí la estuve rezando
toicas mis devociones,
jaciéndole mil plegarias.

La Virgen paz que lloraba,
y yo de verla llorando.

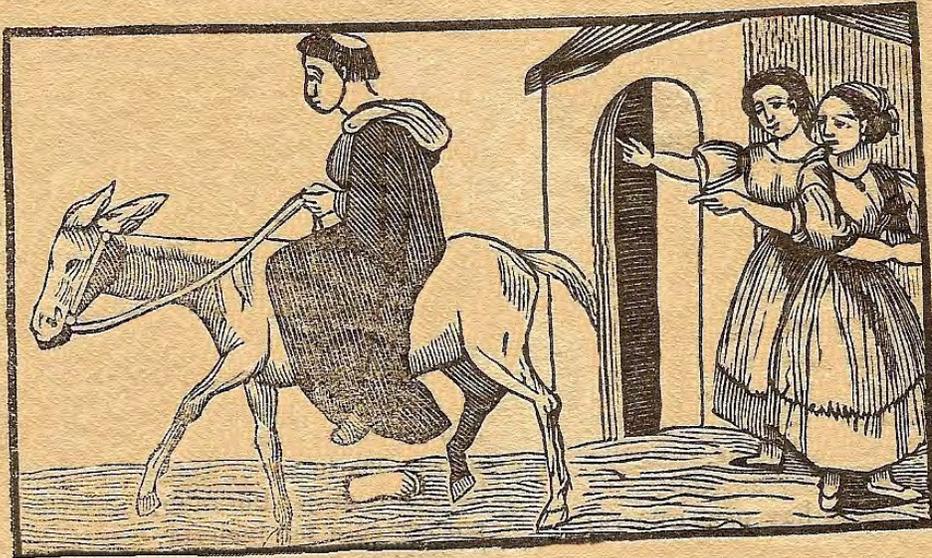
eché también á llorar,
lo mesmico que un muchacho,
me levanté, salí juera,
y me juí paso entre paso
por toa aquella jacera
donde diz que está el rastro;
y así que llegué á la esquina
de la fuente del Castaño,
reparé que en una casa
á móo de tabernajo
estaban con mucha bulla
unos hombres meneando
unos botijos de estaño,
que les llamaban garrafos,
y en un menuto los nombres
á toos les juí pillando,
y con güertas y meneos
governaban el guisao;
allí había una grezca
de andar saliendo y entrando;
por Dios que se merecía
madriguera de gazapos;
me acerqué á un hombre y le ije:
—Amigo, ¿qué es esto?—So asno,
¿no ves que es la bestiería
donde se refresca el cuajo?
Yo, que estaba del camino
cansao y acalorao,
iscurriendo me paré,
ije: no sería malo
entrarme aquí á refrescar.
y de camino escanso;
como lo pensé lo jice
me colé dentro del partío,
y por unas escaleras
jasta arriba me encajo;
zampome en una saleta:
sin más decir jó ni jarro;
me jasente en una silla
muy serio y isimulao;
allí había mucha gente,
y al retortero sentaos
muchos hombres y mujeres
que se estaban refrescando,
y encima de una mesa

á dar golpes empezaron,
y subió un mozolejo
con unos tufos muy largos
que de San Bartolomé
pariente era en primer grao;
y empiezan á decirle unos:
leche, otros arvellano,
otros ecian limones,
y otros manteca con rabo;
otros le ician almendras,
y otros güevos jilaos;
á mí se acercó y me ijo:
—Y usted que bebe, nostramo?
y yo le ije:—Lo que refresque
jasta los mismos zancajos.

Se jué y á poco subió
con más de catorce vasos,
puestos con mucho esorden
con un reondon de palo;
á mí se vino y me trajo
uno lleno rebosando.
en un diablo de gacheta
que parecía ajo blanco,
y yo le ije:—Compadre.
¿qué jinifica este gazpacho?
y me respondió con sorna:
—Esta es horchata, so ganso;
yo que nunca en jamás
de aquello había catao,
al vidrio me enderecé
y al tirarme el primer trago,
las quijáas y los dientes
de manera se me helaron,
que me queé sin sentío
y ya medio encirolao,
por salir pronto del susto
jarempujé con el jarro,
y en una sola tragantaa
me encajé too el surapio
y allí ¡valgame San Lesmes!
que nunca hubiera yo entrao,
donde too el quintimperio,
las tripas con el reaño,
los gofes y las entrañas
se me salían del cuajo:

me pegó tal carraspera,
que tosiendo y moqueando
por las narices y orejas
me salieron cuatro caños;
el vidrio se me cayó
y se jizo mil pedazos,
la gente que estaba allí
à jacer burla empezaron;
unos ecían: ¡qué bruto!
otros ecían: ¡qué alano!
¡qué pedazo de animal!
yo, que le estaba escuchando,
así que me reporté,
me levanté como un taco
iciéndoles que por vía
de la mitra de Pilatos.
que si enderezo la porra
les rompo à toos los cascós;
que eran una cuadrilla
de monigotes y trastos:
se levantó un peluquilla,
y enderezando la mano;
jué à darme un bofetón
y me pegó tres ó cuatro;
yo enderecé la porra
mas otro por otro lao
me la quitó, y del tirón
me sacó too el jarapo;
yo empecé à repartir coeces
y à zurrear puñetazos,
y ellos à tirarme à mí
patas y puntillazos;
al ruido y à las voces
se encaramó arriba el amo,
y ijo:—¿Qué viene à ser esto?
y uno respondió:—Ese asno
que como burro en la cuadra
aquí se ha encajaol
me ijo mil esvergüenzas,
y por coronar el chasco
que le pagase tres riales
y me juera con los diablos:
yo le ije que no tenía
más que cuatro ó cinco cuartos,
jo: pues echa à correr

mas que no pagues un chavo,
yo metiéndome el pañal
que lo tenía corgando
juí à bajar la escalera
y en un escalón mojado
se me escurrió un alpargate,
y pegué tal batacazo,
que jasta el patio bajé
las escaleras roando;
y empezó toa la gente
con chillios y gritazos
à ecir: ahí va ese bestia,
ya se descornó ese asno;
yo jechando por la boca
mil culebrones y sapos,
me levanté de aquel suelo
medio espaletillo:
en la calle me planté,
y corriendo como un gamo
me salí de la ciudad,
y así que me ví en el campo,
ije: quien pillara aquí
aquellos picaronazos,
que yo les jiciera echar
los jigaos por un lao;
no son mas que unos monos
embebíos y empapaos
en aquellas monerías;
vale más y no me engaño,
una cuarta de alpargate
y ropa de paño pardo
que toas cuantas pelucas
hay en el género humano.
Por fin llegué à mi lugar
con propósito cerrao
de no beber más que vino,
aunque esté achicharrao,
pues tan caro me costó
el haberme refrescao;
y con esto rematé,
pidiendo à toos postrao
me perdonen que aunque mía,
que soy hombre é lo bajo,
el dicilla mal ó bien
mi trabajo me ha costao.—FIN.



LOS CALZONES Y LAS ALFORJAS

Discreto, gracioso y divertido romance que sucedió á un carbonero, que le dieron un par de calzones, pensando darle sus propias alforjas, y como una vieja con sus industrias raras engañó de tal manera al carbonero, que aún le dió la mitad del dinero que sacó del carbón.

PRIMERA PARTE

Todo casado me escuche,
todo viudo se suspenda,
todos los mozos y niños
les suplico que me atiendan

que miren con quién se casan
que no se fien de viejas,
de mozas, ni de casadas,
ni de viudas zalameras,

ni tampoco de beatas,
ni de las niñas pequeñas;
porque aquél que se fiare
le saldrá muy mala cuenta:
y si me dan atención
explicaré con presteza
lo que las mujeres son,
manifestando sus tretas,
sus chismes y sus enredos,
sus marañas y cautelas,
dando principio al asunto
comenzaré por las viejas.
Estas por lo regular
la mitad son alcahuetas,
llevando chismes y enredos,
armando donde hav paz, guerra;
el argumento está claro,
pues se vé por la experiencia
en cualquier parte del mundo,
ciudad villa, casa ó venta
que por desdicha ó desgracia
llegare á entrar una vieja,
meterá tanta cizaña
como metió Ana Bolena
con el cardenal Bolseo
cuando perdió la Inglaterra.
Al amo de casa, dicen:
su esposa á usted se la pega,
pues pronto le hará que lleve
de San Marcos la bandera,
y pasar por Carcabuev,
é ir al rastro por madera,
y también que á San Cornelio
mucha devoción le tengan.
El buen hombre la responde,
diga usted, señora vieja;
¿qué ha visto usted en mi mujer,
pues dice que me la pega?
y la espía del demonio,
que es la condenada vieja,
le dice: el otro día ví yó
entrar un hombre con ella,
se encerraron en un cuarto,
y estuvieron hora y media,

lo que hicieron no lo sé,
pero bien se manifiesta
que estando ambos encerrados
no harían ellos cosa buena.
El marido enfurecido
dando crédito á la vieja,
va y la dice á su mujer:
pícara, vil, mala hembra,
tú me has quitado el honor,
pues con los hombres te encierras
á cometer adulterio
dando peso á mi cabeza.
Sin aguardar más razones
una paliza le pega.
La pobre mujer llorando,
por ser cosa tan incierta,
le dice: ¿quien te ha contado
mentiras tan manifiestas?
Él replica: quién te vió,
que fué la tía Lucrecia,
esta es mujer de verdad,
pues ya tiene más de ochenta
y me parece una santa,
pues siempre el rosario reza.
Y la mujer le responde,
pues si yo á ella creyera
como estaría esta casa?
jamás faltaría guerra:
el otro dia me dijo
que te entrastes con la Pepa
en su casa, y que allí
tuviste buena merienda,
y que después de comer
también dormiste la siesta,
que hicistes un nó se qué...
entiéndalo quien lo entienda;
pero yo no lo creí
porque sé bien quien es ella
y si hemos de tener paz
nunca te creas de las viejas,
porque la que no es chisnosa
es lo menos alcahueta,
otras brujas rematadas
y son muy pocas las buenas,

y para que nadie ignore
 las astucias de las viejas
 les voy á contar un chiste
 que es digno de que se sepa,
 que sucedió á un carbonero
 en el lugar de Estivela,
 cuatro leguas poco menos
 de la ciudad de Valencia;
 este tal era casado
 con una muy bella hembra,
 la cual tenía un cortejo,
 y siempre que él se iba fuera
 tenía grande cuidado
 en irse á dormir con ella.
 Sucedió que el carbonero
 tenía grande cuidado
 que le era cosa precisa
 para despachar su hacienda
 y le dijo á su mujer:
 amada y querida prenda,
 mañana por la mañana
 á eso de la una y media,
 tengo de cargar los machos
 de carbón para Valencia,
 y me tendrás preparada
 la alforja, que esté bien llena
 de cebada, pan y vino
 y algunas otras frioleras,
 que me las quiero llevar,
 porque dentro de Valencia
 está caro el comestible
 y cuesta mucha moneda.
 La mujer le respondió:
 haré cuanto tú me ordenas,
 y al mismo tiempo también
 á su amante le dió cuenta
 como se iba su marido,
 y así que tiempo no pierda,
 que será de madrugada
 y por tanto que esté alerta.
 Llegó la hora señalada
 y la mujer que está en vela,
 á su marido le dijo:
 mira que es la una y media,

ya te puedes levantar
 y marchar á toda prisa,
 porque entre ir y venir
 tienes que andar ocho leguas,
 con la prisa que llevaba
 se fué y la alforja se deja.
 Dejemos al carbonero
 andando para Valencia,
 y vamos á la mujer
 á ver del modo que queda:
 al punto vino el barbero,
 que era el cortejo de ella,
 y se subieron arriba
 cerrando muy bien la puerta;
 se desnudan de sus ropas;
 luego en la cama se acuestan
 hablándose con cariño,
 diciéndose mil ternezas.
 Estando en estos requiebros
 oyen llamar a la puerta,
 la mujer se levantó
 vistiéndose á toda prisa
 y se asomó á la ventana
 por ver y saber quien era,
 y respondió el carbonero:
 corre, baja, abre la puerta
 para subir á buscar
 las alforjas, que se quedan
 en ese poyo que está
 cerca de la chimenea,
 y la mujer asustada
 le dice de esta manera:
 no tienes tú que subir,
 yo las sacaré allá fuera;
 y sin detenerse un punto
 ni encender la luz siquiera
 fué tentando por allí,
 (aquí pido que me atiendan,
 pues por coger las alforjas
 unos calzones le entrega
 del barbero, que dejó
 cerca de la chimenea)
 se los entregó al marido
 y volvió á cerrar la puerta

subiéndose para arriba,
 quedándose muy contenta
 y al lado de su galán
 por segunda vez se acuesta:
 lo que pasó entre los dos
 en el silencio se queda;
 pero bien se deja ver,
 y así sigamos la letra.
 Volvamos al carbonero
 que siguiendo su carrera,
 apenas andado había
 como cosa de tres leguas
 siendo ya de día claro
 llegó al lado de una venta
 que se llama del Pusol
 y estaba en la carretera,
 dijo el buen hombre entre sí:
 voy á almorzar con presteza,
 se fué á sacar las alforjas,
 y unos calzones se encuentra.
 Aquí es cuando al carbonero
 se le apura la paciencia,
 y dijo: ¡válgame Dios,
 que a questo á mí me suceda!
 y más cuando conoció

que aquellos calzones eran
 del barbero del lugar,
 escupe, araña, pateo,
 y jura que ha de vengar
 infamia tan clara y cierta,
 y se quería volver:
 pero luego considera
 que vengaríe su agravio
 al momento que volviera;
 y siguiendo su viaje
 á la ciudad de Valencia,
 lo que este hombre pasó
 con sus sustos y sospechas
 y todos sus sobresaltos
 lo puede notar cualquiera:
 dejémosle por ahora
 hasta que vuelva á Estivela,
 y vamos á la mujer
 que al punto que se despierta
 se levantó á encender lumbre
 y en las alforjas tropieza.
 Aquí, discreto lector,
 en esta parte primera
 daré fin, y en la segunda
 diré lo que falta en ella.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



SEGUNDA PARTE

Donde se refieren los chistes que le sucedieron al referido
carbonero

Aquí fueron los suspiros,
los lamentos y las penas
de aquella infeliz mujer,
que casi hasta el cielo llegan;
con los gritos que ella daba
el barbero se despierta
diciéndola enternecido:
qué tienes querida prenda?
dime, que te ha sucedido?
comunicame tus penas;
y le respondió llorando:
ay, que seré descubierta
que esta mañana al marido

cuando llamaba á la puerta,
pensé darle las alforjas
y tus calzones se lleva;
el barbero le responde:
ya la hemos hecho muy buena,
no podías conocer
lo mucho que diferencia
las alforjas de calzones?
cómo estaba tu cabeza?
Lo que más siente el barbero,
y le causa mayor pena,
es no haber llevado capa,
para taparse con ella,

y tener que ir á afeitarse
 los parroquianos por fuerza,
 y no tener más calzones
 allí ni en su casa misma
 que aquellos que el carbonero,
 se ha llevado hacia Valencia;
 aquí suspirando dice;
 cuando mi mujer lo sepa,
 que he perdido los calzones;
 qué buen día nos espera!
 y todo la culpa tiene
 solo tu mala cabeza.
 La mujer del carbonero
 responde de esta manera;
 antes, bien la tienes tú,
 nunca yo te conociera,
 que no me vería ahora
 tan oprimida y suspensa,
 tan llena de confusiones,
 y tan cercada de penas,
 y lo que hasta entonces fué
 alegría y complacencia
 se ha convertido en pesares,
 sustos, discordias y penas,
 tanto que al barbero dijo
 la señora carbonera:
 sálgase luego de casa,
 váyase por allí fuera,
 y si no tiene calzones,
 búsquelos en donde quiera;
 muy triste se fué el barbero,
 y ella llorando se queda.
 Dejemos á la mujer
 lamentándose en sus penas,
 y volvamos al barbero,
 que apenas sale á la puerta
 encontróse unos muchachos
 que estos iban á la escuela,
 y al instante que lo vieron
 pensando que loco era,
 hasta meterse en su casa
 fueron tirándole piedras,
 y como iba sin calzones
 no habló palabra ni media,

sino escapar á correr
 porque no le conocieran:
 en fin se metió en su casa
 sin que su mujer le viera,
 y se sentó en una silla
 herido de la cabeza
 de la grande tempestad
 y la abundancia de piedras
 que le habían disparado
 los muchachos de la escuela.
 A este tiempo la mujer
 que venía de la iglesia,
 cuando le vió sin calzones
 presumiéndose lo que era,
 en lugar de consolarlo
 le tiró bien de las greñas,
 creyó que para esquilarse
 no era menester tijeras,
 porque le dejó sin pelo
 y le arrancó las melenas.
 Aquí si que era de ver
 los llantos y las miserias
 del desgraciado barbero,
 pues tantos males le cercan.
 Dejémosle por ahora
 curándose la cabeza,
 y á la carbonera vamos
 que desesperada queda,
 amargamente llorando
 sin consuelo para ella,
 á cuyo tiempo por lumbré
 en su casa entró la vieja,
 y viéndola que lloraba
 le dice de esta manera:
 dime, qué te ha sucedido?
 qué lloras? qué te lamentas?
 Y la mujer le responde
 con un ay que al alma llega:
 aunque yo á usted se lo diga
 no me aliviará mi pena:
 por fiarme del barbero
 me veo de esta manera,
 muy triste y desconsolada.
 Entonces dijo la vieja:

dime, que te ha sucedido?
 no lo calles por vergüenza,
 comunicamelo todo,
 haz cuenta que te confiesas,
 que te tengo de amparar
 y esto corre de mi cuenta,
 pues aún no sabes tu bién
 las astucias de las viejas.
 Algún tanto consolada
 respondió la carbonera:
 bajo el supuesto que dice
 de que corre de su cuenta,
 y que usted me ayudará,
 le contaré mi flaqueza;
 ayer dijo mi marido
 que había de ir á Valencia,
 y que había de madrugar
 á eso de la una y media;
 al mismo tiempo me dijo:
 ten las alforjas compuestas;
 viendo tan buena ocasión
 al barbero le dí cuenta
 de que se iba mi marido,
 y así que tiempo no pierda,
 que se va de madrugada
 y por tanto que esté alerta.
 Cuando esto supo el barbero
 vino como una centella
 y metiéndose en mi casa
 cerrando muy bien la puerta,
 nos fuimos luego á acostar,
 á cuyo tiempo que llega
 mi marido apresurado
 dando golpes á la puerta,
 diciendo que le bajara
 las alforjas con diligencia,
 y yo medio apresurada
 comencé á buscar á tientas,
 y hallándome unos calzones,
 que esos del barbero eran,
 se los llevé apresurada
 pensando que alforjas fueran,
 y los tomó mi marido;
 esta es mi fatal tragedia.

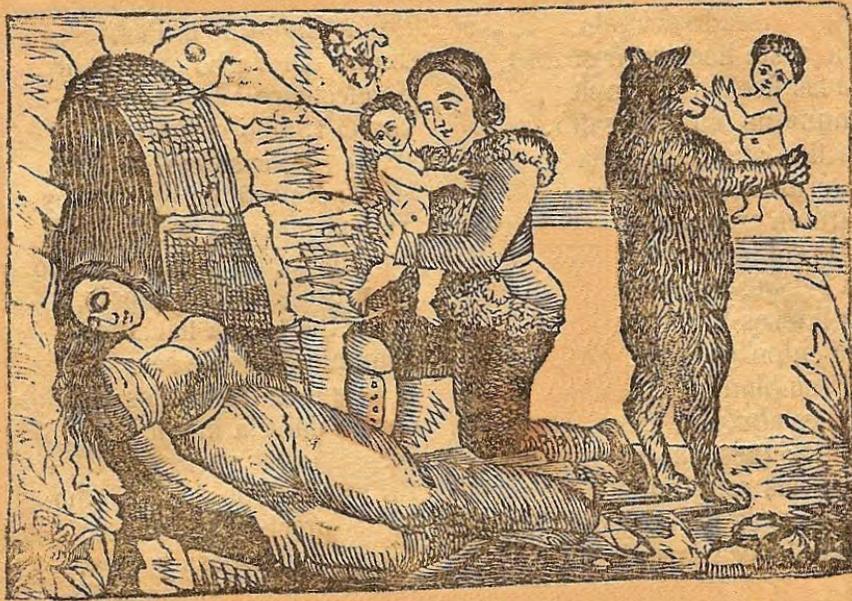
A lo que la mujer dijo
 estuvo atenta la vieja,
 y con un grande suspiro
 respondió de esta manera:
 amiga, la más amiga,
 no pensé que tanto era
 y así es preciso tener
 una consulta de viejas,
 para explicar el mejor
 remedio que nos convenga;
 en un instante juntó
 seis ó siete las más viejas;
 que había en todo el lugar,
 y determinaron ellas
 como único remedio
 el ir á comprar la tela
 para hacer otros calzones
 y ponérselos la vieja,
 de la misma calidad
 que los del barbero eran.
 Esto fué lo que salió
 de la consulta de viejas;
 llamaron al punto un sastre
 que viviera á toda prisa,
 y que hiciera dos calzones
 de la referida tela,
 unos fueran al barbero
 para que se los pusiera,
 los otros con mucha maña
 se los puso bien la vieja,
 fué á casa del carbonero
 hilando con una rueca:
 y se subió á la cocina
 sentóse muy bien compuesta,
 arremangóse la saya,
 pues toda su intención era
 el enseñar los calzones
 cuando el carbonero venga,
 no se pasó mucho rato
 cuando este buen hombre llega
 con una cara peor
 que aquellos que niegan deudas,
 y la dijo á su mujer;
 pícara, vil, mujer necia,

hoy has de morir aquí
 si el cielo no lo remedia,
 y vengaré yo mi agravio
 de toda tu vil torpeza;
 los calzones son testigos
 de que tú eres vil ramera,
 pues ya no me queda duda
 que el barbero me la pega.
 Sin aguardar más razones
 se fué corriendo tras ella,
 subiéndose á la cocina
 en donde estaba la vieja
 con su saya remangada
 como referido queda.
 Y viéndola el carbonero,
 la dijo de esta manera:
 ¿cómo es que lleva calzones,
 dígame, señora vieja?
 y la vieja le responde:
 tu mujer también los lleva;
 en un día los hicimos
 las dos de una misma tela,
 también los hizo el barbero
 que son los mismos que lleva,
 y tu mujer cuando tú
 la llamabas á la puerta
 te dió sus propios calzones
 pensando que alforjas eran.
 Cuando el carbonero oyó
 lo que dijo la vieja,
 pensó que aquellas palabras
 del santo Evangelio eran,

y arrepentido entre sí
 decía de esta manera:
 San Albano y San Cenon
 habrán traído esta vieja,
 porque no permitirán
 de que mi casa se pierda,
 pues es cierto que si nó
 fuera por aquesta vieja,
 yo matara á mi mujer
 y al tal barbero con ella;
 es cierto, evidente y claro
 que la habría hecho buena.
 Entonces el carbonero
 se volvió para la vieja,
 y la dijo: tome usted
 la mitad de la moneda
 que he sacado del carbón,
 perdone por la pobreza,
 y al mismo tiempo también
 la dijo á su mujer mesma,
 que la pedía perdón
 de aquella tan grande ofensa;
 con que se cumplió el adagio
 tras de cuernos penitencia.
 Con esto han visto, señores,
 los enredos de las viejas
 y los perjuicios que causan
 en las casas que aquellas entran.
 Y por lo tanto el autor pide
 á todos cuantos le lean,
 que para ningún asunto
 jamás se fien de viejas.

FIN

(Núm. 9.)
DON CLAUDIO Y DONA MARGARITA.



ADMIRABLE Y CURIOSA RELACION

en la que se refiere un suceso muy extraordinario acaecido á estos
nobles señores.

PRIMERA PARTE.

Hoy señores, hoy se alienta
mi discurso por un rato,
á referir las mayores
penas, congojas, trabajos,
de una principal señora,
la cual en un reino extraño
vino á vivir de tal suerte,
que de su vida y estado
de padecer fué la causa,

como lo iré declarando.
Estaba, pues, en la corte,
siendo grande de palacio,
en Francia un gran caballero
cuyo nombre era don Claudio:
rendido de la hermosura
de esta señora, ha intentado
por lograr su estrecho amor
entrar en su mismo cuarto

por las tapias del jardín,
hizo avance, y reparando
era alfombrado el suelo
de aqueste hechizo descanso,
con las flechas de Cupido,
aunque no sin sobresalto,
con fino amor atropella
los términos del recato.
Entró en su cuarto, y apenas
vió el sol tan á su salvo,
con halagos la acaricia,
con finezas la ha templado.
Dijo entonces la señora,
con semblante demudado:
¿qué es aquesto, caballero?
mucho aquesta acción extraño;
si buscáis retraimiento
el motivo es mi cuidado,
siendo la ocasión disculpa
todo está á vuestro mandato.
Dijo el caballero entonces:
señora, vengo buscando
todo mi total remedio,
cuando en fino amor me abraso,
y no se admire de que yo
haga aqueste esceso, cuando
solo pido á vuestras luces
me mantengan con sus rayos.
Bien sabeis mi calidad,
y que en el estrecho lazo
del matrimonio, se igualan
las cualidades de entrambos.
Si os hizo Dios tan hermosa
no estrañeis que mi cuidado
se anticipe de esta suerte,
no puedo mas remediarlo.
Dijole así la señora:
pues bajo de este contrato,
(ya que habeis hecho este arrojó)
á vuestro gusto me allano.
Estos fueron los principios
para que en estrecho lazo
lograran del matrimonio
el efecto consumado,

siendo de los dos testigo
un soberano retrato
de la Virgen de la Paz,
Madre del Verbo encarnado.
Se efectuaron las bodas,
con el rumbo y aparato
que en tal caso corresponde
segun el porte de entrambos.
Ya fenecidas las bodas,
por mayordomo han tomado
un mozo de gran despejo,
que Alberto era llamado:
demonio debió de ser,
pues que entre los dos casados
con su dañada intención
introdujo tal estrago.
En este tiempo don Claudio
le fué preciso ausentarse,
dejando su esposa y casa,
segun el rey lo ha mandado.
Dejó en casa al mayordomo,
juntamente dos criados,
para que á su esposa asistan
y estén á su mandato;
tambien algunas criadas,
y á una dueña, que á su lado
no le falte á la señora,
que es de virtud dechado.
Quedó la noble señora
con mucha pena y quebranto
por la ausencia de su esposo,
á quien estimaba tanto.
Doblemos aquí la hoja,
y vamos á que arrestado
el traidor del mayordomo,
con pecho falso y dañado,
en lascivos pensamientos
quiso emplear su cuidado,
que quien tiene mala sangre
obra al fin como un villano,
Inventó (¡gran desvergüenza!)
manchar (¡acción de inhumano)
el honor á la señora,
su respeto atropellando.

Rompió el silencio una voz
un día que salió al campo
por divertir sus pasiones
y dar treguas al cuidado.
Con la ocasion de asistirla
el mayordomo ha llegado,
y con cifradas razones
su maldad fué declarando,
hasta que dijo: señora,
en fuego de amor me abraso,
gocemos de la ocasion
con la ausencia de mi amo.
Era mujer muy prudente,
y con disimulo extraño,
sin ser de nadie notada
ésta respuesta le ha dado:
vive Dios, hombre atrevido,
si lo que dices, villano,
no entendiera que era chanza
y que es lisonja del prado,
yo misma os diera la muerte,
yo, sí, os hiciera pedazos:
reprime tu fantasía
y agradece no lo hago
por solo escusar la nota,
contigo un exceso extraño.
Quedó Alberto muy corrido,
suspense y avergonzado,
discurriendo en la ocasion
vengarse como tirano.
Trazó una gran traicion
con un testimonio falso,
que el gusto volvió en veneno
y en rigor trocó el halago.
Cumplió el amo su campaña,
y en su esposa contemplando,
anhelaba por llegar
á su casa, y con halagos,
bajó la noble señora
por recibir en los brazos
su muy querido esposo,
con la servidumbre al lado.
Bajaba tambien un paje,
que desde niño han criado,

y delante de su ama
con una antorcha alumbrando
bajaba Alberto tambien,
y del demonio incitado,
quiso lograr la ocasion
que el tiempo le está brindando.
Se juntaron en el pié
de la escalera, y sacando
un puñal, le dió la muerte
al paje que va nombrado;
quedó la señora inmóvil
viendo tan noble estrago,
al tiempo que el caballero
ya subia á su descanso.
¿Qué es esto, dice, qué es esto?
y el traidor, disimulando,
ha dicho: aqueste traidor
en este sitio ha violado
tu honor, y yo soy testigo;
y así he querido vengarlo.
La noble señora, entonces
aumentando el sobresalto,
amortecida cayó
á los piés de este malvado.
Entonces el caballero,
afligido y angustiado,
lloraba su infausta suerte
por el hecho confirmado.
¡Ay, Margarita! la dice,
cómo lo que estoy mirando
con tanta evidencia, juzgo
que no es capaz de tu estado.
Si en tí no hay culpa, desdican
los efectos inhumanos;
pero no tiene remedio,
el Cielo te dé su amparo.
Dejóla, y al retirarse,
el corazon quebrantado,
le ofrece el amor disculpas,
que no admite el honrado.
Vuelta su esposa en su acuerdo,
su pena va duplicando,
viendo que en su esposo obraban
los efectos del agravio.

No halla disculpa, ni halla
con qué aclarar del villano
la traicion, ni tampoco
por dónde salir del cargo;
satisfacer con razones
diciendo lo que ha pasado,
no lo prueba, que es indicio
de que él lo ha fomentado,
y por disculpar su error,
quiere culpar al criado;
y así, no hallando remedio,
todo lo remite al llanto.
Dijo su esposo: á esta fiera
la habeis de sacar al campo,
y de las mas altas peñas,
cual precipitado rayo
arrojadla, y luego al punto
abriendo el pecho tirano,
sacaréisla el corazon,
con un dedo de la mano
me lo traereis, porque quede
satisfecho de este agravio.
Vos, mayordomo, no ireis
á ejecutar lo que mando,
porque aunque os apreciáis de fino
estais muy apasionado;
(parece que el corazon
la traicion está dictando.)
Dos criados la cogieron,
y retirándola al campo,
entre peñas y entre riscos
con gran dolor la han entrado.
Van los dos muy convencidos
de que es testimonio falso,
y la inocencia del alma
procuran dejar en salvo.
Dijo el uno: yo, señora,
y el que me está acompañando,
somos leales y finos,
no homicidas ni inhumanos:
quedaos aquí, y el Cielo
que todo lo está mirando
volverá por vuesta causa;
y se despiden llorando.

Dijo la señora: hijos,
ejecutad el mandato
de mi esposo, que no es justo
que os suceda algun quebranto
Se fueron á un hospital,
donde una difunta hallando,
le sacan el coazon
para cumplir con su amo,
llevando tambien un dedo,
salieron de su cuidado.
Quedó la triste señora
sola, afligida en el campo,
preñada de nueve meses,
y con dolores de parto.
Entre confusas angustias
y rigor tan inhumano,
parió dos infantes tiernos,
que al sol quitaban los rayos.
Pasó por allí una osa,
y un niño se ha llevado
á su cueva, pero el otro
lo tomó su madre en brazos.
Todo mortal, y sin fuerzas,
iba buscando en el campo
donde cristianar al niño,
no muera sin ser cristiano.
Vió bajar á un pastor
desde una altura al llano,
que al refresco de una fuente
viene el tal encaminado,
que el Cielo en tales conflictos
a nadie ha desamparado.
Llegó el pastor, pero viendo
suceso tan impensado
como la dama le cuenta
quedó admirado del caso.
Y en la cristalina fuente,
tomando el niño en los brazos,
y de la fuente el cristal,
con una concha en su mano
dijo: en el nombre de Dios
Padre, Hijo y Espíritu Santo,
te bautizo, Valentin,
que es el nombre que le ha dado,

Llevó á la triste señora
á su cabaña, y llegando
se la entregó á su esposa,
para que con gran cuidado
la asista, cuide y regale,
que está muy débil del parto:
recogieron la señora,
y á su hijo acariciando
dió en sus pechos alimento
dándole el pastor su amparo.

En el segundo romance
se prosigue este fracaso,
donde allí verá el curioso
este caso tan extraño
que sucedió con el niño
que la osa está criando,
y cómo fué descubierto
este testimonio falso,
castigada la maldad,
y en lo cierto el desengaño.

SEGUNDA PARTE.

Ya dice el primer romace
cómo quedó la cabaña
recojida esta señora,
asistida y regalada
de los humildes pastores;
y volvamos á que esta estaba
con muy grande sentimiento
don Claudio de ver la falta
de su bella Margarita,
la cual, con ánsias sobradas,
se acordaba por instantes
del esposo de su alma,
y de aquel infante tierno
que nació de sus entrañas,
el que se llevó la osa
á la cueva y la crianza
que tuvo, fué entre animales,
entre bosques y montañas;
vestido andaba de pieles
de animales, y era tanta
su monstruidad, que asombra
con lo feroz de su cara,
pues una clava traía
en sus hombros, que por armas
de defensa le servía,
asombrando á cuantos pasan;
los que le ven se amedrentan,
los pastores se recatan,
pues en viéndole le dejan

solo el ganado que guardan.
Llegó á París la noticia,
y don Claudio se aprestaba
para salir á buscarle;
toma recado de caza,
y partió con los monteros,
llevándose en su compañía
criados y mayordomos,
y de esta suerte les habla:
voy á buscar esta fiera
que tanto asombra y espanta.
Dando ya vista á los montes,
permitió Dios que llegara
á donde encontró al pastor
que el ganado apacentaba.
Saludóle cortesano,
y atento le preguntaba,
que si por ventura habria
alguna choza ó cabaña,
donde tuviesen albergue,
que la noche se acercaba.
Dijo el pastor: caballeros,
aquella pobre cabaña
donde yo habito, será
de ustedes la posada.
Suban por aquel collado,
y en lo hondo, en la bajada,
hallarán mi pobre choza,
donde penitencia hagan.

Vino el pastor y dispuso
de que luego al punto hagan
de cenar cumplidamente,
por ser gente de importancia
Vió don Claudio á Margarita,
y reparando en su gracia,
saltos le da el corazon,
y sospechas le da el alma.
¡Ay Dios! cómo se parece
aquella hermosa zagala
á la triste de mi esposa,
que en gloria tenga su alma.
Tambien doña Margarita,
toda confusa y turbada,
ha conocido á su esposo,
y de él mucho se recata,
que teme ser conocida,
aunque le llevaba el alma.
Grande recelo concibe
de ver cuanto la miraba:
¿Si vendrá á darme la muerte
sabiendo que viva estaba?
Quiere ausentarse, y no acierta,
y en turbacion tan estraña,
á la Vírgen de la Paz
de veras se encomendaba.
Díjole luego á su hijo,
que á la gente preguntara
quién era aquel caballero,
por si ella estaba engañada,
qué cuidado les traia
por aquella tierra estraña
para salir de temores
y quedar desengañada.
Y despues de haber cenado
el mozo les preguntaba
quién era aquel caballero
que le llevaba el alma.
Respondió el mayordomo
sin recelarse de nada:
es un grande de la córte;
al cual don Claudio le llaman.
dicen que hay en este sitio
una fiera tan estraña,

que asombra á cuantos la han visto
y que aturde á la comarca;
y con aquesta noticia
mi amo se encaprichaba
que este animal, muerto ó vivo,
no ha escapar de sus armas.
Se aseguró Margarita
en lo que tanto importaba,
y sin faltarle el recato
muchas veces suspiraba,
viendo delante al traidor,
y que estaba en la privanza
de su esposo, siendo ella
por su traicion desdichada.
Del Cielo venga el castigo
(decia con mucha ansia)
Dios proteja la inocencia
y vuelva por esta causa,
descubriendo la verdad
quede mi opinion sin mancha.
Pasaron aquella noche,
y á otro día de mañana
salieron con el cuidado
de dar principio á la caza
para si el mónstruo encuentran
lograr toda su esperanza.
Con el deseo que llevan
todo el monte paseaban
sin que se logre el intento
que Dios así lo ordenaba.
Viéndose muy fatigado
don Claudio, luego se encontraba
en la choza ó casería,
sin que nadie lo notara.
Estaba su triste esposa
en un trasportal sentada,
siendo raudales sus ojos,
muchas veces los limpiaba.
¡Ay esposo de mi vida!
cada instante pronunciaba!
¡quién te diera el desengaño
y se fuera en tu compañal!
Quedó don Claudio confuso
de ver cosa tan estraña;

y sin que sea sentido,
mas á escuchar se aplicaba.
Estando en tal confusion,
vió que al corral entraba
aquel mozo, Valentin,
y de esta suerte le hablaba:
madre mia ¿qué es aquesto,
que veo en vos tal mudanza
despues que vino esta gente?
que es razon sepa la causa.
Respondió aumentando el llanto:
hijo mio de mi alma,
¿qué ha de tener una triste
que aquí se vé desterrada?
no muerta por gran piedad,
viva, sí, mas desgraciada.
Ese noble caballero
que vino á posar á casa,
es tu padre y mi marido,
y no puedo hablar palabra.
Aquel traidor que le asiste
mayordomo allá en mi casa,
en ausencia de tu padre,
quiso que le diese entrada;
y por no darle lugar
tomó una infame venganza:
me levantó una calumnia
con un paje de la casa,
diciendo estaba conmigo...
le dió muerte á puñaladas.
Tu padre que aquesto supo,
dando crédito á la infamia,
mandó luego á dos criados
me traigan á esta montaña,
donde me quiten la vida,
y ellos me la dan por gracia.
Naciste tú en estos montes
con otro hermano en compañía,
el cual me llevó una fiera,
sin que yo lo remediara;
y de todas estas penas
se ha refrescado la llaga.
Quedó el mozo enternecido,
y á su madre consolaba;

pero oyendo esto don Claudio
de puro gozo lloraba;
disimuló cuanto pudo;
y viendo traicion tan clara
del infame mayordomo,
solo aspira á la venganza.
Valentin se sale al campo,
al mayordomo buscaba,
el cual venia rendido
de andar buscando la caza;
y llegando hácia él
le ha dado una puñalada
que cayó á sus piés rendido
sin saber qué fué la causa.
Confiesa, dice, traidor,
la calumnia ó la infamia
que á la ilustre Margarita
levantaste tú sin causa;
ya vas á dar cuenta á Dios,
mira, traidor, por tu alma.
Todos se llegan por ver
esta maravilla rara,
y cuando los vió juntos
ha dicho estas palabras:
Yo, señores, soy aquel
que imputando de liviana
á mi señora, maté
al paje que estaba en casa:
fué esto un falso testigo,
solo por tomar venganza
de aquella noble matrona,
que es honesta, honrada y casta.
A todos pido perdon
por Dios y la virgen Santa;
así lo alcancen de Dios
y su Madre Soberana.
Quiso acabarlo don Claudio,
mas todos se lo embarazan,
diciendo que le perdone
porque descansa su alma.
Despues de haber espirado,
los esposos se miraban,
y del gozo y sentimiento
no aciertan á hablar palabra,

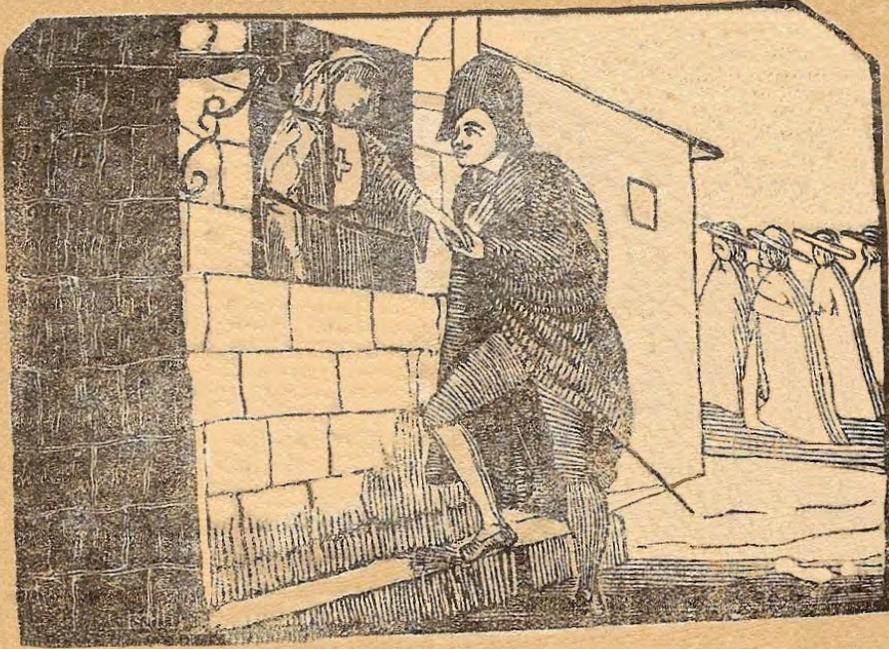
y prorumpiendo don Claudio,
la dice: esposa del alma,
ó es encanto cuanto miro,
ó es sueño lo que nos pasa;
sin poderse contener
estrechamente la abraza;
y volviendo sobre acuerdo
pretenden con vigilancia
buscar á aquel mónstruo que
tanto horror y espanto causa.
Les previene Margarita
que si acaso lo encontraban
no le hagan mal ninguno,
que le da impulsos el alma
que aquel ha de ser su hijo
y que así el Cielo lo guarda.
Y recorrieron el monte,
no dejan cerro ó cabaña
que no la midan á pasos,
hasta que entre unas ramas
don Claudio lo descubrió
y vió que es persona humana;
él mismo se fué á su padre,
que la sangre lo llamaba.
Viendo tan grande prodigio
lo acaricia y agasaja,
ni entiende lo que le dicen,
ni acierta á hablar palabra;

iba siguiendo á su padre
hasta entrar en la cabaña;
se fué derecho á su madre,
y de ella no se estrañaba.
La osa que lo echó de menos
como una ovejuela mansa,
hasta entrar dentro de Paris
fué siguiendo sus pisadas.
Hizo el caso tal ruido,
que conmovida la Francia,
van á ver tan gran prodigio,
y es un jubileo la casa.
Enseñaronle á hablar
y la doctrina cristiana
despues que lo bautizaron
y desde entonces le llaman
Ventura Osson, y su padre
inmediatamente manda
que á la Virgen de la Paz,
en hacimiento de gracias
de este suceso feliz,
una lámpara se le haga
que pese cuarenta libras
de plata sobre dorada,
y á los criados mil pesos.
Y aquí la historia se acaba;
pidiendo ahora el poeta
perdon de todas sus faltas.

FIN

(Núm. 8.)

LISARDO EL ESTUDIANTE



NUEVA RELACION

en que se declara los lances de amor, miedos y sobresaltos que acacieron á este caballero, natural de la ciudad de Córdoba, y á doña Teodora, de la de Salamanca.

PRIMERA PARTE.

Escucha, Cárlos, mi historia,
si no te enfada el oír,
por lo extraordinaria y larga,
no menos que por prolija
y triste en su relacion;
pues ella será vestida
de repetidos asombros

siempre anunciando desdichas
Mi nombre propio es Lisardo,
Córdoba es la patria mia,
y tierra donde mis ojos
la primera luz veían;
el apellido, no es justo
que en público lo repita:

tú lo sabes, y lo callo
por honor de mi familia.
En esta ciudad criéme,
con las costumbres debidas
y estilos mas bien versados
que hay en la caballería;
y despues que hube estudiado
hasta la filosofía,
llegué á la edad mas perfecta
de mis años, pues cumplia
diez y siete primaveras,
cuando mi padre sentia
que andaba mal divertido,
con que al instante me envia
á estudiar á Salamanca,
fletándome la partida
con dineros y un criado,
que llevé en mi compañía.
Dentro, pues, de breve tiempo
á los muros dimos vista
de Salamanca; entré en ella,
descansé, y al otro dia
la universidad visito
de las escuelas antiguas,
donde estudiantes concurren
de toda la monarquía.
Tres años cursé las leyes,
siendo rayo en la porfía
de conferir competencias,
dándole á todo salida,
y por eso en la ciudad
todos ya me conocian.
Adquirí muchos amigos
de mi propia gerarquía,
y entre estos, mi voluntad
á uno solo preferia;
mi corazon le fiaba,
y él el suyo me ofrecia.
Claudio tenia por nombre,
siendo la amistad tan fina,
que tú por tú nos hablábamos.
Claudio una hermana tenia
llamada doña Teodora,
de virtudes tan crecidas,

de discrecion recatada,
que de sus ojos las niñas
jamás levantó del suelo,
siempre de Dios asistida.
Robóme su amor el alma,
quedando yerto, sin vida,
desde el punto en que la ví
era una hoguera encendida
mi pecho un volcan ardiente,
y aunque me hallaba á la vista
de Teodora, nunca puede
hablarla sino por cifras;
y ella honesta y sonrosada,
se hacia desentendida
bien por temor de su hermano,
ó por rigor de dos tias,
que eran las que la criaron,
y á su cargo la tenian.
Quise pedirla á su hermano,
y me dieron la noticia
de que estaba para monja
dedicada y dirigida.
Con penar tan tristes nuevas
adquirí, pues, que mis dichas
se desplomaron al suelo,
quedando desde aquel dia
descuadernado de insultos,
desvelado de fatigas,
agobiado de congojas,
en fin, sin norte, y sin guía,
hasta que tuve ocasion
por una criada antigua
de la casa de Teodora,
que humilde y compadecida,
de mí, se determinó
por un postigo que habia,
el darme entrada una noche,
de algun interés movida.
Hízome francas las puertas,
y con huellas no sentidas
armé de valor el miedo,
subí la escalera arriba,
llegué al cuarto de Teodora,
y á la luz de una bujía

la ví que estaba inclinada
á un libro donde leía,
tan embebida en extremo,
que hasta que la sombra mía
la hizo que recordase,
no sintió quién lo impedía.
Quitó del libro los ojos,
y temblando, estremecida,
fué á hablarme, mas no pudo.
Yo entonces, señora,
la dije, no os asustéis,
que vuestro honor no peligra,
pues nunca está mas guardado
que ahora que lo cobija
sangre noble, mas no es tiempo
de que mi descargo diga,
cuando miro los temores
cerca de mi osadía;
contemplo tambien los riesgos
que os ofuscan y fatigan,
y así disculpe mi arrojado
aquesta llama encendida,
aqueste amor abrasado
que tanto hácia vos se inclina.
Mil veces mis tristes ojos
os han dado la noticia
que con el alma os adoro,
y á todo desentendida
os habeis hecho, sin dar
señas de correspondida.
Y si al entrar religiosa
vuestro deseo os dedica,
no quiero servir de estorbo,
que al estado en que sigais,
seré gustoso en servirlos
con el alma mientras viva,
con pensamientos honestos
En tanto que la decia
todas estas espresiones,
Teodora volviendo iba
del susto, terror y espanto,
al aire un suspiro afirma,
y deshojando el clavel
de sus lábios me decia:

¡Ah Lisardo, quién pudiera
á tu amor darle cabida,
sin romper obligaciones
del voto que ya me obliga!
Mira mi recogimiento,
mira el fervor que me anima,
mira tambien la palabra
que á Dios le tengo ofrecida,
y pues si eres entendido,
no inquietes la pasión mía.
¡Para qué hemos de engolfarnos
donde esperanzas no hay vivas,
sino de muertos deseos!
Y mañana en aquel día
sabes que voy á un convento
con voluntad libre y fina.
Galantea otra hermosura
que te pague con caricias;
yo me alegraré que halles
quien á tu afecto se rinda,
quien te llene de favores
y tus estandartes siga,
que de mí no has de sacar
mas que el serte agradecida.
Y diciendo estas razones,
con ruegos me encarecia,
la deje sola, y me salga
de la casa, pues sentía
nos sorprendiese su hermano.
Viendo que razón tenía,
la obedecí luego al punto:
confuso me despedía;
bajo al jardín, siento ruido
de armas, y que decia
una voz: ¡abrid! ¡matadle!
Tendí la vista, y veía
en la puerta un embozado,
y al ver que no parecia
la criada, presumí
alguna traición urdida.
Entre confuso y turbado,
con mi espada prevenida,
salgo á la calle al momento,
y mi contrario decia:

no es punto seguro este
para reñir, y partía.
Tiró delante y seguile;
dispuesto me apercibia
resuelto á lo que saliere,
y acelerados con prisa
fuimos travesando calles,
y al cabo de ellas habia
fuera ya de la ciudad
unas paredes hundidas,
un sitio tan tenebroso,
que horrorizaba aun de dia.
Allí se volvió y me dijo
con voz profunda y sentida:
aquí han de matar á un hombre,
Lisardo, enmienda tu vida,
repara bien lo que haces
y no vivas tan aprisa.
Esto dijo, y al instante
como sombra oscurecida
desapareció. Ya puedes
ver cómo yo quedaria;
dejándome tan helado,
que allí acabara la vida,
y juzgo me hallaran muerto,
si la clemencia divina
no me hubiera dado esfuerzo.
¡Oh providencia infinita!
¡cuál es la misericordia
de tus acciones benignas!
pues sin faltarme los brios,
mi cuerpo en tierra caia,
desaliñado el semblante,
oscurecida la vista
y angustiado el corazon,
que en los temores la prisa

siempre na sido perezosa.
Mas cobrando nueva vida,
desamparé poco á poco
el puesto de mi ruina.
Vuelvo á la ciudad pasmado,
las sombras me estremecian,
y por si siguen mis pasos,
volviendo siempre la vista.
Todo cubierto de angustias,
con mortales agonías,
de mi posada las puertas,
toqué y al punto me abria,
mi criado, y conociendo
cuán sobresaltado iba,
preguntándome la causa,
de todo le dí noticia
por tener de él confianza,
que las penas repetidas
comunicadas son menos
si hay quien ayude á sentirlas.
En fin, pasé aquella noche
con desvelos, y á otro dia
Teodora entró en el convento
con la ostentacion debida,
con el honroso aparato
que la ocasion requeria.
No quisiera ser molesto;
pero tu atencion me obliga;
perdóname, amigo Cárlos,
mi dilatada osadía,
que aquí cesa aquesta historia
mientras que se fortifica
y corrobora el discurso
para que adelante siga
con segunda relacion
de otras penas más crecidas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

que se refiere cómo iba Lisardo á sacar del convento á doña Teodora, y viendo hacer sus propias exequias, se retiró á hacer penitencia.

Supuesto que la licencia
me tienes ya concedida
Cárlas, escucha hasta el fin
lo que una pasión motiva.
Después que hubo Teodora
logrado tan santa vida,
y estando de religiosa
ya en la clausura metida,
yo refrené mis pasiones,
modesto anduvo unos días
disimulando mi pena.
La hacía algunas visitas
ya en público, ya en secreto;
pero con tal modo iba,
que jamás causé recelo
de las sospechas antiguas.
Cansado ya de aguardar,
mi pasión me precipita,
interponiendo papeles
que á Teodora escribía.
Cuatro meses se pasaron
reiterando esta porfía,
hasta que tocó el demonio
el clarín de la lascivia,
que con espanto y denuedo
dejó á Teodora vencida,
toda embebida en deseos,
toda en celos sumergida,
y otras muchas apariencias
que el demonio la ponía,
y sin poder reportarse
me llamó y me dijo un día:
Lisardo mío, ya há tiempo
que me tienen ya sin vida
un ejército de celos,
un tropel de ansias prolijas,
un lago de pensamientos,

que aunque quiera no soy mía.
Tan tuya me constituyó
que si tú te determinas
á sacarme del convento,
sin que el temor me desista,
sin que el pundonor lo estorbe,
me arrojaré compelida
á los lazos de tu amor,
hallando en ellos cabida
trataremos nuestras bodas,
ofreciéndote la vida
y mi mano juntamente,
que es el triunfo de mis dichas.
La respondí: dulce dueño,
amada prenda querida;
no quiero morir creyendo
con el donaire y la risa
que me quieres engañar.
Teodora me respondía,
no es engaño, no por cierto;
sino que tu cobardía
busca ya desaguadero
para olvidarme... Y aplica
un lienzo blanco á sus ojos,
que bañados los tenía
en lágrimas, y entendiéndome
de que no era fantasía
ni sueño lo que escuchaba,
la dije: Teodora mía,
desde luego me consiento
en hacer lo que me pidas
sin que riesgos me acobarden,
aunque perdiera mil vidas
En fin, trazamos el modo
de que una noche yo había
de ir á escalar el convento
y ordenar nuestra partida.

Llegó la aplazada noche,
que no tardó su venida;
me armé lo mejor que pude,
y sin llevar compañía,
tocando el reloj las doce
sin advertir las ruinas
y desdichas que me aguardan,
al monasterio partía
lo mas contento del mundo.
¡Ay amor á lo que obligas!
Llegué á las últimas calles,
donde asombrado me habia
la primera vez, y apenas
llegué, como que sentia
un silencioso ruido,
de gente que ya venia
siguiéndome las pisadas;
pero andando á toda prisa
alargué el paso y quedéme
oculto tras una esquina.
Y al emparejar conmigo
uno en alta voz decia:
si ese es Lisardo, matadle:
muera, muera, repétian;
moviendo un tropel de espadas;
oigo una voz compasiva
que dice: ¡ay quemehanmuerto!
y luego al punto partían
huyendo los agresores;
en silencio ensordecida
quedó la calle, y pensé
que el alma se me queria
del susto salir del cuerpo,
y de miedo que tenia,
pues propiamente yo era
aquel á quien muerto habian
á cuchilladas: no obstante,
con la oscuridad que habia,
eché á andar y á pocos pasos
ví un muerto, cuyas heridas
estaban vertiendo sangre.
Aquí ser verdad creia
lo que juzgaba era sueño,
que en el sitio aquel habian

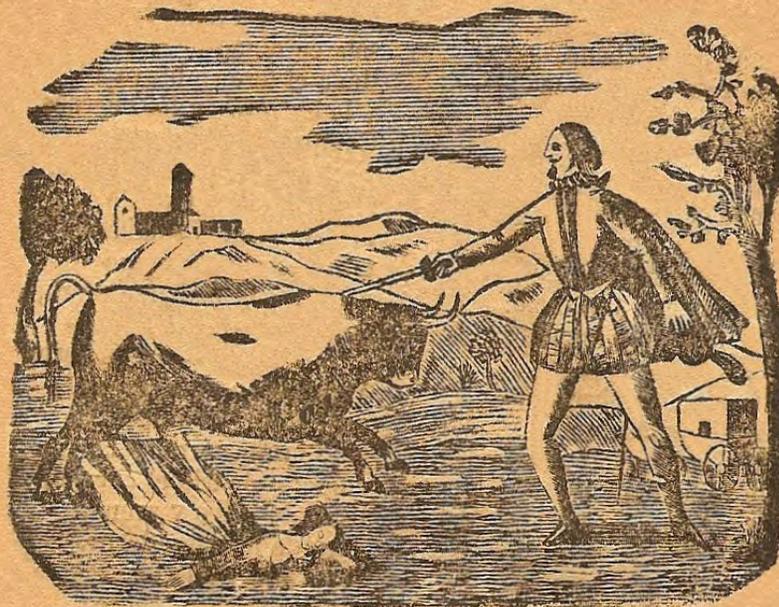
de matar á cierto hombre,
y mas cuando precedia
verme en tanta desventura,
con la lengua enmudecida,
con los pies casi trababos,
quise huir y no podia;
cuando miro de repente
que un grande tumulto iba
acercándose hacia mí.
Dije, si esta es la justicia
y me hallan con un muerto
en mis manos, ¿quién les quita
que entiendan yo soy el reo?
por mas que yo me desista
me ordenan muerte afrentosa
sin tenerla merecida.
Temeroso, pues, de dar
en semejante ruina,
escapé, Dios sabe cómo,
y yéndo á dar la noticia
á Teodora de este asombro,
de este aviso que me habia
hecho tragar tantas muertes
sin tener mas que una vida,
cuando repentinamente
las campanas se tañian
con tan lúgubres clamores,
que en altas voces publican
la muerte del desdichado
á quien quitaron la vida.
Y mas novedad me hacia
oir tan general doble
á tal hora, pues indica
ser el muerto un gran sujeto
de familia esclarecida.
Llegaba casi á dar vista
al monasterio, y escucho
que por la calle vecina
se oyen funerales voces
de un entierro que venia.
Escondime en un portal,
y ví pasar en dos filas
un grande acompañamiento
de eclesiásticos que iban

puestos de sobrepellices,
con sus hachas encendidas,
con su cruz y manga negra,
y á ninguno conocia.
Ví á la postre que llevaban
entre cuatro (¡qué fatiga!)
en un pavés á un difunto
que una bayeta cubria.
Acabaron de pasar,
y como me perseguian
á un tiempo tantos asombros,
ya de puro miedo hacia
valor algo recobrado,
y ya que llegando iban
al monasterio, reparo
que en la iglesia se veian
entrambas puertas abiertas
con mil luces encendidas
y todos se entraron dentro.
Aquí ya despavorida
la mente, consideraba
que si atrás yo me volvía,
aun mas peligros me estaban
amenazando la vida.
En fin, mas muerto que vivo,
con la sangre helada y fria
llegué tambien á la iglesia,
donde tragando salivas
estuve á la puerta un rato
si entraría ó no entraría,
observando desde allí
á toda la clerecía,
que dividida en dos coros
las exequias disponia.
Despues que al difunto cuerpo
en medio puesto lo habian,
cercado de muchas luces
les oí cantar vigilia,
y dije: en cantos tan santos
no puede haber fantasía
de apariencias y visiones
con que á entrar me resolvía.
Lo mas secreto que pude
entré, y con agua bendita

signándome muchas veces,
ni un Pater-noster podia
rezar, á causa que tantos
en mí pusieron la vista,
atisbándome sus ojos
por donde quiera que iba.
Ya que nadie me miraba,
con recato y cortesía
le pregunté al mas cercano
de los cantores que habia,
que quién era aquel difunto.
Un suspiro dió y decia:
es Lisardo el estudiante,
de quien podeis dar noticia
vos, como que sois el mismo
Aquí sí me acometian
los verdaderos temores,
aquí fueron las fatigas,
aquí fué el tentarme el pecho
por si herido lo sentia,
como suele acontecer,
y á preguntar volvía
á otro á ver si concordaba
Lo mismo me respondia;
á lo cual les repliqué,
mirasen lo que decian,
á los dos que se engañaban,
que yo de cierto sabia
que no era Lisardo muerto.
Aun acabado no habia
de decir estas razones,
cuando aquel que presidia,
puesto en pié dió una palmada,
y por todos respondia,
diciéndome: caballero,
cuantos están á tu vista,
son ánimas del purgatorio,
que ayudadas y asistidas
de la oracion y limosna
de Lisardo, agradecidas
hemos venido á enterrarle,
y á corresponder benignas,
pidiendo á Dios por su alma,
que de presente se mira.

en duda su salvacion,
y en grande riesgo metida;
y pues vos nos impedis,
los oficios no prosigan,
que así vos lo perdereis.
Apenas esto decia,
cuando matando las luces,
todos desaparecian.
Caí desmayado en tierra,
y aunque casi muerto, oia
las divinas amenazas;
cuando en mi acuerdo volvia
levanté al cielo los ojos
ante Dios por mi osadía,
diciendo: Señor, conozco
el mal ejemplo y doctrina
que hé dado en tu santa casa:
mas por tu bondad benigna
propongo de aquí adelante
enmendar mi mala vida.
Bien conozco que á ofenderos
mi vil pasion me encamina;
mas vuestra misericordia
de instante á instante me avisa,
á cada paso me llama,
y yo ciego en mi porfia:
ea, Dios mio, amparadme.
Y entre angustias y fatigas,
asido de las paredes,
de la iglesia me salia.
Cuando ya me ví en la calle,
como que no lo creia,
triste y muy pesaroso
fuí á mi casa y repartia
dineros, joyas, y alhajas;
la ropa de mas estima
la regalé á mi criado,
y abrazándole decia:

ea, leal compañero,
Lisardo perdió la vida;
yo propio le ví matar
que te daré señas fijas;
yo le acompañé en su entierro;
yo asistí mientras se hacian
sus exequias en la iglesia.
Amigo del alma mia,
ya no nos veremos más,
que voy á hacer nueva vida:
para salvarme me aparto,
porque ya Dios me destina
donde he de hacer penitencia
lo restante de mi vida.
Mañana irás al convento,
dando á Teodora noticia,
dirás lo que me ha pasado,
que reflexione su vida,
y que me encomiende á Dios,
que todo el tiempo que viva
no me verán mas sus ojos.
Con lágrimas repetidas
estas razones le dije
por última despedida,
quedando el triste criado
tan asustado, que hacia
estremos de sentimiento
cuando vió que me partia.
Hasta aquí llega mi historia,
todo es la verdad fija:
adios, Cárlos, y si acaso
mi relacion te lastima
pide á Dios que nos defienda
de tentaciones nocivas,
y de los lazos del mundo,
porque al partir de esta vida
subamos todos triunfantes
á la patria esclarecida.



DOÑA JUANA DE ACEBEDO.

PRIMERA PARTE.

Hombres que andais por el mundo
por cumplir vuestros deseos,
por ver tierras y saber
lo que hay de un reino á otro reino;
ninguno niegue su patria
sin tener impedimento,
porque es mucha desventura
la de un pobre forastero;
y si lo quereis saber
de mí tomareis ejemplo.
Yo nací en Andalucía,
la que es la flor de los reinos,
y en Arcos de la Frontera
pasé mis años primeros.
Salté dejando mi patria,
llevado del pensamiento
de ver á la gran Sevilla,
que es madre de forasteros.

Se me ofreció una tarde,
por holgar el pensamiento,
dejando imaginaciones,
y por alegrar el pecho,
salirme á mirar las aguas
del Guadalquivir soberbio,
deleitándome en sus olas,
como corrian sin freno,
hechas montañas de espuma
de aquel valdragon soberbio.
Ví venir una carroza
con seis nobles caballeros,
los mejores de Sevilla,
que en sus católicos pechos
veneran las encomiendas
de Guzmanes y Carreros.
Cada cual lleva su esposa
al deleite y al paseo;

y para mayor grandeza
y mayor merecimiento,
la hija del Asistente,
doña Juana de Acebedo,
que en su gala y gentileza
era una garza á lo menos,
en su carroza dorada,
cubierta de terciopelo,
y un águila coronada
encima con un letrero
que dice: volando voy
con esta hermosura al cielo:
viéndome con traje humilde
caso de mí no hicieron,
porque la mucha pobreza
es causa de menosprecio.
Llegando á orillas del agua
se apean los caballeros,
todos de la mano sacan
á este reluciente espejo,
las sedas y los brocados
arrastrando por el suelo.
Sucedió que en la ocasión
venia un toro huyendo
de unos hombres de á caballo,
muy mal herido y sangriento:
se entró por una arboleda,
que de vista le perdieron,
el aire lleva en los pies,
y corre á la par del viento.
Una sierpe en cada ojo,
trae en la boca el veneno,
con un rayo en cada punta,
que es un disparado trueno.
Las mujeres daban voces
invocando á Dios del cielo,
pero los seis Alejandro
se preparan con empeño,
y arrancando las espadas
al toro fuerte acudieron.
A dos de ellos echó en alto,
dejándolos casi muertos,
y los cuatro libremente
prestaron alas al viento.
Entretanto las señoras
entre las hojas de un fresno

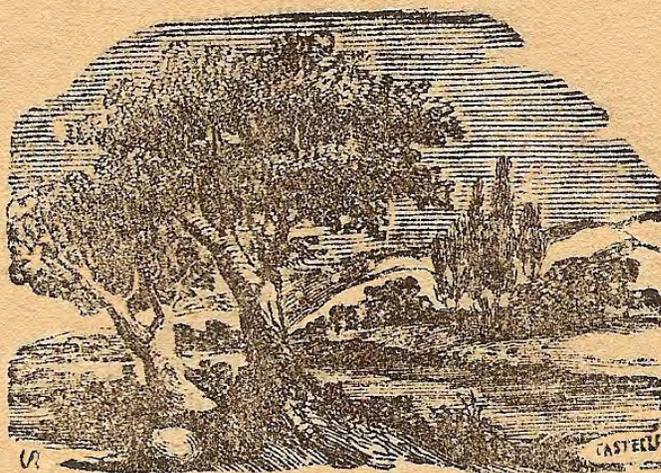
de su tronco se ampararon
que aquesta dicha tuvieron,
dejándose á doña Juana
sola en mitad del desierto;
llega el toro embravecido
y la levantó en los cuernos.
Compadecido de verla,
antes que llegara al suelo,
de mi lástima movido
lo llamé con el sombrero;
tan diestramente jugó
mi brazo el brillante acero,
que á la primer estocada
en mis plantas cayó muerto.
Volvamos á doña Juana,
que estaba tendida al suelo,
toda la ropa arrollada,
cubierto de frio el cuerpo,
llena de polvo y arena;
y yo de lástima, tierno,
la levanté de la mano,
me puse á mirarla atento,
ví á la imagen de la muerto
un clavel pálido y yerto.
vi una luna eclipsada,
y quebrarse ví un espejo.
De los brazos me la quitan
las damas y caballeros
entendiendo que es difunta;
y á la carroza volviendo
dan la vuelta hacia Sevilla
con cuatro mulas corriendo:
con la prisa y desaliño
de mí no se despidieron,
ni fueron para decirme:
Dios te lo pague, mancebo,
la diligencia y peligro
que en esta ocasión te has puesto.
Donde esperaba ventura
quedé como de primero,
solo, triste, en tierra ajena,
pobre y sin ningún remedio.
A otro día de mañana
pasé por su casa á tiempo
que estaba su mayordomo
refiriendo este suceso;

entrometí una palabra,
y le dije: caballero,
¿qué tal está esa señora?
que me pesa vive el cielo,
su desgracia, pues al verla
no pude llegar mas presto.
Y el bárbaro me responde,
lleno de cólera y ciego:
mire el patán que pregunta:
¿qué le va al pastor en eso?
¿pues él ha de tener boca
para mentarla en un pelo?
Tan enfadado me puse
y falto de sufrimiento
que le dí unas puñadas,
y le diera mas de ciento
á no acudir tanta gente,
y la justicia con ellos.
Me llevaron á la cárcel,
donde allí ví muchos presos,
me pidieron la patente,
y les dije: caballeros,
soy un pobre desvalido
y no tengo ni un remedio;
y viendo que no tenia
cosa con que socorrerlos,
me agarraron al instante
entre cuatro ó cinco de ellos,
y allí en una pila de agua
de cabeza me metieron,
donde hice mil gorgoritos
(amigos la verdad cuento.)
Compadecido de verme
un alentado mancebo
de un oscuro calabozo
salió cargado de hierro,
á quien todos le temian
y le guardaban respeto.
Aqueste fue mi padrino,
que donde hay malos hay buenos:
me llevó á su calabozo,
consolándome y diciendo:
amigo, tener paciencia,
que aquí todos la tenemos;
¿qué causas ó qué delitos
te han traído á tal extremo?

Yo le dije: mis pecados,
esto es permision del cielo;
hará tres dias cabaies
que entre parientes y deudos
en Arcos me paseaba
de dos mil placeres lleno;
y ahora por mis pecados
en esta cárcel me veo
solo y sin ningun consuelo,
por dar la vida á una dama
ahora vivo muriendo,
no porque su amante sea,
ni menos pretendo el serlo.
La hija del Asistente,
doña Juana de Acebedo,
ayer tarde la libré
en su infeliz paseo
de un toro y no conoció
quién la libró de aquel riesgo.
Pasé por su casa hoy mismo,
y á un paje ó escudero
pregunté por su salud;
mas el bárbaro insolente
me maltrató de palabras;
yo falto de sufrimiento
le he dado de puñadas,
y de lo cual me arrepiento,
donde por este delito
habré de regir un remo.
Me respondió: amigo mio,
concedo con todo eso,
pues me has dicho tu vida,
contarte la mia quiero.
Diez años fui capitán
de famosos bandoleros:
quité vidas, robé haciendas,
hurté joyas y dineros
donde por estos delitos
en esta cárcel me veo
con tres sentencias de muerte
sin tener ningun remedio;
pero yo confio en Dios
y en la Reina de los cielos,
el alma es la que la mando,
y pague el delito el cuerpo;
pero vos, amigo mio.

muy presto tendreis remedio.
Una carta le escribió
al Asistente el mancebo,
y en su nombre se la envía,
diciendo: gran caballero,
de noble sangre hidalga.
y de Sevilla el gobierno,
duélete en un delicuente
que en la cárcel tienes preso.
Yo soy aquel que libró
ayer tarde en el paseo
de los brazos de la parca
á la que llaman espejo
de vuestra casa, y por ella
yo maltraté al escudero.
Perdone vueseñoría
por un yerro y otro yerro,
que si ultrajé al mayordomo
yo levanté hasta el cielo
á doña Juana, y así
que me deis libertad quiero.
Leyendo estaba la carta
el conde en el aposento,
la hija desde su cuarto
todo lo estaba oyendo;
respondió desde la cama
con altas voces diciendo:
no es esa paga de nobles,
por afrentada me tengo,
quien á mí me dió la vida
que ahora viva en encierro.
A lo que el padre responde:
hija, no seguirá preso,
te lo ofrezco, y al instante
á un criado mandó presto
á la cárcel y pregunte
por este noble mancebo.
Se fue el criado á la cárcel,
dándome el recado luego.
—Dí á tu señor y mi dueño,
que estimo á su merced
los favores que me ha hecho;
aquí estoy para servirle
ahora y en todo tiempo;
mas que no puedo salir,
que tengo en la cárcel preso

á un deudo mio, y quisiera
por él alcanzar lo mismo.
Volvió el criado á su casa;
pero doña Juana viendo
que va solo, le pregunta
por este noble mancebo.
—Dice, señora que tiene
dentro de la cárcel preso
á un deudo suyo, y quisiera
que hiciérais con él lo mismo.
—Corre y dí que les suelten,
y que mas no queden presos,
siendo mi gusto que salgan
que deseo el conocerlos.
Volvió el criado á la cárcel,
los echan fuera al momento:
salen los dos á la calle.
Romero y el bandolero,
siernamente se abrazaron,
estas palabras diciendo:
amigo, guárdete Dios,
que por tí la vida llevo;
¿con qué te podré pagar
una vida que te debo?
Se separaron los dos;
entrando Alonso Romero,
saludando á doña Juana,
la contó todo el suceso,
del modo como pasó
cuando hirió al escudero.
Respondióle doña Juana,
por cierto que está bueno esto,
quien por mi salud pregunta
en el alma lo agradezco;
no ha de parar en mi casa
una hora ni un momento.
De allí fue á servir al rey,
se embarcó en un barquichuelo,
quedando con este encargo
el buen Alonso Romero.
Este es el primer romance
que refiere este suceso,
y en el segundo verán
como este honrado mancebo
se casó con doña Juana,
dando aquí fin el suceso.



SEGUNDA PARTE,

EN LA QUE DAN FIN LOS LANCES

DE DOÑA JUANA DE ACEBEDO.



Ya sabreis como salió
desterrado por Romero,
de Sevilla el mayordomo,
y fue a servir al rey nuestro
en las galeras de España,
adonde renegó, el perro,
que es verdugo de cristianos
del bandido mas soberbio.
Dejemos á este homicida
con su bárbaro intento,
y vamos á doña Juana
que del mayordomo nuevo,
enamorada y rendida
anda que bebe los vientos.
Como es valiente y galan
y de lindo entendimiento,

y como la dió la vida,
dispuso fuese su dueño.
Se fue una noche á su cuarto
amparada del silencio,
y entre sus brazos rendida,
le dice: despierta, dueño,
que tan descuidado duermes
del firme amor que te tengo,
y me tienes tan rendida
que con desvelos no duermo:
tuya soy, tú me ganaste,
que eso negarlo no puedo.
Entonces abrió los ojos,
viendo aquel ángel tan bello,
que le está echando favores
sentada en el blando lecho:

como está en paños menores
parece su rostro un cielo,
sus mejillas son dos rosas,
sus ojos son dos luceros.
—Doña Juana, ve á tu cuarto
y á tu amor le pongas freno,
que yo no igualo contigo
en calidad ni en dinero:
mira que tu padre es conde
y yo de mi nacimiento
soy pobre, aunque es verdad
de buenos comportamientos,
buena sangre me acompaña
que herede de mis abuelos.
Y la dama le responde:
convengo con todo eso,
hija soy de Adán y Eva,
tú también eres lo mismo,
y por casarme contigo
yo no ofendo al Dios del cielo,
y pues que no ofendo á Dios,
contigo casarme quiero;
que eres hombre y donde quiera
que tú fueresirme quiero;
que para nuestro regalo
cuatro mil doblones tengo
en el rincón de aquella arca,
atados en un lenzuelo,
por donde quiera que fueres
no te faltaran dineros.
Viendo la resolución
el buen Alonso Romero
de lograr tan bella flor,
la mejor dama del pueblo;
allá como á media noche
cuando todo está en silencio,
Romero se levantó,
y la dice: claro espejo,
antes que seamos sentidos
busquemos nuestro remedio.
Y para mas brevedad,
ensilla un caballo negro,
y mientras lo está ensillando,
la dama con lindo acuerdo
le trajo dos carabinas,
y de su padre un colete;

y ella se mudó de ropa,
calzon, capa y sombrero:
se salen la puerta fuera
con gran cuidado y secreto
y á pocos pasos que han dado
han tenido un mal encuentro,
que les sorprendió la ronda
y el Asistente con ellos,
que es padre de doña Juana,
y les dice: caballeros,
¿quién vá? tened á la justicia,
póngase luego en el suelo;
en breve dió la respuesta,
y fué matando uno de ellos
al soplo de una pistola,
quedó tendido en el suelo,
y un corchete diligente
mas veloz que el pensamiento,
asíó del caballo las riendas;
pero lista mas que un trueno,
doña Juana, le volcó
con dos balazos el pecho.
Quedaron los dos tendidos
pidiendo los Sacramentos
y ellos se salen al campo,
que vieron el cielo abierto.
Toda la noche caminan
ya que viene amaneciendo,
se ocultan en un arroyo
entre unos árboles frescos.
Dijo el galán á la dama:
¿sabrás, mi bien, lo que siento
el verte ahora sentada
en aqueste humilde suelo,
no sabiendo tú pisar
sino alfombras de gran precio?
La enamorada responde
por darte mayor consuelo:
no he tenido yo en mi vida
gusto como el que ahora tengo,
no habrá para mí trabajos
mientras tú fueres mi dueño;
lo que quisiera saber
dónde va tu pensamiento:
y él dijo: solo en tí
todo mi cuidado llevo.

No es eso lo que pregunto,
sino á qué patria ó qué reino,
y si hemos de entrar en Arcos,
eso es lo que saber quiero.
Y él dice: á mi tierra no,
sino á otra parte mas lejos;
ya sabrás que en Gibraltar
un hermano mio tengo;
allá iremos, y en su casa,
será nuestro casamiento.
Pasaron todo aquel dia
en este entretenimiento,
y apenas vino la noche
vuelven á montar ligeros,
y al salir el sol se hallaron
en unos montes espesos,
en las tierras de Jerez,
causa de su sentimiento,
donde hallaron una cueva,
y ambos se metieron dentro;
cuando miraron se hallaron
con veinte y seis bandoleros.
Quiso entonces defenderse,
y no se atrevió á hacerlo,
porque se vió cercado
con muchas armas de fuego.
Aquí sí que era de ver
los llantos y los lamentos
que doña Juana hacia
por ver á su amante preso,
y entre penas y suspiros
invocando al Dios del cielo.
A Romero lo despojan
de sus armas y dinero,
y atado de piés y manos
está tendido en el suelo,
tiernamente suspirando,
su fortuna maldiciendo:
no siente su vida ya,
mas lo que siente su pecho
es ver á su dulce esposa
entre tanto lobo hambriento,
que como ven que es mujer
y tiene en su rostro un cielo,
dentro de la cueva baitan
los ladrones de contento.

Salió el capitan afuera
cubriendo su rostro en lienzo
y á sus amigos les dice:
¡oh qué gran dicha tenemos,
que aquesta pájara hermosa
para mi regalo quiero!
Ea, cojan al galan
y para lograr mi intento,
amárrenlo en aquel árbol,
que he de hacer con él un hecho,
y ha de ser tirar al blanco;
y miren que les advierto
que aquel que no le acertase
con él he de hacer lo mismo.
Ya puestos para tirarle
como tenían dispuesto,
fué la linda doña Juana
entrambos brazos abiertos,
tapando á su esposo y dice:
no permita Dios del cielo
que yo te vea morir
siendo yo la causa de ello;
aquí moriremos ambos
ya que no hay otro remedio.
Volvió la cara al capitan
estas palabras diciendo:
detente, señor, detente,
pon á tu soberbia freno,
ya que nos tienes allá
nuestras prendas y dinero,
las vidas por Dios te pido;
mira que te mira el Cielo,
y que te ha de pedir cuenta
en el Tribunal Supremo.
Se enterneció el capitan,
no por ser él lastimero
sino porque era el mismo
capitan de bandoleros
que estuvo preso en Sevilla,
y lo libertó Romero.
Se quitó la mascarilla
descubriendo cara y pecho,
dice: conóceme, amigo,
no tengas ningun recelo,
que aunque soy hombre cruel
en este monte desierto,

no dejaré de pagarte
una vida que te debo
con darte la tuya ahora
y la dama en premio.
Ved aquí vuestro caudal,
vuestras prendas y dineros,
y tambien de mas á mas
recibe allá esos mil pesos:
si quieres que te acompañe
con todos mis compañeros,
por donde quiera que fueres,
iré en tu acompañamiento.
—Vivas mil años, amigo,
que en el alma lo agradezco.
Aquél dia el capitán
los regaló con conejos;
así que vino la noche
tendiendo su manto negro,
montaron en sus caballos
que dejan atrás el viento;
caminan toda la noche
hasta que fué amaneciendo:
se hallaron en Gibraltar,
ya el alba iba rompiendo,
hallan las puertas cerradas,
y como van de secreto
se apartaron del camino
á darle tributo al sueño.
Había saltado en tierra
de moros un barquichuelo
que se iba á recojer,
y se encontraron con ellos,
entre los cuales venia
el renegado soberbio,

el que sirvió á doña Juana
aquél que hirió Romero,
y así que los conoció
esta plática le ha hecho:
¡oh señora doña Juana
cómo ya se trocó el tiempo!
que si fuí criado tuyo,
ahora seré tu dueño,
y á tu pulido galán
que me ultrajó con despecho,
y que tengo en la memoria,
en mi casa daré el premio,
que allí tengo una tahona
para su entretenimiento.
Toda esa arenga llevaba
con los dos cautivos nuevos;
mas Diosal que es su devoto
socorre en tales aprietos.
Cuando miraron se hallaron
en manos de aquel armenio,
del Papachin y su armada
se rindieron al momento.
Viendo aquesto el renegado
como no logró su intento,
se arrojó al mar, donde fue
sepultura de su cuerpo.
Doña Juana muy gozosa,
quedando libre Romero,
entraron en Gibraltar,
abrevian el casamiento.
Súpolo despues su padre,
el cual está satisfecho,
y hoy viven los dos amantes
muy alegres y contentos.

FIN.

MADRID.—Despacho: Hernando, Arenal, 11.

(Num. 25.)



ROSAURA LA DE TRUJILLO.

Relacion de un caso lastimoso que sucedió á una incauta doncella llamada Rosaura, natural de la ciudad de Trujillo.

Sobre una alfombra de flores
cercada de hermosas plantas
adonde las avecillas
tienden sus pintadas alas,
y con sus trinos alegres
al Rey del cielo dan gracias,
en aqueste prado ameno,
en este eden de fragancias,
en este sitio que encubre
tantas afflictivas causas,
de las que una os contare
si el cielo me da su gracia.
y porque sepais su nombre
será preciso nombrarla.
En la gran Sierra-Morena
de tantos delitos cuna,

amparo de aquel que ofende,
defensa del que mal anda,
me puse sentado un dia
cansado de andar de caza,
arrimado á un duro tronco
discurriendo en cosas varias,
quejoso de la fortuna
que con rigor me maltrata
oí una voz lastimosa
que sonaba en la montaña
á orillas de un arroyuelo
que con las breñas se enlaza
Estuve atento por ver
si era de persona humana,
y percibí que decia
estas sentidas palabras:

«Tirano amor, pues tú has sido
la causa de mi desgracia,
dispara tus duras flechas
contra el que así me maltrata.
Amante falso y traidor,
¿cómo me dejas sin causa,
en tan terrible abandono
y de la muerte cercana.
Sacra Virgen del Rosario,
mi patrona y abogada,
alcanzadme que confiese
porque no peligre el alma.»
Puse carga á mi escopeta
bien prevenida de balas,
por el eco de la voz
llegué á parar donde estaba
una juvenil belleza
á un duro tronco amarrada,
desmelenado el cabello
y de ropas despojada.
Cuando ví tal hermosura
quedé sin hablar palabra;
viéndome ella suspenso
de aquesta suerte me habla:
llega, mancebo, y no temas,
pues soy una desgraciada,
y mis pecados me tienen
en el sitio en que me hallas;
desátame y te diré
mis penas, fatigas y ansias,
y también los alevosos
que son de mi mal la causa.
Compadecido en extremo,
mi fuerte cuchillo saco,
rompo los gruesos cordeles
que á aquel ángel sujetaban;
me quité al punto el gaban
y encima se lo arrojaba,
cubriendo sus blancas carnes,
que con el sol se comparan.
Mirando á un lado y á otro,
ví que estaba en unas matas
la ropa misma que fué
de aquella desgracia causa.
Ella suspira y solloza

pidiendo al cielo venganza:
y mirándola, la dije:
por Dios, hermosa Diana,
os suplico por la Virgen,
que me digais lo que pasa:
y agradecida responde
con las siguientes palabras:
«Habeis de saber, buen joven,
que en Trujillo fuí criada,
hija soy de un caballero
que don Diego se llama
de Castro, por apellido,
que es de lo ilustre de España:
mi madre, doña Isabel
de Mendoza, es su prosapia,
y por gusto de padrinos
á mí me llaman Rosaura,
tan amada en mis principios
como ahora degraciada.
Vivia pared enmedio
mas abajo de mi casa,
un hijo de un labrador
de hacienda algo moderada,
mozo galan y valiente,
discreto y de linda traza,
que se llevó mi afición
y me amaba con ansia:
mas como las cualidades
del uno al otro no igualan,
tuve lugar una noche
para escribirle una carta
dándole á entender por ella
que me saque de mi casa
con sigiloso secreto
y con cautelosa maña:
mas el alevoso amante
á un primo suyo le daba
cuenta, que traidor é infame
fué causa de mi desgracia.
A los catorce de abril
me sacaron de mi casa,
bien prevenida de joyas
y de muy costosas galas,
como ahí presente veis,
que ellas mismas lo declaran.

Cinco dias caminamos
marchando á largas jornadas,
hasta llegar á este sitio
encubridor de mi infamia:
aquí los dos desmontaron
con intencion depravada,
dara marchitar la flor
que de algunos fué envidiada:
ambos mancillan mi honor...
¡Jesus, qué suma desgracia!
sin temer la justa ira
del Señor que nos miraba.
Luego el alevoso primo
hizo que me desnudara:
luego que en carnes me viera
entrabas manos me ata,
y sacando una pistola
el fuerte muelle levanta
para quitarme la vida,
mas mi amante lo estorbaba
diciendo: no quiera el cielo
que, pues yo he sido la causa
de que esta doncella pierda
su honor, se cometa otra infamia:
aquí la pienso dejar
entre estas espesas matas,
espuesta á las muchas fieras
que por estas breñas pasan,
y ellas le darán la muerte
mal merecida y sin causa.
Se fueron y me dejaron
como la flor en la escarcha:
tres dias há que no como
cosa que me dé sustancia,
sino las amargas yerbas
que con la boca alcanzaba.
Ésta es mi historia, y te pido
te duelas de mi desgracia
y en tu compañía me llesves
á la ciudad mas cercana,
porque desde allí pretendo
el castigo de esta infamia.
De la mano la tomé,
y á una quinta la llevaba
donde la dí de comer

de lo que allí se encontraba:
luego despues la ofrecí
con mano leal y franca
mi proteccion y el caballo
que mas que el viento volaba
y el valor de mi persona
para ir en su compañía.
Dispusimos el viaje,
á Córdoba caminamos,
y á la puerta del Rosario,
(donde resolví dejarla),
la eché los brazos al cuello
y de esta suerte le hablaba:
adios, jóven, quiera el cielo
que sea tu dicha tanta,
que logres tu buen deseo
y despues la gloria santa.
Ella respondió: mancebo
noble, la Virgen te valga,
y tu leal accion premie
el alto Rey de la gracia.
Sentóse en el duro suelo
aquella jóven incauta,
aguardando por momentos
la aurora de la mañana,
para emprender animosa
el intento que llevaba.
Fué á casa de don Francisco
de los Rios, noble rama,
y á un criado le pregunta
si está su señor en casa,
y al punto le respondió:
su merced está en la cama.
Sin aguardar mas razones
hácia dentro se entraba,
y arrimada junto al lecho
de aquesta suerte le habla:
¿Conocereis, señor mio,
á la que dísteis el agua
del bautismo allá en Trujillo
y le pusisteis Rosaura?
Habeis de saber soy yo
la que nunca se criara,
pues fui la mujer mas frágil
que se ha visto en toda España.

Por farme del amor
perdido mi honor se halla:
mirad bien mi tierna edad
que de quince años no pasa
no mireis el mal sarmiento
sino el árbol donde baja,
que si lo considerais
cierto tomareis venganza.
Dos viles me han seducido
sacándome de mi casa,
y han mancillado mi honor
en Sierra-Morena... basta.
Oyendo esto don Francisco,
de la cama se levanta,
y al punto manda á un criado
que un caballo le ensillara,
y antes de partir dispuso
el dejarla con su hermana
recogida en un convento
que de Santa Isabel llaman.
Camina para Trujillo
con un criado en compañía;
pretende entrar en secreto
porque no se sepa nada.
Fuese á casa de don Diego;
afable le saludaba,
y en seguida le pregunta
por su querida Rosaura.
Le respondió entristecido,
don Diego, estas palabras:
hará unos ocho dias
que se ausentó de mi casa,
sin poder hallar persona
que me diga dónde para
la que de mi casa era espejo
donde todos se miraban.
En seguida don Francisco
sacó del pecho una carta
y se la dió á don Diego
que al instante la tomaba,
y mirando el sobre-escrito

de puro gozo lloraba,
porque conoció la letra
de su querida Rosaura;
pero dentro iba el pesar,
que es cosa muy ordinaria
no haber placer sin disgusto
en aquesta vida humana.
Abrióla, y viendo en ella
los autores de la infamia,
al señor corregidor
del caso cuenta le daba.
Al instante los prendieron,
y sustanciada la causa,
el juez con recta justicia
á muerte los condenaba.
Los meten en la capilla
y llorando al Cielo claman
pidiendo misericordia
á la Virgen Soberana.
Los sacaron de la cárcel
pregonando por las plazas
diciendo: esta es la justicia
que por las leyes se manda
ejecutar con los reos
por su delincuente infamia.
Llegados en el suplicio
con humildad resignada,
subiéronlos á lo alto;
ellos con mortales ánsias,
antes de acabar el Crede
á Dios entregan sus almas,
y despues en los caminos
sus cabezas son fijadas,
para ejemplo de atrevidos
y escarmiento de malvados.
Luego el noble don Francisco
dió vuelta para su casa,
y Rosaura en un convento
muy ejemplar vida pasa.
Y aqui dan fin los sucesos
de la infelice Rosaura.

MADRID.—Despacho: Sucesores de Hernando. Arenal, 11.



PAPEL NUEVO

de lo que ha ocurrido en la provincia de Badajoz y pueblo de Almendralejo.

PRIMERA PARTE

En la provincia de Badajoz y pueblo de Almendralejo hay una niña bonita con un novio zalamero, por nombre tiene Manuel ella por nombre Consuelo ella es rica labradora y él las tira de flamenco y cuando con ella hablaba le decia grandes cuentos pero nada conseguia porque era dura Consuelo viéndose desesperado y que no lograba su intento se puso de mal humor de esta manera diciendo: por aquella cruz bendita que lleva el santo del huerto y San José y San Joaquín que son los santos más viejos que si tu no me das gusto yo solo un tiro me pego.

Consuelo quedó parada

con muchísimo talento y le dice Manolito guarda tu conocimiento mañana á la noche irás donde tengo mi aposento y todito lo andarás si me guardas gran secreto. Por el balcón de la calle entras silencioso y recto y te encargo no hagas luz porque está mi padre dentro y si te llega á sentir me dará grandes tormentos

A las nueve de la noche en mi habitación te espero: se dieron las buenas noches con todo su acatamiento y Manuel se fué á su casa que bailaba de contento al ver que ya iba á lograr lo que pedia tanto tiempo pero el pobre no sabia lo que le estaban urdiendo,

que en la sala del balcón donde la cita se dieron tenia la cama una vieja que era abuela de Consuelo.

Llegó la noche siguiente se puso á cenar Consuelo y le dice á dos hermanos que los tenia solteros: esta noche os necesito y os pongo en conocimiento que vamos á estar de boda vamos á cenar corriendo. preguntan los dos hermanos los dos á la vez riendo: dinos pronto quien se casa para que los acompañemos. —Pues se casa nuestra abuela con mi amante que es flamenco

A las nueve de la noche se mete en el gallinero, buscaremos una lata y buscaremos cenneros y cuando esté en lo mejor

se celebra el casamiento.

Quedaron los tres conformes en quedar en el acecho, ahora vamos con Manuel que se vió bastante estrecho dando en el reloj las nueve Manolito entró ligero por el balcón de la calle.

Entró silencioso y recto la sala estaba medrosa porque no tenía reflejo pronto se quitó las botas para entrar con más silencio.

Empezó á tentar paredes

los cuadros y los espejos y se paraba á escuchar pues sentia gente durmiedo y era la pícara vieja que roncaba como un cerdo ya que tentó las almohadas y la cabeza y el pelo exclamó Dios me perdone, parece que no es Consuelo.

Pues yo levantaré la ropa y le tentaré el pellejo entonces pronto sabré si está duro ó está tierno.

Ya comenzó á trastear

la cañada y los cerros despertó entonces la vieja regruñendo como un perro venir, sobrinos venir que yo no sé lo que tengo que se me ha metido aquí algún diablo del infierno.

A las voces que aquella daba acuden todos los nietos la novia con el candil y los hermanos con cencerros.

Se tiró por el balcón sin zapatos y sin sombrero quedándose medio muerto del porrazo tan tremendo.

SEGUNDA PARTE

Al porrazo que pegó se le rompió cuatro remos acudieron los vecinos y acudieron los serenos el escribano y el juez con el alcalde primero le toman declaración á presencia de todo el pueblo preguntándole el juez diga pronto quien lo ha herido que corriendo lo busquemos á lo que declara el mozo: Perdone la autoridad que los estoy entreteniendo no se puede castigar que yo he cometido un yerro ya les voy á declarar voy á descubrirles mi pecho yo me puse en relaciones con una niña Consuelo y cuando con ella hablaba siempre le estaba pidiendo le pedía el compromiso las cosas de los mozuelos y me dijo que á otra noche me esperaba en su aposento y que no encendiera luz

que su padre estaba dentro y si llegaba á sentirlo le daría grandes tormentos y yo que soy tan sencillo le estaba creyendo el cuento y me retiré á mi casa tan gustoso y tan contento al ver que me iba á meter en el sexto mandamiento.

Llegó la noche siguiente y me escapé como un trueno me metí en la habitación como un gato forastero cuando despertó una vieja dando voces y lamentos y apenas la conocí me quedé temblando y muerto y me tiré por el balcón sin cogerme de los hierros y aquí me tiene usted herido y pronto iré al Cementerio. Entonces preguntole el juez disfrutó usted á la vieja:

No señor, no dieron tiempo que apenas la conocí no quise pasar al huerto y si me llego á escurrir

tengo que tomar el cremo.

A los mocitos les encargo que tengan conocimiento que no se metan á oscuras por flores á ningún huerto, que mientras más bonitas son más grandes pegan el perro, eso me ha pasado á mi por merteme á bolichero que fui por un gorrión y me dieron un mochuelo.

La fortuna ó la desgracia siempre se debe encontrar yo me tiraba mis cuentas y me salieron trocadas, Jesús que malo es el cariño yo lo vuelvo á repetir que toditas las desgracias á mí me han de combatir.

Para cuando me case me da mi suegro un costal y una manta y un burro negro.

El costal era viejo la manta rota el burro era tuerto y la mujer loca.



Nuevo y lastimoso romance

que da cuenta los horribles asesinatos y desgracias ocurridas en el pueblo de Viana, provincia de Santander, el día 6 de Febrero del corriente año 1894, con todos los sangrientos detalles que verá el curioso lector

Crímenes hay en la tierra
¡Virgen Santa del Carmelo!
que estremecen las entrañas
de los seres más perversos.

Asesinatos horribles
que ni las fieras han hecho
y que perpetran los hombres
en su desenfreno ciego.

¡Los que voy á relataros,
si Dios me presta su aliento,
hacen sentir á las piedras
y á los tigres del desierto!

En el pueblo de Viana
según los datos impresos
cuya provincia es Santander
pasaron estos sucesos.

Un honrado matrimonio
de labradores muy buenos
vivía tranquilamente
en el ya citado pueblo.

Tenían algún caudal
á fuerzas de mil desvelos,
y en la cueva le guardaban
dentro de un arca de hierro.

Dos hijos de corta edad
les había dado el cielo,
de nueve años el mayor,
y el menor de siete y medio.

La mujer que se llamaba
Doña María Romero
estaba en cinta, esperando
dar á luz un ángel bello.

Se sintió con los dolores
el día 2 de Febrero
día de la Candelaria
bien señalado por cierto.

Un parto tuvo feliz
donde al mundo dio un niño tierno
que á bautizar le llevaron
al otro día contentos.

Para asistir á la madre
llamaron con mucho empeño,
á una tal Josefa Pérez
vecina de aquél terreno.

Era viuda esta mujer
y tenia por cortejo
á un hombre de malos tratos
y peores sentimientos.

En la taberna metido
se pasaba el día entero,
sin pensar en el trabajo
para ganar el sustento.

Le dijo lo que pasaba;
que si consentía en ello
iba á asistir unos días
á la María Romero.

Pedro, que así se llamaba
su querido y compañero,
un hecho atroz ideando
le dijo que sí, al momento.

¡Cuán fatales no serían
del querido los consejos,
para que luego esta hiciera
lo que á relatar empiezo.

Amaneció la mañana
del día 6 de Febrero,
¡día triste para aquella
familia y honrado pueblo!

A solas quedó Josefa
con la parida en el lecho
y antes de salir su esposo
en la frente la dió un beso.

—Adios, la dijo me voy,
porque trabajando tengo
los peones en el campo

y estar á la vista quiero.

No te levantes ¡por Dios!
y no hagas ningún esceso:
cuidela usted bien, Josefa
que no le pesará luego.

—Vayase usted descuidado
que yo encargada me quedo,
de que no le falte nada
la asistiré con esmero.

Salió el marido de casa
muy alegre y satisfecho,
en vista del feliz parto
que á su esposa le dió el cielo.

¡No sospechaba siquiera
que pronto un drama sangriento,
la alegría de su alma
tornaría en triste duelo!

Caminaba silencioso
con dirección al terreno
término del Revollar
á donde llegó diciendo:

—Se me ha olvidado el revolver
está cargado y lo siento,
no se vaya á disparar
pues lo tiene junto al lecho.

Mientras él estaba allí
celando a los jornaleros,
en su desgraciada casa
sucedió este siniestro.

Apenas se quedó sola
como relatado llevo,
la tal Josefa cerró
las puertas del aposento.

Al revolver echo mano
que estaba en la mesa puesto
y apuntando á la María
la dijo con fiero acento:

O me entregas al instante
las alhajas y el dinero,
ó te abraso las entrañas
matando a tus niños luego.

La mujer estremecida
pálida ya y sin aliento,

y dijo: toma las llaves
de la cueva, allí lo tengo.

Pero ¡por Dios no me mates!
¡por mis hijos te lo ruego!
allí tienes mi riqueza
dentro de un arca de hierro.

Tomó Jesefa las llaves
y salió de allí corriendo,
en busca de los ahorros

frutos de tantos desvelos.

María al verla salir
hace un esfuerzo supremo,
y arropada en una manta
la pobre salta del lecho,

Corre detrás de Josefa
sin que ella pudiera verlo,
y apenas abrió la cueva
la encerró María dentro.

Segunda parte

A la alcoba de sus hijos
se fué la madre al momento,
y los hizo levantar
lo que pasaba diciendo:

—Vamos á buscar á padre
dijo llorando el pequeño,
y los dos tiernos hermanos
hacia la calle salieron.

A la puerta de la casa
como á unos dos ó tres metros.
había un hombre esperando
Pedro que estaba en acecho.

Tan pronto como los vió
con el rostro descompuesto,
comprendió que su querida
estaría el robo haciendo.

¿Adónde váis tan deprisa
les dijo á los chicos Pedro?
y entonces los inocentes
le contaron el suceso.

Venir por aquí conmigo
que yo acompañaros quiero,
por aquí llegáis más pronto
por este corralón viejo.

En un corral los metió
de haces de leña repleto,
que pertenecía al horno
de un honrado tahonero.

Allí sacando un cuchillo
de fino y cortante acero,

partiéndole el corazón
asesina al más pequeño.

—¡Por Dios! decía el mayor
á su pobre hermano viendo,
¡no me mates! ¡no me mates!
que ningún daño te hecho.

Yo te daré cuatro cuartos
que en este bolsillo tengo,
pero déjame con vida
no me hagas sangre en el cuello.

El desalmado asesino
sin atender á su ruego,
lo agarró por la cintura
como si fuera un cordero
afiló sobre una piedra
el cuchillo ya sangriento
y tres veces lo clavó
con fiera saña en su pecho.

Los cadáveres oculta
entre la leña el perverso,
y á una taberna se vá
de las afueras del pueblo.

Allí se puso á beber
sin el menor sentimiento,
hasta que al fin la bebida
le trastornó por completo.

Como no hay crimen oculto
para el Señor de los cielos,
aquí veréis la manera
el como fué descubierto.

A la media hora pasada
vá al corral el tahonero,
y al ir á coger la leña
encontró á los niños muertos.

Conoció que aquellos eran
los de María Romero,
y dió parte por sí mismo
á la autoridad del hecho.

Al punto se presentaron
en el lugar del siniestro,
el alcalde el escribano
y los civiles del puesto.

Encontraron el cuchillo
ejecutor y sangriento,
y á casa de la María
á dar la noticia fueron.

Tan pronto como llegaron
salió María al encuentro,
diciéndoles que tenía
á una ladrona allí dentro.

La puerta de aquella cueva
con serenidad abrieron
y todos ellos bajaron
llegando abajo el primero
el alcalde á quien le dijo
con varonil ardimiento:

—Antes de entregarme á tí
darte la muerte prefiero.

El revolver disparó
con tan señalado acierto,
que el alcalde hecho cadáver
rodando fué por el suelo.

La pareja de civiles
se lanzó sobre ella presto,
y conducida á la cárcel
fué la Josefa al momento.

La infausta nueva corrió
velozmente por el pueblo,
María se volvió loca
de pesar y sentimiento.

Su esposo Martín Gutiérrez
en la cama cayó enfermo,

y á los pocos días era
conducido al cementerio.

Josefa declaró al fin
que Perico su cortejo,
era el que la habia dado
tan criminales consejos.

En su busca fueron pronto
pero hallarle no pudieron,
porque oculto en un pajar
pasaba días enteros.

La Providencia por fin
descubrió su paradero,
una tarde las campanas
doblaban tocando á fuego
y acudió la autoridad,
la guardia civil y el pueblo.

El pajar de aquella venta
donde estaba oculto Pedro,
ardía como un Vesubio
y se tuvo que dar preso.

Estaba medio borracho
tembloroso y descompuesto,
y sin saber lo que hacía
declaró el crimen horrendo.

El cuchillo conoció
de esta manera diciendo:
—dejadme que con él maté
tan hondos remordimientos.

Fue conducido á la cárcel
con Josefa al mismo tiempo,
y ambos juntos desde allí
según datos del proceso,
al cadalso subirán
donde los perdone el cielo.

No olvidéis que en este mundo
no se oculta ningún hecho,
que por la mano de Dios
no sea al fin descubierto.

Dedicáos desde mozos
al trabajo y á ser buenos,
y así honraréis padre y madre
cual dicen los mandamientos.

Reimpreso en la de Ramírez



NUEVO Y CURIOSO CRIMEN

Ocurrido en La Roda, provincia de Albacete, el día 20 de Abril del presente año, con el castigo que una joven dió á dos criminales.

PRIMERA PARTE

Reina que estás en los cielos
mirando lo que aquí pasa,
permíteme que refiera
en unas cuantas palabras
el caso más horroroso
que ha pasado en toda España.
En la provincia de Albacete,
en un pueblo que se llama
La Roda, vivían felices
con una hija adorada
Julián Prieto Villasante
y Dorotea Villalba,
los cuales en su hija hermosa
todo su anhelo cifraban.
La joven María Prieto
tenía por la comarca
nombre de honrada y hermosa
donde ninguna llegara.
Los jóvenes de aquel pueblo
todos se la disputaban,
la honra de poder hablar
a María una palabra.
Mas ella tan virtuosa
a nadie daba la cara,

siendo la honra de La Roda
y el orgullo de su casa.
Juan Prieto, que era un hombre
con la honradez en la cara,
era esclavo del trabajo,
desde que rompía el alba,
mirando por los dos seres
que Dios le puso en su marcha,
y por tal era en el pueblo
su persona respetada;
y su mujer Dorotea,
aquella mujer honrada
que todo su encanto era
la hija de sus entrañas.
Había en el pueblo dos hombres
que tenían mala fama,
de borrachos y holgazanes,
porque nunca trabajaban.
Todo el pueblo conocía
á los hermanos Torralba,
que eran los dos zapateros
y de muy mala calaña.
Cuando alguno iba á servirse,
nunca estaban en su casa,

y siempre de borracheras,
de jolgorios y jaranas;
hacia tiempo que Manuel
y Juan, que así se llamaban,
tenían sus ojos puestos
en María Prieto Villalba;
pero la joven el verlos
le causaba repugnancia,
y no llegó á saludarlos
mil veces que los hallara.
El día 2 de Abril
del año corriente, estaban
por una casualidad
en sus faenas diarias,
y se le ocurrió á la joven,
sin su madre acompañarla,
ir á tomarse medida
á casa de los Torralbas.
Llegó María, y al verlos,
que allí se encontraban
trabajando en su oficio,
se paró un poco en la entrada
porque le daba vergüenza
de verse sola en la casa.
Al ver ellos á la joven
tan frágil y entrecortada,
y más hermosa que siempre,
con dos rosas en su cara,
los brutales apetitos
renacieron en sus almas.
—¿Qué traes por aquí, María?
No tengas vergüenza, pasa,
que aquí á ti te comparamos
con la Reina Soberana,
y ni á un pelo de la ropa
habría quien te tocara.
—Es que venía á tomarme
medida, si no son caras,
de unas botas para mí
y no está mi madre en casa.
Esto lo dijo la joven
tan corta y avergonzada,
que aquellos dos miserables
le tendieron la celada.
—Siéntate, toma una silla,
dijo, teniendo en la mano
una cinta preparada

para tomarle medida,
según lo solicitaba;
adelantóse María
con latidos en su alma,
y cuando ya se sentó
junto á la mesa que estaban
trabajando los hermanos,
el Juan, que más la miraba,
se abalanzó sobre ella,
mientras que Manuel echaba
el cerrojo de la puerta,
sin notar que enfrente estaban
dos vecinas que habían visto
lo que á la joven pasaba.
María cuando se vió
que aquel hombre la agarraba,
cogió de la misma mesa
una cuchilla afilada,
y la infeliz se rehizo
pronunciando estas palabras:
—No acercarse á mí, cobardes,
no tocarme, no hacer nada,
porque prefiero estar muerta
antes que estar deshonrada.
Manuel, que más atrevido
quiso cogerla y tirarla,
le dió María en el vientre
tan terrible cuchillada,
que cayó rodando al suelo
con las tripas destrozadas.
Juan, que vió su hermano muerto,
lleno de coraje y rabia,
se metió para su cuarto
corriendo toda la casa
en busca de una escopeta
que la tenían cargada,
mientras la joven pedía
socorro por la ventana.
Es de advertir que las dos
vecinas que enfrente estaban
temiendo una cosa grave,
salieron desesperadas
en busca de fuerza pública,
municipales ó guardias,
y en la otra segunda parte
se dirá en lo que esto para.

Fin de la primera parte.



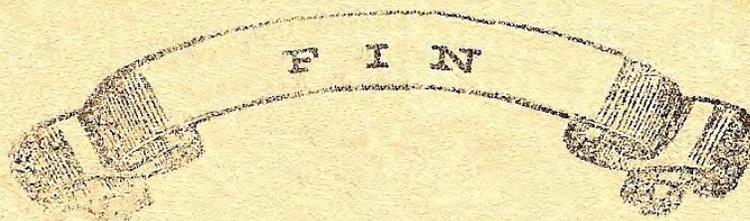
Segunda parte.

Salió Juan con la escopeta,
mientras la joven chillaba,
y apuntándole á María
le decía estas palabras:
—Arroja ya esa herramienta
y entrégate en cuerpo y alma,
ó te descerrajo un tiro
que te parto las entrañas.
—Dispara ya y mátame,
pero me matas honrada,
y si te acercas á mí
te daré una cuchillada
lo mismo que á tu hermano,
que ahora de morir acaba.
¡Socorro, auxilio, acudir!
mientras la joven gritaba;
pero las voces de angustia
á la calle no llegaban,
y el Juan á cada momento
repetía que se entregara,
ó le costaba la vida
por los ojos de su cara.
—Tírame ya cuando quieras,
no temas, sangre inhumana,
si has de matarme después,
¿qué haces ya que no me masas?
—Porque tengo que gozarte

ó muerte ó viva, ¡malvada!
—¡Dios mío! —gritó la joven,
vertiendo abundantes lágrimas,
no permitas que mi cuerpo
lo toque esta bestia humana.
¿En dónde estará mi padre?
¡Ay, madre de mis entrañas,
que moriré sin la dicha
de darte un beso en la cara!
Oyeme tú, Virgen mía,
sácame ya de esta casa,
que no puedo sufrir más
y ya las fuerzas me faltan.
En esto dió Juan un salto
por cogerla descuidada,
y al ir á coger su mano
la joven tan asustada,
le tiró con la cuchilla
una grande rebanada,
y se emprendió entre los dos
una lucha encarnizada;
sobraban á María fuerzas
y á su contrario faltaban.
¡Qué escena aquella, Dios mío!
Ver á la joven honrada,
por defender su honradez,
convertida en fiera brava.

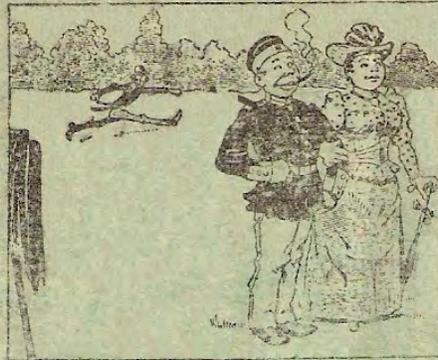
Viendo Juan las de perder
y que las fuerzas le faltaban,
y que de seguir luchando
María lo remataba,
se incorporó como pudo,
porque ya en el suelo estaba
herido de gravedad
con catorce puñaladas,
y cogiendo la escopeta
y echándosela á la cara,
le apuntó con tan buen tino
que fué derecha la bala
por el pecho y los pulmones,
saliendo por las espaldas;
á tiempo que aquel malvado
la escopeta disparaba,
se quedó de par en par
la puerta de una patada,
y entraron las dos vecinas
seguidas de alcalde y guardias,
y un gran tumulto de gente.
que ya enteradas estaban.
—¡Auxilio!— gritaba Juan,
que me muero, traerme agua;
esa mujer nos ha muerto
á los dos, esa malvada.
— Y él me ha muerto á mi, señor,
dijo María angustiada.
— Porque querían deshonorarla;
dijo una de las vecinas
con coraje é indignada.
Entonces dijo el alcalde
que á la joven la tomaran
en brazos dos hombres buenos
de su mayor confianza,
y con mucho cuidadito
á su casa la llevaran,
corriendo por cuenta suya
el ver si podían curarla.
—¡Que me recojan, que muero!
dijo affigido Torralba;
y allí las gentes gritaron:
—Muérete, pronto, canalla.
Antes de salir la gente

Juan entre rabia espiraba,
y de allí salieron todos
á enterarse cómo estaba
la desgraciada María.
Pero, ¡ay, Virgen Soberana!
cuando entraron, la infeliz,
y la vieron en su casa,
su madre se cayó al suelo
sin articular palabra,
mientras la joven María
en un momento espiraba
sin haberle dado un beso
la madre de sus entrañas.
Cuando se enteró su padre
que en el campo trabajaba,
tomó el camino del pueblo
trayendo partida el alma.
La muerte de aquella joven
que tanto el pueblo apreciaba,
hizo furor en La Roda
y en casi toda la Mancha.
Muchos hubieran querido
ver vivos los dos canallas,
y matarlos otra vez
aunque bien muertos estaban.
El alcalde costeó
un entierro de gran gala,
y horas fúebres se hicieron
durante cuatro semanas
por el alma de la joven,
ejemplo de las honradas,
mientras que á los otros dos
en un carro los llevaban,
como dos caballerías,
sin clero, cruces ni nada.
Jóvenes que os preciais
de virtuosas y honradas,
tomar este hermoso ejemplo
de María Prieto Villalba,
y la muerte se prefiere
antes que ser deshonorada,
y si puede ser matando
al que intente mancillarla.



MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.

HORROROSO CRIMEN



La tragedia ocurrida por celos y malas lenguas en el Tomelloso, provincia de Ciudad Real, el día 3 del mes pasado en la calle Socuéllamos, número 15

PRIMERA PARTE

Ahora les voy a explicar esta horrorosa tragedia ocurrida hace poco tiempo en la calle de Socuéllamos.

El marido se despide de la familia para marcharse a su tierra, porque no hay trabajo en el Tomelloso y las está pasando negras.

Pero antes de marcharse a sus hijos les aconseja que sean honrados y decentes que él de la casa se ausenta.

Cuando el padre se marchó ellos trabajo encuentran, la mujer y todos los hijos pues ya vivían de otra manera.

Sale el hijo del trabajo un día y con un amigo se encuentra

y como persona honrada a su madre lo presenta.

Pero Luis lleva a su casa a aquel amigo del alma, entre todos convinieron que en la casa se quedara.

Pues ya este joven en casa las vecinas no dejan de criticar y de que Julia Pérez no es mujer honrada.

Afirman todos sus chismes y esto no era verdad, porque era esta mujer una persona honrada.

Porque ella lo demuestra pero el marido no lo cree que se llevó de las vecinas más que de hijos y de mujer.

Regresa de su viaje
y al huésped en la casa vé
y le dice a su mujer:
tú algo tienes que ver con él.

Pues a tí todas las vecinas
pues te suelen criticar,
creo que llevan razón,
porque a la vista está.

¿Pues quién le ha dado permiso
a ese que está ahí sentado?
parece el amo de la casa,
o será tu enamorado.

Sin darle yo el permiso
para que en casa esté,
te lo vuelvo a repetir,
tú no eres buena mujer.

Su esposa como era mujer honrada
le dice estas palabras:

es un amigo de Luis
de nuestro hijo del alma.

Mas el esposo que ha oído
rumores de lenguas malas,
me he de vengar de tí,
y del huésped de la casa.

Y ahora como verán
dice su hermana a Luis,
ese amigo que has traído,
va a ser la ruina de aquí.

Pues el padre de él recela
por razones mal fundadas
por llevarse de mujeres
que tienen la lengua larga.

Por fin llegó la noche
y terminan de cenar,
el hijo pide permiso para ir al cine
y el padre se lo dá.



SEGUNDA PARTE

Ya sentado en el brasero
el huésped y los demás
le dice el patrón a él:
tú de mi casa te vas.

Tú eres un sinvergüenza
y que no te lo diga más,
te estás comiendo el pan de mis hijos
como a la vista está.

Tú no te quieres bien
cuando en mi casa estás,
te llevas de mi mujer
y a los dos os voy a matar.

Se puso la cosa seria
y le quería pegar,
pero se puso por medio
su hija Natividad.

Papa mío, no le pegue V. al mecánico
pègueme V. a mí.
padre mío, respéteme V. a mí
que soy la pequeñita de la casa,
deme V. un beso que se le quite el mal
(humor.

Quedó la casa tranquila
y se fueron a acostar,
la madre y la hija
y también los demás.

La mujer de él no se fia
y se acuesta vestida
porque había dicho él
que le iba a quitar la vida.

Pero se quedó durmiendo
porque el sueño la rendía

con su hija de ocho años
que era la que más quería.

Es muy triste y doloroso
lo que hace el criminal,
entrar en la habitación
y se lía a «puñalás».

Papa mío, máteme V. a mí
antes de matar a mi querida madre,
no me dè V. esos puñetazos tan grandes
que me hace mucho daño.

Esto no es ningún engaño
por que bien claro se ve,
de matar a la hija
y también a la mujer.

Pues no se queda tranquilo
este hombre criminal,
porque busca a aquel huésped
que también lo quiere matar.

No logra su intención
porque no puede matarlo,
le dá aviso a la hija
que oye lo que ha pasado.

Porque oye lo que dice el padre
de que a matarlo vá,
pues ella le dá el aviso
para que se pueda levantar.

Pues él se levanta enseguida
en calzoncillos y camisón
pero lo coje en el pasillo
y ocho puñalás le dió.

Por gracias a esta joven
que no le quita la vida
la hija del criminal
la que también salió herida.

Sale en ropas menores
y heridos están los dos
èl a gritos pide socorro
y el sereno acudió.

Lo llevan a la Casa de Socorro
como ustedes lo ven
y gracias que pudo escapar
porque le dió a los pies.

Las dos hijas se marchan,
las recogen los vecinos,
pero antes de llegar a la Casa de Socorro
se mueren en el camino.

En brazos de los vecinos
las pobres se quedan muertas;

esta es la pura verdad
lo que un servidor les cuenta.

Pero cuando el padre se dà cuenta
del crimen que cometió,
coge la navaja barbera
y él mismo se suicidó.

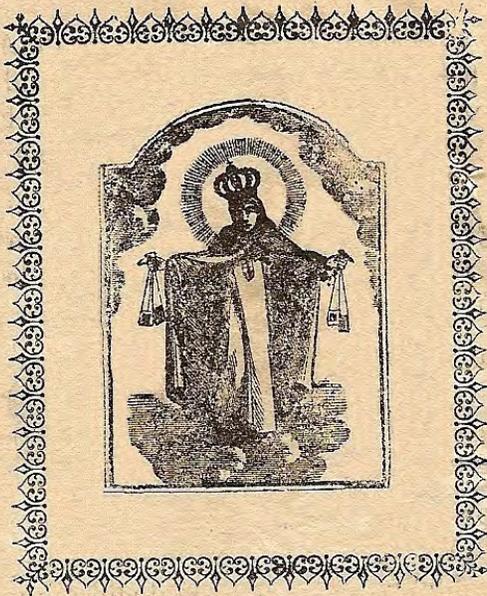
Viene el hijo del cine
sin saber que pasa allí,
pero le prohíben que pase a su casa,
señores, la Guardia Civil.

Dice el hijo a la madre
adiós madre de mi alma,
madre de mi corazón,
te vas al otro mundo sin verte
tanto como te quería yo.

Aquí dà fin este crimen
qué ha pasado en el Tomelloso,
el que no compre un papel
es que no sabe distinguir.

FIN

(Son datos tomados de un periódico de Madrid)



NUEVA Y LASTIMOSA RELACION

en la que se dá cuenta de los horrosos asesinatos cometidos por Ramón Pérez, en las personas de su padre Lamberto Pérez y su hermana Blasa, dándoles muerte en una casa de campo llamada Juanlengua, en el término de Garaballa en el día 20 de Octubre de 1902.



PRIMERA PARTE

A la Virgen soberana
Madre de Dios de Tejada,
le pido me dé valor
para que publicar pueda
los crímenes horrosos
que ha cometido una fiera
que parece, más que hombre
según sus hechos demuestran.

Pues según se expresará
en la provincia de Cuenca

hay un pueblo donde habita
Nuestra madre de Tejada.

Se llama Garaballa,
en su término se encuentra
una casa con su rento,
que es llamada la Juanlengua.

En esta casa vivía
una familia honrada,
era un padre y un hijo,
una sobrina y hermana.

El padre que se refiere
era de avanzada edad,
y al hijo los diez y siete
años le pueden contar.

Por mantener á sus hijos
este pobre desgraciado
pasaba la vida triste,
noches y días trabajando.

Se metió en una labor
que fiada la ha comprado,
como Dios le encaminaba
el pobre iba pagando.

Muchos deseos tenía
el viejo de trabajar,
por pagar lo que debía
y á sus hijos darles pan.

Un día en conversación
á sus hijos les decía:
gracias á Dios que he pagado
todo lo que yo debía.

Muy poco le aprovechó
á este pobre desgraciado,
porque su hijo Ramón
de su padre se ha burlado.

Una mañana temprano
el muchacho se marchó,
y del ganado que tenía
cuatro reses le vendió.

El se compró una escopeta
y sin saberlo su padre,
con los mozos del lugar
se divirtió aquella tarde.

Cuando la noche llegó,
les pidió pólvora y balas,
á cuatro de sus amigos,
y gustosos se las daban.

Algunos de Ayuntamiento
bien observándolo estaban
cuando cargó la escopeta,
y á su casa se marchaba.

A las doce de la noche
cuando á su casa llegó,
su padre desde la cama
estas palabras le habló:

—La cena que te han guardado
que está en la boca del horno
si algo te se ha enfriado
te la calientas un poco.

Después de cenar Ramón
en la cama se acostaba,
y le decía á su padre
que había vendido las cabras.

Y su padre le decía:
—¡hijo de mal corazón!
¿Porqué sin licencia mía
me haces esa traición?

—Este hijo tan travieso
no conoce la enseñanza
y en su desgraciado padre
quiere emplear la venganza.

Esperó que se durmiera
su padre, y se levantó
el criminal la escopeta
con sus manos cogió.

Se la puso en la frente
al momento disparó,
y la tapa de los sesos
á su padre le saltó.

Al mucho ruido que hizo
cuando el tiro disparaba,
su hermana despertó,
¿qué es lo que pasa en mi casa

con esta fiera feroz?

Encarándose con ella
otro tiro la soltó
y la bala que ha marrado
en la pared se clavó.

Una sobrina tenía
que le dió aquel fogonazo
y la pobre y triste niña,
cieguita se ha quedado.

La desgraciada hermana
en el cuarto se encerró,
sufriendo aquel sentimiento,
una hora trascurrió.

Con el silencio que había
la hermana se ha figurado
que se había marchado huyendo
ese criminal malvado.

Cuando se salió del cuarto
á su padre se abrazaba,
escondido la esperaba

El la cogió del brazo
y grandes golpes la daba,
con un hachuelo pequeño
las dos manos la cortaba.

También la cortó una pierna
aquél lobo carnicero,
cortándola la cabeza,
su hermana expiró al momento

Después de hacer esta hazaña
en la cocina se entró
media docena de huevos
el criminal se comió.

Al concluir de comer
los sesos recogió
de su padre y en la cabeza
con su mano colocó.

Á Carabaña se fué,
por aquellos matorrales
ladrones hay en mi casa
dijo á las Autoridades.

SEGUNDA PARTE

Algunos mozos del pueblo
vieron comprar la escopeta,
y por sospechas le amarran
de pies y manos sujetan,
conduciéndolo á la cárcel
para que con nadie se meta.

La autoridad se marchó
á recoger los cadáveres,
y se encuentran en la casa
una derrota muy grande.

A la niña recogieron.
este caso es de admirar,
le toman declaración,
y no pudo contestar.

Padre y madre de la niña.

amargamente lloraban
al ver á su amada hija
que ciega se la encontraban.

Parte á la guardia civil
las Autoridades daban,
la que al momento acudió
al pueblo de Caraballa.

Cinco días los cadáveres
de cuerpo presente estaban,
sin hacerles la autopsia
ni darles tierra sagrada.

Luego la Guardia civil
le toman declaración
ante todos los testigos
y el criminal lo negó.

Lo sacaron de la cárcel
y él muy contento y ufano
como si nada hubiera hecho
se iba fumando un cigarro.

No le podían sacar
al criminal la verdad,
y por más que le preguntan
él no quiere declarar.

En este tiempo su hermano
á la audiencia se llegaba,
y á la Guardia civil pide
licencia de su venganza,
contra su cruel hermano
que justicia al cielo clama,
que fué el cruel asesino
de su padre y de su hermana.

Le dió el cabo la licencia
para que lo castigara,
y muy soberbio y airado
le pegó una bofetada.

Por fin la autoridad
de esta manera probó,
el sacarlo de la cárcel
y con ella se marchó.

Hicieron una paella
y al criminal convidaron
donde estaban los cadáveres
y comió muy desaogado.

El sitio estaba vacío,
pues una silla faltaba,
pero encima del cadáver
de su padre se sentaba.

De ningún modo quería
el criminal declarar,
le hacían mil heregias,
siempre se encontraba igual.

Por fin á los cinco días,
cuando iban á enterrarlos
al ir hacerles la autopsia
él lo estaba presenciando.

En medio de una pareja
le pedía al Sr. Juez
un pedacito de pan,
para aquel hijo cruel.

Quiso que se lo mojaran
en la sangre de su padre
para que se lo comiera
¡esto es una cosa grave!

Muy pronto se lo comió
el criminal del suceso,
sin escrúpulo ninguno
¡oh que hijo tan perverso!

Por fin ya llegó la hora
de que el Señor se cansó,
le llevaron á Cañete
y el criminal declaró:

Yo fui aquel que maté
á mi padre y á mi hermana
y si libertad me dieran
mi familia rematará.

El Señor Juez le responde:
ya has concluido de hacer;
ahora falta la tuya
porque la mereces bien.

Hoy el día la sentencia
ya se puede aplicar
porque el 7 de Diciembre
fué ya el juicio oral.

Pena la vida le sale
y á cumplirla está ya
pues el día 20 de Enero
la vida le quitarán.

HOJA EXTRAORDINARIA



En la que se dá cuenta del horroroso crimen cometido por un joven de 19 años, en un cortijo de la provincia de Granada (Monte Fario) el día 1 de mayo de 1935.

Primera parte

¡El hombre más valeroso
por más ánimos que tenga;
este tan terrible crimen
a describirlo no aciertal

¡El corazón se estremece,
trabada queda la lengua,
el espíritu se encoje
y el corazón late y tiembla...

Para que sirva de ejemplo
darlo a conocer es fuerza,
¡Para que aprendan los padres
a educar a las mozuelas!

¡Para que la gente joven
en estos hechos aprenda,
y la que bella nació
sea sencilla y honesta,
y huya siempre del pecado
de ser libre y ser coqueta!

En un alegre cortijo
de la provincia de Granada

vivía Pedro el Serrano
con su bella hija Carmen,
un capullito de Mayo
una espléndida belleza
nacida en aquellos campos
como flor de primavera,
conocida en la comarca
por la «Bella Cortijera».

Tenía los ojos negros,
la boca pequeña y fresca,
y los dientes menuditos
como un engarce de perlas.

Su cuerpo es bello y gracioso
bellas redondeces muestra
y su conjunto un dechado
de gracias y de belleza.

Más si el cuerpo era bonito
no tenía el alma bella,
y tenía mil defectos
que afeaban a Carmela.

Era tonta y vanidosa,
era burlona y coqueta
gustaba tener novios
siempre por medias docenas.

Burlándose de los hombres
que esclavos de su belleza,
para conseguir su amor,
les exigía mil pruebas,
y luego les despedía
con poca delicadeza.

—Sabedor de aquellas mañas,
llegó un mozo de la sierra
a servir en el Cortijo
donde habitaba Carmela.

Un joven bueno y honrado
guapo, de buena presencia,
quien se enamoró muy pronto
de la bella Cortijera.

Pero callando su amor
guardó en su pecho la pena,
pues vió que entre ella y él
mediaba distancia inmensa:
él, solo un pobre criado,
y ella, guapa y con hacienda.

Pero la moza observando
que la quería a sabiendas,
jugó con él como gata
con una rata pequeña;
y viéndole un día solo,
le dijo de esta manera:

—Si tú Juanillo, quisieses
me contarías tus penas,
y tal vez algún consuelo
te daría pues soy buena.

Juanillo cayó en el lazo
y le contestó:—Carmela,
yo amo con el corazón,
a una moza poco seria,
y como mi amor es grande

no quiero que me suceda
lo que a muchos ser burlado,
por esa moza coqueta.

—Pues bien, dijo la moza,
yo no he querido de veras
hasta que te he conocido;
y si tú, Juan, me quisieras,
sería feliz contigo.

Juanillo, de buena cuenta,
creyó cuanto ella le dijo,
de alegría se llena,
y juramentos se hicieron
de ser su pasión eterna,
de ser fieles a su amor,
de consagrarlo a la iglesia;
y al ponerse en relaciones,
dijo Juanillo a Carmela:

—¡El más feliz de los hombres
seré yo, si tú eres buena;
más si te burlas de mí
la venganza será cierta!

Que mi amor es puro y grande
y mis intenciones buenas,
y si algún día me faltas,
yo sabré lavar la afrenta.

—Pierde cuidado Juanillo,
le dijo la cortijera,
que yo, sólo a tí te quiero
porque me gustas de veras.

.....
Y entre palabras dulces
y suspiros y promesas,
comenzaron los coloquios
de Juanillo y la Carmela.

.....
Y aquí termina, señores,
esta parte la primera,
y el que lea la segunda
sabrà la horrible tragedia.

Fin de la primera parte

SEGUNDA PARTE

Comenzaron los amores
del mozo y la Cortijera
con ardorosa pasión
al parecer muy sincera.

Y aunque Juanillo observó
la conducta de Carmela
no vió nada sospechoso,
y enamorado de veras
se fué confiando el mozo
loco de amor por su prenda.

Pero Dios que hace las cosas
y así quiere que sucedan,
preparó a Juan un viaje
con ganado a la feria
y con palabras de miel
se despidió de Carmela
lo menos por ocho días
que tardaría en su vuelta.

Y él, con vivo sentimiento
y ella mostrando gran pena,
se despidieron los novios
jurándose mil promesas.

Tuvo Juanillo un olvido
dejándose la cartera
con el dinero, que el amo
le entregó para la feria.

Y a dos leguas del cortijo
siendo la noche serena,
se dijo:—Voy cayándito
y pues que tengo una llave
puedo abrir sin que me sienta
y recoger el dinero
y saludar a Carmela
y camino del cortijo
se puso Juan con presteza.

¡Todo estaba silencioso
en el cielo y en la tierra!
¡Todo dormía y callaba,
noche tranquila y serena!

Llegó Juanillo al cortijo
sin que nadie lo sintiera,
y quedándose descalzo
sigiloso abrió la puerta.

Y vió una luz en un aposento
que servía de bodega,
y que tenía ventana
al corral y estaba abierta.

Se aproximó silencioso
sin presumir lo que fuera
y lo que vió, pobre mozo,
causa dolor, pena y miedo.

Vió en brazos de otro hombre
a su amor, a su Carmela,
que con caricias vehementes
infiel, lúbrica y obscena,
le decía al nuevo amante:

—«Mi vida no tengas penas
seré tuya siempre, siempre,
que aunque tú casado seas,
yo pronto voy a casarme
con Juanillo, ese babeiaca
que es tonto de capirote,
no sabe lo que se pesca,
y el pobre tan ignorante,
servirá de tapadera.»

Lívido, congestionado,
por el dolor y la afrenta
penetró en el aposento
amarillo cual la cera.

Y poniéndose delante
de la liviana pareja
que se quedaron helados
por el miedo y la sorpresa,
le dijo al rival:—¡Amigo,
ahí va mi mano... no temas
que no te haré daño alguno
aunque matarte debiera!

¡Tú eres hombre buscas goces
y feliz que los encuentras!
Pero esta mala mujer,
engañadora y perversa,
va a llevar su merecido;
así, pues, amigo ahueca.

Y cogiéndole del brazo
le puso en la misma puerta,
y el rival salió corriendo

con más frío que vergüenza.

Después sacó del bolsillo
la navaja albaceteña
y agarrándola del cabello
a la guapa cortijera,
le dijo:— ¡Vas a morir,
pues con mi amor no se juega!

Y rápido, enfurecido,
bufando como una fiera
hunde el acero cien veces
en el cuerpo de Carmela
hasta que bañada en sangre
exánime la contempla.

Después con un calabuezo
todos sus miembros siega,
separándola del tronco
piernas, brazos y cabeza.

Y en vértigos de locura
con unas grandes tijeras,
la pica en pequeños trozos
que caen una artesa.

Y cuando despedazada
ve toda la carne aquella,
saca la artesa al corral,
silba de cierta manera
y dos perrazos enormes
silenciosos se presentan
husmeando con deleite
ante la carne sangrienta
y más que comer devoran
con apetito de fieras.

En esto Pedro el Serrano,
que era el padre de Carmela,
ignorando lo que pasa
en el corral se presenta
y con marcado estupor
se da cuenta de la escena,
al ver rodando en el suelo
de su hija la cabeza.

Y con sorpresa y dolor
de asesino le moteja,

y se marcha presuroso
para buscar la escopeta;
pero Juan joven y fuerte
le detiene con presteza,
y remata al pobre viejo
de un hachazo en la cabeza.

Después agarra del pelo
la cabeza de Carmela
y llorando como un niño,
largamente la contempla,
y besándola mil veces
con amorosa presencia,
le decía entre sollozos
y entre suspiros de pena:

— ¡Tú fuiste mi único amor,
tú fuiste, bella Carmela
la que despertó en mi pecho
una pasión tan funesta!

¡Tú fuiste, Carmela mía,
la que cruel y perversa
me mentiste tu cariño,
me fingiste tus promesas,
y faltaste cruelmente
porque eres muy mala hembra.

¡Juré había de matarte,
y he cumplido mi promesa!

¡Que esto sirva como ejemplo
a las mujeres coquetas!

Los pastores y gañanes
que había en aquellas tierras
vieron colgado de un árbol
a Juanillo el de la Sierra,
que después de su venganza
muerto de amor y de pena
se ahorcó con su misma faja
en una encina corpulenta.

¡Que aprendan todos y todas
de estas terribles escenas
los perjuicios que nos trae
la mujer mala y coqueta!

FIN

La GUTENBERG.—Tarancón

EL CRIMEN DE UN PADRE

PRIMERA PARTE

Atención pido señores
un momento por favor
que ahora les voy a explicar
un suceso de dolor.

En la provincia de Burgos
hay un pueblo que se llama
Espinosa de los Monteros
nombrado por toda España.

Muy cerca de esta ciudad
y en una aldea cercana
en muy buena posición
un matrimonio habitaba.

El cual tenía dos niñas
hermosas como azucenas
la mayor se llama Julia
y la más pequeña Elena.

La madre de aquellas niñas
era buena, era una santa
y con amor maternal
a sus hijas adoraba.

Pero en cambio su marido
era de malas entrañas
y a su esposa y a sus hijas
muy malos tratos les daba.

Así fué pasando el tiempo
hasta que al fin conoció
a una mujer de aquel pueblo
y de ella se enamoró.

Era una mujer mundana
sin alma ni corazón
y aquel padre sin conciencia
de ella ciego se prendó.

Y desde aquel triste día
este hombre sin corazón
a su esposa y sus hijas
cruelmente maltrató.

Pero pasado algún tiempo
la pobre madre enfermaba
debido a los malos tratos
que aquel infame le daba.

Y al sentir fallecer
esta madre desgraciada
transida por el dolor
amargamente lloraba.

Y abrazando a sus hijas
de esta manera exclamaba
que desgraciaditas nacisteis
hijitas de mis entrañas.

Y que solitas Dios dejó
hijas de mi corazón
en el mundo huerfanitas
sin amparo y sin amor.

Y diciendo estas palabra
a sus hijitas besó
y ahogada por la pena
en sus brazos expiró.

Adios madre de mi alma
las pobres niñas exclamaban
que solitas nos dejaste
en el mundo desgraciadas.

Y entrando en la habitación
aquel padre sin entrañas
a las pobrecitas niñas
de su madre separada.

SEGUNDA PARTE

Al cabo de algunos días
el infame se marcha
a casa de su querida
y de esta forma le habla.

Ya sabes que estamos libres
que es lo que yo deseaba
y ya podemos casarnos
antes hoy que no mañana.

Pues eso no puede ser
le replicó la malvada
pues sabes que entre los dos
una barrera se alza.

Y entre nosotros todo
desde ahora ha terminado
mientras vivan tus hijas
no podemos ser casados.

Ya se que tú a mí me quieres
como yo te quiero a tí
pero tus hijitas me estorban
y nunca seré feliz.

Tú por eso no te apures
le contestó aquel infame
a mis hijas yo me encargo
de quitarlas de delante.

Y ya libre de las niñas
nos vamos al extranjero
y allí felices los dos
nos casamos al momento.

Ya muy entrada la noche
aquel padre sin entrañas
se marchó para su casa
con intenciones malvadas.

Y cogiendo un gran cuchillo
que se hallaba en la cocina
penetró en la habitación
donde descansaban las niñas.

Y aquel padre criminal
sin alma ni corazón
a sus inocentes hijas
vilmente asesinó.

En su última agonía
la niña mayor exclama
porque nos quitas la vida
papaíto de mi alma.

Sin escuchar los lamentos
de las pobrecitas niñas

aquel corazón de hiena
allí las dejó sin vida.

Y muy tranquilo y sereno
hacia la huerta marchó
como si nada pasara
allí un hoyo cavó.

Y antes que saliera el día
a las dos niñas cogió
con toda tranquilidad
en el hoyo las metió.

Pero pasados unos días
los vecinos más cercanos
al no ver salir las niñas
de pronto le preguntaron

Que donde estaban las niñas
y el criminal contestó
que una pariente lejana
ayer tarde se las llevó.

Sospechando los vecinos
que aquello no era cierto
a dar parte a la justicia
se dirigen al momento.

Pronto las autoridades
registraron la casa
pero por más que buscaron
allí no encontraron nada.

Pero al pasar por la huerta
un vecino se fijó
que había tierra movida
y de pronto contestó.

Aquí hay tierra movida
hay que cavarla en seguida
y al poco tiempo encontraron
los cadáveres de las niñas.

Al ver aquel triste cuadro
atónitos se quedaron
sin poder hablar palabra
lentos de horror y de espanto.

Pronto las autoridades
detienen aquel malvado
y los vecinos pedían
que debiera ser ahorcado.

Y aquí termina la historia
de este caso criminal
que ha causado sensación
en toda la vecidad.

FIN



Papel nuevo

donde se manifiestan los horrorosos asesinatos y heregias
que ha ejecutado un hijo desesperado con sus desgracia-
dos padres y hermanos, y el fin que ha tenido por querer
manchar el honor de su hermana, el día 4 de Enero de
este presente año 1891

Sagrada Virgen del Carmen
Madre de Dios Soberana
con tu poder infinito
dame tu divina gracia
para referir un caso
que atemoriza y espanta.

Atención padres y madres,
á lo que mi lengua habla,
para que sirva de ejemplo
á toda persona humana.

En el pueblo de Barbastro,
muy nombrado en toda España,
habitaba un matrimonio
personas nobles y honradas.

Al varón llaman D. Carlos,
su esposa es Carmen Miranda.

Tenía cuatro de familia

los que muy bien educaban
eran tres hijos varones
y una hembra en su compañía.

Al mayor de los tres hijos
que Pedro Lafuente se llama
al cumplir los quince años
Pedro Lafuente Miranda
sus padres ya dispusieron
á ponerlo á que estudiara.

A un colegio á Zaragoza
su padre al niño llevaba
poniéndole un pupilaje
de dos pesetas diarias.

Llevaba cinco años de estudio
y poco le aprovechaban,
en juegos y diversiones
todo el tiempo malgastaba

ni respetaba a sus padres
de consejos que le daban,
su madre le respondía
puesta en cruz y arrodillada.

«Hijo de mi corazón
deja las malas compañías
ten obediencia á tus padres
que no les respetas nada
y apártate de los vicios.»

Y á su madre contestaba:
yo he de seguir con mi empeño,
para el Casino se marcha
donde encontró á sus amigos
y les dijo estas palabras:

Señores, ¿estáis dispuestos
para jugar á la banca?
Dispuestos estamos todos
contestaron en voz alta.

Se sentaron á la mesa
y el juego continuaba,
se miran unos á otros
y estas palabras hablaban:

concluye
y en el suelo gateaba
blasfemando a Dios del cielo
y á su Madre Soberana.

A las doce de la noche
¡oh qué hora tan menguada
se le concluye el dinero!
Pedro Lafuente Miranda
les dice á sus compañeros:
mi alma está condenada
y en aquel mismo momento
para su casa marchaba.

De pronto abrió la puerta
sin que nadie lo notara,
y en su casa se presenta
llego de soberbia y rabia.

De pronto encendió una luz
y á la habitación se marcha
de sus padres y les dice,
dos mil reales me hacen falta
para seguir en el juego
y mis amigos aguardan.

Y su padre le contesta:
infame, ¿qué es lo que hablas?

retírate de mi vista,
si no quieres perder mi casa.

Aquella fiera indomable
sin reflexionar en nada,
con un puñal en la mano
á su padre se arrojaba,
y con valor atrevido
le ha dado tres puñaladas
tan fuertes y tan profundas
que sin vida le dejaba.

Sagrada Virgen del Carmen
defensora de estas causas,
castigar á este perverso
que ha ejecutado esta infamia.

Al momento que la madre
difunto á su esposo halla,
se levanta algo aturdida
y á su hijo así le habla:
¡ah, traidor desesperado!
¿por qué á tu padre maltratas
que es el que te ha dado el ser
y con la muerte le pagas?

Este hombre desatinado
sin reflexionar en nada,
á su desgraciada madre
estas palabras la habla:
vais á morir esta noche
los que encuentre en esta casa.

Y como lobo sangriento
á su madre se arrojaba,
y sobre el costado izquierdo
la dió siete puñaladas.

El grito que dió la madre
resonó en toda la casa,
sus hermanos despertaron
y tirándose de la cama
para el cuarto se dirigen
donde sus padres se hallaban,
mas al entrar por la puerta
y al ver tan grandes desgracias
estos niños inocentes
atribulados quedaban.

Al ver dentro á sus hermanos
un puñal desenvainaba,
y como una fiera atrevido
á los dos los degollaba.

Segunda parte

Dejando á los cuatro muertos
á otra habitación se marcha,
donde su hermana dormía
y en amorosas palabras
y con semblante risueño
la dijo al despertarla
si tu quisieras hacer
el acto carnal hermana.

En altas voces decía
esta infeliz desgraciada:
ampararme padre y madre
en esta hora menguada.

Como dos horas estuvo
luchando con su hermana,
este hombre desesperado

por ver si puede gozarla.
La jóven se defendía
y él no conseguía nada.

Se marcha por un cordel
para ver de maniatarla,
entre tanto aquella jóven
se ha tirado de la cama,
y clamaba muy de veras
á esta imagen Soberana.

Sagrada Virgen del Carmen
auxíliame con tu gracia,
sácame de este peligro
con vuestra mano sagrada.

Apenas aquesto dijo
la Virgen se presentaba,
llena de iluminación
se encontró donde se hallaba.

Al ver tan grande prodigio
de esta Virgen Soberana,

la niña en aquel momento
se dirigió á la ventana
y abriendo con ligereza
por la misma se arrojaba,
huyendo del enemigo
y á dar parte se marchaba

El Alcalde que presencia
lo que la jóven declara
mandó llamar á la Junta
y dos parejas de guardias;
á la casa se dirigen
no contestan cuando llaman,
y en el momento disponen
abajo la puerta echaran.

Principian á registrar

en un cuarto han encontrado
al padre y madre difuntos
y á dos niños degollados.

Al ver tan grande herigía
todos quedaron turbados.

Al momento lo prendieron
declaración le tomaban,
lo llevan á un calabozo
y de cadenas lo cargan.

Ya llega el día siguiente
del calabozo lo sacan
y al Juzgado lo presentan;
declaración le tomaban.

El señor Juez le pregunta:
diga V. cómo se llama,
y él contestó en el momento,
Pedro Lafuente Miranda.

¿Cómo has tenido valor
para ejecutar la infamia

de darles muerte á tus padres
á fuerza de puñaladas,
y también á tus hermanos
y á los dos los degollabas?

¡Oh, que hombre tan taimado
sin corazón y sin alma!
pues también quiso gozar
á su desgraciada hermana.

Demudado de color
en altas voces exclama:
yo le dí muerte á mis padres
sin ser culpables de nada.

El señor Juez enterado
de lo que aquel declaraba,
causa le forman al punto
y le vuelven donde estaba.

A los diez días siguientes
de la prisión le sacaban
le leían la sentencia
que en vil garrote espirára.

Le meten en la capilla
y á los tres días le sacan,
dispuso la autoridad
que en un burro lo montáran
lo paseasen por las calles
con las cajas destempladas
y un pregonero delante
que su culpa publicára.

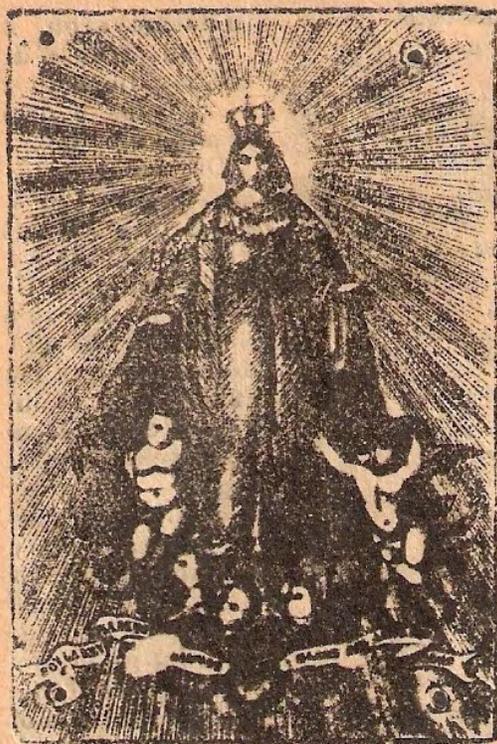
Llega por fin al patíbulo

y en la silla se sentaba,
dice que hablar quiere un poco
y el verdugo se apartaba,
principia de esta manera
Pedro Lafuente Miranda:

«Atención padres y madres
lo que mi lengua declara»
yo me veo en un patíbulo
por no respetar en nada
á mis desgraciados padres
de consejos que me daban;
y desde una pequeña edad
me dieron buena crianza,
me pusieron en estudios
que poco me aprovechaba,
pues en juegos y diversión
todo el tiempo malgastaba;
se pasaban muchos días
que los libros no miraba.

Así, padres de familia
oid atentos mis palabras:
educar bien vuestros hijos
y evitar malas compañías
para no llegar á verse
en una pública plaza,
y mirar cómo se vé
Pedro Lafuente Miranda,
y á hora á todos pido
rueguen á Dios por su alma.

Toledo: Imp. de Ramirez



LA NIÑA PERDIDA Y LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Nuevo y verdadero romance en el que se declara la pérdida de una niña de tres años de edad, en la romería de la Virgen de la Esperanza, valle de la Almena, provincia de Asturias y habiendo transcurrido 17 años vino a encontrarla un hermano suyo en Ultramar, en las montañas, y la trajo en clase de novia, sin conocerse, llegando a casa de sus padres el 15 de Abril de este presente año.

Primera parte.

En el valle de la Almena
se celebra una función,
en una ermita que llaman
de la Esperanza de Dios.
El día quince de Abril,
con muy grande devoción,
el señor Fernando Sánchez,
con la esposa de su amor,
llevando a su hija Gertrudis
y a su hijo Ramón;
la niña tiene tres años,
es más hermosa que un sol.
Cuando salieron de Misa,
después de la procesión,

Ramón, como mayorcito,
de la niña se encargó.
A las cuatro de la tarde,
sin saber por que ocasión,
principió a correr la gente
huyendo sin detención.
Acudió Ramón entonces
pero la Gertrudis no.
—¿Dónde has dejado a la niña?
su madre le preguntó.
—La niña se me ha perdido
cuando la gente corrió,
creí que me atropellaban,
por eso me vine yo.

Los padres que oyeron esto,
sin aguardar mas razones,
cada uno por su lado
preguntan en alta voz:

¿Quién da razón de una niña
que hace poco se perdió?

Nadie les daba noticias,
y apenas obscureció
todos se van a sus casas;
sólo ellos y Ramón,
se recogen en la ermita,
ante la madre de Dios.

Prostrados de rodillas
le piden con devoción,
que les depare su hija
que hoy mismo se les perdió.

Ya se fueron a su casa
y luego sin detención,
dieron parte a la justicia,
y al punto determinó
que al otro día siguiente,
con la mayor precaución,
se registre todo el valle;
la niña, no apareció.

Dejaremos a sus padres,
que llorando en su aflicción,
sólo encomiendan su hija,
a la esperanza de Dios.

Transcurrieron doce años,
sufrió la quinta Ramón,
dónde cayó por soldado
sin tener mas redención.

Se despidió de sus padres
con lágrimas de dolor,
y abrazándole le dicen:

—¡Ah, hijo del corazón,
que bien solito nos dejas
llenos de pena y dolor!
Si caemos en la cama.

¿a quién pedimos favor?

El hijo les responde:

—Padres de mi corazón,
no podemos remediarlo,
mi suerte lo permitió.

Pero no desconfiéis,
tened esperanza en Dios,
y la Virgen Soberana,
Madre de consolación.

Al oír esto los padres
se les parte el corazón,
y sin poder resistirlo

se desmayaron los dos.

Y suspirando decía
con lágrimas de dolor:

¡Adiós padres de mi vida,
echadme la bendición!

Dejaremos a los padres
en aflicción tan amarga,
y sigamos a Ramón
que se marcha a la campaña.

Le tocó para Ultramar,
y al momento se embarcaba;
llegó a la isla de Cuba
dónde sujeto a las armas
estuvo mas de cuatro años
recorriendo las montañas,
en busca del enemigo,
según orden que le daban.

Cumpliendo ya su servicio
de día en día esperaba,
tomar licencia absoluta
para volver a su Patria.

¡Oh, Virgen de la Esperanza,
aquí mi pluma se para!

Un día salió Ramón
a recorrer las montañas
en busca del enemigo,
según orden que le daban.

Camina muy bien armado;
ya que llega a la montaña,
un indio se le presenta
y le dice estas palabras:

—¿Dime, valiente español,
quieres comprarme una blanca
que sólo tiene veinte años?
Hoy mismo me la encontrara.

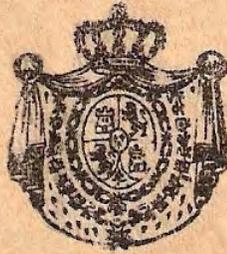
Al pie de un gran caballero
la niña llorando estaba;
me dijo quien es su padre,
y que muerto a puñaladas
por manos de unos ladrones,
que a ella la dejaban,
porque me vieron a mí
y al momento se fugaban.

—¿Dónde la tienes, buen indio?

—Recogida en mi cabaña,
si la queréis ver, venid,
que bien sé que os agrada.

Dijole Ramón entonces:
—Vamos a ver a la blanca:
como sea de mi gusto,
no recelaré comprarla.

Fin de la primera parte



SEGUNDA PARTE

Ya llegaron a la choza;
apenas en ella entraban,
encontraron a la joven
en el suelo desmayada.

La echaron agua en el rostro,
y algún tanto mejorada,
apenas vió al militar,
de esta manera le hablaba:

Compadeceros, señor,
de esta joven desgraciada,
que hoy mismo perdió su padre,
que fué muerto a puñaladas.

— Decid, niña, vuestro nombre.

— A mi Florentina me llaman,
una servidora vuestra,
Ordóñez me apellidaban.

Mi padre era don Jacinto;
su naturaleza, Italia,
amigo de correr mundo,
nunca paraba en su Patria.

Veníamos de Inglaterra
dirigidos para España,
a cumplir una promesa
a una imagen que se llama
de la Esperanza de Dios,
según mi padre contaba,
en el valle de la Almena
un santuario se hallaba.

Respondió Ramón entonces:

— ¡Oh, Reina tan soberana!
Esa es mi Patria querida,
donde mis padres estaban.

¿Os queréis venir conmigo?
Os llevaré hasta mi casa,
que aunque mis padres son pobres
no os ha de faltar nada.

Muchas gracias, caballero:
siempre que yo viva honrada
hasta el fin del mundo iré,
gozando de vuestra compañía.

Preguntó Ramón al indio:

— ¿Cuánto quieres por la dama?

— Es digna de compasión,
para mí no quiero nada;

sólo que miréis por ella
y tratadla como a hermana.

Alegres llegan a Cuba,
dejándola en una casa
de mucho honor, que Ramón,
a menudo frecuentaba.

No pasaron muchos días
cuando Ramón alcanzaba
ya su licencia absoluta
y embarcaron para España.

Prosiguen su embarcación,
y ya que a tierra saltaban,
en un tren de viajeros
muy pronto se presentaban
en la casa de Ramón,
donde sus padres le abrazan;
los parientes y vecinos,
sólo a Ramón saludaban.

A la triste Florentina
nadie la decía nada;
principió a decir entonces,
al hallarse en tierra extraña,
y la muerte de su padre,
en altas voces exclama:

— ¡Padre de mi corazón!
¡Qué hija tan desgraciada
dejaste sola en el mundo!
¡Cuánto mejor estimara
cuando te dieron la muerte,
que a mí también me mataran!

Apenas la oyó Ramón,
con amor la consolaba:

— Calla, querida, no llores,
que yo estoy en tu compañía;
primero pierdo la vida,
que quedes desamparada.

Y los padres de Ramón
a su hijo preguntaban:

— Dinos, ¿qué señora es esa?
Y Ramón les contestaba:

— Madre mía, esta es mi novia,
la traigo de tierra extraña,

Dejémosla descansar,
y a otro día, de mañana,

caminan al santuario.

Apenas en él entraban
todos hacen oración,
a la Virgen soberana
porque les trajo a Ramón
sin gravedad a su casa.

Saliéronse para fuera
cuando un caballero entraba,
el que viendo a Florentina
tiernamente la abrazaba,
diciendo: — Hija querida,
esta Virgen coronada
quiso que viniera a verte
y aquí mismo te encontrará.

Sitio en donde te llevé,
dieciséis años pasaron,
y vengo a restituirte
a los padres de tu alma.

Y Florentina le dice:
— Pero padre de mi alma,
¿habéndole visto muerto
cómo es que resucitara?

Y don Jacinto responde:
— La Virgen de la Esperanza
quiso que yo no muriese
de las fuertes puñaladas
que los ladrones me dieron
allá, en aquellas montañas,

A cuba fui; me curaron,
y cuando a ti te buscaba,
me dijeron que una joven
que Florentina llamaban,
con un joven licenciado
se embarcaron para España.

He cumplido la promesa;
ahora sólo falta
referirte la historia
de la tu vida pasada.

Hace dieciséis años,
que por aquí yo pasaba,
cuando la gente corría
no sé por qué circunstancia.

A ti, te encontré llorando,
solita y muy asustada;
te pregunté por tu nombre;
dijiste que te llamabas
Gertudis, y que tu padre,
Fernando Sánchez estaba
con tu madre Rafaela
y que Ramón te acompaña.

Viendo tú gran hermosura
y la explicación tan clara,

quise buscar a tus padres;
pero luego me acordaba,
que mejor era llevarte
para criarte en Italia,

Otra seña te daré;
cuando te desnudabas,
te he visto una cicatriz
en medio de las espaldas,
Te puse el nombre de Flora,
y por Flora contestabas.
Si en algo te he ofendido,
pide si me perdonabas.

Mañana hago testamento
por si la muerte me llama
tú, mi única heredera,
pues en el Banco de España
tengo cuarenta mil duros,
y otros tantos en Italia.

Los padres que aquesto oyeron
ambos a dos se abalanzan
para abrazar a su hija;
sólo Ramón se quedaba
inmóvil, de tal manera,
que parecía una estatua.

Abrazados a su hija,
su padre y su madre estaban,
cuando la madre cayó
en el suelo desmayada.

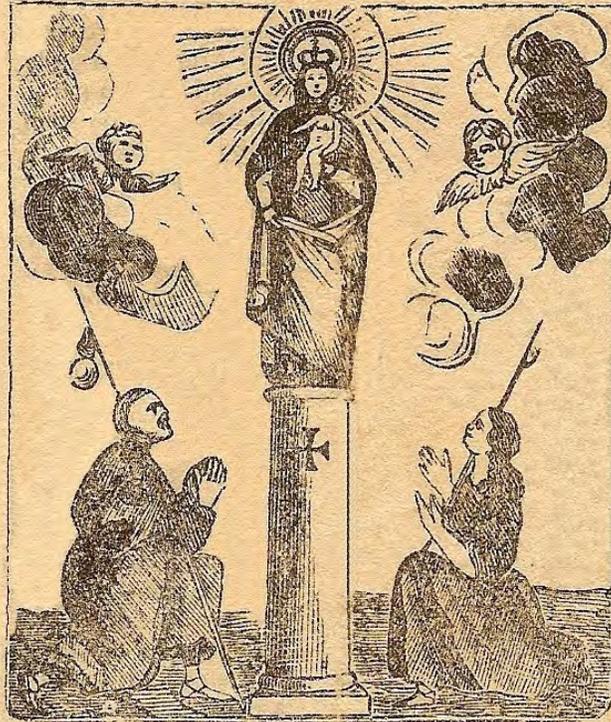
Y después de vuelta en sí,
en altas voces exclama:

— Hija de mi corazón,
nacida de mis entrañas,
no creí volverte a ver,
más la Virgen soberana
al cabo de tanto tiempo,
volvió a traerte a mi casa.

Ahora vamos a Ramón,
quien abrazando a su hermana,
en altas voces decía:

— ¡Viva mi querida Patria!
¡Viva mi padre y mi madre!
¡Viva mi suerte afamada,
que por traer a mi novia,
traigo mi querida hermana!
¡Viva don Jacinto Ordóñez!
¡Viva la Virgen sagrada!
¡Viva la noble justicia!
¡Viva la paz en España!
¡Viva todo el auditorio!

Y no perder la esperanza,
pues hay un refrán que dice:
«Quien a Dios busca, a Dios halla.»



El descubrimiento de la villa de Mestanza de Aragón y el milagro que ha obrado Ntra. Señora del Pilar.

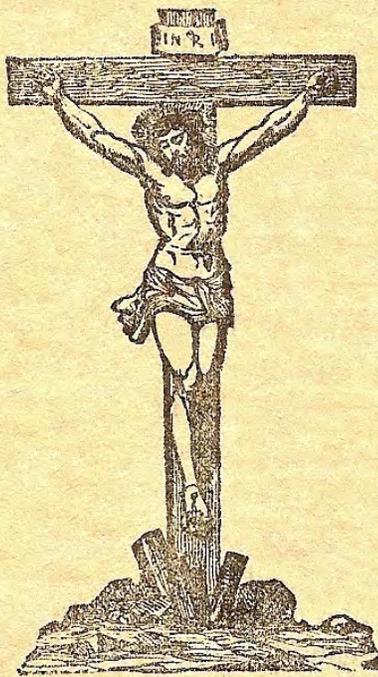
Qué dolor Dios soberano
 qué pena Virgen sagrada,
 es reflexionar despacio,
 lo que en estos tiempos pasa;
 dad santo Dios á mi pluma,
 la serenidad y calma,
 bastante para explicar
 lo sucedido en Mestanza
 de Febrero el veintidos,
 Alfonso Ardero estaba
 hacendado labrador
 viviendo con una hermana,
 y dos hijos de familia
 que casados se encontraban
 viéndose Ardero rico,
 con crédito y fama,
 dispuso dar á los hijos
 sus bienes en hora mala.
 Hicieron sus particiones
 de cuanto vieron en casa
 conviniéndose en cuidar
 a su padre por semanas
 viviendo así sosegados

en la paternal compañía,
 y Ardero satisfecho
 en vida tan descansada
 al culto se dedicó,
 de la Virgen soberana
 del Pilar que en Zaragoza,
 á los cristianos ampara
 pero Satanás malvado
 que no duerme ni descansa
 a los hijos los indujo,
 á que su padre mataran
 y ambos tan obcecados,
 por pasión tan inhumana,
 en ejecución intentan
 poner barbaridad tanta
 al cuarto donde durmiendo
 su padre infeliz estaba
 se dirigen con cordeles,
 atando sus manos santas
 le obligan á levantarse
 á que por delante vaya;
 la noche está silenciosa,
 y la luna plateada

las torres iluminadas
de la villa de Mestanza,
salen de ella á un bosque
distante una legua larga
los fieros hijos al padre,
alto le mandan que haga.
Al momento en una piedra
afilando la navaja,
le dicen que rece el credo,
pues que cansados estaban
de suministrar comida
á quien no sabe ganarla.
El pobre padre admirado
de oír tales palabras
de turbación y de susto
estremecido se espanta,
y cayendo de rodillas
sin saber lo que le pasa,
á la Virgen del Pilar,
así de este modo habla;
bien sabeis madre amorosa
cual es vos mi esperaza,
mirad señora el peligro
en que mi vida se halla;
y no me desampareis
en la ocasión desastrada
en que me veis sumergido
en mar de amargura tanta
que castigues de suplico
á esta perversa canalla,
que sin miramiento á Dios
matar á su padre tratan,
dijo y al punto salieron
del bosque dos alimañas
que cojieron á los hijos
de su maldita garganta,
al mirarle en tal estado
reconociendo su falta,
perdon al padre le piden
y perdón al padre claman
diciendo piadosa mira
padre querido del alma,
á estos hijos desgraciados
pedazos de tus entrañas
á quienes tan tiernamente
abrazos no ha mucho dabas,
cayose Ardero al suelo
y con voz muy apagada

y lágrimas en los ojos
del pecho una estampa saca,
diciendo madre querida,
del Aragón abogada,
á mis hijos yo perdono,
en esta ocasión sus faltas
que prometo hallará,
escarmiento su desgracia;
apenas esto hubo dicho
un resplandor se levanta
y creyeron haber visto
á la Virgen soberana,
pronunciando su perdón
é indultándoles su falta.
Ciertamente así sucede,
y que las fieras se marchan
y se quedan los tres solos
en amorosa compañía,
dando los hijos abrazos
y los hijos se abalanzan
y llorando arrepentidos
de esta manera le hablan:
Dadaos nuestra bendición
que sin volver á Mestanza
descalzos á roma iremos
á pedir perdón al Papa.
Disponed de nuestra hacienda
y de cuanto hallais en casa
de la manera que á vos,
la caridad os persuada,
mirad por vuestras mujeres
no estén de culpa manchadas
en el bárbaro delito,
al cielo pide venganza
y adios repiten adios,
padre querido del alma;
despidiéndose muy conformes
resignados hacia Italia
en demanda de perdón,
solo reserbado el Papa,
en este caso horroroso.
Y vos Virgen soberana
guárdalos por el camino
del diablo y sus hazañas,
supuesto que arrepentidos,
parten con intención santa
de volver purificados
de tan horrorosa falta

Imprenta de Sucesores de J. M. Ruiz-Morote



NUEVO ROMANCE

*que da cuenta de los milagros que recientemente ha obrado nuestra Señora
de los Dolores y su divino hijo*

La Virgen de los Dolores
y su hijo soberano
han salido dando ejemplo
á todo el género umano.

El 17 de Abril
de este presente año
en la provincia de Murcia
en un pueblo que es llamado
la villa de Orihuela
que es por todas partes nombrada,
fueron a pedir dos pobres
á una casa de campo
si podian recojerles;
y así que asiento tomaron
les preguntó el labrador:
¿de qué tierra ó de qué patria?

los pobres le contestarón:
somos de tierra de Egipto
pero no somos gitanos;
somos dos pelegrinos
que vamos pelegrinando,
esta és mi madre querida
yo soy su hijo amado.

A esto ponen la mesa
el ama les ha brindado
que se hacerquen á la mesa,
los pobres le han contestado:
no podemos comer en mesa
ni lo permite mi estado;
cenen y no se molesten
y no sean porfiados.

Concluyeron de comer

y así que gracias han dado,
el ama porque descasen
de esta suerte les ha hablado:
se vengan á acostar
porque vandrán muy cansados.

El amo tomó el candil
y al pajar los ha llevado,
así que estuvieron dentro
y vieron tan grande establo
dieron gracias al cielo
pero fué disimulado
por no sér mas conocidos;
y así que se acomodaron
hecharon la bendición
y las buenas noches dando.

El amo se retiró
toda la noche pensando
quien serían estos pobres
con tanto placer y agrado;
en cuanto que amaneciera
ellos serian preguntados,
que dijeran la verdad
para quedar enterados.

Apenas amaneció
al pajar ha caminado
y abriendo las puertas vé
que los pobres se han marchado
y que allí tan solo abía
un resplandor muy estraño
y un olor que transcendia el establo;
en la cama que han dormido
una carta se han dejado:
Todo el que sea cristiano
de la ley de Jesucristo
y que rezase el rosario
oiga misa y confesase,
que viva descansado,
porque el dia que muera
alli me tendrá á su lado
á pagar el beneficio

que en este mundo me han hecho,
y con el Rey de los cielos
allí tendrán su descanso.

Aquí empieza este ejemplo,
que todos los depravados
que no creen que hay un Dios
y viven desenfrenados
robando los pasajeros
á muchos de ellos matando,
saqueando las iglesias
maldiciendo y murmurando
del caliz y otras alhajas
donde yo fuí consagrado;
no temen que hay un infierno
y que han de ser sepultados
en el centro de la tierra
y comidos de gusanos.

La Virgen de los Dolores
viendo su hijo irritado
por nosotros pecadores
esta súplica ha empezado.

Hijo de mi corazón
mira por los nueve meses
que te llevé con agrado
en mi vientre virginal
por redimir los pecados;
por la leche que mamastes
de estos pechos soberanos
que detengas el castigo
que ya tienes decretado.

No te empeñes madre amada
voy á confundir al mundo;
uracanes, terremotos,
mucho fuego de los astros
en este presente año
muchas desgracias contamos;
con guerras, sequedades,
langostas y otros contagios.

Todo esto son castigos
que Dios nos está mandando

por esa mala crianza
que á los hijos le estan dando.

A los padres de familia
mayormente les encargo
que doctrinen á sus hijos
y que esten bien educados,
que los niños de hoy en día
con muchísimo descaro
ni tienen temor al cielo
ni respetan al anciano,
y le vuelven las espaldas,
á un Dios que está consagrado.

A la hermienda pecadores
y no vivir descuidados
que la fin del mundo viene
á todo el orbe abrasando

si no fuera por los niños
que hoy se hallan sin pecados
y por su madre amorosa
que allí la tiene á su lado
por la luz del firmamento
les hubiera rematado,
luna, sol y las estrellas
todo se hubiera apagado
y estuviera todo el mundo
sin luz atemorizado,
que queremos esperar
teniendo á Dios irritado:
conque asi amados hermanos
llevar consigo el retrato
de la virgen de los Dolores
y Jesús sacramentado



NUEVO EJEMPLAR
en donde se declaran las
desgracias ocasionadas
en el pueblo de Vista-



Hermosa. (Provincia de
Caneria) por una tormen-
ta en el día 27 de Julio
de 1905.

Promesas que ha hecho un caballero á la
SAGRADA VIRGEN DEL CARMEN
llamado don José Gil, de repartir la mitad de su caudal en reli-
quias y en socorros para los pobres.

El día 27 de Julio
á muchos ha sido aciago,
por la aflicción y desgracias
que á la gente ha causado
por las grandes tormentas
y casas que se han derribado,
y una iglesia con su torre
del todo se ha desplomado.

Veintitrés criaturas pequeñas
de menos se han echado,
veinte mujeres y doce hombres
del escombro se han sacado.

Lo acaecido en Vista-Hermosa
ha sido mayor cercano,
á la una de la noche
un rumor ha principiado
que la gente se despierta
y quedan horrorizados
al sentir la gran tormenta
con furor tan violentado,
al mismo tiempo una lluvia

impedía ponerse á salvo.

A las seis de la mañana
otro rumor ha principiado,
échase á temblar la tierra
los pone más sobresaltados,
Unos huyen á las calles
otros al templo sagrado
de la Virgen Sacrosanta
entran á buscar amparo
hincándose de rodillas
ante aquel altar sagrado,
á la Virgen le suplican
los acoja con su manto
un sacerdote salió
dándoles á todos ánimo,
los actos de fe rezando
y después al Santo Dios,
puestos todos de rodillas
el sacerdote exclamaba:

Sagrada Virgen María,
Madre de Dios Soberano,

amparo del pecador
consuelo del desdichado.
Reina Santa de los cielos
de los Angeles y Santos,
torre hermosa de David,
fuente pura sin pecado

de donde emanan las gracias
para todo fiel cristiano.

Hoy á tus plantas rendidos
todos á una confesamos
y ofrecemos no ofender
jamás á tu hijo amado.

Horrorosa tormenta el día 27 de Julio del corriente año, en varios pueblos de la provincia de Canaria.

En la tarde del Domingo se desencadenó un ciclón espantoso, acompañado de copiosísima nube de piedras; muchas de éstas pesaban media libra y tres cuarterones.

El tren fué descarrilado por el viento; en un momento de atribulación fueron arrastrados por la corriente del agua una señora y dos niños, y el esposo le ofreció á la Virgen del Carmen, repartir la mitad de su caudal en reliquias y socorros á los pobres.

Un obrero caritativo y piadoso, sin darse cuenta del peligro, se tiró al agua, y logró sacarlos á tierra y ponerlos en salvo.

Fueron arrasadas las viñas y los olivos, y las huertas completamente destruidas.

Hombres, mujeres y niños no cesaban de llorar, pidiendo les amparase en tan gran necesidad.

Cincuenta y nueve casas han sido derribadas por el agua, causando lamentables desgracias, pues han sido heridas y contusas

más de doscientas personas á consecuencia de la horrible tormenta, porque caían piedras enormes.

El día 27 descargó una terrible tormenta, acompañada de aterradores relámpagos y roncós truenos, tan continuos é incesantes, que muchas personas, aterradas y llenas de espanto, caían por el suelo.

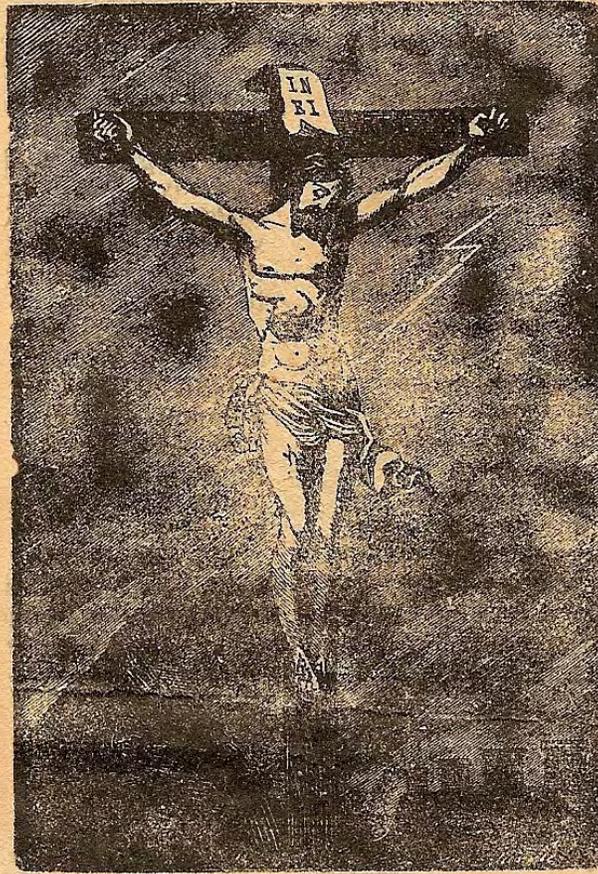
Todo esto fué seguido de incesantes aguaceros y pedriscos del tamaño de nueces, que hicieron fenecer toda clase de animales del campo, y produjeron grandes y graves contusiones á un sin número de personas que les pilló fuera de sus casas, y destrozando viñas y olivares, quedando reducidos muchos pueblos en la más espantosa miseria.

Es un cuadro de dolor el considerar la muerte de todos los desgraciados de la provincia de Canaria.

Los corazones se parten, las lágrimas se derraman al ver desgracias tan grandes ocurridas por el agua.

¡Dios perdone las almas de tantos desgraciados!

Suplica este caballero que conserven estas reliquias, pues están bendecidas y retocadas por la Santísima Cruz de Caravaca, y contienen siete metales que influyen mucho para evitar los malos aires, malos pedriscos, malos huracanes y para la alferecía.



Nuevo y curioso ejemplar

en el que se dá cuenta del milagro que ha hecho el Santísimo Cristo del Bosque, con lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Vayan poniendo atención para que todos lo aprendan lo que ha pasado en un pueblo sujeto al partido de Gergal.

En la provincia de Almería el mil novecientos cinco, Santos Cecilio y Simplicio, San Isidoro y San Eufrasio.

El día de San Indalecio que es patron del Obispado San Torcuato de Guadix el día quince de Mayo.

El pueblo lo es Velefique, en la Sierra de Filabres sitio en Calar de Nimar, Domingo día memorable.

José García García es un hombre protegido y su esposa Concepción García Narcía se apellida.

Viven juntos en la casa madre é hijo en buena unión, Josefa García Desola en muy buena posición.

Tienen para su albedrio
y terrenos cultivar
una borrica muy buena
y tres ganados mular
Tienen dos mozos labrando
en dia tan señalado

Rafael Sanchez y Juan Miralles
en terreno de sus amos

Hacia tres ó cuatro dias
que se fueron á labrar
remataban el domingo
para venirse al lugar.

Serian las nueve del dia
ellos mismos lo declaran
y por rematar más pronto
han partido la besana.

Empezó la burra á hundirse
al concluir de volver,
y Juan Miralles llorando
ha llamado a Rafael.

Por Dios que vengas corriendo
no me echen á mi la culpa,
qué cuenta daré á mi amo
si se desgracia la yunta.

El uno se agarró delante
otro la cola cogió
beato Roque y Santo Cristo
Virgen del Carmen por Dios.

Ellos en grande peligro
pero Dios los liberto,
la burra y el mulo uncidos
la tierra se los tragó.

Ellos quedaron pasmados
sin saber lo que pasó.
reja y dental quedó arriba
la mancera y el timón.

Del vuelo de una pajera
un agujero se hizo
de quince y dieciseis varas
la mitad resbaladizo.

Abajo habia un anchurón
la tierra sirve de lecho,
donde la yunta cayó
totalmente lo era estrecho.

Rafael trajo una sogá
Juan Miralles lo amarró,
bajó por el agujero
y á la yunta desunció.

Rafael principiá á voces
y nadie le respondia
él veia su muerte al ojo
se estaba cerniendo tó.

Y llorando amargamente
no cesaba el repetir
¡que desgracia madre mia
que voy á morir aquí!

Parece que le decian
sube por el agujero
todos los Santos del dia
te sacarán sano y bueno.

Rafael al verse fuera
dió las gracias con anhelo
y Juan Miralles se fue
á llamar los cortijeros

Mozos y Pedro Eesola
Ramón García fué al instante
los pastores y vaqueros
hijos y Pedro Fernandez.

Juan, nieto del Pellejero,
José Escoriaza Perringa
otro labrador de Sierra
y lo es José Bendije.

Unos dicen esto es pozo
otros dicen es quebrada;
pues es castigo del cielo
por las fiestas no guardarlas.

El señor nos saque en paz
vamos á morir sin culpa,
pero es lástima que muera
debajo de tierra la yunta.

Con mucho temor y miedo
se bajaron unos cuantos,
ataron muy bien la burra
para tirar de lo alto.

Desde las diez á las cinco
trabajaron sin parar
el trabajo fué perdido
y no adelantaron ná.

Llamaremos á su amo
y que venga prontamente,
para que así determine
lo que vea conveniente.

El mozuero Juan García
es un joven advertido,
vino al pueblo y le contó
algo de lo ocurrido.



SEGUNDA PARTE.

Sacra Reina Celestial
Imaculada Princesa,
Madre de los pecadores
á quien pedimos clemencia.

Al oír la novedad
madre é hijo en compañía,
su suegro se fué despues
que lo es Francisco García.

Juan y Ramón de Isabel
Manuel y Juan de María
los cuatro primos hermanos
y son García y García.

Bautista, José y Vicente
Juan José, hermanos queridos,
se dirigen al calar
y son Garcías su apellido.

Juan Egea y Antonio Torres
Mariano Sola va al sitio
y también Pedro Rubira
que están en el entredicho.

Vieron á José García
asomar por el collado
y por no estar todos juntos
se dispersan á los lados.

A todos les preguntó
¿hay algun fallecimiento
ó desgracia en las personas?
respondieron no por cierto.

Dice ¿donde está mi yunta?
debajo de tierra está
y al asomarse García
vió la burra levantá.

Enseguida se amarraron
y al concluir de bajar
dice Vicente García
con sentido: á trabajar.

Donde el mulo se metió
lo era uoa cueva oscura
y no se le veía más
que el vaso y las herraduras.

Esto es menester tapar
daba lástima y dolor
al decir Ramón García
¡sacadme de aquí por Dios!

Allí pusieron los ubios,
al lado de dos timones,
echaron hojas y tierra
y encima echaron serones.

García pidió una sogá
en éste no cabe duda,

por el sitio de la cincha
amarró muy bien la burra.

Unos se ponen al lado,
otros atrás en la cola,
y los demás en lo alto
para tirar de la sogá.

A la Virgen y á los Santos
y á San Roque su patrón,
con fé todos le pedían
Santo Cristo ayudanos.

Al nombrar el Santo Cristo
¡oh gran Dios y qué milagro!
si no lo retiran pronto
hubiera lisiado al amo.

Por lo alto de las sogas
empezó la burra á andar,
en lo alto del agujero
se ha quedado arrodillá.

Desde allí pego un boleó
y derribó para atrás,
á los que estaban teniendo
las sogas para tirar.

Son tres personas distintas
y un solo Dios verdadero
al verla sana en la calle
sin lesión en ningun remo.
á Cristo todos dan gracias
de rodillas en el suelo.

Como estaba oscureciendo
no veían trabajar,
al cortijo mejorana
se fueron á descansar.

A otro dia de mañana
al romper el claro día,
al lado del agujero
la lumbre estaba encendida.

Quitan las hojas y tierra
y ladean los serones,
para sacar de allí el mulo
los ubios y los timones.

Juan Acedó arrancó una losa
para más anchura dar,
principió á hacer remolino
y se los quería tragar.

El agujero que hizo
si se tardan en tapar,
allí hucieran fenecido
por toda la eternidad.

Lo amarran del pelicasco
tiran fuerte para fuera

parecian que iban á fondo
ellos, el mulo y la cueva.

Al asomar la cabeza
á fuerza de mucho tirar,
por bajo le meten leña
y por detrás rellenar.

Han seguido la faena
sin parar de trabajar,
hasta las once del dia
que algunos van á almorzar.

Al mulo para que agnante
le han metido un poco pan,
y después de estar mascado
todo lo vuelve á tirar,
por que está muerto de hambre
y cansado de arrastrar.

Veintiocho ó treinta cargas
han arrancado de leña,
todo para rellenar
apretándola con tierra.

Le amarran las cuatro patas
por hajo ponen serones,

El autor, *Joaquin Martinez de Senes*. — Almería 14 Mayo 1905.

de arriba estaban tirando
y le empujaban con timones.

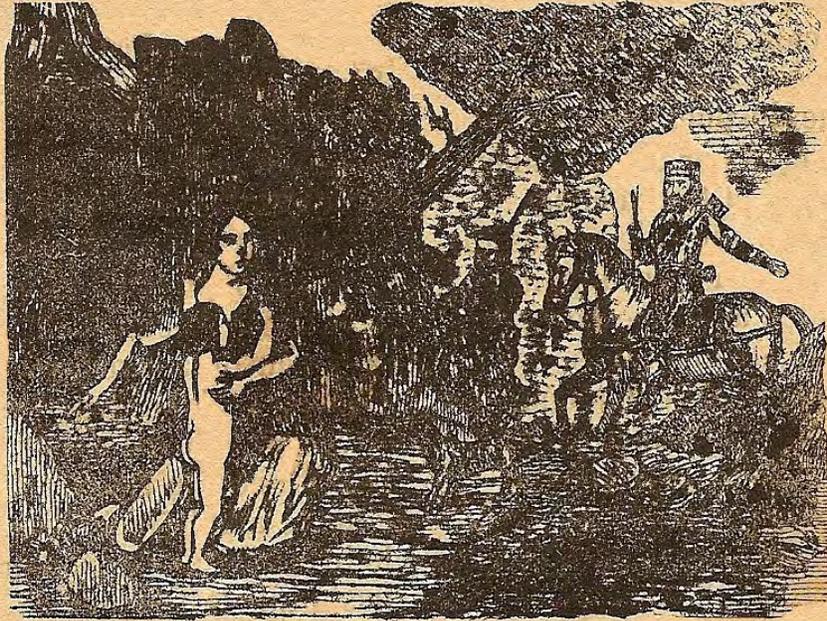
Serian las doce del dia
cuando el mulo salió á fuera.
ellos dan gracias á Dios
y á su Madre verdadera.

En seguida lo soltaron
y como tanto sudaba,
con las chaquetas y mantas
el mulo bien lo arropaban.
De piedra, leña y de tierra
que allí empezaron á echar,
una altura de dos hombres
quedaría sin rellenar.
Le quitan toda la ropa
el mulo principiá á andar
el diez y seis por la tarde
á su casa á descansar.

El amo y los labradores
se tuvieron que sangrar,
y la yunta á Dios las gracias
trabajando sin parar.



SANTA GENOVEVA.



PRIMERA PARTE,

en que se refiere la peregrina historia y trágica vida de la penitente anacoreta, la princesa de Bravante, SANTA GENOVEVA.



No canto fingidos hechos,
ni invento falsas novelas,
que en dorada copa brindan
estrágos á la inocencia;
canto solo para dar
un diseño donde vea
el mundo todo, que Dios,
amorso padre, vela
favoreciendo al que sigue
de sus preceptos la senda.
Canto la trágica vida
de una singular princesa,
cuyos prodigios agotan

los rios á la elocuencia.
De los duques de Bravante
cuya antigua stirpe regia
produce con los laureles
enlazadas las diademas,
nació un monstruo de hermosura
de los que naturaleza
gastó un siglo en producir,
pues en ello solo intenta
acumular perfecciones
que el sexo frágil desmienta.
Por el agua del bautismo
subió á superior esfera

siendo ángel en su alma
que en su cuerpo ya lo era.
A petición de los duques
su nombre fué Genoveva,
aunque después el de ángel
se mereció por sus prendas.
Crióse en la tierna edad
dando tan sensibles muestras
de su gracia y su donaire,
que todos á competencia
admiraban ver unidas
en una edad tan pequeña
discreccion de muchos años
y de pocos la inocencia:
apenas empezó á andar
cuando dió tan claras muestras
que al retiro y soledad
la destinaba su estrella.
A este fin en un jardín,
donde Flora y Amaltea
empeñaron sus pinceles
para ostentar su destreza,
halló un sitio retirado
entretregido de yerbas.
Allí formó una capilla
de mil primores compuesta:
después hizo un altarito,
que fué el ara donde empieza
á ofrecer al Redentor
primicias de su inocencia.
Esta fué su diversión,
y á su culto siempre atenta,
no dió lugar á los juegos
que lleva la edad primera.
Así vivió entretenida
hasta que su fama vuela
por el Orbe despertando
príncipes que la pretendan.
Muchos al duque su padre,
con muy rendidas ofertas

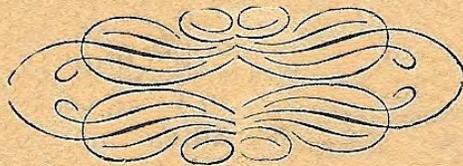
la pidieron por esposa;
sólo pudo merecerla
el gran conde Palatino,
Sigifredo, cuyas prendas
aun mayores que la fama,
compiten con su nobleza.
Celebráronse las bodas:
disciplente Genoveva,
que amaba más su retiro,
y sólo por obediencia
trocó en brazos de himeneo
el puro esplendor de Vesta.
Vivieron algunos años
disfrutando la riqueza
conque afable la fortuna
le brindaba á manos llenas,
hasta que le fué preciso
á Sigifredo la ausencia,
por compatir el orgullo
con que la africana secta
intentaba enarbolar
en la Galia sus banderas.
No esperando los suspiros
conque sintió Genoveva
la marcha de su marido
á tan peligrosa guerra:
baste decir que la amaba;
que el pecho donde amor reina,
más sabe sufrir su muerte
que tolerar una ausencia.
Tiene el conde un mayordomo,
á quien con extremo aprecia:
á éste le encarga que cuide
con esmero y diligencia
de su esposa, pues su parte
dejándole el alma en ella.
Alegróse el mayordomo,
y con traidora reserva
ofrece rendido al conde
atender á Genoveva,

Oh pobre inocente conde!
ojalá no te partieras,
pues tienes mayor contrario
en tu casa que en la guerra!
Ausentóse al fin el conde,
quedándose la condesa
en cinta de pocos meses
y el mayordomo que encuentra
la ocasión que pretendía
soltó á su furor la rienda.
Primero disimulaba
por no atravesarse á la esfera
de tanto sol, contemplando
que son la alas de cera,
pero como nunca el fuego
puede ocultarse su fuerza,
que en muy estudiadas veces
explicará á Genoveva
el incendio que ocultaba;
pero siempre la princesa
disimulaba advertida
creyendo que á la insolencia
suele ser freno el desprecio.
Mas la engañó, pues empieza
sin rebozo el mayordomo
á contrastar su pureza
hasta tanto que furioso
un dia en su cuarto entra
con un puñal en la mano,
diciendo de esta manera:
señora, no es atrevido
el que fino amante llega
á explicar aquel incendio
que por sí se manifiesta.
Yo vivo por tí muriendo,
y por aliviar mi pena
he resuelto declararme.
porque es preciso que vea
lograr el fin de mis ansias
aunque de una vez perezca

á los filos de este acero;
en tus manos, gran princesa
está mi vida y mi muerte.
Aun no dejó Genoveva
que acabara el mayordomo
de declarar su insolencia,
cuando con un santo enojo
desató su pura lengua,
diciendo: loco, atrevido,
es esta aquella promesa
con que ofreciste á mi esposo
servirme mientras su ausencia?
Vete de aquí si no quieres
(indigno de mi presencia)
que llamando á los criados
castignen tal desvergüenza.
Ausentóse el mayordomo;
mas como rabiosa fiera
levanta viles venganzas
por ver frustrada su idea.
Y así un dia á los criados
llama con grande reserva
y les dice: amigos míos,
ya es preciso que mi lengua
publique lo que ocultaba,
si tan público no fuera.
Sabed, por todas las leyes
de cristiandad y nobleza
vive mal entretenida
la princesa Genoveva
con un infame criado
hombre de muy baja esfera:
La deshonra es ya notoria
y temo que el conde sepa
lo que pasa en su palacio
antes que yo le de cuenta
mi dictámen es que al punto
este criado se prenda.
y que en una oculta sala
pongamos á la princesa

hasta dár aviso al conde.
Ejecutó la sentencia
el ingrato mayordomo,
y envia con diligencia
un posta, en que al conde
del suceso diese cuenta:
dejemos marchar al posta
y vamos á la condesa.
Apenas se vió cerrada,
cuando en lágrimas deshecha
suspira quejosa al cielo
implorando su clemencia.
¿Que delito é cometido
(decía con dulces quejas)
¡oh Dios! para que así trates
á esta humilde esclava vuestra?
Pero si es, Señor, tu gusto
acrisolarme con penas,
vengar más y más trabajos,
que yo me doy por contenta
en saber que yo padezco
porqué tú, mi Dios, lo ordenas.
Mas creciendo sus fatigas,
conociendo que se llega
el parto sin tener nadie
que pudiese socorrerla,
y así sola entre suspiros,
entre sollozos y penas,
dió á luz un hermoso infante

heredero de su estrella,
pues aun antes de nacer
ya tenía la sentencia
de muerte que el mayordomo
por culpar más la inocencia
y dar color á su engaño,
publicó que el niño era
parto de los torpes lazos
en que estaba la condesa.
Apenas le vió nacido
sobre la desnuda tierra,
la triste madre le dice:
verdaderamente, apenas
has nacido hijo del alma
y á padecer ya empiezas
la tormenta en que naufragas,
y has de ser de mi tragedia
cómplice de mi fortuna
porque así el cielo lo ordena
y si en este desamparo
no puedo aliviarte, espera
te daré lo que más vale
alistándote en la iglesia.
En este devoto empleo
dejemos á Genoveva
y en el segundo romance
daré fin á la tragedia
de la penitente vida
de esta gloriosa princesa.





SEGUNDA PARTE.

en que se dá fin á lo peregrina história y trájica
vida de Santa Genoveva.



Militaba Sigifredo
contra la tropa agarena
dando asuntos á la fama
y triunfos á sus banderas,
cuando recibió del posta
las cartas en que le cuenta
el mayordomo el enredo
con que culpó á Cenoveva.
Apenas las leyó el conde,
cuando, como cruel fiera,
saliendo de sí furioso
esclamó: ¡oh vil princesa!
así miras por mi honor
al tiempo que yo en la guerra
con mi propia sangre añado
nuevo lustre á tu nobleza!
es posible que así pagues
el amor y la fineza
con que siempre te he querido?
Que se hizo la firmeza?
mas que es esto que me pasa?
no es posible de que quepa
tal desórden en mi esposa,
mas pura que las estrellas;
pero cómo no ha de ser
si lo dice y lo publica
esa infamia, que es aborto
de su torpe incontinencia?
Oh tirana! yo te ofrezco
el darte la recompensa
por tu loco devaneo!

Así dijo, y con presteza
escribió y despachó al posta
con una carta que entrega
al mayordomo, en que el conde
manda que con cautela
al criado den la muerte,
y que luego á Genoveva
con el hijo que á parido
la retiren á una sierra,
donde les quiten las vidas,
y que le traigan por seña
de que queda ejecutado
la lengua de la princesa.
Alegróse el mayordomo
con estas infaustas nuevas:
al punto le dió al criado
un narcótico en que beba
sin ser sentida la muerte,
y manda que á Genoveva
la avisen que se prepare
que está la muerte muy cerca.
Llevaronla la noticia
á esta invencible princesa,
y bañada en tierno llanto
arroja al cielo las quejas
diciendo: ¡oh Jesús piadoso!
¿es justo que la inocencia
padezca tales rigores
á manos de la insolencia?
Si yo acaso os he ofendido,
pague yo sóla la pena;

pero este inocente niño,
qué culpa tiene? qué ofensa
pudo cometer naciendo
sino nacer de mí misma?
¡Ay hijo de mis entrañas,
que has nacido á tantas penas
por nacer de una infeliz!...
mas detente, infame lengua,
que quiero morir gustosa,
supuesto que así lo ordena
aquel Dios á quien he dado
de mi amor la mejor prenda.
Mientras tanto el mayordomo
á dos criados les ruega
que con disimulo saquen
hácia un bosque á la princesa
con su hijo, y que á los dos
les den la muerte que espresa
en su carta Sigifredo,
para vengar sus afrentas.
Obedecen los criados,
y á estos dos corderos llevan
para ser sacrificados.
Aquí eumudece la lengua,
aquí faltan los sentidos
y el corazón titubea
al oír el dulce llanto,
los suspiros y las quejas
con que amante se despíde
de su casa Genoveva.
Adiós, vasallos, decía,
adiós montes, adiós selvas,
adiós patria amada mia,
adiós amigos, que es fuerza
obedecer á mi esposo;
llorad tristes mis esequias,
y sedme fieles testigos
que mantúve la fineza
que á tal esposo debía.
Con esto llegó la breña

destinada para el campo
de tan funesta tragedia.
Paráronse los criados,
y la dicen: Genoveva,
como mandados venimos
á ejecutar la sentencia
que ordena, el conde tu esposo,
y así es preciso que muera
este niño, y luego tú
la misma suerte padezcas.
Dijeron y al dár el golpe
en aquella planta tierna,
les dijo la triste madre;
detened si no sois fieras,
ese golpe en mí primero
el agudo acero hiera,
y no queráis que una triste
duplicada muerte tenga
viendo morir á su hijo.
Mas por alta providencia
los criados se conduelen,
y entre sí mismos conciertan
dejar vivos á los dos
en aquella oculta sierra.
Así lo hicieron, llevando
al mayordomo la lengua
de un perro, con que ocultaron
su compasiva clemencia.
Quedáronse los dos solos
en la trincada maleza
de aquel monte, sin tener
más abrigo que las peñas,
más amparo que el del cielo,
ní más compañía que fieras.
Anduvieron algún poco
al eco de una risueña
fuente que les convidaba
con sus cristalinas perlas.
Se acercó la triste madre,
y reparó que allí cerca

se ocultaba entre las ramas
una retirada cueva.
Alegróse por hallar
algun sitio donde pueda
reclinar al tierno infante
seguro de tantas fieras.
Levantó al cielo los ojos,
y agradece con fineza
encontrar algún amparo
contra tantas inclemencias.
En este tiempo repara
que por la celeste esfera
baja un angel, que en sus manos
trae la imágen más perfecta
de Jesús crucificado,
y llegándose á la cueva,
la dice en dulces palabras;
«Ea, amada Genoveva,
por mas penas que te sigan,
por más trabajos que tengas
los endulzará Jesús
con la sangre de sus venas;
en él hallarás alivio,
veslo aquí, lo dejo en prendas
de que no te desampara;
vive en Dios, con él te quedas.»
Desapareció el ángel,
quedó la santa princesa
tan alentada, que todos
los trabajos é inclemencias
los llevaba con mas gusto
que su perdida grandeza.
Así pasó algunos días,
manteniéndose con yerbas,
con que llegó á tal estado,
que perdida la belleza
de su rostro, aun no era sombra
de su antigua gentileza;
pero lo que más le aflige
es la dicha abstinencia

la debilita, de modo
que falta á sus pechos néctar
con que mantener al niño
que con llantos y con señas
la pedia de mamar,
y acudiendo á la clemencia
de Jesús crucificado
reparó que hácia la cueva
se venía apresurada
una muy hermosa cierva.
que acercándose al niño
dió de mamar halagüeña.
Con este raro prodigio
se consoló Genoveva,
y más viendo pue dos veces
en cada día la cierva
daba de mamar al niño.
Dejemos á la princesa
y vamos á Sigifredo,
que concluída la guerra
se volvió á su palacio,
sin apartar de su idea
la muerte que mandó dar
á su amada Genoveva.
Andaba siempre confuso
culpando su ligereza
en mandar quitar la vida
sin examinar las pruebas.
Los amigos le acompañan
y piden que se divierta:
á este fin dispuso undía
irse á un bosque donde pueda
divertir su pensamiento
en la gustosa tarea
de la caza y convidando
á sus parientes, se acercan
á un monte, y á pocos pasos
descubrió el conde una cierva,
que medrosa se retira,
y Sigifredo se empeña

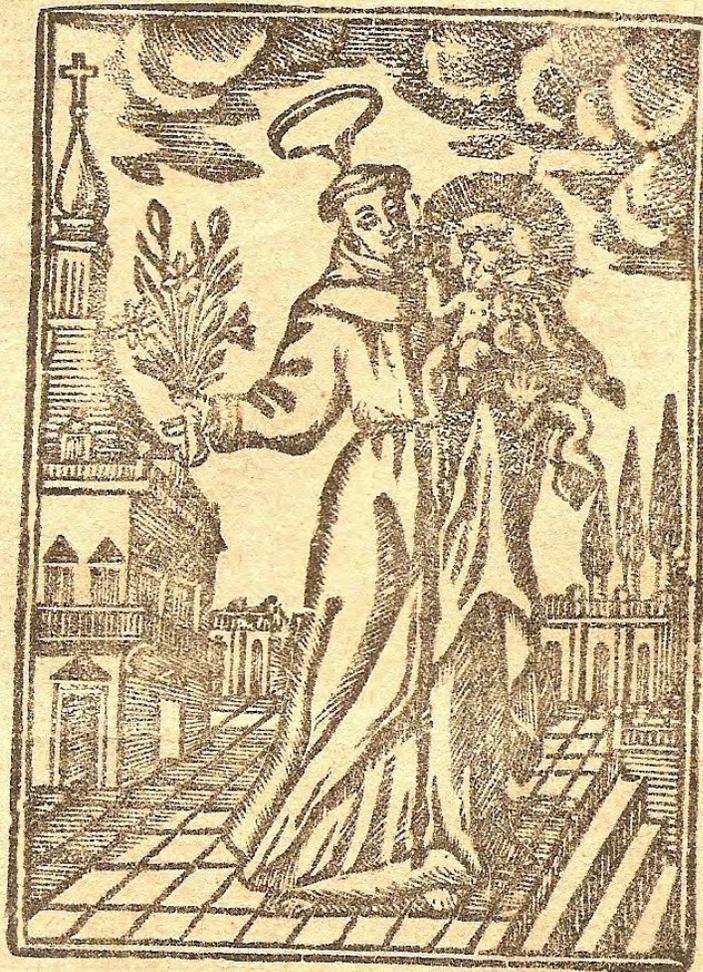
en seguirla, hasta tanto
que se amparó en una cueva,
adonde lleva al conde
la divina Providencia.
Desmontóse del caballo
para hallar con más presteza
la cierva que perseguía,
y muy cerca de la puerta
divisó un bulto, y dudando
si era hombre ó era fiera,
entre confuso y turbado
le preguntó que quien era;
entonces ahogada en llanto
le respondió la princesa:
soy una infeliz mujer,
la que trajo á esta aspereza
el haber sido constante;
y por escusar molestias,
digo de una vez que soy
la infelice Genoveva.
Apenas la escuchó el conde
cuando postrado en la tierra
la pide que le perdone,
diciendola: ¡oh gran princesa;
que soy quien tiene la culpa,
por creer con ligereza
delitos donde no caben.
Perdóname, amada prenda
y á trueque de hallarte viva
cesen paradas ofensas.
Convocó á los compañeros
y del caso le da cuenta.
Vinieron a la ciudad,
y con suntuosas fiestas
celebraron el hallazgo

del infante y la princesa.
Luego al punto manda el conde
que al mayordomo se prenda,
y que atado á cuatro brutos
pague este infame la pena
de haber supuesto el delito
contra tan santa princesa.
Poco el gusto le duró,
porque la mucha abstinencia
que por casi siete años
padebió esta gran princesa
la redujo á tal estado,
que sin poder socorrerla
llegó el trance de la muerte,
por que es tiempo de que tengan
su premio tantos trabajos
y goce la gloria eterna.
Sintiólo en extremo el conde,
que fino amante quisiera
morir tambien con su esposa
por no morir de pena.
Y viendo cuan poco dura
de este mundo la grandeza,
se retiró con su hijo
á una religion austera,
donde haciendo santa vida
fueron á gozar la eterna.
Esta es la admirable historia
de la trágica princesa
de Bravante, cuya vida
la santa romana iglesia
nos propone por ejemplo.
Pidámosla nos defienda
de traidores enemigos
y de tan nocivas lenguas.

FIN.

Almaden.—Imp. y Libreria de Eulogio Gallego, 6, Constitucion 6
Depósito de romances, historias y novenas de todas clases

(Núm. 129.)



ALABANZAS

Á LOS PRODIGIOS Y MILAGROS DE

SAN ANTONIO DE PADUA,

ABOGADO DE SUS DEVOTOS EN LAS NECESIDADES.

San Antonio firme y docto
en santa contemplacion
ruega, bendito varon,
á Dios por este devoto

por quien rezo esta oracion.
Vuestra intercesion me ampara
por donde quiera que fuere
siempre con vos me hallare

ruega á Dios que me depare
todo aquello que perdere.
De enfermedades ó peste
libradme glorioso santo,
de trabajos y dolencias
ruega á Dios, la suma esencia
que me libre del espanto;
de continuo supliqueis
al Señor del Firmamento,
que me dé buen pensamiento,
y en todo tiempo apliqueis
parami alma el intento,
y el contento sea tal
que si alguno me ha faltado,
vos, San Antonio sagrado,
rogeis al Rey celestial
que me sea deparado.
Si en cautiverio ó prision,
ó encarcelado me viere,
ruega á Dios con devocion
me otorgue lo que pidiere
y me dé la salvacion.
Si me viere fatigado
ó en este mundo afligido,
y á vos hubiera invocado,
sedme mi firme abogado,
San Antonio esclarecido.
Hacedme firme y constante
en servir al Redentor,
porque con vuestro favor
merezca verme constante
ante Dios Nuestro Señor.
Y pues sois sacro Patron
y poderoso abogado
del lusitano blason,
de Pádua firme varon,
del cielo pilar sagrado,
y de la infernal cadena
y del escuadron rabioso,
libradme, Antonio glorioso,
y haz que mi alma esté llena
de gloria, gracia y reposo.

Libradme como librate,
beatísimo Antonio,
á tu padre, y apartaste
de la muerte y declaraste
aquel falso testimonio.
Un sermon predicó en Roma
en la lengua portuguesa;
treinta distintas naciones
todas le entienden la lengua.
Y predicando el sermon,
á su padre van á ahorcar
por un falso testimonio
que le quieren levantar.
Fuese á librar á su padre
sin hacer falta al sermon,
el cuerpo se quedó en Roma,
y el espíritu partió.
Llegó á la justicia y luego
al mismo juez preguntó:
¿por qué ahorcan á ese hombre?
¿qué delitos cometió?
Y la justicia responde
con una respuesta leve:
á ese hombre se le ahorca
por una vida que debe.
Vamos donde está el difunto,
en la misma sepultura,
que él nos dirá la verdad
y nos sacará de duda.
Fuéronse por la iglesia,
donde está el cuerpo enterrado;
con la señal de la cruz
la losa se ha levantado.
Ya se levanta el difunto,
y le dice á San Antonio:
este hombre no me ha muerto;
que es un falso testimonio
que le quieren levantar,
y está inocente del hecho.
Todos preguntan al Santo
que diga quién le mató,
y San Antonio responde:

eso no lo diré yo.
Vuestra palabra divina,
hizo á los peces del mar
que saliesen á escuchar
vuestro sermon y doctrina;
y que fué tan peregrina,
que estirpó muchos errores
Vos sois en la tempestad
el amparo milagroso
del incendio riguroso
agua de la claridad;
puerto de seguridad
del mar y de sus furoros.
Sanais mudos y tullidos,
paralíticos, leprosos;
á espirituados furiosos
restituís los sentidos
y curais todos dolores,
sanais de gota coral,
ciegos, sarnosos, llagados,
consolais desconsolados
y curais de todo mal,
cual médico celestial
á quien Dios hace favores,
pues que sois divino Orfeo
de Jesús, flor de las flores.
De tres dias de ahogados
resucitásteis diez niños,
á cual mas bellos arriños,
de una corriente arrastrados,
y que sus padres amados
lloraban por sus amores.
A la que con santo celo
y fervorosa oracion
el fruto de bendicion
os pide por su consuelo,
vos se lo alcanzais del cielo,

y aun otras cosas mayores.
Sois de Jesús tan amado,
que á solas con él jugais,
haciéndoos por que le amais,
su profeta regalado,
su celador estimado
y luz de sus confesores;
y pues aquestos favores
dan de quien sois testimonio,
humilde y divino Antonio,
rogad por los pecadores.
Todas las cosas perdidas,
que no se pueden hallar,
á San Antonio ofrecidas
y con devocion pedidas,
él las hace encontrar.
Antonio, glorificado,
santo y bendito varon,
librad de testigos falsos
por quien rezo con fervor,
y de malas compañías,
pues me encargó esta oracion.
Libradle de enfermedades,
de poder de la justicia,
y morir sin confesion.
Antonio divino y santo,
¿quién habrá en su afliccion,
en su enfermedad ó llanto
no me encargue tu oracion,
pues con Dios alcanzais tanto?
Antonio, ruega á Jesús
que por su misericordia,
y muerte que pasó en cruz,
me dé la paz y concordia,
y por vos goce la luz
que vos gozais en la gloria
para siempre. Amen Jesús.

RESPONSORIO

DEL GLORIOSO

SAN ANTONIO DE PADUA,

ABOGADO DE LAS COSAS PERDIDAS.

Si buscas milagros, mira
muerte y horror desterrados,
misericordia y demonios huidos,
leprosos y enfermos sanos.

*El mar sosiega su ira,
redimense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.*

El peligro se retira,
los pobres van remediados;
cuéntento los socorridos,
díganlo los paduanos.

*El mar sosiega su ira,
redimense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.*

Gloria al Padre, gloria al Hijo,
gloria al Espíritu Santo:
Dios trino y uno por siglos
infinitos sea alabado.

*El mar sosiega su ira,
redimense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.*

Ruega á Cristo por nosotros,
Antonio divino y santo,
para que dignos así
de sus promesas seamos.

Señor, oye mi oracion,
pues á Tí suplico y llamo,
y mi oracion á Tí llegue
donde halle fervor y amparo.

ORACION.

Soberano y eterno Dios, la súplica votiva del bienaventurado San Antonio, tu confesor, alegre tu Iglesia para que siempre sea fortalecida con auxilios espirituales, y merezca gozar de los prometimientos de Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

(Autorizado segun la ley vigente.)

MADRID. — Despacho: Hernando, Arsenal, 11.

(Núm. 123.)

DESPOSORIOS Y CELOS DE SAN JOSÉ.



RELACION ESPIRITUAL,

en que se declaran los sagrados desposorios de San José con María Santísima, el misterio de la Encarnación del Verbo Divino y los celos del glorioso Patriarca.

A unos desposorios castos
convida la Iglesia, amigos,
los desposados son santos,
vamos, seremos testigos.
El desposado es José,
que grande dicha ha tenido,
que se casó con María,
hija de Joaquin su tío.
Tiene la novia mil gracias,
de quince años no cumplidos,
José tiene treinta y tres,
gallardo y bien entendido;
y para no estar ocioso
de carpintero es su oficio.
De reyes y patriarcas
que ambos descienden es fijo,

pues lo dejó San Mateo
en su Evangelio escrito.
Se crió esta doncella
en el templo con retiro,
y por mas servir á Dios
voto de castidad hizo;
y á los diez años, José,
habia hecho el voto mismo.
Del modo que se ordenó
desposorio tan divino,
fué, que en el templo asistia
un sacerdote benigno,
el cual era San Simeon,
que á Dios rogaba continuo
le dejasen ver sus ojos
en carne al Verbo Divino.

Se lo concedió el Señor,
llevando la Madre al Niño
a presentarle en el templo:
él fué quien le ha recibido,
y lo presentó en sus brazos
á su Padre en sacrificio.
A este santo sacerdote
el cielo le dió un aviso,
que á María en Nazaret,
se la buscasse marido;
y á la dichosa Doncella
se le dió este aviso mismo.
Respondió muy resignada:
Señor y Criador mio,
aquí está esta criatura
rendida á vuestros juicios;
bien sabeis Dios y Señor,
siempre mi deseo ha sido
conservarme en castidad.
El Señor le ha respondido:
Yo os daré un esposo casto,
ya le tengo prevenido.
Fiada de esta palabra,
el Si dió, y dieron aviso
á toda su parentela
(que en aquel tiempo era estilo
el casarse con parientes),
que habia Dios prometido,
que de aquel claro linaje
vendría el Verbo Divino.
Era hermosa esta Doncella,
y sus padres bien nacidos;
era virtuosa y santa,
y por aquellos motivos,
cuantos mancebos habia
de aquel linaje, han venido
cada uno deseando
la dicha de ser su marido.
Con ellos vino José,
aunque con otro designio.
Juntos todos en el templo,
una voz del cielo dijo:
que con varas en las manos
hagan oracion contritos:
sola entre todas, las varas
de José ha florecido;
y aquí todos conocieron
para esposo de María,
que luego al instante vino
mas bella que un serafin;
su esposo la ha recibido.

Cortesés se despidieron
del sacerdote y ministros;
de Jerusalem salieron
prosiguiendo su camino
á Nazaret, que es su patria,
donde son bien recibidos
de vecinos y parientes.
Pusieron su domicilio,
componiéndose su casa
de tres cuartos divididos;
en uno puso José
sus herramientas de oficio,
en otro se recogia
para el descanso preciso,
y en otro cuarto Maria
tenia sus ejercicios.
En aquel tiempo se usaba
y estaba puesto en estilo,
no juntarse los casados
hasta haber reconocido
si avenian los geniales
de la mujer y el marido
En uno de aquellos dias
José á su Esposa dijo:
María, ¿se ofrece algo
que haga en vuestro servicio?
Respondió: nada me falta
solo quisiera deciros
un secreto que en mi pecho
siempre he tenido escondido,
y es que desde pequeña
siempre deseo he tenido
de conservar castidad;
hice voto, y os suplico
me ayudeis á conservarlo.
José dijo enternecido,
¡oh Esposa del alma mia!
yo he hecho ese voto mismo;
demos mil gracias á Dios
por tan grande beneficio.
Quedaron los dos Esposos
en amor santo encendidos;
la Virgen en su oracion,
José vuelto á su ejercicio.
La Virgen le dijo un dia:
bien sabeis, esposo mio,
lo corta que es nuestra hacienda,
y aun así, yo os suplico
la repartais en tres partes:
una al templo en que he vivido
la enviareis, porque sirva
de Dios al culto divino,

la otra repartireis
 entre los pobres mendigos,
 y reservareis la otra
 para el sustento preciso.
 Quedó admirado José,
 y á su Esposa ha respondido:
 bendita sea quien tiene
 pensamientos tan divinos;
 haré lo que me ordenais,
 pues que siempre me es preciso
 por tener que alimentarnos
 el ejercitar mi oficio.
 Estando un dia la Virgen
 ocupada en su retiro
 leyendo las profecias
 en que Isaias ha dicho:
 «concebirá una doncella,
 y parirá el Verbo Divino;»
 hincándose de rodillas
 de aquesta manera dijo:
 ¿quién será aquesta doncella?
 ¿quién la hubiera conocido,
 para ponerse á los pies
 y ofrecerse á su servicio!
 Diciendo aquestas palabras,
 vió entrar un Parainfo
 en la forma de un mancebo
 gallardo y bien parecido;
 trae diadema de oro
 y un esplendente vestido,
 con una cruz en el pecho
 engarzada en oro fino,
 de ángeles rodeado,
 y con voz clara la dijo:
 «Ave, llena sois de gracia,
 el Señor está contigo;
 soy el arcángel Gabriel
 que vengo del Cielo empíreo
 á traeros la embajada
 que os envia el Rey Divino.
 Sabed que concebireis
 y habeis de parir un Hijo
 que en la casa de Jacob
 reinará en eternos siglos.»
 Quedó turbada la Virgen
 y al ángel ha respondido:
 Si no conozco varon
 ni nunca lo he conocido,
 ¿cómo tengo de ser madre?
 El ángel la satisfizo:
 «No hay cosa imposible
 que el espíritu Divino

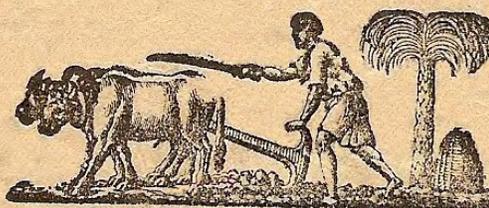
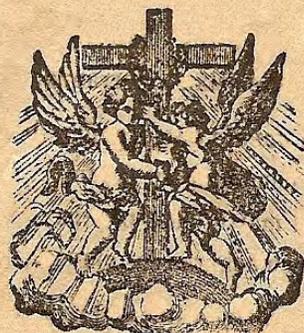
vendrá sobre Vos, Señora,
 y la virtud del Altísimo
 os tiene á Vos de hacer sombra.»
 Muy humilde ha respondido:
 Señor, aquí está esta esclava
 rendida á vuestro servicio;
 cúmplase en mí tu palabra,
 Altísimo Rey Divino.
 Al pronunciar este *Fiat*,
 el Espíritu Divino
 de su purísima Sangre
 formó un cuerpo pequeñito,
 creó una Alma muy perfecta
 y la infundió en este Niño;
 bajó del seno del Padre
 el Verbo, y así se ha unido.
 Quedó el vientre de Maria
 mas rico que el cielo empíreo:
 diez mil ángeles custodios
 para su guarda han venido:
 luego visitó á su prima.
 Cuando á su casa vino,
 reparó un dia José
 que estaba el vientre crecido
 de su Esposa, y admirado,
 decia consigo mismo:
 ¡inmenso Dios de Israel!
 Señor, ¿qué es esto que miro!
 mi Esposa veo preñada;
 ¿estoy despierto ó dormido?
 Si los dos hicimos voto
 de castidad, y hemos sido
 fieles en su cumplimiento.
 Señor, esto, ¿cómo ha sido?
 Pero, ¿qué es lo que yo pienso?
 ¿qué es? ¡ay, Dios, lo que imagino.
 ¿Yo sospechar de Maria,
 no siendo tan puro y límpido
 el sol con sus claros rayos?
 aquí hay misterio escondido:
 si hay misterio no lo sé,
 ni mi Esposa me lo ha dicho.
 Quiero ausentarme y dejarla,
 y por no ser conocido
 me retiraré á un desierto:
 con oracion y ejercicios
 rogaré á Dios la defienda
 del mundo y sus enemigos.
 Mas si me voy sin Maria,
 ¿qué bien llevaré conmigo?
 ¿cómo viviré sin ver
 aquellos ojos benignos,

aquel hablar halagüeño,
aquel rostro peregrino,
aquella virtud oculta,
aquel imán atractivo
que llena mi corazón
de pensamientos divinos?
y si yo la desamparo,
¿quién la amparará, Dios mío?
muchacha pobre y sin padres,
¿qué dolor tan excesivo!
pero todo pase menos
que el ver en mi Esposa un hijo
sin saber quién es su padre:
de pensarlo estoy corrido.
¿Es posible que María
á Dios y á mí haya sido
infiel? no puedo creerlo;
aquí se turba el sentido,
me iré sin decirla nada.
Recogió en un paquetito
su ropa y algún dinero;
y antes de tomar camino
se fué á descansar un rato,
luego se quedó dormido.
La Virgen que no ignoraba
de San José los designios,
se retiró á su oratorio
y postrada al suelo, dijo:
dulce Hijo de mi vida,
no estará bien, Dueño mío,
vuestra Madre sin esposo,
Vos sin padre putativo.
En esto entró San Gabriel
donde estaba recogido
el más feliz entre esposos,
y de esta suerte le dijo:
«despierta, José, levanta,

pues tanta dicha has tenido,
que el preñado de tu Esposa
es por Misterio Divino,
que á salvar su pueblo viene
el Mesías prometido;
ponle por nombre JESUS.»
José quedó agradecido,
dando mil gracias á Dios
por tan grande beneficio.
Se fue al cuarto de su Esposa,
y de repente la vió
en éxtasis soberano
con un resplandor divino;
y postrándose a sus pies
enternecido la dijo:
¡Oh Esposa del alma mía!
¿de dónde vo he merecido
tener Esposa tan santa
y ser padre putativo
del mismo Hijo de Dios!
Por vuestro Hijo os suplico
le pidais me dé su gracia
para acertar á servirlos,
y os ruego me perdoneis
lo desatento que he sido.
La Virgen le respondió:
Yo, señor, soy quien os pido
perdon de no daros cuenta
de este Misterio escondido,
si bien no estuvo en mi mano
la licencia de decirlo.
Con esto se sosegó
su corazón afligido.
Pidamos á esta Señora
nos alcance de su Hijo
nos dé paz en esta vida
y nos conduzca al Empíreo.

MADRID. — Despacho : Hernando, Arenal, 11.

(Núm. 137).



NUEVO ROMANCE
DE
LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
explicada por las piezas del ARADO.

El arado cantaré,
de piezas le iré formando,
y de la Pasion de Cristo
los pasos iré aplicando.

El *dental* es el cimientó
donde se forma el arado;
asi el cristiano contento
vive de su Dios al lado.

La *cama* será la cruz,
cruz que Dios glorificó;
feliz quien sigue la luz
que en el Calvario alumbró.

Por la cama y el dental
veo atravesado el *trechero*

cual clavo que hirió fatal
los piés del Santo Cordero.

La *chaveta* y la *telera*
hacen cruz ambas á dos;
consideremos siquiera
que en ella Jesús murió.

La *mancera*, puede ser,
el rosal de mil colores,
árbol místico de fé
que al alma eleva entre flores.

Lengua la *reja* será,
voz del apóstol profundo,
que de Dios la santidad
publicó por todo el mundo.

El *pescuño* es lo que aprieta
todas estas trabazones;
dichoso aquel que no inquieta
recuerdo de maldiciones.

Los *orejeros* son dos,
abiertos como dos brazos;
figurémonos de Dios
los tiernísimos abrazos.

El *tímon* que hace al arado
ir derecho cuando avanza,
te representa la lanza
que le atravesó el costado.

En las *belortas* verás,
pues son de hierro las dos,
la corona que á tu Dios
puso el malvado Caifás.

Los *bueyes* son los judíos
que á Jesucristo llevaron
al Calvario, donde impíos
cruelles le crucificaron.

El *yugo* será el madero
donde á Jesus amarraron,
y las *sogas*, lo primero
con que sus manos ataron.

El *barreno* que traspasa
la *clavija* del *tímon*,
es el que las manos pasa
y los pies del Salvador.

El *barron* es la saeta
que clavaron al costado,
que también hablaba de esta
todo lo profetizado.

Las *fajas* con los *collares*,
fajas con que le han atado,
y los *cencerros* los ayes
cuando le están enterrando.

La *azuela* que el gañan lleva
para componer su arado,
aquel martillo nos prueba
que remacharon los clavos.

La *ahijada* que habreis ya visto
dice muy bien á las claras,
que significa las varas
con que azotaron á Cristo.

El *gañan*, el cirineo
que á Cristo ayudó á llevar
la santa cruz al lugar
del suplicio, como reo.

El *surco* que el mozo indica
igual por todo el terreno,
el camino significa
de Jesus, el Nazareno.

Las *toparras* que aparecen
cuando va el gañan arando,
las caídas me parecen
que dió Jesus caminando.

La *semilla* que esparrama
el labrador por el suelo,
la sangre que se derrama
del Dios que bajó del cielo.

Padres, los que hijos teneis,
ya habeis oído el arado.
esplicádselo, y vereis
como huyen del pecado.



CANTARES MÍSTICOS
SOBRE LOS
MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

Alma, escucha y atiende
estos consejos,
y corregir pretende
pecados viejos;

Que si los oyes,
puede ser que tus culpas
humilde llores.

Observar ciertos preceptos
Dios ha mandado,
míralos con respetos
serás premiado.

Y si á ellos faltas
tendrás cuando fallezcas
penas muy altas.

1.º

Sobre todo en el mundo
has de quererle,
y con amor profundo
no has de ofenderle.

Que su mirada
todo lo ve y penetra
sin dejar nada.

2.º

Su santo nombre en vano
jurar no quieras,
que solo hacerlo es llano
si fé dijeras.

Mas así y todo
es muy feo pecado
de cualquier modo.

3.º

Santifica las fiestas
oyendo misa,
sin trabajar en estas

cosa precisa.

Que Dios es bueno,
y sirviéndole, nada
tendrás de menos.

4.º

Honar á padre y madre
tambien previene,
y á quien así lo hace
respeto tiene.

Que al que es buen hijo,
Dios bendice, y dichoso
será de fijo.

5.º

Si deseas á alguno
males ó muerte,
Dios te dará uno á uno
la misma suerte.

Y así te advierto
que deseches y apartes
tal desacierto.

6.º

Que seas casto y puro
manda en el sexto,
porque es el hombre impuro
un pozo infesto.

Y si lo observas
verás en la otra vida
qué premio llevas.

7.º

A nadie quites nada
que es gran pecado,
y hacienda mal ganada
es bien menguado.

Que el que esto hace
como sal en el agua
se le deshace.

8.º

Al prójimo no insultes
cual torpe amigo,
ni la verdad ocultes
falso testigo.

Porque el infierno
de embusteros y falsos
se encuentra lleno.

9.º

El que mujer ajena
desea y ama,
vida le espera eterna
de eterna llama.

Que está mandado
que cada uno sea,
fiel á su estado.

10.º

De tu hermano los bienes

no le ambiciones,
pasa con los que tienes
sin tentaciones.

Que la codicia
es por Dios castigada,
y la avaricia.

Ten siempre los sentidos
muy vigilantes,
que cuando están dormidos
son insinuantes.

Y de esta suerte
los tendrás bien dispuestos
hasta la muerte.

Caridad, Fé, Esperanza,
son elementos
con los que el hombre alcanza
puros contentos.

Y en la otra vida
la gloria que á los buenos
hay prometida.

COPLAS PARA CANTAR LOS SANTOS SACRAMENTOS.

Bautismo es el primero
que la criatura recibe,
y por el cual siempre vive
de la Iglesia en el sendero.

Segundo es *Confirmacion*,
y se impone con la mano;
y es del nombre del cristiano
santa ratificacion.

El tercero es *Penitencia*
y con ella redimimos
las culpas, cuando sufrimos
nuestros males con paciencia.

El cuarta es la *Comunion*,
manjar divino del cielo,

que envía al hombre el consuelo
de poseer á su Dios.

El quinto es *Extrema-Uncion*
y es el último que el alma
recibe, cuando la palma
consigue de bendicion.

El sexto *Sacerdotal*
se llama, y por él el hombre
adquiere el sagrado nombre
de ministro del altar.

Y el último sacramento,
que es el *Matrimonio*, encierra
la dicha que aquí, en la tierra,
puede el hombre hallar contento.



EL PADRE NUESTRO

y Ave-Maria

GLOSADOS.

Como Pedro en el desierto
que su amarga pena llora
yo con igual sentimiento
te pido misericordia
diciéndote: «Padre nuestro.»

Levante mi pluma el vuelo
con la mayor ligereza
y escriba con grande anhelo,
que lleno de tus grandezas
estés señor en los cielos.»

De mis pecados enormes
muy contrito y verdadero,
te pido que me perdones
sea por el mundo entero,
«santificando tu nombre».

Confieso con llanto eterno
que es tu amor tan infinito,
tu castigo tan eterno;
como pecador contrito
«venga á nosotros tu reino.»

Conociendo mi maldad,
confieso aunque tarde fué
que nos has de perdonar;
pues sois tan piadoso juez,
«hágase tu voluntad.»

Tú á buscarme desvelado
yo á ofenderte sin rebozo
pero me queda el consuelo
que sois misericordioso
«en la tierra y en el cielo.»

Conociendo con talento
nuestra flaca humanidad,
yo con míseros lamentos,
como padre de piedad
te pedimos «el pan nuestro.»

Para sostener la vida
que tenemos temporal
con humilde cortesía
pedimos señor el pan,
«sustento de cada día.»

Vos que tan piadoso sois,
y yo tan gran pecador,
os pido por ser quien sois,
el auxilio de tu amor
diciendo: «dádnosle hoy.»

Si en la flor de mi carrera
vivi tan precipitado,
no permitáis que yo muera
en medio de mis pecados,
«perdónanos nuestras deudas.»

Dejo todos mis rencores
mi Dios, solo por amarte;
cesen ya vuestros rigores,
que perdono por mi parte,
«Señor á nuestros deudores.»

Conozco mi sin razon
y lo justo de tu fé,
y os pido por vuestro amor
que, «no nos dejes caer,
Señor en la tentacion.»

Dios santo, fuerte, inmortal,
conservar á los cristianos,
que vivan en sana paz,
tenednos de vuestra mano,
«libradnos de todo mal.»

Con todas las jerarquias,
te saludo dulce madre,
con muchísima alegría.
diciéndote con el Angel:
«¡Oh! Dios te salve María.»

Con la mayor confianza,
el Angel con voz serena
decía con eficacia:
no te asustes dulce Reina
«pues eres llena de gracia.»

Por tu amor tan excesivo
vuestra pureza mejora;
de parte de Dios te digo,
que no dudes bella aurora
«pues el Señor es contigo.»

Todo el mundo te venera
y todas las jerarquías
por donde quiera que fueren
el ángel con alegría,
dijo: «bendita tú eres.»

El poderoso Dios quiere
este misterio que observo:
María escogida eres
para ser Madre del Verbo
«entre todas las mujeres.»

San Juan aunque estaba oculto
de rodillas se postró;
dijo Isabel con gran gusto
toda postrada de amor,
«y bendito es el fruto.»

Al ver tan clara la luz
San Juan de gozo saltó
dijo Isabel puesta en cruz
llena de veneracion,
«y de tu vientre Jesús.»

Los hombres con alegría
Emperatriz Soberana,
del cielo las jerarquías
te alaban por la mañana,
diciendo: «Santa María.»

Para nuestra redención
Soberana Virgen pura,
te escogió el divino amor
por la más bella criatura
para ser: «madre de Dios.»

¡Oh qué infinitos favores
te hace Dios por ser tan buena!
te pedimos con amores
ruegos Soberana Reina
«por nosotros pecadores.»

Pedimos humildemente
tu patrocinio, Señora:
ruega á Dios continuamente
de que nos perdone «ahora
y en la hora de la muerte.»

A este bellissimo encanto
mi pensamiento dirijo:
haga todo el mundo acto;
«Gloria al Padre, gloria al Hijo
gloria al Espíritu Santo.»

Así como en el principio,
así sea ahora y siempre
por los siglos de los siglos
«Amen» infinitas veces.

Ofrezco dulce Jesús
oracion tan exquisita,
por vuestra pasion y cruz
á las ánimas benditas
y las nuestras, amen Jesús.

FIN

Tipografía Universal Oso, 21, principal.



ORACION A LA VIRGEN DEL PILAR

Promesa de Martina Franco Tirado, de 39 años de edad, el pelo cortado, descalza, con el hábito, seis años de promesas, empezando la promesa el año 1903 y concluyendo, por tanto, el año 1909. Voluntad lo que quieran darle, son dos hermanas y un varón á repartirlo, y la madre murió de parto cuando dió á luz los tres mellizos en un zurron, y yo soy la más chica de los tres.

En la ilustre Zaragoza
hay una imagen que llaman
Nuestra Madre del Pilar,
protectora y abogada.

Por los milagros que obra
á quien de veras la llama,
pues se apareció gloriosa
en esta lucida patria.

A la falda de una breña
en donde fué colocada,
y ahora pido á mi auditorio
atención á mis palabras.

Escuchad, padres y madres,
escuchad que Dios nos llama
á reprender á vuestros hijos
y á darles buena crianza.

Porque el mundo está perdido
y por ver si se enmendaban.
les he mandado las guerras
que ha días hace que andan.

Hay robos que es un horror,
y las maldades son tantas,
que hay mujeres que á sus maridos
el decoro no les guardan.

Hay muchas mozas perdidas
que sus madres son la causa,
y sin temor al castigo
que en muriendo las aguarda.

Ya no respetan los mozos
de los ancianos las canas,
y los niños de hoy en día
de los viejos burla sacan

Voy á castigar al mundo,
no se empeñe, Madre amada;
Hijo, mira á las criaturas
que no tienen culpa de nada.

Guerra, guerra, Madre amada,
que mi religión se acaba,
que no doctrinan sus hijos
como mi santa ley manda.

Martina Franco Tirado, que viene enferma, ha hecho una promesa de seis años, para misas y velas con hábito morado, descalza por todo el pueblo, dedica los productos de la venta de esta carta de Nuestro Señor Jesucristo, á los votos mencionados.

Copia de una carta escrita de mano de Nuestro Señor Jesucristo.

«Hijos míos, muy amados y redimidos por mi propia sangre: sabed que me tenéis tan agraviado, que si no fuera por los ruegos de mi bendita Madre abogada vuestra y de todos los santos, que os hubiera destruido; llorad culpas y pecados, y si no os enmendáis y guardáis los mandamientos como lo manda la Santa Madre Iglesia, os enviaré hambre y sed; no vereis cosas criadas si no hacéis caso con todo fervor; haced bien por todas las almas del Purgatorio; que son las que os dejaron los bienes para administrarlos y no hacéis caso, teniendo obligación, haced limosnas a los pobres según podáis por devoción, y si lo hacéis así, os prometo misericordia, os mando no juréis mi santo nombre en vano ni de la señal de cristiano; no os tengais rencor de unos á otros, ni malas voluntades, y á pesar de no haber cumplido vuestra obligación os prometo misericordia en la tierra y en el cielo, y si no fuera por los ruegos que hacen mi bendita Madre y Santa Teresa de Jesús, Santo Domingo y el Santo Angel de la Guardia, ya hubiese descargado la espada de mi divina justicia pues con ese aviso, cualquiera calidad que sea, si dijere que esta carta es de mano de hombre y no de Dios, será deshecho como la sal en el agua; también toda casa y cualquier persona que se halle dentro de ella; el que esta carta traslade y lleve consigo de un pueblo á otro, le prometo mil gracias, le serán concedidas, siempre perdonados todos sus pecados y á cualquiera que de sus bienes dé poca ó más limosna le prometo la prosperidad en su casa, si no lo hacéis así, la maldición será sobre vosotros, hambre, peste, guerra y grandes trabajos, ayunareis cinco viernes al año en memoria de la pasión y muerte de Vuestro Señor Jesucristo.

»Esta copia llevarán con gran devoción y voluntad, la daréis al que la pida, creeréis en ella; serán malditos los que la guarden sin publicarla, tendrán grandes trabajos hasta el día del juicio; el que lleve copia y la publique, será bendito de Dios.

»Aunque haya cometido más pecados que estrellas hay en el cielo y arenas en el mar, con tal que se arrepienta y conozca que me ha ofendido; bienaventurados los que tengan copia y la lleven consigo, pues no tendrán trabajos ni penas en su casa. Cuando una mujer se halle de parto, se le pondrá sobre ella y parirá con mucha facilidad; pero obliga á rezar tres Ave-Marías á Maria Santísima y si esto no os parece cierto, os prevengo que tendréis terremotos, y os digo de que modo habéis de guardar las fiestas, no trabajaréis en ellas, y los Santos Mandamientos; haced obras de caridad, fuera rencor y soberbia, y sobre todo, amar á Dios y al prójimo, porque la soberbia no entra en el Cielo.»

A todos los que lleven esta carta consigo, se les concede indulgencia plenaria, rezando siete Padre nuestros, siete Ave Marías y siete Credos por la muerte y pasión de Nuestro Señor Jesucristo, é igualmente en los viernes y sábados á quien lleve consigo y dé copia á quien se la pida.

La persona que lleve consigo esta carta y padezca dolores reumáticos de huesos, etc., curará enseguida.



NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN



Melquiza de tres un parto. Sirve esta estampa para todo el mundo que esté en el campo. Esta estampa sirve para aplicarla á la mujer que esté de parto y dará á luz con toda felicidad, salvándose la criatura y á la vez para salvarse de toda fiera rabiosa; llevando dicha estampa en el pecho, metida en una bolsita y está retocada á la piedra imán y bendecida sirve también para la mujer que tenga dolor de cabeza y estómago; curará en seguida el reumatismo; también sirve para que libre de tormentas-rayos y centellas; y de todo lo malo y de los ojos y de perros rabiosos; y es repartido por tres hermanos, y las limosnas son para misas y velas lo que se recoje; según promesa hecha por Martina Franco Tirado.

La historia entera vale 10 céntimos, para toda la familia y sirve para toda persona que esté rabiosa.

El Señor sale de casa
vestido de cazador,
lleva los perros cansados
y se encuentra con un hombre
ruín y de mala vida;
le dijo si había Dios,
y él dijo que no lo había:
mira hombre que hay Dios
y también Virgen María,
Este puede dar la muerte
y Este puede dar la vida.

Al otro día siguiente
la muerte por él venía.
—Déjame, muerte rabiosa.
—No te puedo dejar,
el cielo y Dios me envía,
que te meta en los infiernos
á lo más hondo que había.
El cuerpo doy á la tierra
y el alma que no es mía,
y el corazón que me queda
se lo doy á la Virgen María.

Sirve para toda la familia y la madre murió de parto.

Estas tres personas tienen gracia para apagar las tormentas con el aliento de la boca.



¡Amparadnos, Señor!



LA SANTISIMA CRUZ DE CARAVACA

Que se venera en la ciudad de Caravaca, que la depositó en ella la Divina Providencia de Dios por ministerio de sus ángeles, para prueba y exaltación de nuestra fé católica amparo y consuelo de fieles contra las asechanzas del infierno, inundaciones, incendio y todo género de peligros así espirituales como temporales.

Hacedme ser elegante
Cruz, mientras vos escribo,
en tanto que se levante

otro espíritu más vivo
que con más destreza cante.
Cuando el bando sarraceno

dentro de Mandrona habia
un rey de virtud ageno
en sus estados vivia
mal y de maldades lleno.

Rey Agudey el tirano
aqueste rey se decia,
por su opinión el pagano
acosaba y perseguia
á todo el pueblo cristiano.

Los sarracenos salieron
juntos á correr la tierra
y entre muchos que prendieron
cristianos en esta guerra
un sacerdote trajeron.

Y viendo el rey presa tal,
contento y regocijado
en su palacio real
preguntaba con enidado
por su oficio á cada cual.

Y todos se lo decian
aunque con pena y dolor
dándole satisfaccion
y el clérigo no salia
que quedaba en la prisi6n.

Siendo por el rey llamado
le dice el rey, no estés triste
de verte así aprisionado;
dime, qué oficio aprendiste
ó con qué te has sustentado.

Respondió con humildad
el clérigo y con dolor
sepa vuestra majestad
que mi oficio es el mejor
y de mayor dignidad.

Pues la sustancia del pan
se vuelve humana y divina,
allí accidentes verá
del pan que se os dará
por sombra, velo y cortina.

Dice el rey, yo quiero ver
ese tu oficio estimado;
él respondió, es menester
enviar por el recado
para verlo de ejercer.

Siendo negocio que importa
por la noticia que dió
el rey luego despachó
un correo por la posta
como el clérigo mandó.

Manda con pronta carrera
á Cuenca, pueblo cristiano,
era de moros frontera
y en un convento el pagano
entró en la Mercedera.

Los ornamentos trajeron
como el clérigo mando,
mas la cruz no se la dieron
que los frailes no advertieron
ni el clérigo se acordó.

Vuelto á Mandrona el pagano

el clérigo se vistió
después el rostro volvió
hacia el Arbol soberano
de la Cruz y no le vió.

Quedó confuso y turbado
y así le preguntó el rey
que por qué se habia parado
dijo: el árbol me ha faltado
donde murió el Agnus Dei.

Una música solemne
lata al rey el oido,
alza los ojos y vió
como desde el cielo viene
la Cruz que aquel ha pedido.

Con gran placer y alegría
creyendo en Jesus divino,
el moro ya conoia
era de gloria el camino,
y el sacerdote decia:

Prosigue y no estés turbado
porque claramente creo
ser la Cruz esa que veo
que dos mancebos la bajan
con gran música y trofeo.

Los ángeles ya bajaron
con aquel árbol divino
á presencia de chirinos
á quien con amor muy fino
estas palabras le hablaron.

Esta Cruz que te traemos
del cuello se la quitamos
al patriarca Roberto
para que celebres misa
por mandato de Dios mismo.

Digamos que celebró
la Misa el buen sacerdote,
y del gozo que tomó
será muy bien que se note
como el rey se bautizó.

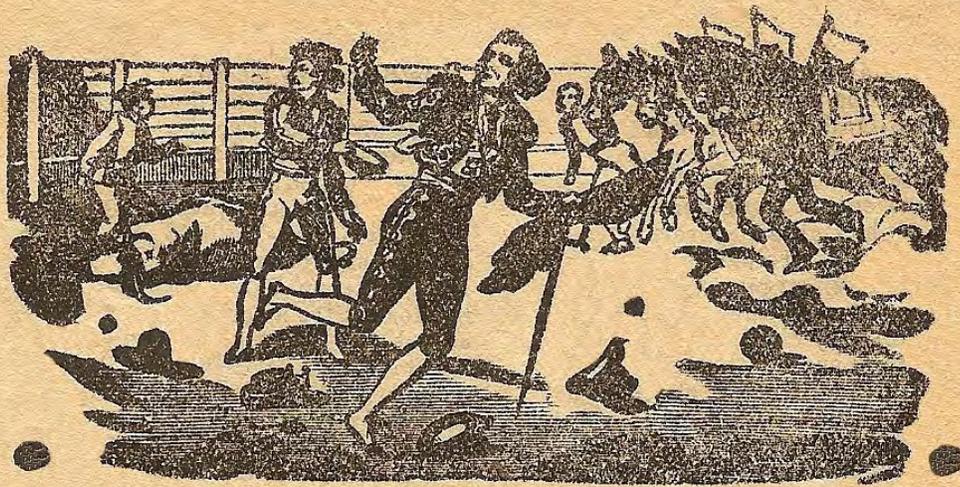
Un sarao han ordenado
cuando el rey se cristianó,
una vaca han concertado
el correr y así se halló
el rey muy acompañado.

A la reina le dan cuenta
como el rey se ha cristianado,
ella con dolor sobrado
dice: cara vaca es esta
que tan cara me ha costado.

Así Mandrona quedó
Caravaca titulada,
por el mote que le dió,
y la otra villa de Costa
Moratalla se llamó.

De Mayo el día tercero
la sacan en procesi6n
á aquella vara de Araon
que es el cielo nuestra guía
por ella hallamos perd6n.

Amén.



TANGOS DE CADIZ

DEDICADOS

A «Gallito Chico» y Belmonte

Segunda parte.

Van á alzar un mausoleo
enfrente de la torre del Oro,
recordando los nombres
de los mejores diestros de toros.
A Romero matando
y al «Chicianero» quebrando en silla,
y al bravo «Sara-ancha»
poniendo al quiebro las banderillas.
Angel Pastor matando
y á «Lagartijo con el capote,
y al valiente Frascuelo con el estoque.
Al «Guerrita», que fué el rey del arte,
en bronce nombrarle
y su busto enseñar,
y al bravo Mazzantini
de los primeros se nombrará.
Al «Espartero» le pondrán matando
y á Antonio Fuentes banderilleando;
del «Algabeño» su estoque certero,
y al «Machaquito»
dando la vuelta al ruedo.
Y en o más alto
de este hermoso mansoleo,
los sevillanos colocan como recuerdo,
para que sea esculpido
en letras de oro dirá:
—José Gómez, «Gallo Chico»,
rey en el arte de torear.

Nació en Sevilla un muchacho
de alma muy grande y de corazón,
llamado José Gómez,
que es en la plaza la admiración.
El brave «Gallo Chico»
es un torero fenomenal,
que torea los toros
como no han visto ni se verá.
Pone las banderillas
con mucha gracia y mucho valor,
siempre en los quites recibe
una ovación.
En cuanto que coge la muleta
se acerca á la fiera y un pase la dá,
de sombreros y puros
la plaza entera suelen llenar.
En banderillas pone un par al quiebro
y entre palmadas da la vuelta al ruedo,
y con la muleta vuelve tonto al toro
y el público le aclama
y le saca en hombros.
Y en la estocada
rueda el toro sin puntilla
y los pitones le rozan la taleguilla,
y entusiasmados le aclaman
por su arrojo y su valor,
al valeroso «Gallito»
que es en el arte la admiración;

Los cuatro ases del toreo
reconocidos por la afición,
son los «Gallos», Belmonte
y el valeroso y bravo Pastor.
Cuando Pastor torea
la plaza entera se ve llenar,
pues no hay ningún torero
como este diestro para matar.
El estoque en su mano
es como el rayo que cae del cielo,
da el golpe, y caen los toros
rodando al suelo.
Luego Rafael Gómez, el «Gallo»,
coge la muleta y ninguno le iguala
á dar pases de pecho
y á hacer finuras y filigranas.
Viene, señores, el bravo Belmonte,
que como el suyo no hay ningún capote,
siempre en la lidia está junto al toro,
viva este gran torero
que vale un tesoro.
También, señores,
recordamos con respeto
á José Gómez,
que es el rey de los toreros;
le coloca la afición al valeroso «Gallito»
como al torero más grande
que aquí en España se ha conocido.

En España hay un torero
que Juan Belmonte el diestro se llama,
es hijo de Sevilla,
nacido en el barrio de Triana.
Hoy la afición taurina
está toda chalada por él,
porque no han visto nunca
otro torero de más cartel.
Con el capote al brazo
causa en la plaza la admiración,
y por su arrojo recibe la gran ovación.
Al tomar el diestro la alternativa
por ver la corrida se llegó á pagar
á precios nunca vistos,
por ver á Belmonte de torear.
Salen los toros, y con su capote
arranca aplausos, vivas y ovaciones,
y en unos pases que hace tan cañidos,
le echan flores, dan palmas
con gran cariño.
Viva Belmonte, el torero de Triana,
que hoy es el diestro
más bravo que hay en España.
Viva este diestro valiente,
que si torear le véis,
veréis cómo rueda el toro
de una estocada muerto á sus pies.

De Belmonte les diré
todo el valor que ha demostrado
en las plazas de España
en este año que ha toreado.
Por la feria en Sevilla
no pudo el diestro quedar mejor,
en Madrid con «Gallito»
todo su arte desarrolló.
Luego fueron á Oviedo
los dos selitos á torear,
con el capote bregando fué colosal.
La corrida en Madrid de la Prensa
para este muchacho una gloria fué,
pues sus pases y quites
llenan de palmas el redondel.
Con la muleta él causaba asombro
y entusiasmados le sacan en hombros,
y los aplausos se oyen en Sevilla
al rozarle los toros la taleguilla.
Viva Belmonte,
que es el rey de los toreros,
con su capote ocupa el puesto primero.
Cuando en las plazas de España
saben que va á torear,
toda la afición taurina
por verle, paga un capital.

Se retiró el gran «Bombita»,
Enrique Vargas y el «Machaquito»,
pero salió un Belmonte
y su valeroso «Gallito Chico».
El «Gallito» matando
recibe al toro como Romero,
con el capote gana en filigranas
al «Chiclanero».
Poniendo banderillas
las pone al sergo, al quiebro, de frente,
tan bien como las puso
Antonio Fuentes.
Con la muleta da pases altos,
bajos, ayudados, de cambio también,
y le hacen sus faenas
que dé cien vueltas al redondel.
De Juan Belmonte el nombrarle sobra,
y á verle va á la plaza la afición toda.
Y con su capote cuando cita al toro,
vuelve con sus faenas locas á todos.
Viva «Gallito»
y el valiente Juan Belmonte,
qué hoy en la plaza
son quien reciben ovaciones.
Vivan los reyes del arte,
vivan estos sevillanos,
que son en toda la España
por sus hazañas los dos los amos.

F I N

MADRID

Universal, Travesía de San Mateo, 1.



BONITOS TANGOS

PRIMERA PARTE

Cuando nuestro padre Adán
al Señor le presentó
la familia que tenía,
buen clavo nos remachó.
Los que tenía vestidos
nada más le presentó,
y á los que estaban desnudos
en el pajar los metió.
Estos pobres desgraciados
no alcanzaron bendición
y luego se desparcieron
cada cual á una nación.
Y estos pobres desgraciados
á mi justa convicción,
los mandaron que poblaran
el pobre suelo español.

=

Ya que lo hubieron poblado
vieron que era ló mejor.
Les pasó como á los negros
le sucede en el Cantón;
los malditos descendientes
de aquel infame traidor,
que le llamaban Cain,
que á su hermano asesinó.

Ya que tuvieron noticias
de que esto era lo mejor
vinieron tambien á España
á traer la maldición.
Inventaron la escritura
y tomaron posesión,
y aquellos desventurados
quedaron en el error.

=

Pues para dar una idea
de esta corta relación,
suplico á mis *auditores*
un ratito de atención,
y verán lo que sucede
en este pueblo español.
Envueltos en la miseria
y en la desesperación,
se encuentra todo el que nace
en este suelo español.

Principiaré por las artes,
que llamaron la atención
en todas cuantas regiones
llega á calentar el sol.

Y hoy para mayor vergüenza
y más desesperación,

van pidiendo los artistas
una limosna por Dios.

El comercio vá quedando
como el bobo de Aragón,
echando baladronadas,
descalzo y sin camison.

Herreros y carreteros,
posaderos y herradores,
no lloran por dineros
como los aperadores.

Nada tengo que decir
de los pobres zapateros,
nada más que van quedando
lo mismo que confiteros.

Conque, pobres españoles,
paciencia y resignación
que detras de este mal tiempo
tendremos otro peor.

Los ricos mueren de rabia
los pobres de sentimiento
y España se vá quedando
envuelta en aburrimineto.

Mas yo no encuentro motivo
de el por qué sucede esto;
que no producen las tierras,
pues no nos abona el cielo
dándonos su bendicion,
lloviendonos á su tiempo.

La ciencia no está abanzada
desarrollado el talento;
más el talento y la ciencia
es lo que nos tiene muertos.

Por que la ciencia de España
es un potró de tormentos,
en las tierras más oscuras
en los atrasados reinos.

Las ciencias las facilitan
para el porvenir del pueblo,
y en España la ejercitan
en robar el pan ajeno.

Hoy no vive nada más
que el que es ladron y usurero,
arrendador de consumos
ó el que es cacique de un pueblo
y los demas los lacayos
que comen del presupuesto.

Y aun hay bobos que preguntan

la causa de todo esto,
y es natural, no lo saben
porque hay quien sepa mas que ellos
y no los dejan saber
ó al menos ponea el medio;
que hay dos cuocos en Madrid
que saben mas que Lutero,
y dicen: mucho conviene
que el español esté ciego,
que no entienda nuestras trazas
y nosotros jugaremos
con ellos á la baraja,
y nunca perder podemos.

¡Oh! verguenza de la España,
descubre tu oscuro velo.
y mira aquellos infames
que te tiran á deguello.

Vuelve tus ojos celestes,
vuelve ese rostro echicero
á tus desgraciados hijos
y veras á los maestros,
que son los que te dan luz,
los carteles por el suelo
y las escuelas cerradas
¿En dónde están los maestros?
unos pidiendo limosna
otros comiendo de empeño
y otros muriendo de hambre
que entre tanto presupuesto,
repartos y vagatelas,
no le alcanza nada á ellos,
y es por lo que dije antes,
conque, paciencia maestros.

Nuestra desgraciada España,
hoy parece un cementerio,
siendo la mas envidiada
que cobija el mundo entero
por sus rios abundantes
y sus fértiles terrenos,
por malos representantes
nuestra España es un infierno.

Si el general Prim viviera,
aquel hombre tan guerrero,
que mirava por su patria,
¡no sucederia esto!

Pero en España sucede

que al hombre que sale bueno,
como que no les conviene,
pronto lo quitan de en medio.

El año cincuenta y nueve
el Sultan tuvo un ensueño,
y á su parecer pensó
que era aquello por aquellos!

Vió á los moros degollar
á todos los nazarenos,
más como hombre brutal,
sin atender á los riesgos,
á Muley-abas le dió:
«toma un ejercito presto
y vete a ganar á España.»

No pensó el Rey de Marruecos
que España entonces tenía
á su León, muy despierto.
Y á un provincial que mató
caro le salió su arresto,
tenía entonces España
generales más guerreros;
hombre que su sangre era
de españoles caballeros,
pues en acciones y batallas
eran ellos los primeros
y hoy se ganan las batallas
á fuerza de los dineros
convites y conferencias,
tirándose por los suelos
una nación tan brillante.
¡Quiera dijera que el rifeño
se tenía que atrever!
Y para más sentimiento,
después de tantas injurias
tantos españoles muertos.

A un español que la sangre
no le cabía en el cuerpo
al ver su patria injuriada
y á sus hermanos muriendo
á un rifeño castigó
queriendo dar escarmiento.

Más ¡desgraciado español!
no sabes lo que te has hecho

Así que el moro dió cuenta
al pobre español cogieron!
por las orejas de un moro

dió un español el pellejo.

¡Oh! madres desventuradas
que criáis con tanto esmero
hijos para que los vendan,
lo mismo que los corderos!

Digo, con los pobres hablo,
que el rico con el dinero
que gana explotando al pobre
ni tiene Rey ni Gobierno.

Es decir; todo lo tiene,
porque todo es para ellos,
que el pobre está descuidado
de que le quiten dinero.

Mas intranquilo está así
porque no dá paso bueno
que va a ganar un jornal
de cuatro reales y medio;
no le dejan comer uno
por que ha de contar primero
que ha de pagar el consumo,
contribución, presupuestos,
las cédulas perronales,
el cuarter y otros enredos,
y arbitrios municipales.

Conque dejemos ya esto,
y pasemos á otra cosa,
porque este maldito cuento
es cuento de no acabar
y hay que darle un corte á esto.

Vamos á las elecciones
que siempre encima tenemos;
unos porque mande Juan
y otros porque mande Pedro.

Unos por no pagar nada
y otros por tomar empleo,
se presenta en tu casa
con el rostro muy risueno:

— Buenos días, Nicolás.

— Buenos días, caballeros.

— Y María ¿dónde está?

— Por hai dentro está barriendo.

— Chica no trabajes tanto,
al cabo, la vida es sueño,
y nos hemos de morir,

toma un vaso, y ves *cá* el tuesto,
traéte dulces y aguardienté

que esta mañana estoy puesto
en gastarme cinco duros...
Señores, este es mi genio.

No lo puedo remediar:
al ver yo un amigo bueno,
no miro los intereses.
—¿Te acuerdas cuando en el huerto
(tu eras del codo á la mano)
el hijo del tío Pacheco
te iba á tirar á la noria?
Yo lo cogí del pescuezo,
vamos, si no me lo quitan,
aquel día lo deguello.

—Ya te está haciendo la cama;
toma, si tienes, un leño
y échale por las narices
el bautismo que le dieron.

Oye, el demingo á las ocho
irás al Ayuntamiento
á botar por don Jacinto
que tengo yo gran empeño
que sea ese señorito
el alcalde de este pueblo.

Ese nos hará felices,
porque, al fin, tiene dinero.
= Pues yo no pedo servirle,
dispenseme usted don Pedro;
= Mira, no vengas con dones,

porque entre dos compañeros
no hay distinciones ni reglas.
= Mire usted, yo es que le debo
cinco duros á don Juan,
que me los presto este invierno,
y es cosa de agradecer.

= Todo eso son potestos;
si hubieras ido á mi casa
te hubieras traído ciento.
¿Quieres que te mande el coche,
y así irás mas caballero?

Por fin lo lleva á votar,
se fue á su casa don Pedro
y se sienta en el sillón
de esta manera diciendo:
«¡que tenga uno que acacharse
á estos pobres mendrugeros!...
pero en fin, logré lamia
y en el primer presupuesto
le he de clavar quince duros
para que pague el exceso»

Conque pobre, ya lo sabes,
cuando llegue un Farisco
á tu casa con caricias,
dale un golpe en el pescuezo,
que el aguardiente y los dulces
son el cordel de tu cuello.





BONITOS TANGOS

SEGUNDA PARTE.

Tristes recuerdos nos quedan
de la horrible inquisición
que mataban á los hombres
sin motivo ni razón.

No es menos lo que tenemos
con esta Constitución,
que hoy la muerte llevamos
siempre á nuestro alrededor.

Se entiende, todo el que nace
de un pobre vientre español;
los ricos no hay que contarlos,
como ya dije anterior,
que ellos no sirven á nadie,
y ¡ojalá quisiera Dios
que el primer rico estuviera
donde lo pusiera yo!

—
La muerte de Jesucristo
gran memoria nos dejó,
que murió crucificado
por que un Judas lo vendió;
solo por treinta monedas
vendió aquel falso traidor
al que vino de los Cielos

por nuestro Redentor.

Hoy en España tenemos
de judas más de un millon
que por menos cantidad
venden al pobre español.

Cuando la guerra Carlista
se vendió una división;
por cuatro cuartos y medio
cada soldado salió.

—
Las ventas en esta España
con frecuencia las tenemos
de la insurrección de Cuba
tenemos tristes recuerdos.

Buscando la libertad
se alborotaron los negros,
llamándose independientes
querian gobernarse ellos.

Pero presto fué de España
un hombre que es muy guerrero
y le dió corte á la guerra,
no con tiros, con dinero.

Y es de jugadores largos
jugar con dinero ajeno.

¡Oh! infelices desgraciados
que en las maniguas murieron,
por defender á la patria
peleando con los Negros;
y si hay algun licenciado,
(con dolor me estará oyendo)
que diga si ha recibido
de su haber mucho dinero.

Con un triste aboñaré
le hicieron pago al momento
que lo cobrarán sus hijos,
ó lo cobrarán sus nietos.

Si no lo cobran, ya tienen
para limpiarse el trasero
y viva España con honra
viva el Español guerrero.

—
Con la guerra de Melilla
contentos hemos de estar,
que ya tiene nuestra España
un príncipe de la paz.

Tiene lo que le faltaba,
no se le pueda dar más,

y dos cruceros de primera;
que algunos los pagarán.

Al gran capitán Ariza
veremos lo que le dan,
y á los pobres presidarios
que lucharon con afán,
y á los pobres desgraciados
que fueron al hospital
y han derramado su sangre
en el campo militar.

Cuantos pobres infelices
dirían en su agonía:

«¡oh! que situación tan triste,
si me vieras, madre mía!

Tirado por estos suelos,
mi triste sangre vertida,
esperando llegue un moro
y concluya con mi vida.

Si el hijo de tus entrañas
lo vieras en la agonía...
la sed me mata ¡Dios mío!
mis hermanos van de huida
y no pueden ampararme;

este es el fin de mi vida.

Adios, padre de mi alma
adios, hermanas queridas,
rogar á Dios por mi alma
vuestro hermano dá la vida
por defender la patria;
adios, mi madre querida...

¡Que despreciado nací!
¡que mal fin tiene mi vida!
mi alma le entrego á Dios
en mis ansias y agonías.»

A estas desgraciadas madres
les daran para que vivan,
aunque llorando, comiendo,
porque al moro que se servía
de traidor de nuestra España
le han dado garantía
mil pesetas en la mano,
vivir dentro de Melilla
y dos pesetas diarias
mientras sin orejas viva.

¡Cuantos pobres españoles
sin orejas vivirían,
si les dieran dos pesetas!
Al español le dan quina,
como que saben que tiene
calentura siempre encima!

—
España ya no es España,
que España es un matadero,
que el que nace para pobre
muere igual que los corderos
y los carniceros son
los granujas de los pueblos,
que comen sin trabajar
robando el sudor ajeno;
cabilando sin cesar
modos de formar enredos,
y como entienden de letras
viven muy bien con las ciegos.
Por eso España se guarda
de pagar á los maestros,
y si no, vamos al caso,
de lo que pasa en los pueblos.

La capital de provincia
ordena que pague un pueblo

del derecho de consumos
según, si es grande ó pequeño
diez ó doce mil reales,
que así conviene al gobierno.
Pero como los granujas
no pueden estarse quietos.
con mucha anticipación
los ves que se van reuniendo:
pero como abunda tanto
esta langosta en los pueblos
llega un día de subasta
y publica el pregonero
la cantidad de aquel año
que exige al pueblo el gobierno
Si son diez mil, salta otra:
«yo doy diez mil cuatrocientos»
y dice otro: «veinte mil»
y aque se queda con ellos

Desgraciado labrador
ya te han metido en el cepo;
si te tocaban diez duros
ahora tienes que dar ciento:
pues tienes que mantener
á una langosta sin cuento
y ellos han de quedar ricos;
y lo más triste de aquesto.
no ser dueño de lo tuyo,
y esto lo sabe el gobierno.
y dice: «cuando esto hacen
es por que pueden hacerlos»,
y por causa de los vagos
se sacrifican los pueblos.

España ha de ser de Francia
un sabio profetizó,
no sería lego el sábio
que en nada se equivocó,
que hoy en día en nuestra España
el francés es el autor
de que muchos españoles
pidan limosna por dios.
Con esos ferro-carriles
que circundan la nación
sembrando estan la miseria,
la agonía y el terror;
pues en las ganaderías,
riquezas de la nación,

como no hacen falta mulas
la crianza se perdió.

Vergüenza, España, vergüenza
miran que te estan dejando
con esos malditos trenes
deshonrada y sin un cuarto
enriqueciendo á la Francia
y al mismo tiempo gozando,
diciendo que el español
es un burro del trabajo.

Conque á España le sucede
como le pasa á aquel ganzo:
que sin entender las cartas
juega con jugar largo,
que se queda sin dinero
sin honra y desprestigiado.

—
Desgraciado labrador,
que te levantas temprano,
y al sonoro toque de alba
te sales para tus campos.
El sol sale y te ilumina,
la tutubia cantando
el ruiseñor y el gilguero
te halagan con dulces cantes,
y tu triste y pensativo
cabizbajo vas pensando
en la triste situación
que estamos atravesando,
al ver tus brillantes viñas
donde tanto has trabajado
que las tendrás que arrancar
por los malditos trabajos.

Desgraciado labrador,
¿qué mala yerba has pisado
tu que mantienes al mundo
trabajando sin descanso?
¿que delito has cometido?
¿que maldición te ha alcanzado?
¿por qué estas tan pensativo,
cuando llegas del trabajo
y tu desgraciada esposa
te recibe con halagos,
tratando de mitigar
con caricias tu cansació?
Y tu, lleno de congoja

con los ojos arrasados
por no darle que sentir
le dice: estoy cansado.

Si tu corazón se viera
debe de estar traspasado
al pensar las ignominias
que te estan atormentando.
cosas habrá en el mundo
que causen terror y espanto.
¿Acaso lo que posees
ha sido mal agenciado.
para que esta manera
hoy te estén atropellando?

Cuando plantastes tus viñas
te dieron estos malvados
dinero para el cultivo.

¿Cuando las estas cavando
se acercan esos granujas
á quitarte de las manos
al azadon con que estás
tu triste vida apurando?
Tan solo están diligentes
para ver cuando has pisado
lo que con gotas de sangre
de tus tierras has sacado,
y con sus manos muy limpias
van a sacarte los cuartos,
y si por tu mala suerte
te se vuelve el vino agrio,
puedes ir á reclamar
al tribunal de Pilatos.



BONITO Y NUEVO TANGO

TITULADO

POBRE ESPAÑA



PRIMERA PARTE

Cuando mi voz, patria mía,
tus glorias quiere cantar,
abro el libro de la historia
por las paginas de atras.

Y allí te contemple llena
de grandeza y majestad,
y sosteniendo dos mundos
en tu corona sin par.

Pero si miro el presente
dudo si será verdad,
que en tus dominios el sol
no se ocultaba jamás.

Y digo de angustias lleno
sin poderlo remediar,
que ahora tampoco se oculta
Porque apenas sale ya.

—

Por las traiciones de un Conde
don Rodrigo sucumbió,
y el árabe dictó leyes
á la española nación.

Peró alzó el grito Pelayo
de libertad, y á su voz
los hijos de Agaz cayeron
en las garras del león.

Hoy otra gente nos manda
más que el árabe feróz,
y nos impone su arbitrio
leyes y contribución.

Y sufre, aguanta y llora
el pobre pueblo español,
porque ya no hay un Pelayo
y está durmiendo el león.

Déjame España querida
cantar los nombres preclaros,
de dos mil conquistadores
que tu grandeza aumentaron.

De un Cid, un Jáime, un Soto,
de un Don Sebastián el Cano
de un Balboa; un Magallanes,
de un Cortés y un Pizarro.

Allá en la posteridad
alguno saldrá cantando
los del siglo diez y nueve
varones nobles y magnos,

que en su afán digno y hermoso
de poder conquistar algo,
conquistán para su panza
lo que aquellos conquistaron.

Un amigo que yo tengo
que es guasón como el que más;
ha trasformado un borrico
de un modo muy singular.

Le enseñó andar en dos piés.
le puso chistera y frac,
y en un banco del Congreso
sentóle al pobre animal.

Yo no sé si por el roce,
ó por verse así quizá
el cuadrúpedo orejudo
ha dado ya en rebuznar.

Mostrando de sus pulmones
las fuerzas de un modo tal,
que ha salido un Diputado
de los de la actualidad.

Hay cosas en este mundo
que no las puede uno ver,
sin soltar una sonrisa
y una lágrima á la vez.

Uno roba dos millones,
y el tribunal que lo vé,

inocente le declara
por no encontrar culpa en él.

Y otro que cogió dos reales
por no tener que comer,
como no roba bastante
para probar su honradez,
se le declara ladrón
y con grilletes á los pies
se le encierra en un presidio
por siempre jamás Amen.

Un poeta que yo trato
ha compuesto, y no se engaña,
un drama para el teatro
y le ha titulado España.

Sale en el acto primero
una caterva de pillos
y un tupé y un malagueño
hartándose á dos carrillos.

Luego en el acto segundo
sale la Industria perdida,
el Comercio moribundo
y la Justicia vendida.

Llega el acto tercero
éste inspira compasión,
salen los sabios pidiendo
una limosna por Dios

BONITO Y NUEVO TANGO

TITULADO

POBRE ESPAÑA

SEGUNDA PARTE

Por su santa independencia
vertieron su noble sangre
los nobles hijos de España
luchando con Bonaparte,
y Bailén y Talavera,
y Zaragoza indomable,
mostraron que en este suelo
no existe ningún cobarde.

Pero al ver que el pobre obrero
trabaja muerto de hambre,
y que sufrimos impuestos
y recargos á millares

para que vivan y gocen
unos cuantos holgazanes,
dudo si estoy en la España
de Daoiz y de Velarde.

—
Todo en el mundo es mentira,
todo engaño y falsedad,
todo una farsa y un dolo,
todo un fraude nada más.

La virtud solo de nombre
se encuentra en el mundo ya,
y en los hombres ya no existen
lazos de fraternidad.

Cuando hablarnos uno quiere
es que á engañarnos nos vá,
y si no engaña, es seguro
porque no puede engañar.

Sólo una verdad existe
entre tanta falsedad
que todo el mundo desprecia
aquel que no tiene un real.

—
Cuando me encuentro un soldado
siento por él compasión
al pensar que está sufriendo
del reglamento el rigor.

Pero lloro si á la guerra
marcha de la gloria en pos,
para vengar de su España
el ofendido perdón.

Y es que si acero enemigo
inutiliza su ardor,
le miro volver llorando
al suelo donde partió,

para recibir del héroe
el hermoso galardón,
pidiendo, si comer quiere,

una limosna por Dios.

—
O nos entregas la plaza,
le dijeron á Guzmán,
ó ves morir á tu hijo
que en nuestro poder está.

Y aquel padre que era un héroe,
y un modelo de lealtad,
sacrificó por su patria
el ídolo paternal.

Ejemplo tan admirable
le repiten sin cesar
los ilustres gobernantes,
que hay en la presente edad.

Sólo que éstos casi siempre
por no decir siempre ya,
acostumbran por el hijo
la patria sacrificar.

—
Que haya en el mundo holgazanes
y embusteros á granel,
que goce el rico, y el pobre
siempre esclavizado esté.

Y que tengamos gobiernos
de lo peor que hay que ver,
todo al fin, con la paciencia,
se puede pasar muy bien.

Lo que sufrirse no puede
sin la vergüenza en la tez,
es que tengamos presidios,
y con libertad esté,
la de viles usureros,
canalla, torpe y soéz,
que presta matando al pobre,
al doscientos de interés.

—
Roja y oro es la bandera
que lleva España con gloria
roja su sangre guerrera
y oro por su limpia historia.

Bandera que es respetada,
pues de todas las naciones
hoy se ve menospreciada,
manchada y hecha girones.

No te acuerdas de Lepanto,
del Callao y de Pavia.
Hoy porque te humillas tanto
prenda de tanta valía,
el corazón de ira salta
al ver con vergüenza y duelo
gloria que estuvo tan alta
que hoy se arrastre por el suelo.

FIN

MADRID.—Imp. Universal, Cabestreros, 5.



Bonita y nueva colección
de tangos

DEDICADA A LOS OBREROS DE ESPAÑA

PRIMERA PARTE

Hoy en España el obrero
es triste su situación,
obligados por el hambre
abandonan su nación.

Mientras el rico millonario
disfruta por todas partes
el pobre trabajador
se está muriendo de hambre.

Esos hombres sin conciencia
que no tienen corazón,
no protegen al obrero,
tienen triste situación.

De esa injusticia, algún día
el pueblo se vengará
y con voces de alegría
muy fuerte le gritará,
viva el honrado bracero
y muera la falsedad.

España, patria querida,
nación noble y generosa,

hoy te ves sacrificada
siendo tú tan poderosa.

Porque tus opulentados
llevados de la ambición,
no protegen al obrero
ni miran por la nación.

Cuantos padres de familias
se les ven hoy implorar
limosna por no tener
donde ir a trabajar.

Que triste es la situación,
para el desgraciado obrero,
en España los trabajos
todos se dan por empeños
y el que no tiene influencias
se muere de sentimiento.

Trabaja el pobre bracero
todo el día sin cesar
en el campo como esclavo
por un mísero jornal.

Siguiendo de esta manera
no se puede sufrir más,
solo se ven en España
hambres y calamidad.

Parece el arrendatario
y el mediano labrador
sufre rentas y consumos
y la gran contribución.

Se vá poniendo la España
de día en día peor
si la cosa no varia
en nuestra pobre nación
todos vamos á quedarnos
como el gallo de Morón.

En esas grandes naciones
el obrero vive bién,
allí se protege el arte,
todos ganan de comer.

Se protesta la vagancia,
aquí no sucede así,
se dá al obrero un jornal
para que pueda vivir.

En nuestra infeliz España
todo resulta al contrario,
se protege la vagancia
se desprecia al hombre honrado.

Allí trabaja el obrero
y se gana un buen jornal
y no necesitan empeños
para ir á trabajar;
allí no vive el cacique,
lo que reina es la verdad.

Mira tú si yo á tí te querré
que vieron si me ablandada
con un relojito de esos de pulsera
y se lo tiré á la cara.

Repara, escucha y verás
esta caribita tan chiquiritibita
que á tí te hacía prevaricar.

Campanas la de la Vela
campana que toca á gloria.

campanas por que te quiero
campanas por que me a loras.

Golondrina que cruzas el aires
día que venga enseguida
que sus labios rocen con los míos
y me devuelva la vida.

Repara, mira y verás
esta caribita que repalidita
desde que ella á mi lado está.

Campanas dila que venga
campana que aquí la espero
campana que si no viene
campana de pena muero.

Ay, que pana que tengo
sin tener padre ni madre
y esa hembra se va de mi vera
y calor no quiere darme.

Repara un poco y verás
en este gitanibito quedescosolidibito
se queda niña si es que tu te vas.

Campana que no se vaya
campana por compasión
campana que me ha robaito
campana mi corazón.

Una niña fué á una tienda
á comprar un batidor
le sacaron un paquete
y ninguno le gustó

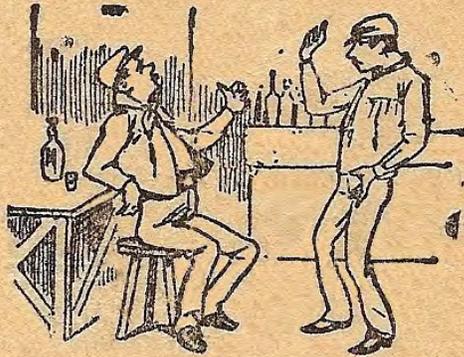
Y el pobre del dependiente
enfuriado y aburrido
tuvo que darle á la niña
uno que tenía escondido.

Yo conozco á una muchacha
que por comprarse un corsé
pasa toda una semana
sin almorzar ni comer.

Y por las tardes se iba
al jardín á pasear
y allí las horas pasaba
hablando con su galán.



FIN DE LA PRIMERA PARTE



GUAJIRAS MADRILEÑAS

cantadas por el niño Cabra en el Café de la Marina

PRIMERA PARTE

Ausente del bien que adoro
mi corazón siente pena,
y mi alma se enagena
resentido mi decoro;
lágrimas de sangre lloro
en ver mi mala fortuna,
te quiero más que a ninguna,
es la verdad que lo siento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj la una*.

No puedo pasar sin verte,
hermosa flor de las flores,
pero tendrás mis amores
desde ahora hasta la muerte
aunque negra mi suerte
iré de tu vida en pos;
pero bien lo sabe Dios
que hasta los minutos cuento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las dos*.

Tú eres mi vida, mi alegría,
mi esperanza y mi consuelo,
tú eres un ángel del cielo

que ilumina al alma mía:
te quiero más cada día
como bien claro lo ves
tanta mi desgracia fué
que exhalo penas al viento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las tres*.

Triste está mi corazón
porque nunca lo quisistes,
nadi hiciera lo que hiciste
ofuscado en tu corazón;
tú eres mi dulce ilusión
sabiendo que te idolatro
triste estoy en el Teatro,
en la Iglesia y en Convento,
porque eres mi pensamiento.
cuando *da el reloj las cuatro*.

Tu amor me hace vivir
solamente en este mundo,
y con silencio profundo
solamente pienso en tí,
sintiéndome estoy morir
y desatinado brinco,

te quiero con más ahinco,
es la verdad que lo siento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las cinco*.

Tù eres, alma mía,
un serafín que venero,
ya no hay labios que pronuncien
lo mucho que yo te quiero;
tù eres un ángel del cielo
la que adoro noche y día
te quiero más cada día
como bien claro lo ves,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las seis*.

Ni á tu precioso arrebol
ni á tu hermosura te gana.
eres la más bella dama
envidia del mundo entero;
tus ojos son dos luceros
que iluminan noche y día,
tan grande es la ilusión mía
que no puedo pasar sin verte,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las siete*.

Ese rui señor parlero
que brinda con sus amores
y cubre de hojas y flores
á su esposa placentero,
eres un bello lucero
almibarado bizcocho,
por tí madrugo y trasnocho
y contigo estoy contento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las ocho*.

Es tan grande mi pasión
que tu amor es mi locura,
hecha está la sepultura
para depositar mi amor;
eres una hermosa flor
que hechizas al mundo entero;
cuando me miras con ansia
á mi corazón conmueves,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las nueve*.

Ni las cristalinas aguas

de aquel precioso arroyuelo
le da mis penas consuelo
cuando estoy lejos de tí,
sólo quiera de tí
tenerte á la vera mía,
adorando tu querer,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las diez*.

Ni el oloroso jazmín
ni la fragante azucena,
ni la preciosa verbena
ni el encarnado carmín,
ni el más bello serafín
rompe de mi amor el goce
de ese marfil y bronce
he de hacer un monumento,
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las once*.

En fin, hermosa deidad,
bello serafín del cielo,
dale á mis penas consuelo
y ven á ver la verdad;
te quiero con ansiedad
mientras que mi amor rebose,
deja que ~~el tiempo~~
aunque me muera al momento
porque eres mi pensamiento
cuando *da el reloj las doce*:

Paseándose un tronera
por la Puerta del Sol,
díjole á una castañera:
Encienda usted el farol
que quiero ver las castañas
de qué clase son;
cuando ella muy enfadada,
resuelta y tirana,
le dijo al guasón:
Es que burlarse piensa de mí
se larga pronto usted de aquí;
á lo contrario, hablo formal;
llamo enseguida á un municipal
que las castañas que busca usted
yo no las tengo ni las tendré,
y si de tal clase pretende encontrar
váyase á buscarles allá la melar.

SEGUIRIYAS GITANAS

Compañera mía;
mira por quererte
cómo me veo aborresio
de toa mi gente.

Por esos munditos
me yaman er loco;
ar que tiene la curpa e mis ma
yo bien le conosco. [les

Yo no sé por dónde
ni por dónde no
se m'ha liao esa soguita ar cuer-
sin saberlo yo. [po

¡Malhaya er dinero,
que er dinero es causa
que el gitano que quiera de ve-
se marche de casa! [ras

Porque yo me naje
no sientas ni yores
que es er pago, compañera mía
que damos los hombres.

Le dije a la luna
del artito sielo
que me yevara siquiera por ho-
con mi compañero. [ras

Un día por verte
dinero yo daba;
compañerita, ahora por no ver-
yo güervo la cara. [te

MALAGUEÑAS

Dame un peasito e pan
mascadito e tu boca,
me servirá de salú,
que m'estoy gorviendo loca.

¡Mala puñalá te peguen
en mitá del corasón,
que lo que has hecho conmigo
no tiene perdón de Dios!

CANTARES

No sé lo que tienen, madre,
las flores del camposanto
que cuando las mueve er viento
pues e que están yorando.

Por ti perdí mi alegría,
por ti perdí mi reposo,
y ahora que me ves perdío,
serrana, te vas con otro.

En tus ojos hay un cielo,
en tu boca un paraíso,
un jardín en tus mejillas
y en tu boca un cocodrilo.

Sien años después de muerto
y de gusanos comío
habrán de hallar en mis güesos
señal de que t'he querío.

Me quisiste y bien te quise;
me orvidaste y te orvidé;
¿y pa qué dices ahora
mala puñalá te den?

Te quiero porque te quiero
y porque me da la gana;
te quiero porque me sale
de los redaños del alma.

Que las estreillas del sielo
caigan sobre mí a miyares,
si yo dejo de quererte
para darle gusto a naide.

Cada ves que paso y miro
la puerta der camposanto
le digo a mi cuerpesito:
«aquí encontrarás descanso».

Málaga tiene la fama
del vino y del aguardiente,
de las mujeres bonitas
y de los hombres valientes.

por "EL SEVILLANO"

FANDANGUILLOS

La mejor del mundo entero,
Sevilla es la capital,
la tierra de la alegría,
del canto y del vino bueno
y la guitarra bravia.

Es un barrio muy flamenco
el barrio de San Bernardo
no existe la cobardía
y salen buenos toreros
con arrojo y valentía.

Es del mundo el más valiente
el ejército español,
tiene siempre un gran tesón,
cuando tratan de ofenderle
pone en alto su pendón.

Que tiene alegría y gracia
la Macarena es un barrio
porque por patrona tiene
la Virgen de la Esperanza,
la madre que bien nos quiere.

Donde se canta flamenco,
Triana, barrio cañí,
donde se aprende a bailá
y se bebe vino bueno
de superior calidad.

El resplandor de la luna
que da en el Guadalquivir
no brilla con el fulgor
como la que está en San Gil
con su cara de dolor.

Madre mía de la Esperanza
la más bella criatura,
luz risueña de alborada;
tu eres esencia pura,
madre de Dios consagrada.

SAETAS

Eres azahar y claveles,
eres la reina del cielo,
por siempre bendita eres,
madre de los macarenos,
esencia de las mujeres.

Con un pesado madero
va el Cristo del Gran Podé,
tres veces ha caído al suelo;
no se puede sostener
del martirio que le dieron.

Madre mía de la Esperanza,
la del barrio trianero,
eres azucena blanca;
madre Jesús nazareno,
celestial pura y sin mancha.

Enclavao va en la cruz
Cristo de la expiración,
ante de que mueras tú
echanos tu bendición,
pide por nuestra salud.

Silencio pueblo cristiano,
silencio por un momento,
que ya Cristo va a expirar;
prepararle el sudario
para poderlo enterrar.

Eres paloma del cielo,
Santisima Virgen pura,
la madre del Nazareno;
tus ojos llorosos están
de tus grandes sufrimientos.

La Virgen va extraviada,
loca de tanto penar,
camino va del calvario
porque le ha dicho San Juan
que Jesús está agonizando.

Desengaño TANGO Serenata veneciana

Música de Manuel Palos

Yo creí en tus palabras,
yo creí en tus promesas
y en tus locos juramentos
de ternura y de pasión.
Y como una rosa pura
encendida y perfumada
una noche inolvidable
te entregué mi corazón
Desde entonces por desgracia,
he llorado mucho, mucho,
he llorado amargamente
por tu engaño y por tu maldad.
Y hoy voy, ciega en mi camino
con el alma hecha girones
pareciéndome imposible
tu terrible deslealtad.
Perdón hoy me pides
me pides perdón
sin ver cómo sangra
mi fiel corazón.

No ves que a mi pecho
le ahoga el dolor
no ves que de angustia
se muere mi amor.

Perdón hoy me pides
me pides perdón,
sin ver que has matado
en mí la ilusión.

Ya no, no te acerques
y sufre por mí
los mismos tormentos
que yo padecí.

Todo aquel que a hierro mata
es verdad que a hierro muere
y por eso estoy segura
de que así tú morirás
porque ciego y confiado,
sin pensar en su falsía,
a un cariño traicionero,
alma y vida le dara.

Sufrirás lo que he sufrido
sentirás la misma angustia,
y llorando como un niño
volverás, temblando, a mí,
pero ya no habrá remedio
porque yo ya te he olvidado
y a otro hombre noble y bueno
para siempre ya me uní.

Bajo la luna clara que hay en Venecia
y en las azules aguas de sus canales
cantaba un gondolero con dulce acento
este lamento mientras bogaba:

Veneciana, el influjo de tus ojos,
tan azules como el mar,
veneciana, me embriagaron locamente
y por siempre te he de amar.

Veneciana, en mi góndola te espero
para hablarte de mi amor.

Veneciana, no desprecies mi cariño,
porque muero de dolor.

¡Oh, oh, oh, oh!

Veneciana, por un beso de tu boca
mataría sin piedad.

Veneciana, ven y calma con tus labios
mi pasión y mi ansiedad.

Bajo mi cielo andaluz

Pasodoble-Canclón

La luz de ese cielo de mi Andalucía
es como el reflejo de un fino cuchillo
y hasta la guitarra canta y vibra sola
con el sortilegio de algún fandanguillo.
Su luz, como sonrisa de alegre campana
en la maravilla de su esplendor,
es como una copla que el aire desgarrar,
bajo la riada de su claro sol.

ESTRIBILLO

Cielo andaluz el de las luces de mayo,
el que lleno de alegres risas mi patio,
cielo andaluz de incomparable esplendor,
bajo tus luceros son dos bandoleros
ojos de un rostro español.

La fiebre en la sangre, el alma en los
ojos;
en lo alto la luna, el vino en la caña,
el que no ha vivido la noche andaluza
que no diga nunca que vive en España,
que no diga nunca que oyó alguna copla
ni diga tampoco que sabe querer
si no se ha embriagado de noche anda-
mirando los ojos de alguna mujer. [luza

Rubia

Pasodoble

Letra: F. Campos Música: V. Crespo

Como arrancadas de oro
tu linda cara adornando,
son tus rizos mi mayor tesoro
y por él estoy penando.
Los vivos reflejos
de tu áurea cabellera
me tienen loco de amor.
Si por la calle veo una rubia,
siento el recuerdo de tu bello pelo
y me pongo a cantar.
Rubia es como usted
la nena bonita que con sus ojazos
las penas me quita.
Rubia es como el sol
la que adoro yo,
y entre sus cabellos de oro
lleva prendido mi corazón.
Aunque no ha sido pintada
ni por Romero de Torres,
no es por eso menos española
la mujer de mis amores.
Por eso te quiero,
por ser rubia y española,
amor de mi corazón.
Cuando en la calle luces tu garbo,
todos los hombres,
al ver tu figura, te cantan así:
Dicen que tiene veneno
los cabellos de las rubias;
dicen que tienen veneno
aunque estén «oxigenaos»;
cabellos de rubia quiero,
hasta morir, «envenenao».

Un alhelí

Rumba

Letra de E. Roca Música de J. Rogent

Tus palabras creaban mundos nuevos
llenos de fantasía,
por donde deslizaba nuestra vida,
como si fueran ciertos
los jardines y flores de aquel sueño
tan amados para mí.

De aquel jardín que un día fingiste,
de aquel jardín de falsa pasión,

un alhelí azul me ofreciste
y yo lo prendí en mi corazón (bis).
Sin sospechar que tú me mentiste
al ofrendar con afectación
un alhelí que tan sólo existe
en el jardín de tu perversión.

Qué bonito es el querer

En un patio moruno
que hay en Sevilla,
una noche de fiesta
lo conocí
y al mirarme en sus ojos,
negros muy negros,
comprendí que el mosito
me amaba a mí.
El patio adorna
con plantas y flores,
le daba a la fiesta
un vivo esplendor
y al son de guitarras,
el cante flamenco
dejaba sentirse
más hondo el amor.

(ESTRIBILLO)

Qué bonito es el querer
cuando es querer de verdad,
si al nacer de buena fe
no conoce la maldad
y alegra los corazones
pa darle felicidad;
qué bonito es el querer
cuando es querer de verdad.

II

Ha pasado algún tiempo
y aquel mosito,
que una noche de fiesta
yo conocí,
vino a hablarme de veras
ante mi reja,
con cara sonriente lo recibí.
Ahora las horas se pasan volando
sin que haya un mal rato que enturbie
llegando a nosotros [el amor
el eco del cante
que oyera en la fiesta
de vivo esplendor.

(AL ESTRIBILLO)

LAS LABRADORAS



BONITA JOTA

Una moza labradora
he de elejir por mujer,
donde yo meta el arado
ninguno lo ha de meter.

Quiero una mocita
de estas labradoras,
con el pié chiquito
pantorrillas gordas.

Con gracioso talle
rostro seductor,
más fresca y más tierna
que una coliflor.

—
Guárdame niña hechicera
de tus encantos la flor,
y ten cuidado en las eras
no te la pique un gorrión.

Mira que no faltan
pollos y gorriones,
con el pico largo
por esas regiones.

Que si te descuidas
y á solas te vén,
más que picotazo
será el que te dén.

—
Todas las mocitas tienen
en su jardín un clavel,
donde acuden las hormigas
como abejas á la miel.

Ten mucho cuidado
niña de esa flor,
porque las hormigas
el demonio son.

Siempre por las eras
rebuscando ván,
y por la gatera
entran al desván.

—
A nadie entregues hermosa
la llave de tu jardín,
si no quieres que te rompan
el tiesto que hay por allí.

Echate el cerrojo
con la cerradura,
que hoy para mujeres
no hay llave segura.

Que si te descuidas
abren el zaguán,
y una vez abierto
no lo cierras más.

—
Son tus ojos hechiceros
como los rayos del sol,
al campo dan alegría
y á las espigas vigor.

Donde tu los fijas
labradora hermosa,
nacen a porffa
las mejores rosas.

Y cuando clavados
en tu novio están,
tocan á arrebató
en la parroquial.

—
Una vieja con dinero
es una gran proporción,
hoy que la carne vá cara
sienta muy bien el jamón.

Pero la jamona
siendo ya muy vieja,
tiene el higo lacio,
seca la pelleja.

Para mi costilla
no la quiero yo,
que comer cordilla
nunca me gustó.

—
Las sastras y las modistas
son mozas de mucha sal,
pero en polvos y en cintajos
se gastan un dineral.

Yo sé de una sastra
recien casadita,
que el jornal se gasta
la mitad en cintas.

Lleva mucho lujo
y el marido vá,
como por el mundo
fué San Sebastian.

—
La que se case conmigo
con condición ha de ser,
de que ella pague los gastos
y gato limpio me dé.

No sea como otras
la muy zalamera,
que me traiga rota
la chocolatera.

Como tengo olfato
muy particular,
por conejo gato
no quiero tomar.

—
Labradora de mi vida
contigo me he de casar,
para que vayamos juntos
las viñas á rebuscar.

Y entre los viñedos
léjos de la gresca,
los dos pasaremos
los días de fiesta.

Y como te estimo
con gran frenesí,
el mejor racimo
será para tí.

—
Tienes una tomatera
y yo tengo un pepinar,
haremos una ensalada
que el dedo te has de chupar.

Vá caro el tocino
para el jornalero,
comerás pepinos
pero no carnero.

Y con el tomate
de tu tomatar,
un gazpacho haremos
que te ha de gustar.

LA CONFESIÓN ●● ●● DE UN GITANO

DIÁLOGO REPRESENTABLE EN VERSO

— POR —

Manuel García
(EL MINERO)

PERSONAS { Un Gitano
Un Cura

(LA ESCENA EN CUALQUIER PARTE)

Gitano.—Pare, vengo a confesarme.
Cura. —¡A confesarte?!
G. A eso vengo.
A ver si quie osté escucháme
y de gratis perdonáme
los pecaiyou que tengo.
C. ¿Eso es cierto?
G. Se lo juro.
C. Al confesionario iremos.
G. No... que allí está mu oscuro,
este sitio es más seguro
que aquí la cara nus vemos.
C. Arrodíllate.
G. Tampoco.
que esa es mu mala postura,
aunque estuviera yo loco,
aquí de pié Señó Cura,
si no casín me las toco.

- C. Algún angel te ha inspirado
a que busques confesión,
ven, acércate a mi lado
cuéntame en lo que has pecado
que Dios te dará el perdón.
No vaciles.
- G. (¡Ay, qué tío!
y que güen cachorro está!
- C. Venga, cuéntame, hijo mío.
- G. Pare... si es que no me fío
de isirle a osté la verdá.
- C. ¿Temes que yo te delate?
El confesor no hace eso.
- G. Si osté hisiera un hisparáte
le echaba mano al gasnate
y lo ejaba patitieso.
- C. No tengas miedo, hijo mío,
tus secretos guardaré.
- G. (Várgame ande me metío,
en fin, se los contaré,
su peyejo guarda el mío.)
Tengo yo unos pecaiyou
regüertos con pecaotes,
unos como como borriquiyou,
otros son más grandesiyou
como mulas de grandotes.
Y tengo argunas cosiyas
que ya no las pueo aguantá
porque me jasen cosquiyou,
y si es en lo de anfaná.
Pernales se queó en mantiyas.
- C. Dime todos tus pecados
sin ocultarme ninguno
perfectamente explicados,
y no tengas miedo alguno,
que ellos serán perdonados.
- G. Pues prepárese a escuchá,
pero dimpués, ¡mucho ojo!
no vaya osté a esembuchá
miste que si yo lo cojo
ni Cristo lo va a salvá.

- C. Empieza tu confesión
sin miedo a que yo te venda;
con humilde contricción
y proposito de enmienda,
no hay pecado sin perdón.
Dime; ¿tú sabes rezar?
- G. Naica.
- C. ¡Válgame Dios!
Hijo, para confesar,
por el rezo hay que empezar.
- G. Pos... rese osté por los dos.
- C. Bien, empecemos el rezo;
ves tú diciendo conmigo:
Yo pecador me confieso.
- G. Pare, yo no entiendo deso.
- C. Repite lo que yo digo.
- G. Miste, Pare menos lío,
Ya le icho que no sé,
conque vamos al avío,
que sino aligera osté
me najo po ande he venío
Ya está dicho, yo no reso
poique en mi vía he resao;
si hay que resá no confieso,
y me yevo mis pecaos
que me jasen poco peso.
- C. Hombre no seas así
no te impacientes, ten calma,
que yo rezaré por tí,
para conseguir así
la salvación de tu alma.
Empieza ya; ves diciendo.
- G. Miste; yo juí una mañana
cuando estaba erdía rompiendo
y me encontré a mi gitana
que... se estaba divirtiendo.
Era un gachó que vestía
lo mesmo que viste osté
con erque se divertía,
y al verme entrar ¡madre mía!
se giñó ensima. ¡Chipé!

Yo iba un poquiyo mojado
pero no me arrebaté,
cogí ar mono disfrasao
y por lo arto del tejao
a la calle lo largué.
Eya encomensó á gritá
y yo por que no gritara
le largué una gofetá.
que argo más e la mitá
se perdió é la cara.
A los gritos infernales
que sortaba el amor mío,
acudieron los curiales
a recogé los quiiales
que entavía no han paesío.
Se echaron ensima emí
lo mesmico que chusqueles,
pero yo no me encogí,
le dí aire a los pinrreles
y como un rayo salí.
Tomé viento y me largué,
ya en la caye ar primer paso
con un chuti me topé,
y de un solo puñetaso
sin narises lo egé.
Aqueyo jué ma sonao
que en Toleo la campana
y quee recomendao
pa bailá la sevyana.
con un gori, en un tablao.
Ende aquer mardito día
no me ejaron pará,
como se me perseguía
por ganarme la comía
juí y me dediqué afaná.
Mangué un poyino en Lucena,
una jaquiya en Carmona,
una muleta en Purchena
dos mulos en Estepona
y un cabayo en Tribugena.
Usando las mañas mías

y sin pecá de inoransia,
me gise en mu pocos días,
hombre de gran importansia
tratante en cabayerías.
Cuando menos lo pensé
me giso traisión un juas
me escurrí y lo escabeché;
y entonces me ediqué
afanar cosas menuas.
A un fraile mu gordinflon
desos que cantan en coro,
al darme su bendición
le afané una cruz de oro,
tres duros y un medallón.
Me recogió un ermitaño
una noche de aguaceros,
no queriendo jasé daño
me yevé dos candeleros
y una bandeja de estaño.
Entré a una iglesia a rezá
y en un rincón me escondí,
cuando me quise marchá
se vino detrás emí
to lo que habia en el altá.
A una virgen le peí
los pendientes y un aniyo
y ella me ijo que sí,
y los cuartos der sepiyo
que también los recogí.
He sío mu aprovechao
y he tenío mucha maña,
y no hay feria ni mercao
en toítica la España.
ande no maya empalmáo.
A un perro un coyar quité
que paesía de plata,
cuando a venderlo yegué
y ví que era de ojalata
busqué al perro y lo maté.
Me encontré a un Cura en un prao
que se empeñio en confesame,

- dimpués de oirme asustao
no se atrevió a pedoname
y lo enterré en un sembrao.
¿Qué? ¿Qué tal la confesión?
- C. Flaquezas del sér humano.
G. ¿Me dará la solusión?
C. Sí, hijo, y Dios Soberano
te concederá el perdón.
G. Entonces voy a seguí.
C. ¿Te queda más todavía?
G. Claro está, Pare que sí.
C. Déjalo para otro día.
G. Cá... yo no güelvo a vení.
C. Pues entonces aligera.
G. Voy aligerá; escuche.
Pare, pues yo no quisiera
que se queara en er búche
ni un pecaiyo siquiera.
Como soy mu güen cristiano,
tengo mieo a condename.
y por más que soy gitano
quiero dertó confesarme
aver si la gloria gano.
- C. Sigue; pues, pero abreviando.
G. Está bien, abreviaré;
ya sabe osté que afanando
la manduca me gané
cuando no púe, engañando.
Que, poande quiera que juí,
lo que púe ma apropié,
que a naide un chavo le dí,
y ató erque se arrimó amí
güen recuerdo le ejé.
Que nunca mieo he tenío
siendo en toitico listo
y que ande yo me metío
lo que mis ojos han visto,
mis manos lo han recogío.
- C. ¿Queda más?
G. Sí, una aventura
de una vez que juí a empalmame

- a un pueblo de Estremaura,
y al no tené que yevame
me yevé... al ama del Cura.
- C. ¡Oh! No tienes salvación,
poder salvarte no esperes.
- G. Si le a entrao a oste quemason
- C. ¡Desdichado! Esas mujeres
sagradas del todo son.
- G. No lo sabía eso yo;
pero en fin, seme figura
de que a osté se le olvió,
que jué también otro Cura
er que a mí me la quitó.
Güeno, yo ya he terminao.
¿Pue osté perdonarme, o no?
Poique si queo condena
con osté voy a jasé yo
lo que con aquel del prao.
- C. Sí, sí, sí, te absolveré,
aunque esto es muy grave.
- G. Pare.
ya está gecho, ¿qué quie osté?
Por la gloria e mi mare
que otra ves no lo jaré.
- C. Yo te perdono, hijo mío,
de Dios en el Santo nombre;
que procurarás confío
desde hoy, ser un buen hombre.
- G. Eso yo siempre lo he sio.
- C. Ya estás listo, márchate.
- G. Pare, ¿y la penitencia?
- C. Yo por tí la cumpliré.
- G. Que güenisímo es osté,
ya ma limpieo la consensia.
Pare, ahora que macuerdo,
yo, no se si gorvere,
y por si acaso me pierdo
y no lo güelvo a osté a vé
quiero que me dé un recuerdo.
- C. ¿¡Un recuerdo!?
- G. Claro está:

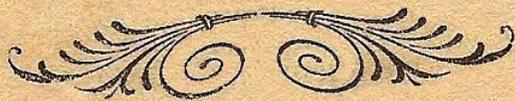
yo tengo muchos apuros,
ni ayer ni hoy gané ná,
quió que me dé osté dos duros
paque me puea najá.

C. Tómalos y vete ya.

G. (Bárgame qué tonto he sío,
gecho una barbariá,
si más le hubiera peío
lo mesmico me lo dá.
Güeno, ya estoy arregláo
y dirán que no soy piyo,
que bien me la he governao
dos duros en er borsiyo
y limpio de tó pecao.)

C. Pare, me voy a marchá,
que se conserve osté güeno
si otra ves güelvo a pecá,
cuando tenga er saco yeno
gorveré aquí a confesá.
Adiós, hijo, buena suerte,
y que te conserves bien;
que Dios quiera protegerte,
(y que yo no vuelva a verte
por siempre jamás amén.)

Manuel Garoía Tortosa.





LA FLOR MALAGUEÑA

Pasillo andaluz ejecutado por Aurora, Manuel y D. Cosme.

SALE AURORA.

A.—Qué vía tan arrastrá
tener que aguantar á un tío;
¿qué delito he cometido,
válgame la Soleá?
¿Qué tenemos con que esté
lo mesmo que una marquesa?
¿Pa qué quiero esas riquezas?
Que se las guarde paé.
¿El moso pa quien nasí
no poderle yo jabrá?
¡De cierto me voy á joicá!
¡pa qué me sirve er viví!

Mi tío me quié casá
con un señó, ya se vé,
er gachó avilla lovén,
pero pa mí no será.
Mal fin tenga el interés
que causa tanto ruío;
en avillando parné
sacrifican á una mujé
man que sea con un judío.
¿No dá mieo, puñalá,
hasta el pensarlo? ¡Me jundo!
Estando Manué en er mundo
pa él seré yo y na más.

Es la fija, como Dios,
si mi tío se emperra,
más bien le jago la guerra
á Roma se vá por tóo.

SALE D. COSME.

-Qué alegría, sobrinita,
sé que acaba de llegar D. Carlos.

A.—¿Quién ha mandao que venga?
Pues lo gracioso será
cuando tenga que najarse
como ha venío.

C.—Se verá.

A.—Pero, señó, qué apretao;
¿tengo yo el pesqui perdío?
A dónde voy á pará
con un hombre é cartulina,
teniendo, ¡juí, puñalá!
el rey de la Andalucía,
con más fuego que un volcán,
un moso sin bulería;
que por aonde quiá que va
va derramando la gracia,
y es el hombre más juncá
que la poerosa mano
de un divé pudo formá,
y ese ha de ser mi marío.

C.—No señora, no será;
será tu esposo D. Carlos;
tu boda se arreglará
en el día de mañana.

SALE MANUEL.

M.—Señó, beso á osté la mano;
supe que estaba osté malo
y me paeció rigulá
el jaserle una visita.

C.—Gracias, se puede marchar
y no volver á esta casa.

M.—Está mu bien, se jará;
pero antes ascuchosté
lo que le voy á jablá:

ya que osté sa franqueao
tengo mi cuenta ajustá
pa casarme con mi Aurora,
y eso no lo ha de estorbar
ni tampoco el susum-corda,
¿está osté? Porque está chalá
po esta presona, si no
que lo diga, que ahí está,
en aquerando que no,
dilo tú, boquita é corá.

A.—Tres veces he dicho que sí
y dos veces están de más;
soy reina por la palabra.

M.—¡Cómo tenía é faltá!
Lo estaste oyendo, ¡Jesú!
¿Si le chavea me quiere
lo pueo yo remediá?

C.—Ya le he dicho que se marche,
porque si no, voy á...

M.—Pero, señó, ¿en qué queamos?

C.—Que se retire le digo,
si no quiere dar lugar
que lo eche á puntillones.

M.—Pues me gusta la toná,
¿conque á puntillones, eh?
Porque me quiero casar
con mi Aurora; bien, señó;
yo le juro que será,
quierasté ó no, mi mujé;
adiós, mosqueta temprana.

A.—Adiós, Manué, que soy tuya
hasta el juicio final.

VASE MANUEL.

C.—No conoce la educación.

A.—Míosté, tío, elante é mí
no quiero que jable osté
malamente de ese moso,
que vale más mi Manué
que tóos los hombres nasíos,
que nascan y puean nasé.

Conque sierre osté er piquito,
que más se aelanta, estaté,
con una gota é jarabe
que con una arroba é jíé;
y nasí para quererlo
y lo tengo que queré
hasta que me quee pelá.

C.—Pero si es un tuno, ¿no lo ves?

D. Carlos te hará feliz,
pues además de tener riqueza
es muy fino, y representa
buen papel en la ciudad.

A.—¡Válgame un divé!

¿Pa qué quiero esa riqueza?
Que se la guarde pa él,
yo quiero morir de hambre
al lado de mi Manué;
que cuando dos se camelan,
aunque no avillen parné,
no se acuerdan en la vía
de comé ni de bebé,
ni tienen calor ni frío,
y siempre están mu contentos,
eso lo jiso un debé:
que más engorda el amor
que las galas y el lovén;
es la pura, tito mío,
esas cosas han de ser
á gusto de los chaveas,
que lo demás es vulipén.

C.—Maldita tu jeringonza,
que no puedo comprender
una palabra siquiera;
qué quiere decir lovén,
pesqui, manjase, chavea,
¿qué lengua es esa, mujer?

A.—¿El lenguaje de la grasía,
no lo chana su merced?

C.—Maldita de Dios la cosa.

A.—Pues yo se le explicaré:

tóo esto quiere decir
que Manué nasió pa mí
y yo nasí pa Manué.
¿Qué tal me he explicao, tío?

VASE D. COSME.

Cuarquiera se vuelve atrá
habiendo dicho que sí;
ó el mundo se ha de jundí
ó le tiene que tragá,
como el reló, ¡puñalá!
se vá tirá de las greñas;
como tenga yo é sejá,
primero me tiro al má;
salero, soy malagueña nativa,
del barrio é la Triana,
con el cielo mas juncá
que tiene España, salero.
¿Habrá tierra, caballero,
como ésta? ¡Qué ha de haber!
¿Y las mozas?... ¡Mare mía!
Son luseros, ¡zás! me jundo,
cuando está ascura to er mundo
en Málaga es medio día;
vaya una tierra barí,
es la mejor que se jiso,
quien quiea estar en el paraíso,
salero, que viva aquí.

SALE MANUEL.

M.—No temas, Aurora mía,
que aquí tienes á tu Manué
como un bronce pa queré,
y el que por tí da la vía,
estrella del Mediodía,
perlita de mil colores,
jardín sembrao de flores
¡Jui, qué jembra, mare mía!
Quisiera pa tí tené
el Potosí en esta mano
y tóo el imperio otomano
pa jacerte reina de él,

y yo sentarme á tus pié
 contemplando con sentío
 ese cuerpo bendesío
 y esa cara de amapola,
 pa endiñarle en la chirola
 á ese purí de tu tío;
 yo nasí para quererte,
 manajo é clavellina,
 rayo de sol, cara divina,
 porque lo jiso mi suerte.
 Manque no quiera tu gente
 ese cuerpo ha de ser mío,
 porque me tienes partío.
 Deja tú roar la bola,
 que le he diñá en la chirola
 á ese purí de tu tío.
 Conque así, no tengas pena,
 esconchaíto de oro,
 que no quiero más tesoro
 que ver tu cara, morena;
 esencia é yerba buena,
 sin tu quereré estoy perdío;
 ya verá con qué sentío
 he de armá una carambola
 pa indiñarle en la chirola
 á ese purí de tu tío.

A.—Maoliyo, me has matao
 con los dichos de tu boca,
 de la alegría estoy loca,
 ¡viva tu cuerpo, salao!
 ¿Quién me separa é tu lao,
 quién aesé, Maoliyo mío,
 siendo el dueño é mi albedrío?
 Dise bien, dale á la bola
 pa indiñarle en la chirola
 á ese purí de mi tío;

pa ti seré yo na má,
 porque á tu lao, salero,
 siento yo un jormiguelo
 y un gustito, ¡puñalá.
 si no me pueo explicá,
 que se me guilla el sentío;
 conque así, moreno mío,
 toma mi alma toa,

(*se abrazan*)

pa indiñarle en la chirola
 á ese purí de mi tío.

ENTRA D. COSME.

C.—¡Se habrá visto cosa igual!
 Señorita, yo veré
 si se burla usted de mí.

A.—¡Pus no me tengo atrevel!
 ¿No conoce osté mi genio?
 Manque yo nasí mujé,
 en diciendo sí, que sí,
 si supiera que había é ser
 más probe que son las ratas.

C.—Pues, señora, sepa usted
 que consentiré primero
 que eso llegue á suceder,
 encerrarla en un convento.

A.—Mas que me llevosté á Arge
 na le ataja, tito mío;
 á dos que se quieren bien,
 la verdad, porque el cariño
 tóo lo vence, estaté.

C.—¡Uf! me falta la paciencia
 y ya no sé lo que hacer.
 Dios os haga bien casados
 y siga siempre ese querer.

A.—¡Viva la flor malagueña
 y el pesqui de una mujé!

FIN

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.



MATRACA

DE UN ESTUDIANTE Y UNA DAMA

Est. Dichoso puedo llamar
hoy á mis ojos,
pues consiguen sin enojos
ver tu cara
tan hermosa y tan bizarra,
que todo es un poco de humo
en tu presencia:
si quieres darme licencia,
objeto amado,
seré tu humilde criado
y fiel amante;
mira que soy estadiante.

Dam. Caballero,
no os precieis de lisongero,
que aunque fea,

no me impide aunque lo sea
á ser querida:
no os canseis, por vuestra vida,
en tal intento,
que es malograr el talento
en tal quimera,
aunque yo dichosa fuera
en mereceros.

Est. Pues el dejar de quereros
bella aurora,
imposible es por ahora;
y así os pido
que recibais de Cupido
aquesta flecha,
advirtiendo que está hecha

de mi afecto;
quisiera tener acierto
en esta empresa,
y pues que me tienes presa
toda el alma,
no me dejes en tal calma,
dulce hechizo.

Dam. Caballero, ya os he dicho
que soy coco,
y que no queráis ser loco
en pretenderme,
porque mas es ofenderme
que alabarme:
sírvase usted dejarme
en cortesía,
y dejad esa porfia.

Est. Qué ¡es posible
que te muestres tan terrible
pino de oro,
preciosísimo tesoro
de hermosural
soy humilde criatura,
te confieso;
truécame siquiera un beso
por un cuarto.

Dam. Apártese el mentecato,
que me enfada,
y advierta que soy honrada,
y con marido:
¡ha visto y qué presumido
es el galante,
siendo muy grande ignorante
y mal mirado,
y un poco desvergonzado
en sus razones?

Est. ¡A mí, que traigo calzones
y te quiero,
y traigo mucho dinero
en el bolsillo?
dejate dar un besillo
al rostro hermoso.

Dam. Ya he dicho al mocoso
monaguillo.

que es un desvergonzadillo,
zampa bollos
vaya á echar calzas á pollos
y acostarse,
y tambien puede arrojarse,
que está frio.

Est. Mejor dijeras al rio
de mi llanto,
que cierto es, siento tanto
el enojarte,
que quisiera ya dejarte,
mas no puedo,
porque tienes tal denuedo,
garbo y talle,
que aun estando en la calle
me provoca
lo perfecto de tu boca
á un grande esceso.

Dam. ¡Qué grandísimo carnes
y porfiado
parece el seor licenciado!

Est. Pues mortero,
con tu cara de puchero
mal cocido,
la del gesto relamido,
mondonguera,
descubre esa calavera
mal formada,
de postillas empedrada;
cobertera,
gorroncilla, cantonera,
sapo hinchado,
la del ojo solapado
y repodrido,
que habia de estar molido
entre dos cantos;
calumniadora de santos,
carcomilla,
leona con campanilla.

Dam. Deslenguado,
galopin despilfarrado,
que tal digas?
tesorero de las migas

y los bódrios
que sobran en refectorios
de esta córte:
inventor del almendrote,
piojo hambriento,
que tienes por alimento
de tu vida,
una chinche mal cocida
cada año;
trapisondista tacaño,
y vil Hamete,
que te precias de alcahuete
y de embustero,
cabestrado con cencerro,
perro ahito,
judío con sambenito,
mono envuelto.

Est. ¡Qué tengas atrevimiento,
vil infame,
para ver de calumniarme
con apodos
que son propios de ti todos!
si te cojo,
te he de poner en remojo
en la letrina,
escoba de la piscina,
trasto viejo,
te he de quitar el pellejo
de ese culo,
porque piensas que soy chulo;
corpanchona,
con mas hocico que mona,
chamuscada,
hechicera encorazada,
lame el moco.

Dam. Aguarda, borracho loco,
mentecato,
verás que con un zapato
ó mis chinelas,
cual te deshago las muelas;
cuesco en sopa,
abestruz, culo de estopa,
cagatorio,

monacillo en envoltorio,
sotenario,
veleta de campanario,
paja larga,
que aun no aprovecha tu barba
para escoba,
fariseo con corcoba,
suda tinta.

Est. Mal conoces por la pinta,
pues tal dices,
vil despojo de narices,
moco crudo,
que dices que tinta sudo,
desollada,
raida, desvergonzada:
¿tú qué sudas,
sino licores de cubas,
y las cuevas?
Permita Dios que no bebas,
y te seques,
maestra de zarrambeques,
hermatrodita.

Dam. Tu lengua sea maldita
y cortada,
con un asador asada,
repicada,
y te den mala estocada
á trascanton,
y des un gran tropezon,
y aquesto sea
donde todo el mundo vea
este suceso,
y dame en el culo un beso

Est. Ea, mi niña,
casquete lleno de tiña
y terlifao,
pescuezo de bacalao;
barca rota,
aun mas pesada que cota,
talle de posta,
por tí vino la langosta
y el pulgon,
escarabajo en rincon.

color de eisco,
manga de fraile Francisco,
vil persona,
puerca, cochina, meona,
gallina clueca,
hospital, casa de Meca,
mal nacida,
de camellos seas comida,
y tu cuerpo en su grosor
sea cortado,
véalo yo desparramado
por el suelo.

Andes siempre entre los piés,
de tal fuego seas quemada
cual Sodoma,
ó véate yo tornada
en carcoma.

Y porque mas no me persigas,
bellaca mal inclinada,
seas roida
de hormigas, y horadada
de gusanos.

El agua y el sol te falten,
deseche de tí la fiebre
tus raigones
y te pelen con azadones.

Dam. Lo que tú dices te venga;

adios, cuero,
morcilla sin atadero,
Baco os guarde,
porque se me hace tarde
señor lacayo,
narices de papagayo,
sin provecho,
mírame á este ojo derecho,
de trapos lio,
soplón, legañoso, judío,
soniquete,
con todos los diablos vete
á tu estrecho.

Est. ¡Oh qué gran merced
me has hecho!
que si admitieras,
como tú estás me pusieras,
galga hambrienta,
meson de ciento y ochenta,
y el dinero me llevaras,
y tal peste me pegaras.
tal quedara,
que en el hospital penaras
emplastado;
y pues que de tí me he librado,
cara de vaca,
tómame esa matraca.